

LA PASION DE CRISTO

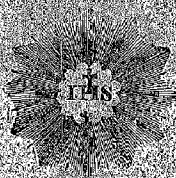
POEMA INEDITO EN OCTAVAS REALES

COMPLETADA POR EL

P. PEDRO BERROETA

EN SU LIBRERIA DEL BARRIO SAN CARLOS

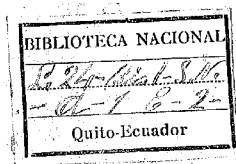
Publicado en 1928-30 el Ilmo. y Rvmo.
Señor Doctor Don Manuel María Póit Lazo
Arzobispo de Quito.



QUITO
Imprenta del Obispo
1930

Añadido por el Sr. Jefe de Clasificación





LA PASION DE CRISTO

POEMA INEDITO

Anotado por el Jefe de Canjes



860-1 (850) Barroeta
P. 533
E. J.

LA PASION DE CRISTO

POEMA INEDITO EN OCTAVAS REALES

COMPUESTO POR EL

P. PEDRO BERROETA

JESUITA ECUATORIANO, EN 1810.

Publicado en 1928 el Ilmo. y Rvmo.
Señor Doctor Don Manuel María Pólit Laso,
Arzobispo de Quito.

BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO - ECUADOR
COLECCION GENERAL
Nº. 5957 AÑO. 1990
PRECIO DONACION...

0001248 - J.



QUITO
Imprenta del Clero
1928

0
0
1
1
2
3
4
5
6
7
8
9

UN POETA CUENCANO

DEL TIEMPO DE LA COLONIA



A época colonial para nosotros es algo parecido a la Edad Media para Europa, de suerte que entonces, si no la lengua, por lo menos iba incubándose la literatura nacional. Por esto, si bien con el carácter de antigüedades, cobran grandísimo interés las obras o siquiera ensayos literarios de los siglos XVII y XVIII, ora sean los magistrales tratados de Villarroel, ora la debatida historia del Padre Velasco, o nuestra primera revista, que no otra cosa fué *Las primicias de la cultura de Quito*, de Espejo; para no mentar las célebres arengas de Mejía, que preludiaban ya la Independencia. Entre los literatos coloniales forman, como es sabido, un grupo aparte los Jesuítas expulsados por la pragmática de Carlos III, y refugiados al fin en varias ciudades de las Legaciones, parte integrante de los Estados Pontificios en el siglo décimo octavo. ¿Quién no se inclina a compararlos con una constelación, no digamos de astros de primera mag-

nidad, pero sí de estrellitas mas o menos lucientes en el oscuro firmamento? Allí sobresale el brillo de un Orozco, atrevido y altisonante cantor de la *Conquista de Menorca*, y junto a él otro poeta más ameno, el ingenioso, elegante y dulce Viescas; y no hay para qué nombrar los mínimos que requieren el antecjo de la erudición para ser vistos.

Ahora bien, era cosa singular que la ciudad de Cuenca, destinada a ser madre de ingenios peregrinos y poetas excelsos en la época moderna, apareciese en la colonial punto menos que estéril: fuera de algunos lectores o profesores de las órdenes religiosas, y de uno que otro eclesiástico hábil para la predicación, no se sabía que hubiera producido nada para las letras y las ciencias, muy inferior en esto a la antigua Biobamba, y no solamente a Quito y Guayaquil. Era preciso llegar a nuestro gran Padre Solano para abrir la éra literaria cuencana.

Mas he aquí de repente que el telescopio de la investigación y la critica ha dado con otra estrella, y no de las menores, antes por completo desconocida, en esa misma constelación de Jesuítas ceuntorianos expulsos: y ¡albricias! esa estrella es cuencana!

La cosa merece ser referida y comprobada minuciosamente.

Hace doce años; en 1906, el R. Padre Sanvicente, cuya reciente muerte hemos lamentado, nos envió de España un rasgo biográfico y bibliográfico acerca de uno de aquellos beneméritos Jesuítas literatos, incógnito para nosotros, supuesto que ni el Padre Velasco nos había conservado su memoria en el célebre manuscrito del Ocioso de Faenza, mina abundante de la que sacó D. Juan León Mera la parte más rica de su *Ojeada*. Aquel hijo de San Ignacio, uno de los más jóvenes entre los expatriados y que por tanto fué el último en morir, dichoso de haberse reincorporado en la nueva Compañía, había llegado a ser bibliotecario de la gran Biblioteca de Palermo, capital de la Sicilia: varón no sólo piadoso, sino erudito y por adhehala gran versificador, cuyo poema de la *Pasión de Cristo*, y centenares de piezas sueltas de otro género guardan aún los archivos de la Compañía. Llamábase el P. Pe-

dro Berroeta, y pasaba por natural de Quito: como a tal nos lo presentó el mismo P. Sanvicente, cuyo artículo tuvimos el gusto de publicar en el *Boletín Eclesiástico*, número del 15 de Octubre de aquel año. Quedó en él consignado, para que el futuro acucioso historiador de la literatura cenatoria fuese allí a buscarlo, si lo buscaba.

Transcurrido un decenio, nuestro docto y venerado amigo, en su última carta, fechada en Málaga el 4 de Junio de 1917, satisfaciendo a varias preguntas que le hicieramos sobre otros de los Jesuitas antiguos, nos escribía *motu proprio* lo que por lealtad y gratitud, y para mayor precisión, vamos a transcribir literalmente.

«Agregaré, según datos nuevamente recogidos, que el P. Pedro Berroeta falleció en Sevilla, no el 11 (como escribí antes) sino el 15 de Julio de 1821. Su readmisión en la Provincia de Sicilia tuvo lugar en 1804; de donde vino a España en 1816, y se le destinó como *ludimagister* al Colegio de Valencia, siendo trasladado al de San Luis de Sevilla en 1818. Así consta en el *Catalogus Sociorum et officiorum Societatis Jesu in Ditionibus Sacrae Catholicae Majestatis, ineunte anno 1817*, editado en Madrid en el presente año. En él se dice que era natural de Cuenca, y no de Quito, y que nació el 29 de Junio [no Julio]. Según el P. Chantre era misionero de Maiuas, cuando en 1767 fué deportado a Italia por la vía de Pará.»

No faltaba otra cosa más que el cerciorarse de si en los viejos libros bautismales de nuestra parroquia matriz de Cuenca existía o no la partida de bautismo del P. Berroeta. Existía felizmente y nos es grato publicarla a continuación, debida a la amabilidad del Rdm. Señor Canónigo Cura.

«Diócesis de Cuenca.—Ministerio parroquial del Sagrario.—Cuenca, a 8 de Mayo de 1918.

«El Cura Rector de «El Sagrario» de Cuenca (Ecuador) certifica que en el libro de «Bautismos», correspondiente al año de 1737, en la página 97, se registra la partida bautismal siguiente: «En 1.º de Julio de mil

setecientos treinta y siete, habiendo hecho los santos exorcismos, solemnemente bauticé, puse óleo y erisma a Pedro Pablo Joseph, hijo legítimo de Don Raymundo Berroeta y de Doña Felipa Carrión y Merodio; fué su padrino el Gal. Vicente de Luna Victoria con Da. Josefa Herrera, su mujer; y para que conste lo firmo — Manuel Gregorio de Oruña.»

«Es copia del libro correspondiente.—*Abelardo A. Ortega.*» (Hay un sello).

Cuenca no ha sido, pues, sin sombra de duda, el P. Pedro Berroeta, uno de los antiguos Jesuitas del siglo XVIII, desterrado a Italia y fallecido en España: liberato de cuenta y apreciable por su doctrina y erudición, versificador fecundo y fácil poeta a sus horas, cuyas composiciones merecerían darse a la prensa. Gozámonos en restituirlo a su patria y esperamos que toda la familia literaria azuaya se alegrará también de reconocerlo como a su antecesor, y sabrá conservar y aun ensalzar su memoria.

Vamos ahora a reimprimir el artículo del R. P. Sanvicente, corregido y aumentado conforme a sus propias indicaciones, según es de interpretar su misma voluntad; servirá en adelante para una de las primeras páginas de la literatura cuentoriana, en particular la del Azuay.

† **Manuel María Pólit,**

Obispo de Cuenca.

Cuenca, 1918.

N. B.—Este artículo se publicó en el número de Noviembre de 1919, último número de *La Unión Literaria*, revista muy acreditada de la capital del Azuay. Hoy lo reproducimos con la adjunta biografía, como prefacio de la *Historia de la Pasión de Cristo*, en octavas reales, que nos proponemos ir dando a luz poco a poco en nuestro *Boletín Eclesiástico* de la Arquidiócesis, para edificación de los lectores, y aun por cierto también para complemento de la antigua literatura patria.

EL P. PEDRO BERROETA

Jesuita ecuatoriano

1737—1821

Nuestro objeto, al exhumar el nombre de este Jesuita, es agregar un versificador más a los que honran las Musas ecuatorianas en la Colección del P. Velasco, quien no pudo incluirle en su precioso Manuscrito, porque falleció años antes de que las piezas poéticas del P. Berroeta se escribieran.

En Cuenca, (Ecuador), una de las ciudades principales de la Presidencia de Quito, pero bastante atrasada entonces, por más que al andar del tiempo había de ser domicilio predilecto de las letras y las artes, nació en la época colonial el Padre Pedro Berroeta, el 29 de Junio de 1737. Quince años contaba cuando pidió ser admitido en la Compañía, y lo fué el 2 de Junio de 1752. Terminados sus estudios de Filosofía y Teología, recibidas las órdenes sagradas en octubre de 1764, de manos del Ilmo. Sr. Ponce y Carrasco, Obispo de Quito, (1) pasó, el año siguiente, a ejercitar su celo apostólico en las misiones de Mainas, donde se hallaba, cuando fué deportado en 1768 a Italia con los otros misioneros sus hermanos de religión, por vía del Pará. A la sazón, según el P. Chantre en su importante *Historia de las Misiones de la Compañía de Jesús en el Murañón español*, el P. Berroeta estaba de misión en Nuestra Señora de Loreto de Paranapurás. En el libro duodécimo de esta misma Historia pueden leerse narrados en detalle los muchos trabajos que sufrieron los misioneros durante tres años en el Brasil, Portugal y España, hasta que llegaron a reunirse, en Ravena, con los otros Jesuitas de la Provincia de Quito, el 17 de Noviembre de 1770. El año siguiente, a 15 de Agosto, el P. Berroeta hacía su profesión solemne. Suprimida que fué la compañía de Jesús, vivió al lado de su hermano mayor el P. Agustín. A entrambos P.P. Berroeta los encontramos en Ravena, en 1789, dando con otros de los expatriados un recibo de estipendios de misas (de 15 *baiocchi* cada cual), suministrados por D. José Valdívieso (ex Jesuita de Loja, de Quito) aplicables por el alma de D. Juan Zenitagoya, ex Jesuita, hispano americano, muerto en esa ciudad. (2) Cuando Carlos IV permitió a los Jesuitas españoles, en 1798, retornar al suelo patrio, vinieron los hermanos Berroeta, con los varios que quisieron hacer uso de la concesión, a España, y fijaron por de pronto su morada en Barcelona. Según carta del P. Luis Panizzoni, fechada en

(1) Consta en el Archivo Eclesiástico Metropolitano.

(2) Apunte tomado de Italia.—M. M. P.

Parma a 13 de Julio de 1800, los Berroetas debieron ser de los primeros que pidieron reingresar en la Compañía, cuando el Duque de Parma obtuvo de Pío VI el restablecimiento de los Jesuítas en sus estados. En esa carta el Provincial ordena a los dos hermanos que, previos los Ejercicios espirituales, renueven privadamente su profesión, en la Fiesta de la Nividad de Nuestra Señora. En la misma fecha les comunica varios privilegios y facultades, y les encarga que no piensen en regresar a Italia. Hubieron sin embargo de verificarlo, en 1801, cuando el mismo monarca revocó su permiso y expatrió de nuevo a los que poco antes habían aportado a las playas españolas.

A pesar de lo dicho, la readmisión pública del P. Pedro Berroeta en la Compañía no se verificó hasta 1804, y esto en la Provincia de Sicilia; pues ese año en efecto, por Brevé de Pío VII, datado el 30 Julio, fué restablecida canónica y públicamente la Compañía de Jesús en Nápoles, a petición de Fernando IV, agregándola a la existente en Rusia. El P. Berroeta, que tan ardientemente había deseado ese restablecimiento, no tardó en juntarse al P. Pignatelli, provincial, pidiéndole la admisión, aún a trueque de verse privado de la módica pensión que percibían los expulsos. No le acompañó el P. Agustín, porque había fallecido en Roma el 18 de Octubre de 1803. De las diversas vicisitudes por que hubo de pasar hasta 1815, no hallamos rastro alguno en los escritos que tenemos a la vista; pero en esa fecha se le encuentra en Palermo, ejerciendo el cargo de bibliotecario de la real biblioteca pública. Agobiado por el peso de los años, pues llevaba sobre sí setenta y siete, pide entonces a la Santa Sede que, para desempeñar más cumplidamente su cargo, se le permita leer libros prohibidos, y atendiendo a su avanzada edad y achaques, se le conceda la conmutación del oficio divino, y la facultad de celebrar Misa votiva de *Beata Virgine*. Todas esas facultades le fueron concedidas por el Cardenal Litta, Prefecto de la Propaganda, con fecha 15 de Febrero. Restablecida ya la Compañía en 1814, en el universo, y admitida por Fernando VII en España, el P. Berroeta se trasladó a esta nación en 1816, accediendo al llamamiento del Comisario General, P. Zúñiga, quien le destinó como *Indimagister* al Colegio de Valencia, siendo trasladado al de San Luis de Sevilla en 1818. Así consta en el *Catalogus Sociorum et officiorum Societatis Jesu in Ditionibus Sacrae Catholicae Majestatis, in eunte anno 1817*, editado en Madrid en 1917. Allí vino la muerte a libertarle de sus penalidades, y premiar sus méritos, el 15 de Julio de 1821. Fué el último de los Jesuítas ecuatorianos que habían pertenecido a la Provincia de Quito, que pagó el tributo a la mortalidad.

Pasemos ya a dar una idea, siquiera sea somera, de sus escritos poéticos. Entre éstos el de más aliento es el Poema de la Pasión, compuesto en octavas reales, que llegan al número

de 1026. El formato del Ms. es en 16º, un volumen de 278 págs. de letra muy legible y corriente. El autor dice que le escribió en 1810, dedicando a él el tiempo que le dejaba libre su cargo de segundo bibliotecario de la riquísima biblioteca de Palermo, y la obligación que se le había impuesto de catalogar sus libros. Valióse el P. Berroeta de esta circunstancia para adornar su poema con eruditas notas, que, a decir verdad, es lo que más vale en su obra. Son de dos clases: unas más cortas que van al pie de las páginas; y otras, las principales, constituyen un verdadero apéndice de 115 páginas, con el título de Notas de segundo orden.

El mérito del poema es en realidad escaso. No se hallan en él rasgos de una imaginación creadora, ni lenguaje florido, ni adornos poéticos, ni menos el *os magna sonaturum*, que requiere Horacio; pero es notable la soltura y facilidad con que el autor versifica. El mismo Berroeta confesó, como nadie, los defectos de su obra, y no los disculpa. «He compuesto, dice, este Resumen Histórico de la Pasión..... para la gente vulgar e indocta, para la que solamente escribo..... De los tiempos que tenía libres el menor era el que gastaba en componer las octavas; pues no me empeñaba en hacerlas con los adornos y hermosura que requiere la poesía, lisonjeándome que después de acabada la obra, tendría tiempo de reverla y corregirla..... quitando la mucha broza que hay en ella..... La lisonja que tuve de que después de acabada la obra, tendría tiempo de componerla, ha salido muy vana; porque, observando que la parte poética es muy defectuosa, y que para componerla sería necesario un trastorno casi total de la obra, y un trabajo superior a mis fuerzas y al estado infeliz en que se halla mi debilitada, flaquísima y aturdida cabeza, que ciertamente no podría resistir a tanta fatiga, resolví dar al fuego todos estos papeles; de que siendo sabedor el P. Comisario (P. Zúñiga) quien antes había tenido la paciencia de leerlos, me ordenó que los conservase.»

Para el fin sin embargo a que destinó su Resumen Histórico el P. Berroeta, no deja de tener su valor, considerado como historia rimada de la Pasión, en que alimenten su piedad las personas sencillas. Pues, aunque el autor esté destituido de las cualidades de poeta, era y tenía fama de versificador y *repentista*, notable por lo fácil y agudo, como aparece de varias de sus poesías sueltas, en especial de sus sonetos. Daremos después una muestra de esa difícil facilidad y *vis epigramática*. Pero lo que más hace al caso, es su piedad y fervor religioso que resalta en cada octava, y el especial conocimiento de la materia de que trataba y de sus menores circunstancias, y apreciaciones u opiniones de los sabios en los puntos discutibles, como se ve, de lleno, en las Notas.

He aquí ahora el título, la advertencia preliminar y, como muestra de su versificación, la proposición del poema: llámese así,



RESUMEN HISTÓRICO DE LA PASIÓN DE CRISTO SEÑOR NUESTRO,
compuesto en octavas; no para recrear el entendimiento, pues no lo permite ni la poesía tan falta de todo adorno y belleza poética, ni el sagrado asunto, de que ella trata; sino para refrescar la memoria de un tanto beneficio, encender en la voluntad alguna centella de amor divino y excitar en el corazón algún dolor de haber, con las propias culpas, añadido nuevas penas a su amarguísima Pasión.

ADVERTENCIA NECESARIA

Te advierte aquí, oh lector, la Musa mía.
Que si eres sabio, culto o erudito,
No leas esta inculta poesía,
Porque fastidio te dará infinito.
Sabiendo que mi pluma no podría
Escribir para ti, sólo la he escrito
Para quien se contenta y sólo estima
Que haya en el verso consonancia y rima.

PROPOSICION

Suños ultrajes, excesivas penas,
Indecibles tormentos, gran quebranto,
Cruz, azotes, espinas y cadeñas
Aquí de un Hombre Dios gimo, no canto.
A referir todo esto basta apenas
Un gemido incesante, un largo llanto;
Que aunque los ojos vierta en tal zozobra,
Para llorar aun más, razón me sobra.

INVOCACION

Para exprimir, oh Dios, sucesos tales
Sólo copiosas lágrimas yo imploro;
No gimo mis desgracias o mis males.
La acerba muerte de Jesús yo lloro.
Sean mis ojos fuentes y raudales
De amargo llanto por el Bien que adoro;
Y si intente escribir de asunto tanto,
Las cláusulas las forme sólo el llanto.

El P. Berrosta debió de escribir muchos versos en su juventud, y sin duda fué uno de los principales versificadores inminados, de quienes habla el Dr. Herrera en su Antología, y quizá el autor de *Christus Patiens*, pues componía bien en ver-

ses latinos. Así parece insinuarlo él, cuando pone por título a la colección varia de sus poesías, el siguiente:

«Coplones de viejo, o poesías mal digeridas, que a diversos asuntos y en diversos tiempos he compuesto, regularmente requerido: siendo la mayor parte de ellos partos de la vejez. Pues de cuantos compuse en la juventud, ya en los certámenes de Navidad, ya en otros asuntos, no me ha quedado papel alguno.» A continuación hace la siguiente advertencia.

Las siguientes poesías,
Parto de mi indocta Palas,
Por lo mismo que son malas
Diciendo están que son mías.
De tal cual copla podrías
Dudar si es mía o ajena;
Pero a mí no me da pena
Que sea ajena en tu juicio.
Pues me haces a mí el servicio
De reputarla por buena.

Para muestra más cumplida de su estro en este género ligero, ponemos a continuación los enigmas siguientes:

EL CERO

Valgo plata, cobre y oro,
Cuando estoy en compañía:
Ni hay tienda o mercadería
Que en mí no tenga un tesoro.
Al católico y al moro
Soy cosa muy apreciada
Y en sus cuentas muy contada.
Siempre estoy empapelado,
Y en suma soy muy buscado
Aun cuando no valgo nada.

EL RELÓ

Yo no tengo ni un ochavo.
Pero a todas horas doy;
Y por más que dando estoy,
No tengo algún menoscabo.
De músico no me alabo
Ni entiendo de sinfonía;
Pero con tal armonía
Tengo mis cuerlas templadas,
Que aunque ellas se estén calladas,
Sueno de noche y de día.

EL MARTILLO

Tengo el principio en el mar
Y mi fin en un castillo.
Y aunque soy harto seucillo
Sé al más agudo clavar.
Yo no me puedo jactar,
Ni de ingenio ni agudeza,
Antes bien con mi rudeza,
Coyendo en mil *reiros* voy;
Pero no obstante les doy
A todos en la cabeza.

Las más espontáneas y agudas de sus poesías son las que, en ocasiones dadas y a petición de sus amigos, improvisaba con soltura y gracejo singular. Hay en este género una, que quizá peca por larga, por el estilo de la célebre del P. Aguirre, dedicada a los ex-jesuitas calvos que al volver a vestir la sotana de la Compañía, en 1814, se vieron obligados a dejar su peluca. Empieza así:

Sopla, oh Musa, sin recelo
Coplas aunque mal peinadas,
Que las más descabelladas
Aquí me vienen a pelo.
Un Superior de gran celo
Y de una virtud tan rara
Que aun en pelillos repara,
Ordena que éstos se quiten;
Pues las reglas no permiten
Pelillos que dan en cara.

Con estas y otras composiciones poéticas se podría formar un volumen no inferior al de la Pasión. Entre los sonetos, que pasan de 80, hay varios sentidos y piadosos. La décima, sin embargo, era la que manejaba frecuentemente el P. Berroeta con más hábil donosura, y su metro predilecto. De los sonetos puede ser modelo el que, a continuación, transcribimos; aunque, a decir verdad, es de dudar que sea suyo. Sin embargo, en hoja suelta, como otras muchas de sus composiciones, y entre sus papeles se encuentra. (1)

(1) Como había sospechado el P. Sanvicente, así resultó; pues él mismo, en carta de Agosto de 1908, nos decía: «El soneto: *Valgaos, Dios, por Jesuitas*, que yo atribuí con duda al P. Berroeta, no es de él. Hojeando libros, le he encontrado impreso en una Apología de la Compañía. Allí se le atribuye a «un militar residente en América (2)». Con todo, lo dejamos como buen remate del artículo biográfico.—M. M. P.

SONETO

*¡Valgnos Dios por Jesuitas! ¿Qué intervalo
La virtud tuvo de mortal veneno?
Si cuanto en ellos miro todo es bueno,
¿Cómo de ellos se dice tanto malo?*

*Con ambos ojos su virtud señalo,
Con ambos oídos su maldad condeno.
¡Qué es esto, cielos! ¿Tanto me enajeno?
Compañía, ¿qué es esto que en ti ignalo?*

*Pues si es la ley del Cielo venerarte,
Aunque esgrima el infierno mil enojos,
No oiré tus cargos, no. Vuelvo a mirarte.*

*Brame la envidia, el mundo diga arrojos;
Que el modo más seguro de juzgarte
Cerrar oídos es y abrir los ojos.*

Málaga, 21 de Junio de 1906.

L. L. Sanvicente, S. J.





LA PASION DE CRISTO

POEMA INÉDITO

O

RESUMEN HISTÓRICO DE LA PASIÓN DE CRISTO
NUESTRO SEÑOR,

compuesto en octavas; no para recrear el entendimiento, pues no lo permite ni la poesía tan falta de todo adorno y belleza poética, ni el sagrado asunto, de que ella trata; sino para refrescar la memoria de un tanto beneficio, encender en la voluntad alguna centella de amor divino y excitar en el corazón algún dolor de haber, con sus propias culpas, añadido nuevas penas a su amarguísima Pasión.

ADVERTENCIA AL LECTOR

Para ilustrar este resumen se ponen dos órdenes de notas. Unas dentro de la misma obra, que formará el primer orden. Otras, que harán el segundo, se pondrán al fin, por dos motivos: lo primero, porque sucederá alguna vez, que en una misma octava, o en dos contiguas ocurra el poner más de una nota, y la una impediría a la otra el lugar. Lo segundo, por no hacerte, oh Lector, mas fastidiosa la lectura, con las continuas interrupciones de ella. Puse estas dichas Notas al fin: quedas en más libertad de leerlas si quisieres, o de omitirlas si te fastidian.

Para denotar, que la Nota está puesta al fin en el segundo orden, se pondrá a la margen, en vez de la letra (N) que se pone a las Notas, que van dentro de la obra, esta otra cifra: (2º) que significa estar puesta la Nota en el segundo orden. (1)

(1) Se conservará esta indicación, como N², aunque no se reproduzca al fin: las N irán al pie de la página. Los textos latinos van señalados con letras itálicas, y puestos al pie igualmente.--[NOTA EDITORIAL.]

OTRA ADVERTENCIA MAS NECESARIA

Te advierte aquí, oh Lector, la Musa mía,
Que si eres sabio, culto y erudito,
No leas esta inculta poesía,
Porque fastidio te dará infinito.
Sabiendo, que mi pluma no podía
Escribir para ti, sólo la he escrito
Para quien se contenta, y sólo estima,
Que haya en el verso consonancia y rima.

El fin que tiene en escribirla mi Estro.
Es tener un resumen de la historia
De la Pasión de Cristo Señor Nuestro,
Y hacer de ella, tal vez, tierna memoria.
Ni me importa el no ser poeta diestro,
Que sepa escribir bien, y adquirir gloria,
Pues sólo intento, con mi humilde estilo,
En la Pasión de Cristo hallar asilo.

Esta composición, ni es, ni merece
Composición poética llamarse:
Pues de toda belleza ella carece,
De que la poesía suele ornarse;
Una prosa más bien ella parece,
Y prosa, que jamás sabe elevarse;
Es su estilo pedante, humilde y bajo,
Y de Apolo sólo hay tal cual andrajo.

Oh culta juventud, a quien agrada
La invención, bella frase y dulce estilo;
Sabed, que de todo esto aquí no hay nada,
Ni en la tela que tejo, hay de oro un hilo.
La agua del Pimbla aquí, toda enturbiada
Sólo hallaréis, y un mar nada tranquilo;
No os engolféis, por tanto, en tal lectura,
Que hallará escollos mil vuestra cultura.

Os persuadid, que el monte, adonde vamos,
No es el Pindo o Parnaso fabuloso;
Ni tampoco al Tabor ir intentamos,

Para gozar de Cristo allí glorioso:
Hacia al Calvario nos encaminamos,
Para llorar, al verlo hecho un leproso;
No busquéis, pues, en este Monte flores,
Que hay sólo espinas, penas y dolores.

Pero, si no buscáis en esta historia
Las flores y bellezas del Parnaso,
Si sólo hacer queréis tierna memoria
De las penas de Cristo y de su ocaso,
Os será su lectura meritoria,
Y el cielo ganaréis por ella acaso:
Mas cuando la Obra la tengáis completa,
Compadeceed a Cristo y al *Poeta*.

Digo *Poeta*, no porque lo sea,
Ni yo presumo, ni me jacto de ello,
Ni es tan ciega mi mente, que no vea
Que de poeta en mí no hay ni un destello:
De poético aquí nada campea,
Nada es aquí ingenioso, nada es bello;
Si a escribir cual poeta yo no arribo,
Como un historiador tan sólo escribo.

Ni el título yo quiero de *Poeta*,
Ni de poetas debo entrar en lista,
Si en poesía soy niño de teta,
Y mal apenas soy un mal versista:
Lo estimaré una irónica saeta,
Si un tal título, en darme, alguno insista,
Pues un escarnio ello es hecho y derecho:
Si al alto nombre no acompaña el hecho.

PROPOSICION

Sumos ultrajes, excesivas penas,
Indecibles tormentos, gran quebranto,
Cruz, azotes, espinas y cadenas
Aquí de un Hombre Dios gimo, no canto.
A referir todo esto, basta apenas
Un gemido incesante, un largo llanto;
Que aunque los ojos vierta en tal zozobra
Para llorar aún más, razón me sobra.

INVOCACION

Para exprimir, oh Dios, sucesos tales
Sólo copiosas lágrimas yo imploro:
No gimo mis desgracias o mis males,
La acerba muerte de Jesús yo lloro.
Sean mis ojos fuentes, y raudales
De amargo llanto por el Bien que adoro:
Y si intento escribir de asunto tanto,
Las cláusulas las forme sólo el llanto.

CAUSA

Mas ¿qué digo? Si el trágico suceso
En su causa y su efecto se examina?—
Del cielo el Redentor vino para eso
Por su bondad y voluntad divina.
Estaba del demonio el hombre opreso,
Y era cierta y eterna su ruína,
Si El no venía, valeroso y fuerte,
A triunfar del demonio con su muerte.

EFECTO

El triunfó de la muerte y del averno,
En su sangre anegó la culpa impía,
Abrió las puertas de su reino eterno,
Que el pecado de Adán cerrado había.
El descendió triunfante hasta el infierno,
Y los dos senos, de almas los vacía,
Al empíreo llevándolas consigo:
Se hizo del hombre hermano, esposo, amigo.

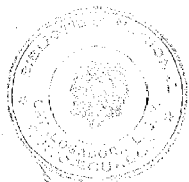
¿Tan grandes bienes y una dicha tanta
He de enturbiar con lágrimas y llanto?
No llores más, no, Musa mía: canta;
Todo el Pindo conmigo haga otro tanto:
Me acompañe a cantar la Turba santa
De Serafines, con su dulce canto.
Cantando yo diré: — Feliz delito, (a)
Que un bien nos acarreas infinito.

Cantaré, sí, lo que es de canto digno;
Mas, día y noche, lloraré incesante,
De haber dado yo causa al trato indigno,
Con que es tratado el Salvador amante.
Cantaré, porque El es bueno y benigno; (N)
Lloraré porque el hombre petulante,
Desconocido e ingrato, no agradece
Lo mucho que Jesús por él padece.

(a) O felix culpa, quae talem ac tantum meruit habere Redemptorem.—
En la Angélica del Sábado Santo.

(N) Salieron al principio del siglo 16º algunos escritores, que entendiendo mal aquellas palabras de Cristo: *Nolite flere super me* etc. (Luc. xxiii, 28), propalaron una nueva sentencia, contraria a la costumbre de la Iglesia, enseñando que la muerte de Cristo, no se debe recordar con lágrimas y tristeza, sino festejarse con el mayor júbilo y alegría. Entre quienes uno de los primeros fué Erasmo Roterodamo, quien en su Paráfrasis sobre este lugar escribe así: «Jesus suam mortem non lugubrem, sed gloriosam esse voluit: nec eam deplorari voluit, sed adorari, ut quae sponte pro salute totius mundi suscipiebatur. Compescit indecoram mulierum illarum lamentationem, quamvis ab affectu pio proficiscentem». Fué Erasmo advertido, y amonestado sobre esto; pero él, por su versátil ingenio, mezclando cosas verdaderas con falsas, tergiversó grandemente, y la palabra una vez proferida, la quiso obstinadamente defender. Lutero y sus discípulos abrazaron con aplauso este error; tanto que en la misma Semana Santa, y en el mismo Viernes en que Jesús obró nuestra Redención, dan tales señales de regocijo y alegría, que no se dan mayores en ningún lugar o tiempo. Se divierten, se huelgan y se regalan con tantos banquetes y borracheras; cargan las mesas y sus vientres, de carnes y de vinos los más exquisitos.

Cita Erasmo a favor de su opinión las autoridades de Beda, Teofilacto y S. León Papa. M. P. Salmerón, para responder a ellas, y a todos los otros argumentos, que trae a favor de su sentencia, esta-



VIAJE DE CRISTO DE BETANIA A JERUSALEN

De Jesús en el pecho un Etna ardía.
De inmensa caridad, de amor intenso,
Que lo solicitaba y le impelía

blaxe primeramente dos géneros de llanto, carnal el uno, y espiritual el otro. Al primero lo puede producir la naturaleza, o la carne y sangre por algún mal, que a nosotros o a nuestros conjuntos que amamos, nos sobreviene, o sobrevendrá luego.—Este puede ser vicioso, si es inmoderado, o superfluo, o irracional, o de la desesperación acompañando, del cual habla el Apóstol, que dice: «Nolumus autem vos ignorare, fratres, de dormientibus, ut non contristemini, sicut et ceteri qui spem non habent». (1. ad Thes., iv, 12). Tal parece que fuese el llanto de Esaú. — «Cumque ejulata magno fletu». (Gen. xxxvii, 38). Puede ser también honesto, si sea regulado de la razón, y no exceda los límites de la humanidad; como la viuda madre lloró a su hijo. (Luc. vii, 13). Las hermanas de Lázaro lloraron. (Joan. xi); Samuel (2º Reg. xv, 35.) y David (2. Reg. v, 12), que lloraron al Rey Saúl; y como dijo el Poeta: — Quis matrem nisi mentis inops in funere natí flere velat? Ovidio.

El llanto espiritual es aquel, que en nosotros produce el Espíritu Santo por la fe y su gracia, para que floremos nuestras culpas, o por compasión, las de los otros; o también algún daño o detrimento de otro a quien amamos, con caridad sincera, como Pablo lloraba a los israelitas (ad Rom. ix) y aquellos timoratos Varones hicieron gran llanto sobre la muerte de Esteban, como se dice en los Act. viii.

Establece en segundo lugar, que en la muerte de Cristo, hay cosas dignas de llanto y de tristeza, y otras de gratulación y alegría. Oíganse sus mismas palabras: «Primi generis sunt, quod Jesus innocens et justus iniqua sit sententia preumptus, dilaceratus, et excarnificatus. Deinde quod nostra parenta in causa fuerint tam acerbae et indignae mortis quata sustinuit. Ad hoc ingrati animi nostri vitium, quo tantum Redemptionis bonum, vel non cognoscimus, vel non, ut par et justum est, condignis gratiarum actionibus prosequimur. His accedit, quod Christus sit nostrum caput, nos vero ejus membra electa: ille sponsus, nos vero sponsa virgines praeeparata ad nuptias: ille sit frater primogenitus, nos veluti fratres secundarii, atque adoptivi: ille Magister ac Dominus, nos ejus discipuli, ac dilecti servi: ille Pastor ac Medicus, nos oves ejus propriae, atque aegroti ejus opera indigentes: Denique ille, Pater futuri saeculi atque advocatus noster, nos vero filii ejus atque clientuli. Cum ergo tantae existant conjunctionis et propinquitatis rationes inter nos et Christum, potest merito et cum fructu passio Christi a nobis defferri.—Sunt et alia in Christi passione la-

A reparar del hombre el mal inmenso.
El incendio, que interno se escondía,
Ya afuera se dilata, y se hace extenso:
Del fuego que arde en tan divina hoguera
Ya se ven llamaradas hacia fuera.

Salir ya de Betania determina
Hacia a Jerusalén, donde se encierra
Para El, de ultrajes la más rica mina,

chrymis minime digna, sed quae cum gloria et honore Christi et cum gaudio et laetitia a nobis recolantur et commemorentur: ut charitas illa Patris erga nos, qui etiam proprio Filio suo propter hominem non peperit. Adest et ardentissima illa Jesu charitas, et obedientia prompta, qua sibi propter nos minime peperit, sed per Spiritum Sanctum semetipsum obtulit immaculatum Deo. Sunt praeterea fructus mortis Christi ingentes illi ac multi; nimirum glorificatio Dei, exaltatio Christi et nominis sui, quod est super omne nomen, amplificatio, atque illustratio. Praeterea mundi redemptio, Gentium vocatio, peccatorum remissio, gratia, virtutes, ac Spiritus Sancti dona, eminentissimum omnium virtutum exemplum, atque adeo gloria ipsa, et alia adminicula, tum ad fugiendum vitium, tum ad amplectendam virtutem, tum ad adipiscendam gloriam, tum denique ad juvandum, et inserviendum proximo, et ad subeundam pro illius salute aeterna temporariam mortem.

«Quod ergo pro his, quae primo loco enumeravimus, possimus, ac debeamus fieri, ex Scripturis facile est evincere, et Ecclesiae consuetudine, atque rationibus: facileque erit argumenta in contrarium facta diluere:» como efectivamente lo hace así, y después de probar su asunto con textos de Escritura, con el uso y costumbre de la Iglesia y con buenas razones, haciendo a los herejes esta reconversión.—«Praeterea si illa, quae de morte Christi scripta sunt, attendissent haeretici, agnovissent procul dubio efficacissima lugendi exempla. Quod enim Sol lucem suam subtraherit Orbi, terra tremuerit, saxa scissa sint, montium aperta, ac velum Templi discissum, quid aliud nobis indicant, nisi se eo modo quo poterant pullam vestem induisse, mortem Christi luxisse, nobis lugendam, ac deplorandam suo exemplo proposuisse?—Pasa luego a desatar los argumentos hechos en contrario: que si el lector quisiere de esto informarse mejor, léalo en el tomo 50, Trat. 34, pág. 284.

A los herejes que tanto se alegran en la Pasión de Cristo, se les puede decir el siguiente Distico:

*Terra tremat, manes revomit, flent marmora et ara;
Sol pallet, lacrymant sidera, ridet homo.*

Y el campo de batalla y de la guerra.
Valeroso hacia allá ya se encamina,
Resucito a echar al enemigo a tierra,
Donde al gran Arbol de la Cruz subiendo,
Glorioso Vencedor será, muriendo.

Después de hecha una milla de camino,
A dos de sus discípulos envía,
A que le traigan la asna y el pollino
De la aldea que en frente se vea. (N)
Que francos los desaten les previno,

[N] Bétfage era la dicha aldea, situada a las faldas del monte Olivar entre Betania y Jerusalén. Era villa de los Sacerdotes, donde ellos, después de concluido el tiempo que debían servir al Templo, se retiraban y habitaban con sus familias, como escribe San Jerónimo: «Ibi habitantes cum uxoribus, filiis et filiabus, comedebant decimas, et primitias, et oblationes, quae in Templo Domini populus offerebat Deo». Aquí criaban cabras, bueyes, etc. que debían sacrificarse en el Templo, como con Adricomio, Landolfo, Lirano y Jausenio dice Alápide in Joan. xii: y Silveira explica otras circunstancias de esa villa, lib. 6. c. 40, n.º 5: «Viculus Bethphage, Bethania propinquus erat, qui ad radices Montis Oliveti situs exstabat, quinque stadiis ab Hierosolyma distans, ut tradit Josephus l. 20. Antiq. c. 6. et l. 6. de Bello c. 5.: hic autem vicus Bethphage constitutus erat in orificio, seu in ore vallis Josaphat: in hac autem valle Josaphat erat via, quae deducebat ad Portam Anream Templi: per hanc autem vallem, quae reservata est extremo Judicio voluit Christus ingredi cum regali triumpho in civitatem ad mortem, ut inmeret, in tremendo Judicio exactam rationem esse sumendam ab eis, qui mortem ac passionem Christo contempserint, ut vitam et salutem sibi comparent». Después de haber hecho una milla de camino [Mald. in Math. 25] con su devota compañía, llegó el Salvador cerca, y a vista de esta villa, adonde envió dos de sus discípulos; o fuesen Pedro y Felipe, como juzgan Hilario y Beda; o Pedro y Juan, como mas verosímilmente piensan los modernos; para que de allá le trajesen el pollino y la asna, de quienes quería servirse para hacer su entrada solemne en Jerusalén. Y se haga aquí la reflexión, que Bétfage era el lugar donde se nutrían, por cuidado de los Sacerdotes, las víctimas, y de donde se llevaban a sacrificarse en el Templo. Por eso Cristo, para mostrar que El era la verdadera víctima, que debía por sí mismo sacrificarse por medio de su Cruz; de Bétfage se hace traer el jumento, que lo lleva con solemnidad a Jerusalén, yendo a parar finalmente en el Templo, donde se presenta como víctima voluntaria a su Eterno Padre.

Pues ligado uno y otro se hallaría;
Que si impedirlo alguno pretendiere,
Basta le digan, que *el Señor los quiere*.

A ti también te basta, oh alma mía,
Que así Jesús lo quiere o lo dispone,
Cuando la cruz o adversidad te envía,
O en el desprecio o confusión te pone.
Que reprimas quiere El tu altanería,
Y que le sacrifiques El te impone,
De tu vicio y pasión la asna y pollino,
Si ser quieres, de El amante fino.

Cuanto el Divino Maestro les ordena
Uno y otro discípulo ejecuta; (a)
Quitau a los dos brutos la cadena,
Sin que nadie haga lid ni haga disputa;
Ni siente el propietario alguna pena,
Que antes a honor y dicha lo computa:
Se llevan, pues, el asna y el jumento, (N)
Quedando de ello el dueño muy contento.

(a) Matth. xxi, 6, 7.

(N) Aquí se inquiere de los expositores, en cuál de estos jumentos hubiese cabalgado Cristo. San Jerónimo, Eutimio y el Abulense, seguidos de Jansenio, dicen que solamente cabalgase sobre el pollino. Pero todos los otros Padres, así antiguos como modernos, o la mayor parte de ellos juzgan, que Cristo hubiese sucesivamente cabalgado sobre entrambos. Lo que se hace mas verosímil, mientras el mismo San Mateo xxi, 5, trae sobre este hecho el vaticinio de Zacarías: «Dicitur filiae Sion; ecce Rex tuus venit tibi mansuetus, sedens super asinam et pullum»; tanto más, que Cristo se hizo traer uno y otro. Alí-pide con Francisco Luca explica el resto de estas circunstancias: «Prius asina usus est Jesus, deinde pullo; pulus forte par non fuisset ferendo sessori in montis ascensu et descensu: asina minus decuisset ingressum in Urbem. Stat foris asina, sequente pullo: pullo in civitatem, sequente asina, vectus est». El misterio, sobre el cual cabalgó primero sobre el asna y después sobre el pollino, comúnmente lo explican los Padres diciendo: «Asinam enim significare judaicum populum, in quo prius incederit; pullum vero gentilem, in quem, relicto judaico, se transferent». Véase Mald. in Mat. 25. Y es de advertir que por donde pasó Cristo, quedaron aun sobre las peñas, milagrosamente estampadas las huellas de estos jumentos, como lo refieren algunos.—Maudavilla, e. 8.; Masin in Gymn. Christi, e. 59.

Al jumento insipiente semejante
Te has hecho tú también, oh ánima ingrata;
La cadena diabólica y pesante
De tu vicio y pasión, te liga y te ata;
De ella, mil veces, tu Jesús amante,
Basta que tú lo quieras, te desata:
Mas, si no sigues las pisadas de Este,
Nunca entrarás en la Ciudad celeste.

Ser quiere cada Apóstol el primero
En obsequiar al Maestro soberano;
Quién su ropa le pone, con esuero,
Sobre el pollino, que ya espera ufano
Ver al Rey, sobre sí, del mundo entero:
Quién le alargó las riendas a la mano,
Quién los estribos a los pies le apronta, (1)
Cuando Jesús sobre el pollino monta.

Llegado de un collado a la eminencia,
Miró Jesús, con vistas misteriosas,
De la Ciudad la gran magnificencia,
Palacios, torres, fábricas grandiosas:
Vió también, con divina inteligencia,
Que asolaban mil huestes belicosas
Al palacio, a la choza, al cedro y yedra,
Sin que dejasen piedra sobre piedra.

Al ver internamente estos despojos,
La pérdida de todo, y de hombre tanto,
De lágrimas Jesús bañó sus ojos, (a).
Sus mejillas regó, con tierno llanto:
Miró de Vespasiano los enojos, [N²].
Vió el que Tito causó sumo quebranto,
Y vió con más dolor su luz divina,
De tantas almas la última ruína.

A tal vista su espíritu desmaya,
Y su pecho de angustias oprinido,

[1] Este es un anacronismo, como es fácil advertirlo.—[N. E.]

(a) Luc. xix.

Cuando a mayor catástrofe se ensaya,
Eché del corazón este gemido:
¡Ay! Ay! Jerusalén!, hecho atalaya,
Llorando sobre ti siempre he vivido:
Y tú no me conoces todavía!
¡Oh! si me conocieses este día! (a)

¡Oh mi dulce Jesús, Pastor amante,
Al mirarte llorar, me temo. ¡oh, cuánto!
Que siendo yo también tu oveja errante,
Sea también por mí tu amargo llanto.
No llores más, enjuga ya el semblante,
Te seré siervo fiel, y seré un santo:
Yo al mirarte llorar de horror me lleno,
Si sea, porque ves que me condeno!

Aquel Ay ominoso! ese Ay terrible!
Contra Jerusalén de ti arrojado,
Que sobre mí recaiga me es temible,
Si con mi ingratitude te desagrado!
Si yo a tus beneficios insensible
No te he reconocido, ni te he amado
En esta vida tu furor ensayes,
Y líbrame, oh Jesús, de eternos ayes.

La voz en la ciudad fué divulgada,
De que venía el Salvador divino,
Con fin de hacer una solemne entrada,
En el vil aparejo de un pollino. (N)

(a) Quia si cognovisses et tu, et quidem in hac die tua etc, Luc. XIX, 42.

[N] Bien que entre los antiguos Hebreos, el montar sobre jumentos, no era cosa nada indecorosa; ya que en el libro de los Jueces, se nos significa la estima y grande uso, que entre ellos se hacía de estos animales; y en otros lugares de los primeros libros de la Escritura se lee, que en aquellos tiempos, las personas más distinguidas no usaban de otra cabalgadura. Pero desde el reinado de Salomón, en que comenzó el gran comercio de la Judea con el Egipto, se introdujo un número tan grande de caballos, que el uso de ellos y no de otros se hizo enteramente común. De aquí tuvo principio el desprecio en que vino a quedar el uso de los jumentos en los tiempos del Evangelio: y esto fué lo que indujo a Cristo a servirse de ellos, para mostrar con aquella y otras muchas circunstancias de su triunfo, que su Reino no debía conservar nada de la soberbía de los otros Reyes.

En vez de causar esto una risada,
Los excitó a tomar luego el camino
Y salirle al encuentro, si es posible,
Para hacerle su entrada más plausible.

Sale de la ciudad inmensa gente,
Que vuela hacia Jesús, con grande anhelo,
Que la curiosidad, o amor ardiente,
Le da alas a los pies, para ir de vuelo.
Con gran placer lo encuentran finalmente;
Luego sus ropas le cchau por el suelo,
Y dándole de amor otras señales,
Llegan de la Ciudad a los umbrales.

ENTRA CON POMPA EN JERUSALEN

Entrado a la Ciudad, ¡oh! qué alegría!
Qué regocijo, júbilo y festejo!
Quien por tierra su ropa le tendía,
Si otros con palmas le hacen el cortejo: (N²)
Quien flores mil le esparce por la vía:
¡*Hosanna, Hosanna*, canta el niño, el viejo,
Y un *Viva, Viva*, (se oye repetido)
El que en nombre de Dios nos ha venido!

Con vítores y aplausos populares
Hacia el templo primero se encamina:
Allí comparte gracias singulares,
Que manifiestan su virtud divina.
Ya ve el ciego, aun los altos luminares,
Rocto y derecho el cojo ya camina, (a)
El sordo adquiere oído el más agudo,
Y ya lo victorea el que era mudo.

Tanta solemnidad, tan grande fiesta.
No se verá jamás, ni antes fué vista:
Cada uno aplausos a Jesús le apresta,
Su oficina abandona todo artista.

(a) Et accesserunt ad eum caeci, et claudi in Templo: et sanavit eos.
Matth. xxi, 14.

De la villa, del campo y la floresta
Toda la gente a la Ciudad se avista;
Todo sendero está de gente lleno,
Aun de mujeres, con su niño al seno.

Mucho sonoro músico instrumento
Por todas partes plácido resuena:
Quien al clarín, quien da a la flauta aliento,
Uno el violín, guitarra el otro suena.
Jesús a cada paso obra un portento,
Libra al cojo y al ciego de su pena;
De su lepra lo limpia, o de su roña,
Al que le suena el pito o la zampoña.

Llega la voz de tan sonoros hechos
A casa del enfermo y del tullido:
Dejan, por ir al médico, sus lechos,
Y de Jesús cada uno es socorrido.
Al mirarlos en fuerzas ya rehechos
Todo el pueblo alza el grito conmovido,
Y con mil voces, que alegría excitan,
He aquí el Hombre Divino, todos gritan.

Viendo de Cristo el gran aplauso y fama,
Envidioso y mendaz, fiero, iracundo,
Con el Escriba el Fariseo exclama:
¡He aquí, que tras Jesús va todo el mundo! [a]
Todo usado artificio, toda trama
Para impedir su aplauso sin segundo
Nada nos aprovecha, ni nos basta:
Toda gente tras él, por ir, contrasta.

¡Ojalá! mi Jesús, rey soberano,
Ojalá! que arrastrado tras Ti fuese
El gentil, el hereje y el pagano,
Y a porfía todo hombre te siguiese.
Ojalá! lleno de fervor cristiano
Cada uno a Ti te amase y te sirviese!
Ojalá! yo el primero, oh Jesús mío,
Todo a Ti consagrarse mi albedrío!

(a) Pharisaei ergo dixerunt: Videtis quia nihil proficimus? Ecce mundus totus post eum abiit. Joan. xii, 19.

Otros mas cavilosos y peores,
Paliando en la lisonja la perfidia,
Le dan de Maestro el título, traidores,
Para cubrir del corazón su envidia.
Maestro, (le dicen) ¿no oyes los loores,
Que tu escuela te da? ¿No te fastidia
Tanto aplauso, nacido de ignorancia?
Reprime, oh Maestro, tanta petulancia. (a)

Es inútil, (Jesús responde airado)
Que le imponga silencio al hombre solo;
Si él callare, hablará cuanto hay criado, (b)
Sin lisonjas, disfraces y sin dolo:
Me elogiarán el monte, el valle, el prado,
Y todo cuanto veis de polo a polo:
Mis obras, mis milagros y mercedes
Aplaudirán las piedras y paredes.

Las bocas les tapó con tal respuesta;
Pero los Fariseos impacientes,
De ver que le hacen tanto aplauso y fiesta,
A la plebe amotinan insolentes;
Tanto que, de ellos, conmovida ya ésta,
Por fin a los tres días subsiguientes,
Al que tanto han honrado y aplaudido,
En Cruz, piden, que sea suspendido.

¡Oh! cuántas veces, ánima inconstante,
Recibes en tu pecho, en tus entrañas,
A tu dulce Jesús, tu esposo amante,
Y de placer en lágrimas te bañas.
Mas, pasado el fervor, en un instante,
Te armas de nuevas iras, nuevas sañas,
Y al que en tu alma tenías albergado,
De ti lo arrojas por un vil pecado.

Si el corazón del hombre es tan mudable,
Aunque me halle en fervor, entre temores
Debo siempre vivir: puesto que es dable,

[a] Magister, increpa discipulos suos. Luc. xix, 39.

[b] Si lí tacebunt, lapides clamabunt. Luc. xix, 40.

Que la culpa suceda a los fervores.
Este santo temor hará durable,
El fervor: que sin él, serán peores.
Las recaídas hechas en el vicio,
Que me arrastren al último suplicio.

Tú el buen ejemplo de la turba imita,
Que tres cosas junta ella a su maniobra,
Cuando obsequiar a Cristo solicita,
El corazón, la lengua, y mano a la obra:
Aquél en mil afectos lo ejercita,
La lengua le da elogios, aun de sobra,
Las manos en cortar ramos y palmas,
Con que le hacen a Dios gratas sus almas.

VUELVE JESUS A BETANIA PARA PASAR ALLI LA NOCHE

Habiendo sido tanta la alegría,
Tanta la pompa, júbilo y contento,
No hubo quien a Jesús, en aquel día,
Ni hospicio le ofreciese ni alimento. (N)
Sólo le aplaude aquel que no podía
Ni acogida exhibirle, ni sustento:
Por tanto, viendo al sol, que inclina a ocaso,
A Betania otra vez dirige el paso.

LUNES DE LA SEMANA SANTA

Al anhora del día subsiguiente
Vuelve Jesús a la Ciudad ingrata:
Misteriosa hambre en el camino siente,
De hallar un fruto en la higuera trata;
Pero era (al par de la judaica gente)

[N] Lo dice la Madre Sor María de Agreda con las siguientes palabras: «Aunque todos habían aclamado por Rey de Jerusalén a Cristo Nuestro Señor, no hubo quien lo hospedase, ni recibiese en su casa.» 2ª Parte, l. 6. numº 1124.

Sin fruto: en ramas y hojas se dilata:
Contra la cual su maldición arroja,
Y queda seca en tronco, en rama y hoja.

¿Cuál es tu hambre, oh Jesús, bien lo computo;
Yo soy la higuera estéril e infructuosa,
Donde encontrar deseas algún fruto,
De alguna obra perfecta y virtuosa,
No te he pagado hasta hoy un tal tributo,
Esto ocasiona tu hambre misteriosa,
Y esto a tu corazón pone en borrasca,
No hallando en mi otra cosa que hojarasca.

De mi esterilidad en consecuencia
Tu maldición yo la merezco y temo,
Mas tu suma bondad y gran paciencia
No querrá mi ruína y mal extremo.
Mientras creo y confío en tu clemencia,
No me maldigas, no, mi juez supremo;
Un fruto sazonado en cada obra,
Darte prometo, en gozo o en zozobra.

Llega Jesús, y al Templo se encamina,
Mira allí con horror, del Padre amante
Hecho el Templo, del tráfico oficina, [N²]
Lidiando el comprador con el mercante;
La mano arma de fiera disciplina,
De ceño y majestad viste el semblante,
Arroja a los culpados, los aterra,
Mesas, bancas, dinero echa por tierra. [a]

Tú, que en el templo estás irreverente,
En cuerpo y positura descompuesto,
Vagando entre animales con la mente,
Girando con los ojos inmodesto,
Piensa que tu Jesús, manso y clemente,
Es Juez severo y muy celoso en esto:
¡Teme, que el dado rígido castigo,
No haya de ejecutar también contigo!

(a) Matth. xxi, 12, et Marc. xi, 13.

MIÉRCOLES DE LA SEMANA SANTA

Parece que Jesús, todo este día,
En Betania quedase: y entre tanto
Allá en Jerusalén contra El se hacía
Otro nuevo Concilio, inicuo ¡oh cuánto!
Cubriendo la traición y alevosía,
De celo y religión bajo del manto:
Máquina del inicuo siempre usada,
Para paliar toda intención malvada.

Desde el primer sacrílego consejo,
Decretada tenían ya su muerte;
Se trata en ésto sólo del manejo,
Y del cómo y del cuándo y de qué suerte.
De engaños y de ardid se urde el complejo;
Que no se haga en la Pascua allí se advierte, (a)
Para que el pueblo, que lo estima y lo ama,
No pueda trastornar la urdida trama.

Judas, a quien del Maestro la doctrina,
Por opuesta a sus vicios, no le agrada,
De esta ocasión valerse determina
A la traición sacrílega y malvada.
Hacia a los Fariseos se encamina;
Les propone la venta ya ideada
De su Señor y Maestro soberano,
Por cualquier precio, púéstole a la mano.

Al sumo bien, al Dios sin semejante
Quiere vender y pone — ¡oh qué desprecio! —
El infame sacrílego mercante
A libertad de comprador el precio! (b)
Mas, cuando a Dios ofendo, yo arrogante
¿Acaso nuestro de El mayor aprecio?
Yo lo vendo, lo doy, de mí lo arrojó
Por un capricho o por un vil antojo.

(a) Diebant autem: Non in die festo etc. (Matth. xxvi, 5).

(b) Quid mihi vultis dare, et ego vobis eam tradam? (Matth. xxvi, 15)

¿Y en qué manos lo entrega? ¿a quién lo vende?
A enemigos, que el odio ha hecho furiosos,
De quienes bien le consta y bien comprende,
Que de darle la muerte están ansiosos.
Lo que le dan recibe y no contiene,
Que así a Jesús, como a él son injuriosos
En dar precio tan vil; que es pagamento
De un vilísimo esclavo o de un jumento.

Llenó a los Sacerdotes de contento
La que Judas les hizo inicua oferta:
Al temido del pueblo movimiento
Se cerraba, del todo, así la puerta.
Desfogar su furor y su ardimiento
Entre ellos se resuelve; y se concierta,
Que en el día solemne de la Pascua
Se sacrifique este Cordero al asca.

Aquí, oh ánima mía, reflexiona,
Que el que un siniestro afecto no reprime,
A una pasión mil otras esclabona,
Y forma la cadena que lo oprime.
A la avaricia Judas se abandona,
Y porque a esta pasión no la suprime,
Comete odio, traición y hasta deicidio,
Y de sí mismo el horrible homicidio.

JUEVES SANTO

Por fin, del Jueves, venturoso y santo,
Compareció la suspirada aurora;
No sé si diga, que bañada en llanto,
La muerte de Jesús anuncia y llora;
O si más bien se ve, risueña tanto
Que alegra el valle y la montaña dora,
Y al hombre, que entre grillos, vil se abate,
Su libertad le anuncia y su rescate.

¡Oh Jueves felicísimo y dichoso,
En que se obraron cosas prodigiosas,

En que, con el tesoro más precioso,
Al hombre lo enriqueces y lo endiosas!
Del hombre el serafín queda envidioso,
Pues no sólo en figuras misteriosas,
Sino que en realidad obtiene hoy día
A Dios por su manjar y compañía!

Jueves, una y mil veces santo y pío,
Que poniendo a Jesús entre cadenas
Destrozas las que al hombre inicuo, impío,
Sus culpas le habían puesto y las ajenas.
De Adán y de Eva el sumo desvarío
Jesús a reparar, con sumas penas,
Hoy nos viene: y de espinas se corona. (a)
Por dar de gloria al hombre la corona. (b)

¡Oh feliz Jueves! Jueves sacrosanto,
No sólo al viador acá en el suelo,
Feliz también, si puedo decir tanto,
Para todo beató allá en el Cielo:
Serás loado con perpetuo canto,
Darás eterno júbilo y consuelo,
Y sin que alternación del tiempo lleyes
Al Emérico serás eterno Jueves!

Lleno Jesús de gozo extraordinario,
A Pedro y Juan que vayan les ordena,
Con tiempo a preparar lo necesario
A la Pascual, descada última Cena: (c)
«Veréis (les dice) entre tanto hombre vario
Uno, que lleva cántara bien llena
De agua: seguidlo, y donde entrare el hombre
Pedid al dueño hospicio allí en mi nombre. (d)

(a) Exiit Jesus portans coronam spinam. (Joan, xix, 5).

(b) Quid est homo?....Gloria et honore coronasti eum. (Psal. viii, 5 y 6).

(c) Et misit Petrum et Joannem. (Luc., xxii, 8).

(d) Occurret vobis homo amphoram aquae portans: sequimini eum in domum in quam intrat. (Luc. xxii, 10).

«Le diréis que ya el tiempo prefinido,
A reparar del hombre la ruina
Por medio de mi sangre, está cumplido,
Y que ya está mi muerte muy vecina: (a)
Que ir a cenar con él he decidido
Y que diga cuál pieza me destina, [b]
Que en esta Pascua haré mi última cena,
Lo que placer me da, más bien que pena.

«Ver os hará una sala muy hermosa,
De tapices y alfombras adornada: [c]
Ella (dirá él) y cualquier otra cosa
Para vosotros queda destinada.
Agradeced su oferta cariñosa,
Y allí sea la cena aparejada; [d]
Prevenid de antemano y con esmero,
Lechugas, panes ázimos, cordero».

A cuanto el Salvador predicho había
Todo correspondió cumplidamente.
El por la tarde de aquel mismo día
En camino se puso con su gente:
La cual se admira al verlo, que a porfía
Presuroso camina y diligente; [e]
Reputando tardíos los momentos,
Que no le llevan presto a sus tormentos.

Luego que llega, a casa se endereza
Del generoso noble caballero, (N²)
Que lo recibe lleno de terneza;
Con señales de amor fino y sincero;
La amistad, el cariño y la fineza
De este pío israelita verdadero,
También se extiende, con su flama activa,
De Jesús a la pía comitiva.

(a) Tempus meum prope est. [Matth., xxvi, 18].

(b) Ubi est diversorium, ubi Pascha cum discipulis meis manducem. [Luc. xxi, 11].

(c) Et ipse ostendet vobis coenaculum magnum stratum. [Luc. xxi, 12].

(d) Et ibi parate. [Luc., xxi, 12.]

(e) Et praecedebat illos Jesus et stupebant. [Marc., x, 32.]

Al Cenáculo encuentran ya aprontado
Todo lo necesario y expediente,
Bordón, lechugas, pan no fermentado,
Y el cordero que aún balar se siente.
Este inmediatamente es inmolado:
Con su sangre rocían inocente
Las puertas de la casa y sus umbrales,
Que a Dios le son de amor claras señales. [a]

Al asador espetan el cordero,
Que a lo largo del cuerpo va ensartado;
Y extendidos los brazos de un puntero,
Forma la imagen de un crucificado.
Jesús lo mira asar muy placentero,
Meditando, que El es el figurado,
Que con el fuego de su amor ardiente,
Asado será en cruz, al día siguiente. (N)

(a) Erit autem sanguis vobis in signum in aedibus in quibus eritis: et videbo sanguinem et transibo vos: nec erit in vobis plaga, etc. [Exod. xii, 13. Ibid. 23.]

(N) Cuando llegó Jesús al Cenáculo con el resto de sus discípulos, encontró que los otros dos tenían ya todo preparado; y viendo después asar el cordero, lo consideró (según se explica Alápide) como una viva imagen y figura de su próxima muerte. «Que circa Christus veniens domum, vidensque assari, in eo quasi in viva sui imagine intuebatur suam crucifixionem, in qua ipse simili modo distendendus, clavis affligendus, et igne tum doloris, tum magis amoris, postera die assandus erat in cruce». Añade fuerza a esta consideración la que dicen aquí los Padres con San Justino Mártir (in Dial. cum Triph.) esto es, que para asar el cordero se espetaba a lo largo en el asador, y porque mejor se asase, se le ponía también un como travesaño a los brazos, en forma de crucifijo. Es también notable, lo que en los pies de los corderos observa Francisco Luca, así: «Nescio autem quid vulnere perpetuo gerant agni in mediis pedum volis, non absimili modo, quo Salvator noster ex Cruce reservat in manibus et pedibus fixuram clavorum».

LA CENA LEGAL

Jesús en tanto que el cordero se asa
Ciñe el vestido, se calza de zapatos,
Toma el bordón: y todos los de casa
Imitan semejantes aparatos;
Sacado ya el cordero de la brasa,
En uno solo y no en diversos platos,
De la mesa en el medio se coloca,
Y no hablando aún Jesús, nadie lo toca.

Todos están en pie, nadie se sienta,
Prontos — si se ofreciere — a la partida,
Que esto tal ceremonia representa,
Aludiendo de Egipto a la salida.
Y esto a mí me amonesta, esto me alienta:
Si he de pasar de aquesta a la otra vida,
Debo portarme como peregrino,
Placeres no buscando en el camino.

Jesús, que del cordero es figurado,
A sus doce discípulos les dice:
«Comed, gustad de este cordero asado,
Que mi muerte figura y la predice.
Veréis en cruz otro cordero aspado,
Que vuestra dicha hará suma y felice;
También de él comeréis con gran contento
Y será a vuestras almas de alimento».

Empiezan todos a comer de priesa (a)
Las amargas lechugas y el cordero,
Con los úzimos panes; que en la mesa
No se halla otro manjar más placentero.
Quien opípara quiere la dehesa,
Ser de Jesús no puede compañero,
Que la frugalidad sólo apetece
Y la glotonería la aborrece.

Observa aquí y atentamente mira,
De los doce discípulos la pena,

[a] Et comedetis festinanter. [Exod., xii, 11.]

Que de cada uno al rostro se transpira,
Haciendo con tremor su tenue cena:
Del Salvador también la cara admira,
Que de jovialidad y gozo llena,
Muestra estimar como felice suerte
La que le espera, en breve, hórrida muerte.

No debía quedar residuo alguno (a)
Del inmolado y único cordero:
Proporciona su parte a cada uno,
Para que se comiese por entero.
Sólo un residuo dejan oportuno,
A María, mujeres y hospedero,
Quienes comiendo de él lo consumaron,
Y ellos también la Pascua celebraron.

Mira también la pena y la congoja,
Que a las mujeres las aflige tanto,
Que a sus mejillas humedece y moja.
El que vierten sus ojos, tierno llanto.
Sólo María, ni un suspiro arroja,
Ni da alguna señal de su quebranto;
Con magnánima paz y tolerancia,
De su Jesús imita la constancia.

CENA COMUN Y ORDINARIA

Depuestos de una parte los bordones,
A la cena común toman asiento,
Pero llenos de afán sus corazones,
Les asoma al semblante el sentimiento.
Jesús, para calmar sus turbaciones,
Les dice entonces lleno de contento:
«Jamás han sido mis deseos otros, (b)
Que de verme a esta cena con vosotros.

«Yo os tengo dicho y ahora os lo repito,
Que ésta es mi última Pascua, última cena:
De aquel de Eva y Adán viejo delito,

[a] Nec remanebit quidquam ex eo usque mane. [Exod., xii, 10.]

[b] Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum. [Luc., xxii, 15]

A mí me toca soportar la pena.
Lavarlo con mi sangre solícito,
Para sacar al hombre de cadena;
Y mientras la hora dilatarse veo,
Más y más se enardece mi deseo. (a)

«Ya yo engolfado en alto mar me miro
Con un mar proceloso, hórrido y fiero;
De una en otra onda borrascosa girò,
Donde en sangre anegado, al fin, yo muero. (b)
Entre agonías mil por fin yo espiro:
Y de Jonás ya la ballena espero,
Que al puerto me eche bienaventurado,
Donde seré de gloria coronado.

«Esta, que os he hecho ver débil pintura
De mi terrible muerte y tau cercana,
Que, con horror de toda criatura,
Ejecutada la veréis mañana,
No os debe ocasionar tanta anargura,
Que pase a ser una tristeza insana;
Os traerá todo bien, mas ningún daño,
De mi acerba Pasión el caso extraño.

«No tanto la polilla o la carcoma
Al vestido o al leño lo consuna,
Aunque voraz lo roa o se lo coma,
Cuanto el gusano de una pena suma.
Del hombre al corazón lo roe y doma,
O de pesar la carga que lo abruma. (c)
A los que están en la tristeza opresos
Se les secan las carnes y aun los huesos. (d)

«Si esta cena en verdad es la postrera
Que hago en carne mortal, os aseguro
Que allá os espero en la celeste esfera

[a] Et quomodo coarctor usque dum perficiatur. [Luc., xii, 50.]

[b] Et tempestas demersit me. (Psalm. 68, 3.)

[c] Sicut timea vestimento, et vernis ligno, ita tristitia viri nocet cor-
di. [Prov. 25, 20.]

[d] Spiritus tristis exsiccat ossa. [Prov. 17, 22.]

A otro convite celestial y puro; [a]
Allá hallaréis la saciedad entera,
Que acá no puede dar el mundo impuro:
Y porque de él hicisteis abandono,
Os sentaréis, para juzgarlo, al Trono». (b)

Estos discursos, mientras se comía,
Con su dulzura suma y gran terneza,
El Soberano Maestro les hacía,
Para echar de sus pechos la tristeza;
Por medio de mi muerte, les decía,
Herederos seréis de gran riqueza; [c]
Si huérfanos quedáis, nada os aflija,
Que mi Divino Padre ya os prohija. (d)

Entre los otros franco y arrogante,
Judas disimulando su reato,
Torvo en sus ojos, fiero en su semblante,
Comía con Jesús a un mismo plato. [e]
Dijo Jesús al vérselo delante:
«Entre vosotros sé, que hay un ingrato;
Que ya a mis enemigos me ha vendido!
Le fuera a éste mejor no haber nacido!» [f]

Luego que los demás oyeron esto,
El uno al otro atóvito se mira,
De la tristeza en el lugar y puesto
Se introduce el temor, el celo y la ira.
Lleno cada uno de un pavor honesto
De su conciencia en los retretes gira,
Y aunque nada halla que le dé molestia,
¿Soy yo, Señor? pregunta con modestia. [g]

(a) Ut edatis et bibatis super mensam in regno meo. [Luc. xxii, 30].

(b) Et sedeatís super thronos iudicantes duodecim tribus Israel. [Luc. xxii, 30.]

(c) Deglutiens mortem, ut vitæ eternæ hæredes efficeremur. (I. Petr., iii, 22).

(d) Qui prædestinavit nos in adoptionem filiorum per Jesum Christum. [Ad Ephes. 1, 5.]

(e) Ecce manus tridentis me, mecum est in mensa. [Luc. xxii, 21].— Qui intingit mecum manum. (Matth., xxvi, 23.)

(f) Bonum erat ei, si natus non fuisset. (Matth. xxvi, 24.)

(g) Numquid ego sum, Domine? (Matth., xxvi, 22.)

Llegó a tanto de Judas la impudencia,
Que intentó hacer excusa de inocente,
De todos preguntando a la presencia,
¿Si por ventura él era el delincuente? [a]
Jesús, disimulando su insolencia,
Con baja voz, que apenas él la siente,
Porque cubiertos queden sus deslices:
«Así es — le respondió — como tú dices». [b]

¡Oh paciente Jesús! ¿qué es lo que yo hago,
Con mi ofensor, o que ofensor lo creo?
La leve injuria, o de ella sólo amago,
A todos la descubro y la veo.
Ultrajándolo, a mi ira satisfago,
Con torvos ojos y amargor lo veo.
¿Cómo podré, oh Jesús, reinar contigo,
Si no imito tu amor al enemigo?.....

¡Oh! cuántas veces yo, por mis delitos
Y gravísimas culpas, he quedado
Hecho enemigo tuyo!..... entre precitos
Digno de ser mil veces arrojado!
Serían mis tormentos infinitos,
Si Tú entonces me hubieses condenado;
Mas aún temo el castigo y tu abandono,
Si al enemigo mío no perdono.

LAVA EL SALVADOR LOS PIES A SUS DISCIPULOS

Sabiendo el Salvador que el Padre puso
En sus manos cuanto hay de tierra y cielo,
A los suyos lavar los pies dispuso,
De rodillas echado por el suelo. [c]
Mi entendimiento aquí queda confuso,
Pues no hallo conexión, aunque la anhelo;
Y a unir tanto poder tengo trabajo
Con ejercicio tan humilde y bajo.

(a) Numquid ego sum, Rabbi? (Matth., xxvi, 25.)

(b) Ait illi: Tu dixisti. (Ibid.)

(c) Sciens (Jesus) quia omnia dedit ei Pater in manus..... surgit a caena.....
et cepit lavare pedes discipulorum. (Joun. xii, 3, 4, 5.)

Si de tus manos el poder es tanto,
Fabrica nuevos ciclos, nuevos mundos,
Cria otro Adán más obediente y santo,
Forma otros hombres de virtud fecundos,
Purga esta tierra de miseria y llanto;
Y a lavar no te abatas pies inmundos
De viles pescadores: que no es prueba,
Que tal acción un gran poder embeba.

En el exordio de Jesús brillante
Ninguna inconexión hallar pretendas:
Su grande potestad pone delante,
Cuán grande es su humildad para que entiendas.
Si tú, hombrecillo ruin, vil, ignorante,
Huyes de la humildad todas las sendas,
Mira a Jesús, que es Dios omnipotente,
Cómo se echa a los pies de pobre gente.

Concluída, por fin, la común cena,
Jesús deja la mcsa, en pie se para:
De por sí solo y sin ayuda ajena,
A la grande obra se arma y se prepara,
Mejor que no hizo Marta y Magdalena,
Con más aseo, expedición más rara;
Como si el Salvador, en este oficio,
Hubiese estado siempre en ejercicio.

Reteniendo su interna vestidura,
Su vestido exterior Jesús depone,
Se ciñe una toalla a la cintura,
Que apta a enjugar los pies, pendiente pone,
Echa el agua en el vaso, y con dulzura
Que por orden se sienten les impone:
¡En tal arnés de siervo y de criado,
El Criador se pone arrodillado!

Preparaos, dichosos pescadores,
A recibir del Maestro soberano
La más fina señal de sus amores,
Que a lavaros los pies, ya llega ufano.
Aunque haya en vuestros pies malos olores,
El os descalzará de propia mano, (N^a).

Que su humildad a todo está ya lista,
Y ofende a su humildad quien la resista.

Pide a Pedro los pies para lavarlos; (N²)
Lleno el Apóstol de estupor profundo,
O de humildad más bien, no quiere darlos.
«Soy hombre, él dice, indigno, vil, inmundo;
De tus divinas manos, ni tocarlos
Nunca permitiré, pues me confundo,
Más bien renuncio las celestes llaves,
Que permitir, Jesús, que tu me laves.

«¿Tú a mí? lavar los pies? ¡Dios Soberano! (a)
Deidad incomprendible e increada!
A mí? que sólo soy un vil gusano,
Podredumbre, ceniza, polvo y nada!
No lo intentes, Señor, porque es en vano,
No habrá jamás quien a ello me persuada:
A cuanta instancia hicieres amorosa,
Yo eternamente me opondré a tal cosa.» (b)

«Oh Pedro, Pedro! piensa en lo que dices!—
Jesús con mausédumbre le responde —
Preveo tus caídas y deslices:
En tu indocilidad gran mal se esconde.
Si a lo que yo hacer quiero contradices,
¿Adónde irá tu fe? tu amor adónde?
Si intentas oponerte de este modo,
Perderás fe y amor; perderás todo.

«Yo bien sé, Pedro, que tu resistencia,
Es en parte humildad; y es ignorancia (c)
De la altísima suma providencia,
Que este acto encierra en sí, de gran substancia.
Déjame obrar, depón tu inobediencia,
No intentes impedir con tu arrogancia
Los grandes bienes que esta acción encierra,
Para gloria del Cielo y de la tierra.

(a) Domine, Tu mihi lavas pedes? (Joan, xiii, 6.)

(b) Non lavabis mihi pedes in aeternum. (Idem., xiii, 8.)

(c) Quod ego facio, tu nescis modo. [Joan., xiii, 7.]

«Si no sabes ahora el gran motivo,
Tú lo sabrás después [a]: y si aún quisieres
Mantenerte obstinado y negativo,
Y dejarte lavar no permitieres,
Ya tu suerte o destino es decisivo,
Ya numerado entre precitos eres;
¡Si no te lavo, debes condenarte! [b]
Ni conmigo, de hoy más, tendrás ya parte!»

Mientras así habla el Soberano Maestro,
Sus palabras a Pedro le son flechas,
Que pues el Flechador le arrojó diestro,
A herirle el corazón le iban derechas:
Confiesa ya su proceder siniestro,
Pide perdón de las repulsas hechas,
Y le dice a Jesús: «Señor, empieza;
He aquí mis pies, mis manos, mi cabeza. (c)

«Cual está en manos de nutriz prudente
Recién nacida criatura tierna,
A quien le lava atenta y diligente,
Ya una mano, ya mi brazo, ya una pierna,
Con el agua ya helada, ya caliente,
Sea de mar, de río, de cisterna,
Sin que la criatura se le oponga
A lo que de ella la nutriz disponga:

«Así, ¡oh Señor!, me pongo yo en tus manos,
Que, aunque viejo, soy tierna criatura,
Nacida de los rayos soberanos
Que ha infundido en mi pecho tu luz pura.
Ya yo detesto mis conatos vanos,
En querer impedir la lavadura:
Y a no desmerecer tantas mercedes
De cabeza a los pies lavarme puedes.»

«No, Pedro,—dijo el Salvador amante,—
Lavar no necesita el cuerpo todo,

(a) Scis autem postea. [Joan., xiii. 7.]

(b) Si non laveris te, non habebis partem mecum. [Idem. Ibid. 8.]

(c) Domine, non tantum pedes meos, sed et manus et caput. (Ibid. 9.)



Quien ya lo tiene limpio: le es bastante
Que sólo de los pies se quite el lodo. (a)
¡No has visto al nadador, que en lo restante
Sale del agua limpio y no halla modo,
Cuando a la playa se recobra amena,
De evitar a los pies lodo o arena?

«Ya estáis limpios vosotros, fuera de uno (b)
De cuyo pecho veo la malicia,
Que espera sólo hallar tiempo oportuno
Para hacerme traición con su caricia. (c)
De éste, que es infeliz más que ninguno,
El mal tuvo principio en la avaricia;
Si en su principio el mal no se extermina,
Tarde llega después la medicina.»

De pensado Jesús esta saeta
Vibró al de Judas obstinado pecho,
Por ver si lo despierta, y no cometa
La pérfida traición, ni su despecho.
Mas no bastó ni esta amorosa treta,
Para impedir que Judas haga su hecho;
Y estas de amor industrias malogradas,
Le son al Salvador fieras lanzadas.

Rendido por fin Pedro, empieza Cristo
A lavarle los pies..... ¡Oh Serafines!
¿Qué hacéis allá en el cielo? ¿no habéis visto
Lo que en tierra hace un Dios? ¡Oh Querubines!
Venga cada uno de vosotros listo,
Presurosos bajad a estos confines,
Impedidle a Jesús tanta bajeza,
Haced por El, lo que El a hacer empieza.

Cada uno al Salvador atento mira,
Su vil arnés observa y vestidura;
Pero le asombra más, y más le admira
Su humildad, su modestia y compostura;

(a) Qui lotus est, non indiget nisi ut pedes lavet. [Joan., xii, 10.]

(b) Et vos mundi estis, sed non omnes. [Idem. ibid.]

(c) Sciebat enim quisnam esset, qui traderet eum. (Ibid. 11.)

Mientras los pies lavando a todos, gira,
Su amor, su afecto y adoración más pura,
Le tributa cada uno, y no se atreve
En su lugar a introducirse aleve.

Vedlo también vosotros, ¡oh mortales!,
Y os maraville su humildad profunda:
Por vosotros Jesús da ejemplos tales,
No hagáis que su humildad quede infecunda;
No llegue, no, jamás, ni a los umbrales
De vuestros pechos, la altivez inmundada;
Tened por infalible, almo proverbio,
Que peor que Luzbel es el soberbio.

Quizá Judas, al ver a Dios postrado
A sus fétidos pies, remedio enenentre,
Y conozca a su Dios; pero el malvado
Otro Dios no conoce que su vientre.
Ya está a sus pies Jesús, manso, humillado;
Pero, en vez que en sí mismo el traidor éntre,
Se obstina más, y a su Señor y Dueño
Le ceba los pies con arrogancia y ceño.

¡Oh cuánto de Jesús aquí reluce
La mansedumbre y la bondad inmensal!
Por ver si a buen partido lo reduce,
¡Cuántas caricias al traïdor dispensa!
Hace cuanto a su dicha y bien conduce,
Parece que a ganarlo sólo piensa;
Arrojado a sus pies, ruga por ruga,
Se los lava, los besa y los enjuga.

Parece que lloroso así le diga:
«A tus pies vesme aquí, cual vil esclavo,
Lleno de amor, que sin huir fatiga,
Los pies aun con mis lágrimas te lavo.
Yo desco tu bien, el cual me obliga,
Por ver si mudas de tu intento pravo,
De este acto de humildad a usar contigo,
Porque quedes mi Apóstol y mi amigo.



«Debes hacer de esta fineza alarde
Y arrojar el veneno de tu pecho,
Sin que te desespere ni acobarde
Esa grandeza del deslíz que has hecho:
La conversión, ¡oh Judas!, nunca es tarde,
Tú en la amistad de Dios serás rehecho,
Si prontamente y sin poner demoras,
Tu gran delito y tu perfidia lloras.»

ADMONICIÓN DE CRISTO A LOS DISCÍPULOS DESPUÉS
DE LAVARLES LOS PIES.

Teniendo allí toda su escuela junta,
Después que concluyó la obra exquisita,
Valiéndose Jesús de una pregunta
A la atención sus ánimos excita.
«¿Sabéis (con energía les pregunta) [a]
Lo que he hecho con vosotros? Quien no imita
El de humildad ejemplo a todos dado,
A los tartáreos reinos será echado.

«Yo, de la humana carne me he vestido;
He dejado mi Trono allá en el Cielo;
Del Empleo a la tierra me he abatido
Para ser de humildad norma y modelo.
La humildad a enseñaros he venido,
De haberos dado ejemplo me consuelo:
Por rudo inútil maestro yo contemplo,
Al que no da, de lo que enseña, ejemplo.

«Vosotros me llamáis Señor, Maestro, [b]
Y ése es mi nombre propio y adecuado.
Quien de otro modo parla, habla siniestro,
Y ser merece de mi escuela echado:
Luego, si yo que soy el Señor vuestro,
A vosotros los pies os he lavado,
Debéis, en conclusión, también vosotros
Lavar los pies los unos a los otros.» [c]

[a] Scitis quid fecerim vobis? [Joan., xiii, 12.]

[b] Vos vocatis me Magister et Dominus: et bene dicitis: sum enim.
[Joan., xiii, 13.]

[c] Si ergo ego lavi pedes vestros, Dominus et Magister: et vos debetis
alter alterius lavare pedes. [Id. Ibid. 14.]

¡Oh qué argumento!, ¡oh qué ilación divina!
Que no hay filosofía que la eluda,
La lógica del hombre aquí no atina
A desatarla o a ponerla en duda:
Quien evadirla intenta, desatina,
La mente que se opone, es necia y ruda:
Debo, pues, sujetar mi entendimiento
A tau divino, enérgico argumento.

Dico después a todos de su boca:
«De humildad el ejemplo ya os he dado: [a]
Ahora, pues, os pertenece y toca
Poner por obra lo que os he enseñado. (b)
Sería presunción o ambición loca,
Si el siervo pretendiere, o el criado,
Sobre el señor o el amo mayoría,
O el enviado ser más que el que lo envía. [c]

«Ya estas cosas vosotros las sabéis, [d]
Pues ya otras veces las habéis oído:
Dichosos, felicísimos seréis,
Si la obra corresponde a lo sabido;
No, por saber, felices os haréis,
Sí, por hacer el bien ya conocido:
Conocer la virtud; no es grande cosa, (e)
Sólo es grande el obrar la acción virtuosa.»

Los ejemplos de Cristo luminosos,
Que te jactas saber desde pequeño,
Para que no te sean ruinosos,
De imitarlos te ponen en empeño:
Si para ti los dejas como ociosos,
Causarán tu ruina y tu despeño:
Y serán tus azotes más atroces,
Cuanto más sus ejemplos los conoces.

[a] Exemplum enim dedi vobis. [Joan., xii, 15.]

[b] Ut, quemadmodum ego feci vobis, ita et vos faciatis. [Ibidem.]

[c] Amen, amen dico vobis, non est servus major domino suo, neque apostolus major est eo, qui misit illum. (Joan., xiii, 16.)

[d] *Servus, qui cognovit voluntatem domini sui..... et non fecit secundum voluntatem ejus, vapulabit multis.* (Luc., xii, 47.) Si haec scitis, beati eritis, si feceritis ea. (Joan., xii, 17.)

(e) Non enim magnum est virtutem cognoscere, sed studiose agere. (Cyril. Alex. 19, in Joannem, c. 9.)

INSTITUYE EL SEÑOR EL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Perdonad, oh Jesús, mi atrevimiento,
Si yo hombrecillo vil, necio, ignorante,
Que reputado soy por un jumento,
Porque soy, en verdad, su semejante;
Perdonad mi osadía y ardimiento,
Si yo presumo hablar, loco, arrogante,
De un misterio el más alto, el más divino,
Do todo entendimiento pierde el tino.

Pero, si así te agrada, y tú lo ordenas,
¡Tu asistencia, oh Jesús, pido e imploro!
De mi discurso el plomo o lodo apenas,
Tú puedes convertir en plata u oro:
Parecerán mis expresiones buenas,
Dictando Tú lo que no sé e ignoro;
Yo seré, Jesús mío, solamente,
De lo que Tú dictares, escribiente.

Antes mas bien que vivas expresiones
Pido, que llamas de tu amor infundas
En el mío y ajenos corazones,
Ya que de caridad y amor abundas.
Haz que estos rudos, lánguidos renglones,
Centellas de tu amor sean fecundas,
Que en el trabajo, que a tu honor emprendo,
Sólo tu mayor gloria yo pretendo.

Al hablar de Misterio tan sublime,
No sé cómo empezar, yo lo confieso;
De tanto asunto la arduidad me oprime,
Y de un justo temor yo quedo opreso.
Las palabras y voces me suprime
El mismo amor, que a este Señor profeso:
Pues aun mejor a Cristo reverencio,
Loándolo más bien con el silencio. [a]

(a) Te decet hymnus (silentium) Deus in Sion. [Psal. 64, 2].—Tibi silentium, tibi laus: silent omnia, ubi de te laudando agitur.—Ex interpretatione Joau. Bptae. Du Hamel.

Tomo más de una vez la pluma en mano,
Y cuanto más discurso y mente apuro
Para escribir de tan divino arcano,
Me quedo más confuso y más obscuro:
Todo conato, todo empeño es vano,
Cuanto escribo borrar luego procuro,
Y aun los que sin borrar dejo renglones,
No dejan, no, de ser rudos borrones.

A Ti también yo imploro, ¡oh gran María,
Inmaculada Madre y Virgen pura!
Si de Dios la inmortal sabiduría
Se albergó, hecha en tu seno, criatura,
Rayos de luz difunde al alma mía,
Para hablar con acierto y con cordura;
Tus influjos espero, a larga mano,
Ya que ninguno a Ti recurrió en vano.

El Sacerdote Eterno, sumo, inmenso,
Y de Melquisedec según el orden,
Más que al castigo, a la piedad propenso,
Para expiar aquel primer desorden,
Que ocasionó en el hombre un mal intenso.
Y que Dios y él en amistad se acuerden,
Su cuerpo y sangre, de la Cruz en la ara,
En sacrificio a dar ya se prepara.

Pero antes que celebre aquel sangriento,
Sobre la cruz, tremendo sacrificio,
El quiere instituir el Inocente
(Que todo ceda en nuestro beneficio)
El Augusto, el Divino Sacramento,
Que en vino y pan quiere dejar propicio
De aquella Sangre y de aquel Cuerpo mismo,
Que ha de dar en la Cruz con heroísmo.

Concluida que fué la obra estupenda
De caridad y de humildad profunda,
Vuelve a la mesa, como si pretenda
A ella sentado hacer cena segunda.
Sía que ninguno todavía entienda
El misterio de cena tan jocunda.

Jesús les dice, lleno de contento,
Que cada uno a la mesa tome asiento.

Lo miraban con pasmo y reverencia,
Conociendo en sus ojos y semblante
Que acaso hacer quería, en su presencia,
Alguna obra o milagro el más brillante:
Lo hizo de hecho, mayor de su creencia,
Pues es de los milagros el gigante,
Que en los reinos, provincias y ciudades,
Con estupor lo admirara las edades.

De la cena anterior había quedado
Todavía, en la mesa aparejada,
Algo de vino y pan no fermentado,
Y otro plato de cosa sazonada.
Ya Jesús de aquel pan había ideado
Hacer la obra magnífica y sagrada,
Toma en su mano el pan y se suspende,
Los ojos alza y en su faz se enciende.

Mientras así Jesús queda suspenso,
Considera y revuelve allá en su mente
Que la obra que hacer piensa, un bien inmenso
Causará al Cielo y a la humana gente:
Que será al Padre el más gentil incienso,
Que ella será memoria eternamente (a)
De cuantas Dios obró mil maravillas,
En grandes reinos o en pequeñas villas.

Tiene aún los ojos hacia el cielo alzados,
A su Divino Padre omnipotente,
De quien sus hechos son avalorados,
Y de quien el poder tiene igualmente:
Por los que ha hecho milagros señalados,
Lo adora y le da gracias dignamente:
Su alto poder y majestad implora,
Para el que quiere ejecutar ahora.

(a) Memoriae fecit mirabilium suorum etc. [Psalms, cx, 4.]

Con bendición particular bendice (N)
El pan que tiene en su divina mano:
El gran misterio les explica, y dice,
Que se despojen del sentido humano,
Que a la fe del Misterio contradice:
Que en aquel pan, de pan ya no hay un grano,
Que a la substancia de él se ha subseguido
Todo entero su cuerpo, allí escondido.

(N) Promueven algunos escritores la duda de cuál fuese el rito observado de Cristo en él bendecir este pan, o de cuál señal él usase. Algunos fueron de parecer, que lo bendijo con la sola elevación de las manos y ojos al cielo, crando al Padre, como parece que bendijo a los Apóstoles en el día de su Ascensión, cuando *elevatis manibus benedixit eis*. Otros, fundados en aquel hecho del Redentor, referido de San Marcos al cap. x cuando, bendiciendo el Señor a algunos niños, ponía sobre ellos la mano: *Et complexans eos, et imponens manus super illos benedicebat eos*, argumentan, que con sólo el tacto hubiese Cristo bendecido aquel pan. El Litano, in 1^a ad Corinth. c. xi y Hugon, in Marc. xiv. juzgan que esta bendición no fuese otra cosa que la misma consagración del pan. A lo que parece adherir Odon Camerac, exponiendo el Canon de la Misa con estas palabras: *Accipit panem et benedixit, idest suum Corpus fecit. Qui primus erat panis, benedictione factus est caro.*

El P. Donato Calvi, en su Propriumó Erc^o Resol. 59, después de impugnar estas sentencias con eficaces razones, establece que Cristo bendijo aquel pan con la santísima señal de la Cruz, como practicamos comunmente nosotros en nuestras bendiciones. A la objeción que a primera faz parece fuerte, esto es: que no es creíble, que el Salvador para bendecir aquel pan, se valiese de la señal de la Cruz, porque en aquel tiempo de la última Cena, no estaba todavía santificada la Cruz con la muerte del Redentor: responde que, aunque no se hubiese ejecutado todavía su muerte sobre la Cruz, ésta le estaba no obstante, de continuo, en el pensamiento, y pretendía con la institución de aquel divino Sacramento dejar al mundo un memorial de su santísima Cruz, pasión y muerte; y para radicar esto en sus secueces, hizo sobre aquel pan el signo de la Cruz, enseñando, a sus Apóstoles el rito de bendecirlo. Ni debemos decir nada en contrario, viendo que, en el tremendo Sacrificio del Altar, es uso de la Iglesia, que llegando el Sacerdote a aquellas palabras *Benedixit*, extiende la mano y forma sobre aquel pan el signo de la Cruz. Uso introducido por apostólica tradición de los mismos Apóstoles, a imitación ciertamente de su Maestro, que tal rito les enseñó, como escribe Salmerón: *«Ex usu Ecclesie habetur Crucis signatio super hostiam, quam ex tra-*

De maravillas ya informados tantas,
Consagra el pan que es ázimo y sincero,
Con aquellas palabras sacrosantas:
«Este es mi Cuerpo real y verdadero, (a)
Que por vosotros y por todas cuantas
Gentes vendrán al tiempo venidero,
A una muerte feroz será entregado
E ignominiosamente en cruz clavado.»

Luego que el Salvador esto concluye,
Haciendo de aquel pan varios fragmentos,
Su mismo Cuerpo a todos distribuye
Con que quedan devotos y contentos.
Aun al infame Judas no le excluye, (N²)
Aunque le consta y sabe sus intentos,
Por ver, si de este modo, acaso quiera
Su furor aplacar aquesta fiera.

Con el vino Jesús hace otro tanto,
Obrando casi de la misma suerte,
Casi usando del mismo rito santo.
Lo consagra y en sangre lo convierte,
Y entre ellos lo reparte todo cuanto: [b]
«Esto haréis en memoria de mi muerte, [c]
Bebed — les dice — que es la Sangre mía [d]
Que ha de lavar la humana culpa impía.»

Los Apóstoles quedan ya endiosados,
Con tan suero manjar, con tal bebida,

dilitione apostolica provenisse credimus, quam viderunt Apostoli primum a Christo observatam, et in lege veteri indicatam.» Y no sólo sobre la Hostia nos dejó el Señor el rito de formar la Cruz, sino también el de designarnos en la frente: por lo cual San Jerónimo sobre las palabras de Isaias, *Et ponam in eis signum*, dice: «Hoc nobis ad Patrem ascendens Dominus deliquit, sive in nostris frontibus posuit, ut libere dicemus: Signatum est super nos lumen vultus tui, Domine.»

(a) Hoc est corpus meum, quod pro vobis datur. [Luc., xxii, 19.]

(b) Accipite et dividite inter vos. [Luc., xxii, 17.]

(c) Hoc facite, quotiescumque bibetis, in meam commemorationem. I ad Corint. xi, 25.

(d) Hic est enim sanguis meus Novi Testamenti, qui pro multis effundetur in remissionem peccatorum. [Matth., xxvi, 28.]

Y a la Patria celeste destinados,
A gozar de inmortal y eterna vida.
Pero a Judas, por mal de sus pecados,
De tósigo le sirve esa comida,
Sin que la Carne y Sangre del Cordero
Le mude el corazón bárbaro y fiero.

¿No viste por ventura en la floresta
Al jayán animal, que ardiendo en ira
O de impura pasión que le molesta,
Robles y cedros destrozando gira?
Con armas de marfil todo lo infesta;
Pero, si acaso encontradizo mira
Venirle un corderillo por delante,
Queda halagüejo y manso el elefante. [N]

Aunque seas malvado, inicuo y fiero,
¿Por qué, oh traidor, de condición no mudas,
Si al Divino mausísimo Cordero
Lo albergas en tu pecho? ¿Por qué dudas
Hacerte de El, amigo verdadero?
¿Nos haces conocer que eres, oh Judas,
(Si al Divino Cordero no conoces,)
Más fiero que las fieras más feroces!

Como a formar el Salvador venía
Un pueblo espiritual, de culpa exento;
Y, de hecho, ya con él se establecía
Un nuevo pacto, un nuevo Testamento,
Con su Divina Sangre pretendía
Firmar y echar el sello al instrumento;
Y porque siempre el pacto nos durara,
Su Cuerpo y Sangre nos dejó en el Ara.

(N) Si elephantus feritate effertur, statim ad igni conspectum mansuescit, inquit Gillius. Cui subscribit Calvus his verbis: elephans ferens ariete viso quiescit, ac conflatescit impetus. Porro, refert Solinus c. 28. Elephantes si conferis pecoribus occurrerent, itinera sibi blanda et placida manu facere, ne quod obvium animal interimant. Miram siquidem exhibent erga oves mansuetudinem, ut ne furore praecipites in eas saeviant.

Porque hasta el fin del mundo nos quedase
Un tanto Sacramento y Sacrificio,
Dió al hombre potestad que consagrarse,
De Sacerdote entrando en el oficio,
Y que el hombre a Jesús representase
En el acto de hacer este ejercicio:
Porque jamás Ministros faltar puedan,
Dispuso que unos a otros se sucedan.

«Esto, — que es de su amor invención rara,
Por quedar con el hombre acá en el suelo,
Mientras no vaya a verlo cara a cara
Después de feliz muerte allá en el cielo—
Esto, dijo Jesús, siempre que al Ara
De celebrar tuviereis el consuelo,
Haced con gran fervor, hasta aquel día
En que yo vuelva, y por memoria mía.»

¡Oh celestial manjar, manjar divino,
Que a sustento del hombre preparado,
De pan en las especies y de vino
La saciedad perfecta nos has dado:
Ya el hombre viador y peregrino,
Contigo, más que Elías esforzado, [a]
Con el pan que de Ti fué una figura,
Del monte celestial sube a la altura!

Del Criador la voz omnipotente,
Que crió el cielo, el sol, astros y estrellas,
Y cuanto tiene ser, o que ha sido ente,
Entre tan varias criaturas bellas:
Esa voz criadora, aquí eficiente
Con el mismo poder que crió aquéllas,
De pan en accidentes y de vino,
Su Sangre y Cuerpo nos dejó divino.

En su fuente se gusta aquí la gracia,
Que se dispensa en místicos raudales;
La mente aquí y el corazón se sacia,
Percibiendo mil gustos celestiales.

[a] Comedit..... et ambulavit in fortitudine cibi illius..... usque ad montem Dei Horeb. — in Reg., xiv, 8.

A su placer el alma aquí se espacia,
Y hasta del cielo llega a los umbrales,
Y halla en su trono, y goza sin desdenes,
Al Supremo Dador de tantos bienes.

Es de este pan muy varia la fortuna,
Vida al justo le da, muerte al culpado:
La alma que de la culpa llega ayuna,
La vida encuentra en este pan sagrado.
Es el mañana, que todo gusto aduna,
Y aquel que come de él, queda endiosado,
Todos los bienes en tal pan percibe
Porque al Autor de todo bien recibe.

No aquí el escriba o fariseo venga,
Ni el lobo indigno tome a este Cordero:
Quien la veste nupcial en sí no tenga,
No llegue aquí con hábito grosero;
La inmunda boca de beber se abstenga
El néctar de aquel cáliz placentero,
Pues por justa sentencia se convierte
En veneno mortal, que le da muerte.

Este es pan a los hijos destinado,
Que no se debe echar al can rabioso,
Ni es para el cuerpo impuro este bocado,
Ni debe darse al áspid venenoso.
Cualquiera que al Altar llega en pecado,
Es can, es cuervo, es áspid insidioso,
Que en lo que come o bebe sobre el Ara,
Su veneno y su muerte se prepara.

De esta vianda celestial, divina,
Sólo quien se halla en culpa está excluido,
Mientras que a su pecado no extermina,
Llegando enteramente arrepentido:
Que si en culpa a las Aras se avecina,
El pan a dar la vida instituido,
Le da la muerte; y por su devaneo
Del Cuerpo y Sangre de Jesús es reo. (1)

(1) Quicumque manducaverit panem hunc, et biberit calicem Domini indigne, resurget corporis et sanguinis Domini. (1. ad Corin. xi, 27.)

Fué de la Macedonia ley expresa,
Que comensal ninguno se sentase
A gustar las viandas de la mesa,
Si un jabalí primero no matase. [N]
Se requería de él esta proeza,
Para que así el manjar más le gustase;
Que más dulce el bocado nos parece,
Cuando algo al conseguirlo se padece.

Nadie a la mesa con Jesús se sienta,
Si no persigue al jabalí furioso
De aquel pecado que perderlo intenta,
Si antes él no lo mata victorioso.
Jesús de tal victoria se contenta,
Y acariciando al vencedor glorioso,
Su mismo Cuerpo y Sangre le prepara,
Por manjar y bebida sobre el Ana.

Monstruoso jabalí, deforme y fiero,
De Judas en el pecho Jesús mira,
Que de concierto con el canckerbero,
Al lago Estigio conducirlo aspira:
Con gran pena el mansísimo Cordero
Su obstinación y su fiereza admira;
Y al ver, que en su perfidia se endurece,
Más se aflige Jesús, más se entristece.

Ya se asoma a su rostro la tristeza,
Que luego se propaga y comunica
Entre aquellos que lo aman con terneza,
Y que cada uno con un ¡ay! la explica.
De Jesús sobre el pecho la cabeza,
Afligido el mancebo Juan la aplica,

(N) Refert Athenaeus l. 5. Dipnosopistarum, c. 11. Macedones in more habuisse, ut nullus discumberet inter convivas, nisi prius aprum extra retia interfecisset: tunc enim licebat illi in convivio sedere.

Difficilis spumantis aprí venatio, qualem nutrit in umbrosis Attica terra jugis.

Lex tamen a Gracis longos servata per annos principit hanc jaculis exagitare feram. Nec cuique licuit solemni accumbere mensa, nisi prius unum extra rete necasset aprum.

En donde encuentra todo su consuelo,
Y cuantas hay delicias en el cielo.

Viendo Pedro, que Juan de Cristo al pecho
Se recuesta a tomar allí reposo, — (a)
Que por fuerza ha de ser en un tal lecho
El descanso feliz y delicioso, —
Le dice que a Jesús del pérfido hecho,
Le pregunte el traidor, infame, odioso:
A Juan, Jesús responde preguntado,
«Aquel es, al que el pan yo hubiese dado.» (b)

Esto le sirvió a Juan de cifra clara,
Para que al vil traidor reconociese,
Bien que Jesús, con tal fineza rara,
Más bien ganar a Judas pretendiese;
Pero sólo sirvió la acción preclara
Para que él más y más se endureciese,
Y entrando Satanás en su vil pecho, [c]
Más lo instigase a concluir el hecho.

Apenas tomó Judas el bocado,
Que volviendo el antídoto en veneno,
Fija en Jesús su ceño encapotado,
De odio, rabia, furor y de ira lleno.
Viéndolo en su perfidia ya obstinado,
Jesús le dice plácido y sereno —
Sin que lo entiendan ni aun los circunstantes —
«Lo que quieres hacer, hazlo cuanto antes.» [d]

Mas no por esto el Salvador pretende
Estimularlo a una traición tan fea,
Sólo quiere mostrarle que comprende,
Lo que él maquina, y lo que hacer desea.
Que El lo permite, sólo porque entiende
Que ésta la voluntad del Padre sea;

(a) Cum recubisset ille supra pectus Jesu, dixit ei: Domine, quis est?
(Joan., xiii, 25.)

(b) Respondit Jesus: ille est, cui ego intinctam panem porrexero.
(Idem., Ibid., 26.)

(c) Et post buccellam introivit in eum Satanás. (Idem., Ibid., 27.)

(d) Et dixit ei Jesus: Quod facis, fac citius. (Joan., xiii, 27.)

Y El tiene de morir mayor deseo,
Que no él de hacerse de su muerte reo.

De Judas ya el eucouo a furor pasa,
Que agitado de furias infernales,
Deja a Jesús y sale ya de casa,
Para nunca volver ni a sus umbrales.
Si alguna luz le alumbraba es muy escasa,
Para evitar sus inminentes males,
Que al ver faltarle de esperanza el jugo,
De sí mismo se hará juez y verdugo.

Salido ya de casa el revoltoso,
Jesús respira un aire mas propicio,
Serena el rostro, muéstrase gustoso,
Queda en concordia y paz todo el hospicio:
De una casa la paz turba y reposo,
De un solo inieuo la maldad y el vicio.
Jesús aquí a los suyos les predica:
El y su Padre en Él se clarifica. (a)

Larga cosa sería y redundante
Querer tejer la tela hilo por hilo,
Del discurso larguísimo, elegante,
Que hizo aquí el Salvador, con dulce estilo.
Cada uno le oye atento y vigilante,
Con la alma absorta y corazón tranquilo;
De su doctrina y dichos el tesoro,
A sus oídos son cadenas de oro.

Dijo cuanto decir le era preciso,
Y luego que el discurso hubo acabado,
Dar gracias por la cena al Padre quiso,
En Orfeo divino transmutado.
Mejor que no se canta al Paraíso,
Este Salmista, este David sagrado,
Cantó hechizando con la voz, cual suya,
Una dulce *larguísima Aleluya*. (N²)

(a). Cum ergo exisset, dixit Jesus: Nunc clarificatus est filius hominis: et Deus clarificatus est in eo. [Joan., xiii, 31.]

Si de un Orfeo al lírico instrumento
Aun los peñascos vienen atraídos,
Jesús atrae con su dulce acento
Los corazones más empedernidos.
En esta su atracción no hay fingimiento,
No imanes fabulosos y fingidos,
De hecho su voz deleita, atrae y tira,
Y más cuando haga, de la Cruz, su lira. (a)

Ya que hay quien llame al Salvador Divino,
Ya león, ya gusano, ya cordero:
Yo, al escuchar su canto peregrino,
Sagrado Cisne apellidarlo quiero,
Que hallándose a la muerte ya vecino,
Por sí mismo cantar quiere primero
El funeral y exequias de su muerte, (b)
Que tan cercana y tan atroz la advierte.

Cantado el himno, y de su Madre amante,
Con mil lágrimas mutuas, despedido;
Ya formada la Iglesia militante,
Su Apostolado en todo ya instruído,
Para regir la Iglesia en adelante;
Ya el Sacramento Augusto instituído,
A los suyos les dice: «¿Qué esperamos?
¡Ea, queridos, levantáos, vamos!» (c)

[a] Et ego si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsum [Jouu., xii, 2.]

Omnia, Christe, trahis crucis exaltatus in aram.
Flebilibusque moves saxea corda modis.
Tensa super lignum fidibus meliora canoris Membra,
Novum superis exhibuere melos.
Corpus nempe tuum plectro resonantius omnia
Allieit: hanc servat nobilis ara lyram.
Illa animas rupes, et ferrea pectora mollis.
Deque lupis blandas officis, Agnus, oves.

(b) Dulcia defecta modulatur carmina lingua cantator Cygnus funeris ipse sui. Mart.

(c) Surgite, camus, [Joa., xiv, 25, 31]. Hymno dicto exierunt in montem Oliveti. [Matth., xxvi, 30.]

ENTRA EL SALVADOR EN EL HUERTO Y EXPRESA
SU TRISTEZA A SUS DISCÍPULOS

No al bipartito monte fabuloso,
No a la florida cumbre del Parnaso,
No a la cima del Pindo delicioso,
Hoy quiere dirigir mi Musa el paso;
Ni de Apolo el laurel quiero frondoso,
Ni beber de las aguas del Pegaso:
Hoy será más sublime mi remonte,
De las Olivas al sagrado Monte.

¡Oh Eterno Padre, Padre de las luces,
Eterno resplandor, luz increada,
Luz de quien nace luz y luz produces,
Y que a luz me has sacado de la nada,
Y a fuerza de mil luces me conduces,
A la de luces celestial morada:
Aquí tu luz también divina imploro,
Y porque luz me des, yo gimo y lloro!

A la luz de la nada me sacaste,
Formandó de la nada, en mí, otra nada,
Que aunque nervios y huesos me adaptaste, (a)
Barro viviente soy, greda animada;
Soy, en el mundo vil, inútil traste,
Y alhaja con razón tan despreciada:
A esta mi nada, oh Padre Eterno, aviva,
Dándome al escribir una luz viva.

¡Oh Espíritu Divino, que procedes
Del mutuo amor eterno e infinito
Del Padre e Hijo, a quienes nunca puedes
Dejar de amar y verlos de hito en hito!
No eres de Ellos menor, ni los excedes;
Eres llama de amor, fuégo exquisito,
Que sabes incendiar los corazones,
Comunicando tus sagrados dones.

Sin tu divina unción no puede el hombre
A tus ojos hacer nada loable;

(a) Ossibus et nervis compegisti me. [Job. x, 11.]

Ni el invocar con mérito tu Nombre,
Sin tu interna moción, al hombre es dable;
Bien que la lengua lo profiera y nombre,
Ni a él meritorio le es, ni a Ti agradable.
¡Oh Espíritu Divino! ser ungido
De esta divina unción, yo imploro y pido.

¡Oh Hijo, que al Padre, inmenso, incomprensible,
Y al Espíritu Santo, en todo igualas,
Inmortal al par de Ellos e impasible,
Vistes, como Ellos, de las mismas galas:
Mas, por amor del hombre hecho pasible,
Te han dado tu bondad y tu amor alas.
Para volar desde el empíreo cielo,
A vestirte, del hombre, el mortal velo!

Fuiste abeterno del Eterno Padre,
De verdadero Dios, Dios verdadero;
Al seno virginal de pura Madre,
Alma y cuerpo tomaste, humano y vero:
Aunque a tu ser divino no le cuadre,
Te apropiaste de Adán el desafuero;
Para borrar su error y su injusticia,
Hostia de amor te hiciste y de justicia.

¡Oh Salvador amante!, Tú me inspira,
Para poder cantar de alguna suerte
Quién pretende, quién causa, quién conspira,
A tus penas, dolores, cruz y muerte.
Que si muy destemplada está mi lira,
Tu asistencia la temple y la concierte,
Tanto que sacar pueda su sonido,
De quien osó ofenderte, algún gemido.

¡Oh Hija querida del Eterno Padre,
Esposa del Divino Fuego activo,
Del Hijo pura, immaculada Madre,
De Santa Trinidad el Templo vivo!
No hay elogio que a Ti mejor te cuadre,
Ni hallo otro para Ti más expresivo,
Que de Dios Trino y Uno, sin ejemplo,
Eres Hija, eres Madre, Esposa y Templo.

Para escribir ya me hallo en la palestra,
Pero tengo la vena y pluma enjuta:
Tú, ¡oh María!, me seas guía y maestra,
Como fuiste de Ignacio allá en la gruta.
Como a él supiste dirigir la diestra,
Dirigirás la mía; sin disputa,
Que del mismo procedo, hijo soy suyo;
Y Tú asistirme debes, que soy tuyo.

Huerto fecundo, o ya jardín aueno,
Vergel florido, albergue delicioso,
Formó Dios hacia el campo Damasceno,
Para que el hombre allí fuese dichoso: (N²)
De delicias el huerto estaba lleno,
Sólo un árbol allí le fué ruinoso,
Del cual Dios le vedó comer el fruto,
Mas lo indujo a comer el diablo astuto.

Este fué para el hombre el fatal huerto,
Principio de su mal y su ruina:
Quizá evitado hubiera en un desierto
La diabólica astucia serpentina;
Pero entonces Jesús no hubiera muerto,
Ni se habría visto acá su Faz Divina. (a)
El quiso permitir aquel delito
Para sacar de allí bien infinito.

El Salvador, de huertos es amante,
Varios tiene El, en donde siembra o planta,
Y encuentra mies, ya escasa, ya abundante;
El mundo lo es, donde la mies no es tanta;
Es su huerto la Iglesia Militante;
Su huerto es o jardín la ánima santa,
Donde, con su favor, la mies abunda,
Porque, con nuevos riegos, la fecunda.

Lleno de caridad y amor sincero,
Como segundo Adán Cristo ha venido

(a) Se disputa en las escuelas.—An, Adamo non peccante, Christus Dominus venisset?—No se hubiera visto la Faz Divina, en opinión de quien defiende la sentencia negativa.

En busca del perdido Adán primero,
Para buscarlo en donde lo ha perdido.
Provocado de un pomo lisonjero,
Y en un huerto, del diablo combatido,
Perdió así, perdió al hombre y la batalla;
Y en un huerto, Jesús lo busca y lo halla.

Si, en un huerto, su ruina tuvo el hombre,
Ya su reparo en otro huerto empieza,
Que de Getsemaní tiene el renombre.
Y del monte Olivar es la cabeza.
De delicioso no merece el nombre,
Que hórrido más bien es por su maleza;
Para que el ual del huerto ameno y vario
Se pueda reparar con su contrario.

Con sus once discípulos camina
Hacia a este Huerto el Salvador Divino;
Tanto abrojo que encuentran, tanta espina
Les hace duro y áspero el camino.
Anublada la luna no ilumina,
La tetra noche hace perder el tino;
Aun el divino Sol sus luces puras
Las esconde, y le toca andar a oscuras.

Todo el camino es hórrido y molesto.
De la noche el silencio es alto y grave,
En su cueva o su nido se han repuesto
A reposar todo animal, toda ave;
Pero rompe un silencio tau funesto
Jesús con su hablar dulce y suave,
Con los que hace discursos a su escuela,
La instruye, la conforta y la consuela.

De su hablar meliflúo en el decurso
Contra ellos hace una amorosa queja,
Venida muy al caso a su discurso:
Con que en grande temor los pone y deja.
«Antes que haga la noche entero el curso,
Puesto que vuestro Maestro ya se aleja.

Todos puestas en fuga— os lo perdono —
Me dejaréis, les dice, en abandono.» (a)

«Así sucederá, yo os lo prevengo,
Pues ésta es una de aquellas profecías,
Que con dolor en mi memoria tengo;
Así lo vaticina Zacarías:
Yo oficio y nombre de pastor mantengo,
Y sois vosotros las ovejas mías;
Herido yo, por rumbos bien diversos,
Iréis desparramados y dispersos.»

Todos hacen magníficas promesas,
De amor, fidelidad y gran constancia;
Pedro se ofrece a hacer grandes proezas,
En todo lance, en toda circunstancia;
A su favor tendrá las armas tiesas,
Contra cualquier orgullo o petulancia,
Ni le harán titubear de alguna suerte,
Las cárceles, los grillos o la muerte. (b)

Fiado en lo que siente allí en su interno,
Con arrogancia afirma y se protesta,
Que aun se opondrá a las furias del averno,
Aunque venga Plutón puesto a su testa;
Que ni el mundo, ni el cielo, ni el infierno,
Ni tempestad habrá recia y funesta,
Que de Jesús lo aparte o lo divida, (c)
Por quien antes dará su alma y su vida. (d)

«¿Tu alma por Mí pondrás? ¿Darás la vida? (e)
Jesús le dice, ¡oh Pedro, no presumas!
Naufragio hará tu nave combatida.

(a) Omnes vos scandalum patiemini in me in ista nocte. Scriptum est enim etc. [Matth. xxvi. 31.]

Este discurso, dice Salmerón que lo hizo Cristo en este camino al huerto. T. 10, tr. 10, p. 101.

[b] Domine, fecim paratus sum et in carcerem, et in mortem ire [Luc. xxii. 33.]

(c) Etsi omnes scandalizati etc. [Matth. xxvi. 33.]

(d) Animam meam pro te ponam. (Joan. xiii. 37.)

(e) Animam tuam pro me pones? (Joan. xii. 38.)

De un borrascoso mar; en las espumas,
Si no quedare siempre sumergida,
A mi Bondad, dar debes gracias sumas.
Antes que el gallo, oh Pedro, haya cantado,
Ya por tres veces tú me habrás negado.» (a)

¿Y yo flo de mí? ¿y no me arredro,
Que soy flaco y propenso a mi ruina?
Si al tan amante y fervoroso Pedro,
Tan gran culpa Jesús le vaticina?
Si a roer llega la carcoma al cedro,
Si un leve impulso hace caer la encina,
Yo entre tanta pasión, que cruel me doma,
¿No temo la caída o la carcoma?

Inmediato al ingreso de aquel huerto,
Un cóncavo peñasco se erigía,
De espinoso verdor siempre cubierto,
Que a la vista y al tacto horror ponía;
Brindaba con su seno siempre abierto,
Si alguno dentro de él entrar quería;
Y era dulce acogida al peregrino,
Que teme fuera de él peor destino.

Aquí Jesús llegado paso a paso,
A los ocho discípulos detiene;
O porque hagan la guardia, o porque acaso
Por más flacos y tímidos los tiene.
Para que no haya en su virtud atraso,
Les encomienda mucho y les previene,
Que estén contra el demonio vigilantes (b)
Y en hacer oración sean constantes.

(a) Non cantabit gallus, donec ter me neges. (Ibid.)

(b) Cum pervenisset ad locum, dixit illis: Orate, ut intretis in tentationem. (Luc., xxii, 40.)

HACE ORACIÓN Y SUDA SANGRE

Un insólito, tético accidente,
De funesta, mortal melancolía,
En su pecho Jesús serpearle siente,
Que le reduce casi a la agonía.
A Diego, a Juan, a Pedro, el más valiente,
Comunica el afán que le oprinía:
«Siento — les dice — una aflicción tan fuerte, [a]
Que me reduce a términos de muerte.»

Lleva consigo a Pedro, Juan y Diego,
Y con ellos al huerto entra y se interna;
Pero se aparta de ellos desde luego,
Y se retira solo a la caverna.
Quiere aquietar, con la oración y el ruego,
La que siente crecer congoja interna,
Se postra, adora al Padre, lo bendice, [b]
Y entre sollozos mil así le dice:

«¡Oh Padre mío, Eterno, Omnipotente,
Que te doblas al ruego y al gemido,
Aun del impío, inicu y delincuente,
Y pones tus ofensas en olvido;
Pues ¡cuánto más oirás al inocente!
Y cuánto más a tu Hijo tan querido!
Te ruego, oh Padre, en lágrimas deshecho,
Quites esta congoja de mi pecho.

«Para beber el cáliz que me ordenas,
El ánimo está pronto a obedecerte,
Entregando mi Cuerpo a las cadenas,
A los clavos, azotes, cruz y muerte;
Pero la carne flaca, a tantas penas,
De horror se llena y de tan dura suerte.
A Ti recurre ¡oh Padre! ¡oh Dios terrible!
Pase de mí este cáliz, si es posible. (c)

(a) Tristis est anima mea usque ad mortem. (Marc. xiv. 34).

(b) Procidit in faciem suam, orans et diem etc. (Matth., xxvi. 39).

(c) Pater mi, si possibile est, transeat a me calix iste. (Matth., xxvi. 39).

«Mas, si de que yo muera más te agradas,
Contigo me conformo y me contento,
Mis mejillas ofrezco a bofetadas,
Que me escupan el rostro yo consiento;
Sean, pues, mis espaldas azotadas,
Por cruel verdugo y hórrido instrumento;
Vengan, aun cuando estés ya satisfecho,
A mis labios la hiel, la lanza al pecho.

«Sea de vil canalla escarnecido,
Empuñaré por cetro una vil caña,
Púrpura vestiré, seré ceñido,
Cual rey juglar, de una corona extraña;
Seré en barba y cabellos remecido,
Desfogue en mí el infierno su ira y saña,
Que si así Tú lo quieres, yo lo quiero,
Y a mí querer el tuyo yo prefiero.» (a)

Hecha ya de oración la primer hora,
Cual de los suyos superior celoso,
Va a visitar, si allí se duerme o se ora,
O si están en vigilia o en reposo.
Hallándolos dormidos, gime y llora [N²]
Que den al sueño un tiempo tan precioso,
Que darlo a la oración era preciso,
Porque el mal no les venga de improviso.

A todos los reprénde dulcemente,
Sin dar nombres de pícaro o bellaco;
A Pedro, que preciaba de valiente,
Le dice: «Aquí te muestras el más flaco;
¿De estar yo vigilante y diligente,
Es éste ¡oh Pedro! el fruto que yo saco?
Aun habiéndote dado ejemplo ahora,
¿No has podido conmigo orar una hora?» (b)

Vuelto a los otros dos, dice halagüeño:
«En todo habéis a Cefas imitado,

(a) Non sicut ego volo, sed sicut tu. (Matth., xxvi, 39).

(b) Et dixit Petro: Sic non potuistis una hora vigilare mecum? (Matth., xxvi, 40).

En las valentonas y en el sueño,
Y la oración, como él, habéis dejado.
Ea, velad y orad con más empeño, (a)
Que de riesgos el tiempo está preñado:
Mundo, demonio y carne os hacen guerra;
Con la oración los echaréis a tierra.

«Pensad cuán diligente y vigilante
Está el traidor, que trata de prenderme:
El no pierde de tiempo ni un instante;
Por hacer su hecho, ni reposa o duerme.
Velad, pues, de la noche en lo restante,
No ya para venir a defenderme,
Sino para obtener de Dios firmeza,
Que, huyendo, no mostréis vuestra flaqueza.»

Hecha esta admonición de amor fecunda,
Con que a un tiempo los arma y los consterna,
Se va a hacer de oración la hora segunda,
Retirado otra vez en su caverna. (N²)
Melancolía singular, profunda.
Nueva congoja y agonía interna,
Con mayor fuerza al Salvador le asalta,
Tanto, que al pecho el corazón le salta.

Por tanto, en ademán devoto y pío,
Postrado dice, con el rostro al suelo: [b]
«Tu voluntad divina ¡oh Padre mío!
Se haga en la tierra, como fué en el cielo,
A ella sujeto mi alma y mi albedrío.
Hacer tu voluntad es mi consuelo;
Pero si Tú lo quieres, si es posible,
Pase de mi este cáliz tan terrible.»

(a) *Vigilate et orate, ut non intretis in temptationem.* (Matth., xxvi, 41).

(b) *Procidit in faciem suam.* (Matth., Marc. et Luc.). Se echó, pues, Jesús, con el rostro por tierra: lo que que explica el P. Salucróu diciendo: *Erubescibat levare faciem ad Deum, cum peccata totius mundi sustineret, ut publicanus apud Luc, xviii, 13.*

Mira al Señor Jesús, ánima floja,
Que en ferviente oración El se mantiene,
Bien que lleno de afán, tedio y congoja,
Y aun cuando lo que pide no lo obtiene; [N]
Ni de esta privación quejas arroja:
La voluntad de Dios, por suya tiene,
Su voluntad a la de Dios conforma,
Para servirte de ejemplar y norma.

Confiere, ¡oh tibio!, aquí tus oraciones,
Con las de El; su fervor con tu tibieza,
Con su grande atención tus distracciones,
Y con su diligencia tu pereza.
¡Oh cuántas más merecos reprensiones
Por esa tu desidia y languidez,
Que allá no merecieron, no de cierto,
Los que se adormentaron en el huerto!

Si ellos tuvieron culpa, fué muy breve: [N]
Al sueño les indujo inevitable,
La cena, que no fué ni escasa o breve,

(N) Esa proposición parece oponerse a estas otras dos del sagrado Texto. 1º *Exauditus est pro sua reverentia.* (Ad Hebr. v, 7.) La 2º: *Ego autem sciebam, quia semper me audis* (Joan., xi, 42) Yo, en mi proposición, sólo intento decir, que la oración de Cristo no obtuvo evitar la muerte, bien que obtuvo muchas otras cosas, tanto para sí cuanto para otros. Para sí, que pudo padecer otros tormentos, que no padeció; para los mártires obtuvo que padeciesen el martirio con animosidad y alegría, sin probar el cáliz de aquella angustia y agonía interna etc. Véase el P. Salmerón, T. 19, trat. 13, p. 122.

Para justificar más mi proposición, óigase otra semejante del mismo P. Salmerón, T. 10, traec. 12, pág. 113: «Denique ipso Dei Filius, quo nos consolaretur, *precatu est, nos impetravit, ut non miderent, si interdum orantes exaudimur minime; quia non est discipulus supra magistrum.*»

(N) Hablando del sueño de los Apóstoles, el P. Salmerón cuestiona si ellos pecaron o no en esto; y responde: *In hoc autem non nihil peccarunt, non tamen ad mortem.* Tom. 10, trat. 13, pág. 123.

El cansancio y tristeza intolerable; [a]
El frío y la humedad del agua o nieve,
Hacían su modorra disculpable;
Pero tú desde que a orar empiezas,
Te distraes, te duermes o bostezas.

Su segunda oración Jesús termina,
No por tedio, fastidio o ligereza,
Que de esto es incapaz su alma divina,
Sino por obra de mayor nobleza.
Su grande caridad, ardiente y fina,
Temiendo de los suyos la flaqueza,
Lo lleva allá, sin otro fin diverso,
Que de darles vigor, aliento, esfuerzo.

A los suyos despierta, no reprende,
Como hecho había en la anterior visita;
Que el solo despertarlos ya comprende,
Que a dolor y a vergüenza les excita.
Que en oración estén sólo pretende,
Y que estén vigilantes solicita:
«Velad, les dice, con mayor empeño,
Que no os venza el demonio con el sueño!

«Es el demonio cual ladrón astuto,
Que espera que en la casa estén dormidos,
Para lograr de su asechanza el fruto;
Cuando los ve en el sueño sumergidos,
Los roba y deja en aflicción y en luto:
Pero si escucha voces y gemidos,
Huye el ladrón y acometer él duda.
Al que clama, al que gime y pide ayuda.

«Clamad, gemid, pedid ayuda al Cielo,
Para no entrar en tentación alguna;
Vuestra oración, por fin, vuestro desvelo,
La gracia os obtendrá más oportuna,
Con que al diablo venzáis en tanto duelo:
Que, si al sueño cedéis y os importuna,

(a) Invenit eos dormientes prae tristitia. (Luc., xxii. 15).

El tentador se hará más insolente,
Y aun a dejarme, es fuerza que él os tiene.

Dicho esto, se va a orar la vez tercera;
Y como la congoja más lo aflija,
Que no hizo en la segunda o vez primera,
Hace oración más férvida y prolija;
Dándonos a entender de esta manera,
Que más larga oración de aquél exija,
Que tiene mayor cruz, o más pesante,
Y éste, en orar, ser debe más constante.

La misma petición aquí replica: (a)
Bien que esta vez, con un mayor conato,
Los gemidos y ruegos multiplica,
Y se está en oración más largo rato.
Con términos sumisos Él explica
Su gran resignación; sin aparato
De voces y palabras redundantes,
Del mismo modo se conforma que antes.

Mas, ¿cuál será la pluma, lengua o mente,
Que escribir, expresar o entender pueda,
Todo cuanto Jesús padece y siente,
Sin que de mucho su penar no exceda?
Mi mente, pluma y lengua balbuciente,
Llena de pasmo, suspendida queda;
Ni escribir, ni expresar, ni pensar puedo,
Porque hecho estatua del asombro quedo.

Este asunto más bien dejar quisiera,
Que con vivos colores lo expresase
Un serafín de lá celeste esfera,
Y él su congoja y penas nos pintase.
Tanta su angustia, su aflicción tanta era,
Que fué forzoso que su Padre enviase
Un nuncio celestial de orden supremo, (N³)
A confortarle en su penar extremo.

[a] *Iterum abiens oravit, eundem sermone[m] dicens.* (Marc., xiv, 39).

Ya baja el Paraninfo de la gloria,
Y le presenta un cáliz a sus ojos,
Dónde esmaltada está toda la historia
De su pasión con mil matices rojos.
Su muerte allí se le hace bien notoria,
Ve allí clavos, azotes, lanza, abrojos,
Mira ya el árbol de la cruz plantado,
Que de su sangre debe ser regado.

«Oh! ¡cuántos, dice, inexplicables frutos
De este árbol nacerán al Cielo, al mundo!
Los ángeles, los hombres y aun los brutos,
Tendrán su dicha en árbol tan fecundo.
Los tartáreos espíritus astutos,
Confinados serán al lago inmundo;
Del delito que Adán y Eva habían hecho,
Quedará el Padre más que satisfecho.»

Con semejantes otras mil razones,
Que no le son al Salvador ignotas,
El decreto del Padre y decisiones,
Confortándolo a un tiempo, le hace notas;
Que ablandará los duros corazones,
Con esa Sangre de sus venas rotas;
Con tener rotos pies, costado y palmas,
Hará conquista de infinitas almas.

Lo ensalza, lo bendice y glorifica,
Aplande su paciencia y fortaleza,
La caridad inmensa magnífica,
Que usa a la humana vil naturaleza;
Con mil dulces palabras molifica
Su angustia, su congoja y su tristeza;
Del sangüíneo sudor, que ya prorrumpe,
Con un velo lo enjuga y lo interrumpe.

La que en tierra cayó Sangre preciosa,
Por divina virtud brotó al instante
La roja, la violácea y blanca rosa,
Bellísima cada una y muy fragante.
De ellas una corona muy hermosa,
Le teje luego el Angel confortante;

A Jesús se la pone en la cabeza,
Y queda confortado en su tristeza. (N)

Pero luego que el Angel desaparece,
Se pone el Salvador en mayor pena;
La angustia y la congoja más le crece,
Y de amargar el corazón le llena.
A éste que ya desmaya y desfallece,
Con su sangre socorre cada vena;
A recibirla el corazón se opone,
Y en agonía el Redentor se pone.

Del corazón la sangre rechazada,
Quisiera a su lugar volver acaso,
Mas ya de nueva sangre está ocupada
Toda vena, y arteria, y todo vaso.
Errante va girando y extraviada,
A su curso o salida busca el paso;
Hace, por fin, hallándose impedida,
Por los poros del cuerpo su salida.

Esto causó lo que sudor se llama,
Y lluvia fué más bien copiosa y roja,
Que de su corazón Jesús derrama,
En sangre liquidando su congoja.
Bañado de esta sangre el suelo, clama,
Y al Cielo más clamores ella arroja,
Que no hizo la de Abel sangre inocente,
Que ésta es de un Hombre Dios Omnipotente.

Perdóname, ¡oh Jesús!, la semejanza,
Pues aquella de Abel sangre vertida
Sólo clamaba al Cielo por venganza,
Contra el injusto, inícuo fratricida;

(N) El antiquísimo Hegisipo, citado del P. Juan Gregorio de Jesús María, escribe aquí una circunstancia, que no es de omitirse y por eso la he puesto en la precedente octava, no como adorno poético, sino como relación histórica. Dice pues así: *Guttae sanguinis currentis in terram, versae sunt in flores, quae fuerunt Rosa rubra, Rosa violacea et Rosa candida; et Angelus fecit de illis coronam, quam possunt capiti Jesu; et Jesus confortatus est.* Hegisipp. 1, anim. Fidel. apud Joan. Greg. in horto lect. 18.

Mas la tuya con gran semejanza,
Es imposible que otra cosa pida,
Sino piedad, misericordia, asilo,
Para que tu ofensor viva tranquilo.

La de Abel clama a Dios por el castigo,
Sólo por el perdón clama la tuya: [a]
Tú derramas la sangre como amigo,
Por fraterno odio, Abel vertió la suya.
Tu sangre de tu amor nos es testigo,
Cuando odio solamente la otra arguya;
La vida quitó a Abel la ira fraterna,
Nos dan tu amor y sangre vida eterna.

Mas no es flaqueza; no, ni cobardía,
Lo que ocasiona este sudor sangriento:
Es animosidad, es valentía,
Y es de sí mismo un noble vencimiento.
La humanidad del Salvador temía
Sujetarse a sufrir tanto tormento;
De este temor la sangre se hizo aliada,
Por eso de Jesús fué rechazada.

Aquí, oh alma cobarde, a Jesús mira,
Y de él aprende el modo de vencerte:
El ora, El clama, El gime y El suspira,
Y en copioso sudor su sangre vierte.
De sí arroja la sangre que conspira
A preservarlo de su acerba muerte;
De ti, así arroja, si te son insanos.
Sean los ojos, sean pies o manos. [b]

La angustia, la congoja, afán y anhelo,
Sangre le hizo sudar en copia tanta,
Que en arroyos corría por el suelo,
De púrpura vistiendo a cada planta.
Se hizo el huerto jardín digno del cielo,
Vergel que aun a los ángeles encanta,

[a] Melius loquentem quam Abel. [Heb. xii, 24.]

[b] Si autem manus tua, vel pes tuus: et si oculus tuus scandalizat te, eruc eum etc. (Matth, xvii, 8, 9.)

Que Jesús cultivó con sus sudores,
Y con su sangre matizó las flores.

¡Ay! mi dulce Jesús, por Ti suspiro!
Mi corazón se llena de amargura
Cuando bañado en sangre yo te miro,
Desfigurada toda tu hermosura! [a]
Tu infinita bondad y amor yo admiro,
Que te enamores de una criatura,
Y que así la ames con amor tan tierno,
Siendo digna más bien de tu odio eterno.

¿Por qué, amor mío, tu Pasión previenes,
Y anticipar tus penas determinas?
A tus manos, espaldas y a tus sienes,
Aún no hay clavos, azotes, ni hay espinas,
Y todo el cuerpo ensangrentado tienes,
Y el terreno también por do caminas;
Aún no asoman los bárbaros sayones,
Y Tú previenes ya sus intenciones.

Yo también te prevengo desde ahora,
Y anticipo mis ruegos y clamores,
Que en mi última, mi extrema y final hora,
Cuando a mi turbación y a mis temores,
La vista de mis culpas avalora,
Por tus penas, congojas y pavores,
De mi inquietud la turbación disipes,
Y la gracia final me participes.

Esta gracia es, Jesús, la que te pido,
Que cuando llegue a términos de muerte,
No permitas que sea combatido,
Poniéndome a peligros de perderte.
Sea entonces de Ti fortalecido,
Para que obtenga la dichosa suerte,
De fallecer con plácida agonía,
Y entregar en tus manos la alma mía.

Después de haber orado largamente,
Y del sudor sanguíneo ya enjugado,

(a) Non est ei species, neque decor. (Isai., lxx, 2.)

Va a visitar los suyos nuevamente,
Pues le da su flaqueza gran cuidado.
Dormidos otra vez profundamente,
Los encuentra con sueño tan pesado
Que, aunque Jesús los llama, entre esperezos
Se vuelven a dormir dando bostezos.

«Dormid, les dice, usando de ironía,
Que toda circunstancia es favorable;
Reposad, que la noche húmeda y fría
Os hará el sueño dulce y agradable.
Dormid, si os deja aquella compañía
De gente armada de su lanza o sable,
Que trae de prenderme el gran empeño,
Mientras gozáis de vuestro dulce sueño».

«Y basta, ¡alzáos ya, y abrid los ojos!
Esa hueste mirad, que viene armada,
De la envidia, más bien de ira y enojos,
Que de puñal o de tajante espada.
El objeto yo soy de sus antojos,
Y sola mi persona es la buscada,
Contra mí viene llena de furores,
Y en mí desfogará su ira y rencores.»

Ni aun su discurso el Salvador acaba,
Por ser llegada la hórrida cohorte
Mientras él con los suyos aún hablaba,
Y le es forzoso que lo trunque y corte:
Pero, como Jesús ya la esperaba,
Ni ángel necesitó que lo conforte,
Ni para él fué improvisa su llegada,
Pues la tenía ya bien meditada.

PRENDIMIENTO DE CRISTO

Usado había el Salvador amante
Todo amoroso ardid, todo artificio,
En obras, en palabras y en semblante,
Mostrándosele a Judas más propicio

Que no hizo de los suyos al restante,
Por evitar su ruina y precipicio;
Mas, cuanto más lo halaga y lo acaricia,
El tanto más se obstina en su malicia.

Mientras los otros duermen en el huerto,
Judas trabaja lleno de cuidados
Para prender a Cristo, de concierto
Con su impia compañía de soldados.
Para que el tiro no les sea incierto,
Los tiene ya advertidos e industriados:
Ya de Cristo les ha hecho la pintura,
Bien que vituperando su hermosura.

«El que viereis — les dice — más hermoso,
Que une la majestad a la hermosura,
Hilado el oro en su cabello ondoso,
De carmín en sus labios la tintura:
Ese es el Nazareno tan famoso,
En quien debéis mostrar vuestra bravura,
Y a quien hacer debéis cautivo y preso,
Luego que yo le diere el falso beso.» [a]

De este modo industriada esa canalla,
Llena de rabia, solamente espera
Se le dé la señal de la batalla,
A echarle garra, cual hambrienta fiera.
El pérfido, el inicuo faramalla
Llega por fin, con cara placentera,
Y el símbolo de amor, impio convierte
En hórrida señal de odio y de muerte.

Le da el nombre de Maestro y lo saluda, (b)
Y con labio mendaz de risa lleno,
Darle el beso de paz Judas no duda,
Ocultando en el pecho su veneno.

(a) Quemenuque osculatus fuero, ipse est, tenete eum. [Matth., xxvi, 48 et Marc., xiv, 44.]

(b) Statim accedens ad eum, ait: Ave, Rabbi, et osculatus est eum (Marc., xiv, 45).

Que la turba contra él luego no acuda
A aprisionarlo, es milagroso freno, [N]
Que dejó, por notable y largo rato,
Ciego a cada uno de ellos e insensato.

El beso recibió pacientemente,
Bien que al traidor el Salvador le indica
Que conoce y sabe ciertamente
Lo que el beso denota y significa.
Lo reprende suave y dulcemente,
Y en estas voces su traición le explica:
«¡Oh Judas! ¿con un ósculo de amigo [a]
Me entregas a traición al enemigo?»

«¿A mí, que por mi Apóstol te he elegido?
Que la virtud y potestad te he dado
De obrar milagros? Te he constituido
Por Tesorero de mi Apostolado.
El enfermo, y del diablo el poseído,
Por ti uno es sano, el otro libertado:
El beso en gratitud debieras darme,
Y sólo me lo das para entregarme.

«Besó también mis pies la pecadora,
Y quedó perdonada, casta y pura;
La cananea, porque gime y llora,
Pidiéndome a su mal remedio y cura,

(N) Este fué uno de los milagros obrados en el huerto. Hablando de esto el P. Salmerón, Tomo X, pág. 144, col. 2. «Quod Jesum neque ex facie, nec ex vestibus, nec ex signo osculi dato, eum agnovit, quamvis jamdudum omnibus notus esset: quod non propter tenebras, quia habebant lucernas, et faces, sed virtute divina factum est.»

Se duda cuándo diese Judas el ósculo a Cristo. Algunos, como Euthimio, Juan Fero y otros, juzgan que fué después de las dos preguntas: Quem quaeritis? Otros, como Ammonio Alejandrino, Taciano, San Agustín y otros, sientan que fué antes de dichas interrogaciones. Lo que Salmerón tiene por más conveniente, y me he acomodado a ello. Salmerón, T. X. Trat. 16, pág. 141.

(a) Juda, osculo Filium hominis tradis? (Luc. xxii, 48).

Se libra de su mal, en la misma hora,
Que con gran fe besó mi vestidura:
¿Por qué, ¡oh Judas!, tu beso no granjea
Lo que la pecadora y cananea?

«Yo hasta aquí por amigo te he tenido,
Y quisiera por tal siempre tenerte,
Sin que sea el amor interrumpido,
Ni por algún revés de adversa suerte:
Mas dime ahora: Amigo, ¿a qué has venido? [a]
¿Por qué armado de tropas dejas verte?
Si eres contrario y quieres verme preso,
Deja salutación y el falso beso».

Lleno de turbación Judas se puso,
Viendo que el Salvador conoce y mira
Su gran traición: atónito y confuso,
Hacia su infame tropa se retira:
Esta parece que ha perdido el uso
De la razón y vista: a ciegas gira,
Sin que conozca al Redentor divino,
Perdidas la razón, la vista, el tino.

La débil turba, mísera, insensata,
No puede ejecutar el prendimiento;
Pues divina virtud la liga y la ata,
Mientras no da Jesús consentimiento.
Entregarse a sus manos El dilata,
Para que vengan en conocimiento,
Que no pueden prenderle si El no quiere,
Y que sólo lo harán cuando El quisiere.

Bien que Jesús sabía claramente
Todo lo que con El sucedería,
Hacia a ellos se encamina diligente, (b)
Pues ser aprisionado ya quería:

[a] Dixitque illi Jesus: Amice, ad quid venisti? [Matth., xxvi, 50.]

(b) Jesus itaque sciens omnia quae ventura erant super eum, processit.
[Joan., xviii, 4.]

Se presenta a la infame inicua gente,
Que ciega, que insensata aún subsistía,
Y les pregunta — bien que no lo ignora —
«¿A quién buscáis vosotros, a aquesta hora?» (a)

No le dicen *a Ti*, ni *a Tu persona*,
Porque talmente ciegos subsistían,
Que aunque con luces mil le baceu corona,
Por su gran eeguedad no le veían:
Y aunque al hablar Jesús, su voz entona,
Ellos ni aun por la voz le conocían;
Responden, como dando un nombre ajeno,
«Buscamos a Jesús el Nazareno.» (b)

A esto repone el Salvador amante,
Sin usar de tardanza, ni demora,
Con toda majestad de un Dios tonante:
Yo soy — les dice con su voz sonora. (c)
Como si fuese un trueno rimbombante,
O un rayo que los mata en aquella hora,
Al oír el *Yo soy*, que los aterra,
Todos caen de espaldas hacia tierra. [d]

Mientras en tierra yacen sin sentidos,
Del estupor o del desmayo opresos,
Y no poco en sus miembros ofendidos,
Quien rota la cabeza, quien los huesos;
El Salvador los deja allí tendidos
Porque conozcan que él los tiene presos,
Que si a prenderlo armados ellos vienen,
Contra El ni fuerzas, ni poder no tienen.

¿Qué aplauso haría Pedro a su Maestro,
Viendo, que sólo al empezar la guerra,

(a) Et dixit eis: Quem quaeritis? (Id. Ibid.)

(b) Responderunt ei: Jesum Nazarenum. [Ibid., 5.]

(c) Dixit eis Jesus: Ego sum. (Joan., xviii, 5.)

(d) Ut ergo dixit eis: Ego sum; abierunt retrorsum et ceciderunt in terram. (Ib., 6.)

Con una voz, cual capitán muy diestro,
A un ejército entero echa por tierra?
¿Y qué hará cuando venga de Juez nuestro,
Si así a los pecadores los aterra,
Sólo de majestad con los destellos,
Aun cuando viene a ser juzgado de ellos?

Después que así estuvieron largo rato,
Les infunde Jesús valor y aliento,
Mas es cada uno de ellos tan ingrato,
Que aún tienen de prenderle el pensamiento.
Obstinados estando en su reato,
Permite, al fin, Jesús su preudimiento,
Que aunque puede, no quiere, no, atajarles;
«¿A quién buscáis?» El vuelve a preguntarles. (a)

A Jesús Nazareno — dicen ellos: [b]
«Que Yo soy, ya os lo he dicho.» Cual leones [c]
Al instante contra El, ya éstos, ya aquéllos,
Se abalanzan, armados de bastones.
Quien hace presa de El por los cabellos,
Quien puñadas le da, quien empellones,
Quien sus divinas manos liga y le ata, (d)
Y a su placer cada uno lo maltrata.

Pedro, lleno de celo y maravilla,
Al ver lo que con Cristo se ejecuta,
Desenvaina valiente su cuchilla, [e]
Con intención de no dejarla enjuta.
Contra Malco arremete y lo acuchilla:
A poco esfuerzo que hace en la disputa,
Envelto en su flojera a tierra lo echa,
Y allí la oreja le cortó derecha. [f]

-
- (a) Iterum ergo interrogavit eos: Quem quaeritis? (xviii, 7.)
(b) Illi autem dixerunt: Jesum Nazarenum. [Joan., xviii, 7.]
(c) Dixi vobis, quia ego sum. (Ib., Ib., 8.)
(d) Comprehenderunt Jesum et ligaverunt eum. (Ib., Ib., 12.)
(e) Exemit gladium suum. (Matth., xxvi, 51.)
(f) Et amputavit auriculae ejus dexteram. [Luc., xxi, 50].

«Vuelve, vuelve a la vaina esa tu espada, [a]
— Dice a Pedro Jesús — pues te aseguro,
Que mientras la tuvieres envainada,
Estarás de tu vida más seguro.
Contra el prójimo el arma manejada,
Es un augurio de su mal futuro;
Pues quien con el acero o mata o hiere, (b)
De otro acero después víctima muere.

«Tu defensa es inútil, flaca, incierta,
Sólo nacida de indiscreto celo:
Mi defensa la tengo siempre cierta,
Basta que quiera yo pedirla al Cielo.
Se abrirá de par en par su puerta,
Y mil legiones bajarán al suelo (c)
De espíritus fortísimos, que abatan
El orgullo de quienes me maltratan.

«¿Pues, qué? ¿No quieres, Pedro, que yo beba
El cáliz, que me ha dado el Padre mío? [d]
¿Cómo daré de mi obediencia prueba,
Si no le sacrifico mi albedrío?
Que yo perezca y muera el Padre aprueba,
¿Y dejaré de hacerlo por tu brío?
Si tú impedirlo piensas con bravuras,
¿Cómo se cumplirán las Escrituras?» (e)

Así el brío de Pedro refrenado,
Se vuelve el Salvador a Malco herido:
Le une y le sana el miembro mutilado, [f].
Dándole, acaso, un más agudo oído.

[a] Convertite gladium tuum in locum suum. [Matth. xxvi, 50.]

(b) Omnes enim, qui acceperint gladium, gladio peribunt. [Ib. Ibed.]

(c) An putas, quia non possum rogare Patrem meum et exhibebit mihi modo plus quam duodecim legiones Angelorum? [Matth., xxvi, 53.]

(d) Calicem quem dedit mihi Pater, non bibam illum? (Joan., xviii, 11.)

[e] Quomodo ergo implebuntur Scripturae? (Matth., xxvi, 54.)

(f) Et cum tetigisset auriculam ejus, sanavit eum. (Luc., xii, 51.)

Si de la oreja, ¡oh Malco!, has ya sanado,
Y más perfecto oído has adquirido,
Haz, que tenga tu fe también aumento,
Pues de la fe el oído es instrumento. (a)

Vuelto después hacia la turba insana,
Su ingratitude con El le manifiesta;
«Venís — les dice — contra mí inhumana,
Como a un ladrón, que la ciudad infesta. [b]
Al Templo os enseñé tarde y mañana, (c)
Y me escuchabais con aplauso y fiesta,
Ninguno entonces me intentó prisiones,
¡Y hoy me venís con armas y bastones! (d)

«Pero guardaos de poner las manos,
Ni hacer agravio alguno o villanía
A éstos, que como amigos, como hermanos,
Aquí me hacen honrada compañía:
De hacerles algún mal estad lejanos,
Lejos cualquier ofensa o grosería,
No pongáis embarazo a su camino,
Dejad ir a cada uno a su destino. (e)

«Lo que conmigo ejecutáis ahora,
Es porque lo consiento y lo permito;
Este es vuestro momento, o fatal hora. [f]
En que consumiréis vuestro delito,
Cuanto entre horrores y tinieblas mora,
En el infierno, espíritu maldito,
Su poder infernal que hoy ejercita,
De este modo a tratarme él os excita.»

(a) Fides ex auditu. (Paul. ad Rom., x, 17.)

(b) Tanquam ad latronem existis. [Matth., xxvi, 55.]

[c] Quotidie apud vos sedebam docens in Templo, et non me tenuistis. (Matth., xxvi, 55.)

[d] Cum gladiis et fustibus. [Id. Ibid.]

[e] Si ergo me queritis, sinite hos abire. (Joan., xviii, 8.)

[f] Hæc est hora vestra et potestas tenebrarum, (Luc., xxii, 53.)

Los Apóstoles viendo, con asombro,
Del ejército el horrible aparato,
Y que Jesús ya adapta el cuello y hombro
Al peso de cadenas, vil e ingrato,
Que ya lo llevan preso — aun yo me asombro
Sólo al pensar tan horrible maltrato —
Todos huyen y dejan al Cordero (a)
En las garras del lobo carnicero.

Al estrépito y bulla de la tropa,
Que en todo el valle rimbombó funesta,
Un joven acudió sin otra ropa, (N^o)
Que una sábana sólo al cuerpo puesta;
De ella con prontitud se desarropa,
Por no dar en la mano que lo arresta;
Por huir de enemigo tan sañudo,
Estimó por mejor quedar desnudo. (b)

Pedro y los otros, antes tan briosos,
Muy cobardes y tímidos ahora,
Quien se esconde entre arbustos espinosos,
Quien teme ser llegada su última hora;
Quienes huyen y corren presurosos
A dar la nueva a la infeliz Señora
De la prisión de su Hijo ejecutada,
Que la oye con dolor, mas resignada.

Aquí el lector benigno me permita
Que, mientras que Jesús hace su viaje,
Conducido de tropa tan maldita,
Un apóstrofe yo haga a este paraje:
Fabricarme quisiera aquí una ermita,
Y observar de continuo su celaje,
Contemplando y haciendo fiel memoria
De lo hasta aquí contado en esta Historia.

(a) Tunc discipuli omnes, relicto eo, fugerunt. (Matth., xxvi, 56.)

(b) At ille, rejecta sindone, nudus profugit ab eis. [Marc., xiv, 52.]

APÓSTROFE AL HUERTO

¡Oh! de Getsemani Huerto dichoso,
Que en tu recinto has albergado a Cristo,
De sus hechos testigo venturoso,
Le has oído gemir, orar le has visto:
Has adquirido el riego tan precioso.
De su divina Sangre; te has provisto
De un honor sin igual y sin segundo,
Para ser venerado en todo el mundo.

De la Tesalia a las florestas bellas, (N)
Fecundadas con riego del Peneo,
Donde sus flores son astros y estrellas,
El ir a deleitarme no desco;
Allí en Getsemani, más bien que en ellas,
Encontrarme sería mi deseo,
Para besar mil veces cada piedra,
Cada planta, cada árbol, cada yedra.

EL SALVADOR ES PRESENTADO Y ACUSADO ANTE
LOS PONTIFICES

Cuando a Jesús prendió la turba impía,
Cuando del huerto lo sacó inhumana,
Ya era noche avanzada y ya tenía
La mitad de su curso hecho Diana.
Cada uno quieto en la ciudad dormía,
A excepción de aquella gente insana,
Que unida lo esperaba en el Consejo,
Teniendo de su muerte hecho el manejo.

Ya es, del Viernes llegado el día Santo,
Día de dicha y de fortuna inmensa,
Día también de grande horror y espanto,

(N) Est nemus Amonia, prorrupta quod undique claudit sylva,
vocat Tempe, per quod Peneus, ab imo effusus Pindo, spumosis vol-
vitur undis.

Concava laevis probet convallis hiatus.
Grata nitet..... quam lucidus amnis
Mobilibus fecundat aquis, rivoque perenni
Gramineas ripas et florida prata coronat.

Día en que el bien mayor se nos dispensa.
Día no obstante de emplearlo en llanto,
Día para Jesús de pena intensa,
Día de asombro y estupor al Cielo, (a)
Día al hombre de afán y de consuelo.

Día mayor de cuantos tiene el año,
Desde que hay tiempo a todo día excede,
Solamente litigio hacerle extraño
El veinticinco de Diciembre puede:
Uno y otro parece de un tamaño,
El uno al otro en la contienda cede,
El uno a la alegría nos instiga,
Este otro a que lloremos nos obliga.

Este día a beber Jesús empieza
De su cáliz externo el trago insano:
Día en que de los pies a la cabeza,
No quedará en su cuerpo un miembro sano. (b)
La congoja, el pavor y la tristeza,
Soportó ayer su pecho soberano;
Hoy toda arteria y toda vena rota,
De su Sangre dará la última gota.

Hoy, al pie de la Cruz, su Madre amante,
El suplicio a mirar de un Hijo tanto,
Inmóvil se estará, firme y constante,
Sin desahogar su pena con el llanto:
Ni una lágrima baña su semblante, (c)
Porque es tanto de su ánimo el quebranto,
Que a las lágrimas tiene suspendidas,
Quedándose en espaldas convertidas.

Adentro ya de la Ciudad se siente
Gran bullicio y rumor extraordinario,
Mucho alboroto de agitada gente,
Que el reposo disturba al vecindario:
Quien deja el lecho y corre diligente,

(a) *Obstupescite oculi super hoc etc.* (Jerem. II, 12.)

(b) *A planta pedis usque ad verticem capitis non est in eo sanitas.*
(Isai., I, 6.)

(c) *Stantem lego, flentem non lego.* J.

A ver la causa de clamor tan vario,
Quien ni a salir se atreve hasta su puerta,
Quien las armas empuña y está alerta.

La voz por la ciudad corre al momento,
Que el susurro lo causan tumultuantes
Los soldados que han hecho el prendimiento,
Ya preparado pocos días antes.
Con pompa grande y singular contento,
Recibióronle entonces festejantes;
De cadenas ahora recargado,
Lo entran en la ciudad, casi arrastrado.

Vedlo que viene todo ensangrentado,
Cádeno todo, en su seublante bello,
De retorcido cáñamo, ligado
Hacia atrás en sus manos y en su cuello.
Es a golpes en tierra derribado,
Para alzarlo es tirado del cabello;
Le han hecho hacer así todo el camino,
Tratándolo peor que a un asesino.

A la casa de Anás entran primero,
O porque era en el orden la primera, (a)
O que Caifás, astuto y lisonjero,
Que lo hagan ordenó de esa manera. (b)
Lisonjeaba así el yerno con esmero,
Pensaba así también echarse fuera
Del odio popular: pues se rugía
La que El, de Cristo, había hecho profecía. [c]

Dos mil trecientos y sesenta pasos (d)
Hubo de hacer Jesús hasta esta casa,
Siendo de jefes y soldados rasos
Ultrajado, sin límite ni tasa:
Pues era gente tal, que en todos casos

[a] Como juzga San Agustín. (Tract. 113 in Joan. Tom. 9) citado de Salmerón.

[b] Hoc factum est consilio Caiphae, ne solus invidiam apud homines sustineret, si primum ipse, qui consilium dederat, ut unus homo moretur pro populo, prius etiam condemnaret. Salmerón T. 10. Tract. 19, pág. 167, col. 1.

[c] Expediit ut unus moriatur homo etc. (Joan., XI. 50.)

[d] Adriconio n. 207. Citados todos tres de Nic. Albari.

Todo derecho y toda ley traspasa;
Al patio de la casa lo situaron,
Y a un árbol, que allí había, lo ligaron.

Un olivo era el árbol, que había dado (a)
A su avaro señor fruto copioso;
Ahora de Jesús está cargado,
Que es fruto sacrosanto y más precioso:
Mas, desde luego que le fué quitado,
Dar más fruto no quiso desdeñoso:
Con un prodigio o milagrosas artes,
Se partió por sí mismo en cuatro partes [b]

Aquí contra Jesús no se biza nada, (c)
Bien que el pérfido Anás tuvo gran gusto,
Al mirar la prisión ya ejecutada,
Y él dió el dinero al vendedor injusto: (d)
Aunque estaba su muerte ya fraguada,
Sólo por darle un colorido justo,
Al Salvador lo envía bien ligado,
Para que de Caifás sea juzgado.

Entre gritos, tumulto y algazara,
Cada ministro armado de garrote,
Que a veces se lo juegan por la cara,
Sin que Jesús se turbe ni alborote,
Con suma infamia y tropelia rara,
Lo conducen al Sumo Sacerdote,
Que era Caifás indignamente este año, (N)
Más bien que para bien, para su daño.

[a] Roech. Tr. 3, c. 15.

[b] Villamont in Isimer, 1, 2, c. 12.

[c] Anas continuo remisit ad Caipham, ait P. Salmerón, T. 10, trac. 10, pág. 168.

[d] Ex opinione Cyrilli, in Joan. Lib. 11, Tom. 1, citati a Salmerón, T. 10, pág. 167, c. 12.

(N) Joan. Doccus, in Dominica. Passionis explicatione, sic ait: Notate hace verba [anni illius] quod sacramento non carcant: quoniam, ut tradunt rerum scriptores, fuit Caiphás paulo post a Pontificio honore depositus, qui timuerat ne virtus Christi, altius promotá, suo honori officeret: verum quod impius timuit, ei accidit..... quoniam a morte Christi in eum excitatur populi invidia tanta, ut dignitatem ab illo abstulerit. Pag. 75.

Lo hace la turba caminar de priesa,
Porque espera gran premio a sus trofeos;
Pues de prender han hecho la promesa,
Al que les vale más que muchos reos.
Habían prometido por tal presa,
Pontífices, escribas, fariseos,
Grande premio y albricias abundantes,
Y a ganarlas quisieran ir cuanto antes.

Pedro ya de su fuga arrepentido,
Al Salvador, bien que a lo lejos, sigue; (a)
Y aunque va entre la turba confundido,
Por compañero a Juan tener consigne: [N]
Como uuo y otro va desconocido,
Ninguno les molesta, ni persigue,
Mas cuando el Redentor entró en la casa,
Entrando en ella Juan, Pedro no pasa.

Así del religioso el mal empieza,
Siguiendo al Salvador sólo a lo lejos: "
Ese fatal despego, esa tibieza,
Son del demonio tramas y manejos;

(a) Petrus autem sequebatur eum a longe. (Matth., xxvi, 58).

(N) Quien fuese el otro discípulo compañero de Pedro, el evangelista no lo dice. Pero la opinión más comunmente recibida es, que fuese S. Juan Evangelista, como atesta San Anselmo lib. de Pass. Domni. y Eutimio sobre este lugar, anotando, que no puso su nombre por humildad, porque no pareciese que se alababa. De este mismo sentimiento son S. Cirilo, S. Agustín y otros, citados de Salmerón. S. Juan Crisóstomo se expresa de este modo: «Quis alius? [scilicet discipulus]. Ipse qui hoc scripsit. Et cur se non nominat? Cum enim supra pectus Jesu recumberet, merito se silentio prelerit. Sed qua gratia in hoc loco? Eadem ipsa, nam et hic quoque se laudat, quod aliis diffugientibus, ipse sequatur; ideo et suum nomen silet et Petrum sibi proponit, et sui meminisse tamen coactus est, ut intelligas eum diligentius, quae in Aula Principis facta sunt, enarrare.» Hasta aquí S. Juan Crisóstomo. Hom. 82 in Joan. tom. 3º Joan. 13. Pero otros juzgan, que no fuese ninguno de los doce discípulos, sino algún otro ciudadano de Jerusalén, familiar del Pontífice y oculto discípulo de Cristo, como José de Arimatea, a cuya casa se acogió Pedro después de su fuga, y de aquí salieron juntos en seguimiento de Cristo. Mas no hay pruebas tan bien fundadas para esta opinión, como la primera. Quizá más fundados van los que señalan a Marcos.

Prenuncios son de alguna gran flaqueza,
Que de Cristo no sólo los consejos
Le haga, que los desprecie y atropelle:
Le hará también que sus preceptos huelle.

Bien que Pedro en la casa entrar no pudo,
Pues la puerta le fué luego cerrada,
Y con semblante allí fiero y ceñudo
De centinela estaba una criada.
Echaba Juan los ojos a menudo,
A ver si Pedro había logrado entrada.
No hallándolo, fué a hablar a la portera, (a)
De quien obtuvo el no dejarle fuera.

La turba, al fin, al gran palacio arriba,
Le abren la puerta al reo tan famoso;
Triunfantes, con El suben arriba,
Que ya el Concilio lo esperaba ansioso.
Se huelga el fariseo y el escriba,
Y aun más que ellos, se muestra más gozoso
El vil Caifás, porque temido había
Que con artes Jesús se escaparía.

Llenos los consejeros de alborozo,
Al ver al Nazareno ya en sus manos,
Para mostrar su enmascarado gozo,
Le dan la bienvenida muy humanos.
Mas, dejando la máscara y embozo,
Lo burlan más, con parabienes vanos,
De que, al fin, ha obtenido sus deseos,
Coronándose rey de los Hebreos.

Como a tal lo saludan de uno en uno:
Salve, oh rey, de Israel gloria y decoro;
Salve, oh rey de Judá, le dice alguno.
Salve, oh honor de nuestro templo y coro;
Salve, oh doctor, más sabio que ninguno;
Salve, oh maestro, estimado más que el oro;
Salve, esplendor de nuestra Sinagoga,
Lustre del sacerdocio y de la toga.

[a.] Petrus autem stabat ad ostium foris. Exiit ergo discipulus alius, qui erat notus pontifici, et dixit ostiariac, et introduxit Petrum. [Joan., xvii, 16.]

Acabadas las burlas e irrisiones,
Caifás se sienta en majestuoso trono,
Y empieza a hacer preguntas y cuestiones,
Orgullosa en el modo, en voz y en tono:
«Díme — le dice — sin cavilaciones,
Ni hagas de la verdad impío abandono;
Tus diabólicas artes y falsas
No pongan velo a las preguntas mías.

«Cuál entusiasmo o cuál furor insano
Intentar te hacen tan horrendas miras,
Que al vil plebeyo, al noble ciudadano,
A nueva secta, a nueva ley los tiras?
Tu doctrina, ¿por qué sembrando infano,
Por las campiñas y ciudades giras?
¿Es posible, que así ley nueva trames,
Congregando discípulos infames?

«Díme, ¿cuál es el plan de tu doctrina?
¿Será, cual es tu proceder, infame?
Tu enseñanza es del todo peregrina,
Ninguno hay que contra ella no reclame.
La mano armas de fiera disciplina,
Dentro del mismo templo; bien que clame
El pobre vendedor, que hace el servicio
De vender lo preciso al sacrificio.

«Por qué el sábado, a Dios santificado,
Tú sacrilegamente lo profanas?
¿Por qué, de tus encantos ayudado,
En un tal día, a los enfermos sanas?
¿Por qué tienes al pueblo alborotado,
Con doctrinas y máximas insanas?
¿No me oyes? Eres sordo? Por qué callas?
Esto es señal, que convencido te hallas.

Aunque calló Jesús a todo el resto,
Siendo de su doctrina querido
A ello respoudió manso y modesto:
«En público enseñar mi estilo ha sido,
Eran el Templo y Sinagoga el puesto,

Donde siempre de todos yo fui oído:
Nunca hice ocultas ni privadas juntas,
De ellos te informa: ¿a mí qué me preguntas?» (a)

En tal respuesta el Juez bien entendía
La fuerza y eficacia del sentido:
Que a los otros, más bien, él les crecía,
Que no a lo que El hubiese respondido:
Y que si la verdad saber quería
La pregunta de quienes le han oído:
Su respuesta tendrá por más sincera,
Por menos sospechosa y verdadera.

A una respuesta razonable y justa,
Contra Jesús un Maleco se convierte,
Diciéndole con voz que bronca asusta:
«¿Al Pontífice le hablas de esta suerte?» (b)
Y blandiendo la mano inicua, injusta,
Un bofetón le dió tan recio y fuerte,
Que hasta hoy se oye, en el mundo vano y hueco,
De siglo en siglo propagado el eco.

Recibida una injuria tan enorme,
En público lugar, de un hombre infame,
A la razón y a toda ley disforme,
Sin que ni el mismo Juez de ello reclame,
Ni de su honor violado quejas forme,
Y de valiente el percusor se aclame;
Con la modestia y paz que le conviene,
Al agresor así le reconviene.

«Si en mi doctrina, acaso, o mi respuesta,
Encuentras cosa de castigo digna,
En presencia del Juez, la manifiesta,
La pena aceptaré, que me es condigna;
Mas, si una y otra es justa, si es modesta,

(a) Ego palam locutus sum mundo: ego semper docui in Sinagoga et Templo, quo omnes Judaei conveniunt, et in occulto locutus sum nihil. Quid me interrogas? Interroga eos, qui audierunt, quid locutus sum ipsis. [Joan. xviii, 20, 21.]

(b) Sic respondes Pontifici? [Ib. Ibid. 22.]

¿Por qué me haces injuria tan indigna?
Si algún motivo justo no profieres,
¿Por qué bárbaramente así me hieres? (a)

Si desde el cielo Astrea aquí viniese,
A asistir por un rato a este Congreso,
Y de Jesús esta respuesta oyese,
Sería en su balanza de gran peso.
Mas forzoso sería que ella huyese,
De tan injusto Tribunal avieso,
En donde mira residir la envidia,
El odio, la mentira y la perfidia.

En este Tribunal de hombres malvados,
No puede el Salvador tener amigos;
A darle muerte ya determinados.
Todos le son contrarios y enemigos:
Contra El buscan y tienen sobornados
Mil falsos testimonios y testigos;
Muchos para acusarle se presentan,
Mas discordando en todo cuanto inventan. (b)

De dos de ellos por fin es acusado, (c)
De haberle oído decir con gran denuedo:
«Este Templo con pompa fabricado,
Lo arruinaré, pues arruinarlo puedo.
Y en tres días será reedificado
De mi sumo poder, con sólo un dedo.»
Mas tal proposición, si bien se advierte,
No era delito digno de la muerte.

(a) Si male locutus sum, testimonium perhibe de malo: si autem bene, cur me caedis? [Joan., xviii, 23.]

(b) Multi enim testimonium falsum dicebant adversus eum, et convenientia testimonia non erant. [Marc. xiv, 56.]

[c] Novissime autem venerunt duo falsi testes, et dixerunt: Ille dixit etc. (Matth., xxvi, 60) Nos audivimus eum dicente: Ego dissolvam templum hoc etc. (Marc. xvi, 58.)

CONDENAN LOS SACERDOTES AL SALVADOR Y ES
INJURIADO COMO BLASFEMO

No habiendo quien un nuevo cargo diga,
Caifás al Salvador insta y provoca,
Y con ardides mil le urge y le instiga,
A decir algo de su propia boca;
Con grande imperio a responder le obliga:
«Más duro eres — le dice — que una roca.»
Mas Jesús taciturno se conserva,
Y un silencio profundo siempre observa. [a]

Colérico el Pontífice, rabioso,
Deja el trono, que ocupa indignamente,
Y hacia a Jesús se viene, más furioso,
Cuanto más ve al Señor manso y paciente.
«¿Cuál silencio — le dice — misterioso?
¿O cuál hipocresía impertinente?
¿Cuál soberbia infernal cierra tus labios,
Con desprecio de tantos hombres sabios?

«¿Por qué callas, dirás, por qué no dices
Siquiera una palabra en tu defensa?
¿Por qué a lo menos, dí, no contradices
A lo que contra Ti se dice y piensa?
¡Atestiguan tus yerros y deslices,
Oh cuánta de testigos turba inmensa!
¿Por qué alguna razón aquí no aduces,
Que para defenderte nos dé luces?»

En su silencio el Salvador constante,
Al Pontífice en nada le responde:
Ni por temor de un juez tan arrogante
A Jesús el hablar le corresponde:
Así con su silencio es más brillante
La gran paciencia que en su pecho esconde;
Y nos enseña que a vencer la injuria
Es mejor el silencio que la furia.

(a) Jesus autem tacebat. [Matth., xxvi, 63]. — Et nihil respondit.
(Marc., xiv, 65)

De un tal silencio el juez más irritado
Sus ojos fija, lobo en el cordero,
Que quisiera ya ver ensangrentado,
De la cruz en el hórrido madero.
Para obligarle a no quedar callado
Le dice: «Por Dios vivo y verdadero,
En que nos digas con verdad insisto: [a]
¿Si eres Hijo de Dios? ¿Si eres el Cristo?»

El insidioso, singular problema,
A Jesús le conjura, por Dios vivo;
Pues su respuesta le será un dilema,
Que a condenarle le dará motivo:
Si se hace Hijo de Dios, porque blasfema;
Mas si calla o responde negativo,
Porque desprecia a Dios, no respondiendo;
O porque Hijo de Dios se ha hecho, no siendo.

De su Padre Jesús por el respeto,
Rompió el silencio, y de este modo dijo:
«Tú lo dices: Yo soy, aunque hoy sujeto
A ti, soy el Mesías, de Dios Hijo;
Pero yo os aseguro, yo os prometo,
Que a su tiempo venir, — no ya en cruz fijo,
Lo veréis entre nubes y esplendores,
Inexorable Juez de pecadores.» (b)

Luego que oyó Caifás verdad tan clara,
Que su reo ha de ser su Juez supremo,
En rasgarse su ropa no repara, (c)
A Jesús condenando de blasfemo;
Descompuesto todo él en gesto y cara,
Espantado mostrándose al extremo,
Los ojos vuelve hacia el Congreso todo,
Y razona con ellos de este modo:

[a] Et princeps sacerdotum ait illi: Adhuc te per Deum vivum, ut dicas nobis: si tu es Christus Filius Dei? [Matth., xxvi, 63.]

(b) Dixit illi Jesus: Tu dixisti: verumtamen dico vobis, amodo videbitis Filium hominis..... venientem in nubibus caeli. [Matth., xxvi, 64.]

(c) Scidit vestimenta sua. (Id. Ibi. 65.)



«El sacrilego reo ha blasfemado: (a)
Ya no hay necesidad de más testigo;
Le habéis vosotros mismos escuchado
La gran blasfemia — que de horror no digo;
Por culpa tan atroz, por tal pecado,
La sentencia la tiene ya consigo;
¿Qué decidís vosotros de su suerte?»
Todos deciden: ¡digno ser de muerte!

Quedando así la causa decidida,
Con tropelía y plenitud de votos,
Siendo cada votante un gran deicida,
Todos más fieros que Atropos y Clotos,
Antes que nadie vuelva a su guarida,
Haciéndole a Jesús ultrajes notos,
Se divierten con El, por largo espacio,
Unidos a la chusma del palacio.

Lo que aquí hacen con El es indecible.
Al pensarlo la mente se horroriza,
Como a reo el más vil, más contentible,
Quien lo burla, lo hiere y martiriza; [b]
Quien le da un bofetón fiero y terrible,
Diciéndole: «Jesús, ya profetiza, (c)
¿Quién es el que te hirió?» — mas, de antemano,
Su rostro habían cubierto soberano.

¡Oh sagrado hermosísimo semblante,
A quien mirar los Angeles desean, (d)
Y los Santos al ver tu Faz brillante,
Por una eternidad se regodean;
De la canalla ahora petulante,
Sucios esputos tu belleza afean, (e)
Y Tú, ¡oh Jesús!, entre tan impia gente,
Callado te mantienes y paciente!

(a) Blasphemavit: quid adhuc egemus testibus? Ecce nunc audistis blasphemiam, quid vobis videtur? At illi respondentes dixerunt: Reus est mortis. (Matth., xxvi, 65, 66.)

[b] Illudebant ei, cadentes. (Luc., xxii, 63.)

(c) Et colaphis eum ecciderunt, dicentes: Prophetiza nobis etc. [Matth., xxvi, 67.]

[d] In quem desiderant angeli prospicere. (Petr., i, 12.)

[e] Tunc expuerunt in faciem ejus. (Id. ibi.)

¡Oh mi dulce Jesús! aunque afeado
Esté de las salivas tu semblante,
Seré sin duda bienaventurado, (a)
Si me lo dejas ver por un instante:
De mí será con lágrimas lavado,
Ya que yo lo ensucié, necio, arrogante,
Cuando, dejadas tus inspiraciones,
Los influjos seguí de mis pasiones.

Los viles sacerdotes del Congreso,
Que a estas burlas habían concurrido,
A sus casas se van, dejando el preso,
De cadeuas y grillos oprimido.
De toda aquella noche en el progreso,
Fué de la infame guardia escarnecido,
Que estimulada de infernales furias,
Le hizo a Jesús mil befas, mil injurias.

Alguien con bofetadas le replica,
Quien le da horrendos golpes y puñadas;
Si uno con aguijón lo punza y pica,
Otro le tira coeces y patadas;
Quien de inmundas salivas le salpica,
Quien la barba le mece y las quijadas:
Todos hallan, en fin, mil trazas fieras,
De ultrajar a Jesús de mil maneras.

Esos soldados de la guardia entre ellos
Se alternan, para hacer la centinela:
Mas yo dudo, entre aquéstos y entre aquéllos,
Quién a Jesús más lo maltrate y muela;
Le pelan aún la barba y los cabellos,
Sin que de ello se queje aunque le duela:
Ni huye el cuerpo, ni el rostro lo retira, (b)
Hasta que en El desfoguen toda su ira.

Va este maltratamiento acompañado
De injuriosas palabras al extremo, [c]

(a) Ostende faciem tuam, et salvi erimus. [Psal. 79. 4.]

(b) Corpus meum dedi perentibus, et genas meas vellentibus, faciem meam non averti ab increpantibus et conspuentibus in me. [Isai., I, 6.]

(c) Multa blasphemantes, dicebant in eum. (Luc., XXI, 65.)

De voraz, bebedor, endemoniado,
Samaritano, seductor, blasfemo;
De todo pecador amigo, aliado,
Digno de estar de una galera al remo;
Y todo cuanto de El antes se ha dicho;
Cada uno lo repite a su capricho.

Viendo cuánto Jesús por mí ha sufrido,
En su cuerpo tratado inicualemente,
Y en su honor con dieterios zaherido,
¿Podré, en mis penas, ser tan impaciente?
¿Si tanto El padecer por mí ha querido,
Su gran penar no me será aliciente,
A padecer por El con alegría
Las cruces y desprecios, que El me envía?

Sí, mi amado Jesús, ya estoy resuelto,
Padeciendo, de hoy más, a complacerte.
Venga ya sobre mí río revuelto,
De penas toda especie, toda suerte.
Para no ser en la impaciencia envuelto,
Me haga tu gracia valeroso y fuerte;
Armado yo de tan divino escudo,
Otro paciente Job seré, no dudo.

NIEGA SAN PEDRO AL SALVADOR

Tres visitas a Pedro le hizo Cristo,
Cuando Pedro dormía allá en el Huerto;
Díjole que velase, atento y listo,
Y que estuviese en oración despierto;
Dormir en todas partes lo hemos visto,
Y de la negación es tipo cierto,
Pues quien no observa lo que es leve y poco,
Lo que es mayor no observará tampoco.

Este sueño de Pedro tan profundo
Fue uno de los primeros aparejos
Para negar a Cristo: fue el segundo,
El quererle seguir, sólo a lo lejos.

El debía enseñar a todo el mundo
De Cristo los preceptos y consejos:
¿Pues cómo enseñar puede al mundo insano
Quien de Cristo se aparta y va lejano?

La loca presunción que Pedro tuvo
Fué otro nuevo aparejo a su ruina,
En su protesta terco se mantuvo
Contra lo que Jesús le vaticina:
Orgullo en sus palabras también hubo,
Pues se prefiere con soberbia fina
A sus más fervorosos compañeros;
Por eso, fué en huír de los primeros.

Fué otra disposición que Pedro puso,
La de entrar de Caifás en el palacio,
Donde a peligro de caer se expuso,
Tratando con su gente muy despacio.
Así Pedro a su ruina se dispuso;
Y no pasó de tiempo largo espacio,
Sin que él miserablemente no flaquease,
Y a su Divino Maestro lo negase.

Si a escribir me preparo tu flaqueza,
Que lo hago, ¡oh gran Apóstoll, te aseguro,
Lleno de confusión por mi tibieza,
Que imitarte en tu llanto no procuro.
Lloraste sin cesar tu ligereza,
Y yo, que la imité, me hallo aún duro;
Si a tu gran culpa remedió tu llanto,
Obtendrásme de Dios que haga otro tanto.

Mientras que, del palacio en lo más alto,
Al Salvador la turba lo escarnece,
Abajo Pedro su primer asalto,
De una vil mujercilla, lo padece;
El demonio, que no es de ardidés falto,
Desde que al mundo una Eva comparece,
De este sexo se vale su artificio
A conseguir del hombre el precipicio.

Ya se halla Pedro en el funesto caso,
Que con su negación al mundo asombre,
Dando en una respuesta, un falso paso,
A una sierva sin crédito y sin nombre.
«Díme, amigo — le dice: — ¿Eres tú acaso (a)
Uno de los discípulos de este hombre?
Ciertamente que lo eres, según veo,
Pues tú ibas con Jesús el Galileo.» [b]

Pedro entonces turbado, fiero y hoseo,
A preguntas tan necias e infelices
Le responde: «No soy. (c) No le conozco: [d]
Ni te entiendo, oh mujer, lo que me dices.» (e)
Mudando el dulce estilo en rudo y tosco,
¿Así tan presto, Pedro, contradices
A la gloriosa confesión que hiciste, [f]
Con que tanto a Jesús le complaciste?

¿Qué temes, Pedro? ¿Qué te asusta y turba?
¿Así la voz de una mujer te abate,
Que no temías la tartárea turba,
Pues que la desafiabas al combate?
¿Qué es lo que tanto ahora te perturba,
Sin que ni de tu muerte aquí se trate?
Y aun cuando se tratase de tu muerte,
Ya te ofreciste, a recibirla fuerte.

¡Oh Pedro, Pedro, esta flaqueza tuya,
Es de Dios permitida, cual premisa,
Para que de ella tú y el hombre arguya
Que la gracia de Dios nos es precisa;
Que nada obtienen sin la ayuda suya
Nuestras graudes promesas nos avisa,
Y que el hombre soberbio y presuntuoso
No encontrará, sin el perdón, reposo.

(a) Numquid et tu ex discipulis es hominis istius? (Joan., viii, 17.)

(b) Et tu cum Jesu galileo eras. [Matth., xxvi, 69.]

(c) Dicit ille: Non sum. (Joan., xvii, 171.)

(d) Mulier, non novi illum. (Luc., xxii, 57.)

(e) Neque scio, neque novi quid dicas. (Marc., xiv, 68.)

(f) Tu es Christus Filius Dei vivi. [Matth., xvi, 16 et Joan., vi, 70.]

Esta de Pedro negación primera,
Que corresponde a la primer visita,
Que, sin que de ella Pedro se valiera,
La bondad de Jesús le hizo infinita,
Condena mi indolencia y mi flojera:
Si cuando Dios con luces me visita,
No las sigo, ni de ellas me aprovecho,
Más culpas haré yo, que Pedro ha hecho.

Habiendo Pedro al Salvador negado,
No halla paz ni quietud en su conciencia,
Todo le da molestia y causa enfado,
Ya huye la gente y vuelve a su presencia.
De Cristo en el amor ya resfriado,
Busca en el fuego alguna complacencia,
A las brasas se está, por calentarse,
Ya se sienta, ya vuelve a levantarse.

Se levantó, por fin, con pensamiento
De irse fuera del atrio ocultamente,
Y quisiera salir, luego al momento,
Sin que fuese notado de la gente:
Mas se frustró su maquinado intento;
Pues, llegado al ingreso solamente,
No pudo de la casa salir fuera,
Y aquí el gallo cantó la vez primera.

Todo inquieto, turbado y sin reposo,
Ya a una puerta, ya a la otra se encamina,
Mas luego retrocede temeroso,
Porque ser conocido se imagina:
Creyendo hacerse menos sospechoso,
A la gente y al fuego se avecina,
Pero observando que le están alerta,
Se va segunda vez hacia la puerta.

Quien por la puerta entraba y quien salía,
Además de la gente allí parada;
Ni de otra cosa allí se discurría,
Que del reo y su escuela tan odiada.

Se le prepara aquí mayor ruina,
Por el dicho fatal de otra criada,
La cual dijo, ya entre éstos, ya entre aquéllos: (a)
De aquella escnela, este hombre es uno de ellos. (b)

Por no expouerse Pedro a otra mentira,
De la puerta se aparta desde luego,
Y con gran disimulo se retira,
De pie parado, a calentarse al fuego:
Atentamente un hombre allí le mira,
Y le dice: «Sabed que no soy ciego,
Con el reo mil veces yo te he visto,
Y tú eres, sí, discípulo de Cristo.» (c)

«No lo soy», dice Pedro, y lo asegura: (d)
Y porque se persuada y se lo crea,
Mil maldiciones echa; y se lo jura
Por Baco, por Diana y por Astrea.
Es a todos común la desventura,
Que a la culpa, por leve que ella sea,
Otra mayor le vaya en seguimiento:
Tras la mentira viene el juramento.

Observa aquí cómo el demonio astuto
Sus asaltos al alma le renueva:
De un delito la tira a otro más bruto,
Y de una culpa a otra mayor lo lleva;
Pues, desde que engañar supo con fruto
A nuestra infelicísima madre Eva,
Con sus hijos también hace otro tanto,
Para llevarlos al eterno llanto.

Después de dos caídas horrosas,
Debiera advertir Pedro a su flaqueza,
Y huir las ocasiones peligrosas,
Ni en su virtud fiar y fortaleza;

(a) Quia hic ex illis est. [Marc., xiv, 69.]

(b) Excunte autem illo ianuam, vidit eum alia ancilla, et ait his, qui erant ibi etc. (Matth., xxvi, 75.)

(c) Et alius videns eum dixit: Et tu de illis es. (Luc. xxii, 58.)

(d) Petrus vero ait: O homo, non sum. (Ib., ibid.)

Pero no hizo ninguna de estas cosas,
Se queda en casa y trata con franqueza
A aquella infausta, peligrosa gente,
Que negar le hizo a Cristo, infamemente.

Por tanto, a una mayor nueva ruina,
Ofrecida ocasión, dispuesto queda:
Cual, ya en el tronco, destroncada enciua,
Que a un soplo de aquilón fuerza es que ceda.
Conocerá su condición mezquina,
Que no es diamante firme, sino greda,
Que del molde recibe toda hechura,
Aunque le hagan tener mala figura.

La hizo Pedro muy mala desde luego,
Cuando entre la caualla más grosera,
Se puso a conversar con ella, al fuego,
Y negó a Cristo por la vez tercera.
Esta vez fué más feo su reniego,
Que no fué en la segunda, o vez primera,
Pues jurando dobló las negaciones,
Entre perjurios mil e imprecaciones.

Ya de éste, ya de aquél, es preguntado,
¿Si es acaso secuaz del Nazareno?
Después que al uno y al otro lo ha negado,
Se finge en el semblante muy sereno;
Y un deudo de Malco el mutilado
Quiso poner a sus mentiras freno:
«¿Cómo niegas? — le dice — si estoy cierto?
¿Si te ví con Jesús, allá en el Huerto? [a]

Aquí vienen de Pedro los apuros,
De temores se mira en un abismo,
No bastan ya los juramentos puros,
Se echa mil maldiciones a sí mismo; [N²]
Desfoguen — dice — en mí los hados duros
Su rigor todo: trágueme el abismo,

(a) Nunc ego te vidi in horto cum illo? [Joan., xvii. 26.]

Y me abraze en sus llamas infelices,
Si conozco yo al hombre que tñ dices. [a]

A más de ser de Malco vil pariente,
Era también este hombre, a lo que entiendo,
Un favorito de Caifás sirviente,
De quien Pedro tenía un mal horrendo:
Queriendo él evitar todo incidente,
Continuaba execrando y maldiciendo,
Y mientras se auguraba una mala hora, (b)
Cantó el gallo, llamando ya a la aurora.

Entre tanto, — o que Pedro subió arriba,
O que abajo a Jesús lo hayan traído,
A su modo cada uno lo conciba,
Para entender mejor lo acaecido, —
Pedro a peligro de perderse ya iba,
Si de Jesús no fuese socorrido:
Una ojeada le dió tan amorosa, (c)
Que Pedro volvió en sí, sin otra cosa. (N²)

Se acordó entonces Pedro del aviso, [d]
Que Jesús le había dado en profecía,
De la cual él dudó, creer no quiso,
Porque de su flaqueza no tenía.
Pero después del hecho, ya es preciso
Que ya crea, lo que antes no creía:
Lo cree ya, con un pesar tan fuerte,
Que a llorar se condena hasta la muerte.

Es de su conversión el primer paso,
El dejar la ocasión, salir de casa,
Donde su fortaleza tuvo ocaso,
Y en donde la virtud tan mal lo pasa.
Salió fuera a llorar el duro caso, (e)

[a] *Cœpit anathematizare, et jurare: Quia nescio hominem istum.*
(*Marc. xiv, 75 et Matth. xxvi, 74.*)

[b] *Adhuc illo loquente, cantavit gallus.* [*Luc., xxii, 6 0.*]

(c) *Et conversus Dominus respexit Petrum.* [*Id., xxii, 61.*]

(d) *Et recordatus est Petrus verbi Domini.* (*Luc., xxii, 61.*)

(e) *Et egressus foras, flevit amare.* (*Ib., Ibid., 62.*)

Que le dió una materia nada escasa,
Para poder llorar a todas horas,
Desde que el gallo anuncia las auroras.

Quien a Pedro en la culpa lo ha imitado,
En llanto acerbo y conversión lo imite,
Y para ser de culpa preservado,
Toda ocasión, todo peligro evite:
No dilate salir de su pecado, [a]
Ni deje de aceptar luego el convite
Que la gracia le ofrece, como medio
Para poner a su gran mal remedio.

Indefectiblemente cada aurora,
Y siempre que del gallo esencha el canto,
Se pone Pedro de rodillas y ora,
Y se deshace en un amargo llanto. [b]
Tú también, ¡oh alma tibial, gime y llora,
Y ferviente oración haz, entre tanto
Que tu gallo cantare; pues, sin fallo,
Cada uno tiene en su conciencia el gallo. (c)

Será dichoso y vivirá contento,
Quien desde que del lecho se levante,
Hasta que al lecho vuelve, escucha atento
Lo que su gallo le reprende y canta.
Si a lo que él dice diere cumplimiento,
Será su vida muy reglada y santa,
Y cuando llegue de su vida el fallo,
Le cantará ya entonces otro gallo.

¿Adónde juzgas que San Pedro iría,
Luego que del palacio hubo salido?
¿Adónde? Adónde ha de ir sino a María,
Refugio singular del afligido?

(a) Non tardes converti ad Dominum, et ne differas de die in diem.
(Ecclesiastic. v, 8.)

(b) Quoties gallum audivit, in genua procidit et veniam lacrymans
petivit. [Clemens Romanus.]

(c) Quilibet, Laurent. Justiniano testa, suum gallum domi habet,
suam conscientiam.



Con gran llanto su culpa le expondría,
Ya humillado, contrito, arrepentido.
Se retiró ya de Ella confortado,
A llorar en un antro su pecado. [N]

Pedro, cual viejo falto de memoria,
Era naturalmente olvidadizo; (a)
Lo que es disculpa a su favor notoria,
Que olvidado de todo, hizo cuanto hizo;
Mas cuando se acordó, dice su historia,
Que en lágrimas y llanto se deshizo;
Y más que por malicia, ha delinquido,
Por la fragilidad y por olvido.

EL SALVADOR ES CONDENADO DE TODO EL CONCILIO

Amaneció por fin el triste día,
Infansto día para el pueblo ingrato,
Día en el cual, por su malicia, había
De contraer tan sin igual reato.
Reprobado de Dios desde hoy sería,
El que antes le fué a Dios: pueblo tan grato
Abatido serás, vil en el mundo,
Y arrojado al abismo más profundo.

Día por otra parte venturoso,
A los hombres y siglos venideros;
Hay se pone al pecado un fin glorioso,
Y se aplanan del cielo los senderos.
Del tesoro de méritos copioso
De Cristo nos hacemos herederos;
Y le quedan del todo al hombre abiertas,
Del paraíso las cerradas puertas.

(N) Ferunt quidam, quod in quadam spelunca, inter Jerusalem et montem Sion sitam, Petrus se recepit, ubi usque ad diem Resurrectionis iugiter fleuit; quo in loco postea fabricata est Ecclesia in honorem Divi Petri ad perpetuam tam salutis penitentiae memoriam servandam. Ita P. Salm.

(a) Petrus natura obliviosus, et inmemor fuit, teste B. Brigitta Lib. 4^o Revelat. c. 5.

Venida ya la luz, entre oro y grana, [a]
Sacerdotes, escribas y señores,
Se juntan otra vez muy de mañana,
A otro Concilio, que es de los peores; [N]
Aquí su envidia, aquí su rabia insana,
Aquí desfogar piensan sus rencores,
Asechando a su vida y su doctrina,
Pues con la inicua de ellos no combina.

En casa de Caifás se hallaba aún preso,
De su sangre en la púrpura teñido,
De mil cadenas todavía opreso,
De salivas el rostro aún escupido:
El que hace de cabeza en el Congreso,
Ordena que Jesús sea traído:
Que al inicuo Concilio se presente,
A sentenciarlo a muerte, aunque inocente.

Era ya claro y luminoso el día,
Pues ya doraba el sol todo horizonte;
De luces coronado se veía
Ya el alto de Sión sagrado Monte:
Ya casi nadie en la ciudad dormía,
Ya es hora que la gente a ver se apronte
De salivas nublado el Sol divino,
Que a ocaso, en el Concilio, hace camino.

(a) *Mane autem facto, consilium inierunt omnes principes sacerdotum et seniores, etc.* (Matth. xxvii, 1.)

(N) Este Concilio o consistorio, llamado *Gasith* entre los Hebreos, y *Sanedrín* entre los Griegos, que significa Casa de Juicio, donde se juzgaban las causas por 71 Jueces, que con el Sumo Sacerdote eran 72, fué de Dios instituido, para que ayudasen a Moisés en el gobierno de la República, como nota el P. Salmerón, (Tom. 50, Tract. 24, p. 205.)—Se componía de tres órdenes diversos de personas: esto es, de Sacerdotes, que formaban el Foro Eclesiástico: de ancianos del pueblo, que hacían el Foro Civil; y de escribas y fariseos, que en la Judea eran como Religiosos. Fué dicho Concilio poco después de la muerte de Cristo enteramente abolido. Hay quien afirma haber intervenido en este Concilio, no sólo los Jueces del Sanedrín, sino también todos los Sátrapas y Magistrados de aquella gente: tanto que arribaban al número de 611 personas. [Thiepol. tr. 6, cap. 12. Masin in Gynn. Chr. t. 25, citados de Nic. Alberti, Parte. 3, cap. 19, p. 597.]



Va seguido de pueblo innumerable;
Quien con ternura y compasión lo mira,
Quien malhechor lo juzga abominable,
Quien su paciencia y su modestia admira.
Entre tanto el Concilio detestable
Lo espera, lleno de rencor y de ira,
Y la sentencia, aquella noche dada,
Quiere que sea ahora avalorada.

El Concilio nocturno antecedente,
Conocían los mismos consejeros
Que era inválido, nulo, insubsistente,
Pues se hicieron en él mil desafueros.
Ellos mismos sirvieron neciamente
De jueces y testigos embusteros,
Y aun practicaron, contra el reo en juicio,
De verdugos infames el oficio.

Para darle valor y más decoro
A este nuevo Concilio, se procura
Que todo rito y toda ley del Foro
Se observe ahora en la judicatura;
Así evitan la nota y el desdoro
De dar una sentencia injusta y dura,
Y por dar colorido a sus abusos,
Del Foro observan los sagrados usos.

Llega por fin Jesús, todo ligado:
Por pies, manos y cuello una cadena
Le circula, teniéndole agobiado,
Y ocasionándole una suma pena;
Luego que ante el Concilio es presentado,
Que se le ponga en libertad se ordena;
Pues siendo jueces en lo interno injustos,
Parecer quieren, en lo externo, justos.

De la cadena es luego desatado;
Mas los duros fierfísimos cordales,
Con que muy fuertemente estaba atado,
Le causan, al quitar, dolores crueles:
En los puños se habfan encarnado,

Y a modo de cuchillos o cincéles,
La piel, nervios y carne le habían roto,
Por donde da su sangre manirroto.

Ya no pregunta, ni conjura al reo
El pérfido Caifás, ni a él se avecina;
Ahora es un escriba o fariseo,
Que en nombre del Concilio lo examina;
Pero aún hace Caifás de corifeo,
Todo el Concilio sigue su doctrina,
Y en su sentencia todos convenidos,
Todos contra Jesús muéstranse unidos.

Bien que a Jesús propicio el voto sea
De un justo Gamaliel, de Nicodemo,
De un devoto José de Arimatea,
No adelantan ni un paso con su remo.
Caifás la nave rige y la ladea,
Cual Palinuro práctico y supremo,
Hacia a un escollo o a enemiga roca,
Donde a Jesús el naufragar le toca.

Si a su favor cada uno de éstos vota,
El voto de ellos sólo significa
Lo que hacer puede una pequeña gota,
Que a extinguir gran incendio se salpica:
De Caifás la atrabilis se alborota,
Y con hechos su cólera la explica.
Del Concilio los echa indignamente, (N)
Porque a Jesús le dan por inocente.

(N) Guillermo parisiense nota, que en este juicio se hallaron presentes Nicodemo, José de Arimatea y Gamaliel, como jueces de aquel Sanedrín; y que tomando a pechos la defensa de la inocencia de Cristo, se opusieron a una sentencia tan inicua; de tal manera que se hicieron gloriosamente odiosos a aquella tan malvada asamblea [1]; y que fueron vilmente arrojados fuera de aquel tribunal y remitidos al cuidado del Templo, como con Francisco Luca escribe el Padre Juan Gregorio (2).

[1] Parisien. in Feria 6, post. Dominic. Pass.

(2) Cum Franc. Luca ibid. Joann. Gregor in Trib. Caiph,

Ya no buscan ni a Ticio, ni a Sempronios,
Para que servir puedan de testigos,
Ni pretenden más falsos testimonios
De sobornados hombres y mendigos:
Agitados de furias y demonios,
Para mostrar que de ellos son amigos,
Porque logre el averno sus intentos,
Ellos servirle quieren de instrumentos.

Con lo que Jesús dijo aquella noche,
Les parece que tienen ya bastante,
(Que su dicho mantenga o lo reproche)
Para ponerle en cruz, luego al instante:
Al sepulcro resuelven que trasnoche,
Que confiese, o que niegue petulante:
Por tanto, le preguntan nuevamente,
¿Si tú eres Cristo? dílo claramente. (a)

Jesús, que de sus pechos en el fondo
Reconoce el veneno, que se esconde,
Y entra del corazón en lo más hondo,
A la cuestión propuesta así responde:
«Si la verdad os digo y no la escondo, (b)
No me daréis la fe, que corresponde,
Ni sabréis responderme a ningún punto,
Si os hiciera preguntas al asunto.

«Aunque yo, con razones eficaces,
La verdad os probase, y convenciese
Con Profetas sinceros y veraces,
Y con toda Escritura os concluyese;
Os mantendríais tercios y tenaces,
Sin que la libertad yo consiguiese; [c]
Pues del odio y de envidia poseídos,
En vuestro intento estáis empedernidos.

«Bien que indignos, por esto, os habéis hecho
De que os responda y la verdad os diga,
Pues preguntáis con ánimo en el pecho,

[a] Si tu es Christus, dic nobis. [Luc. xx, 66.]

[b] Si vobis dixerò, non credetis mihi: Si autem et interrogaverò, non respondebitis mihi. (Luc. xxii, 67.)

[c] Neque dimittetis me. [Luc. xxii, 68.]

De que mi muerte a mi verdad se siga:
No temo de la Cruz el duro lecho,
Donde el amor de la verdad me obliga
A morir: y a librar de aquesta suerte,
Al infiero hombre de la eterna muerte.

«Bien que indignos seáis, la verdad pura
Oídla de mi boca, que no miente;
El hombre, que aquí veis hacer figura
De reo el más inicuo y delincuente,
De quien hacéis aquí judicatura,
A la diestra del Padre Omnipotente [a]
A sentarse él irá; y estad bien ciertos,
Que volverá a juzgar vivos y muertos.»

Luego que así Jesús se hubo explicado,
Parece que su aviso les aturde,
Pues, como de un discurso mal hilado,
Tal consecuencia sacan como absurda;
Luego Tú — pecador endemoniado,
De extracción la más vil, grosera y burda,
Que eres hijo de un pobre carpintero —
¿Eres de Dios el Hijo verdadero? [b]

Conocía Jesús que esta pregunta,
Que en sí injurias embebe tan groseras,
Con que ultrajarlo quiso aquella Junta,
Eran lazos y redes verdaderas.
Esto no obstante, responder barrunta,
Con palabras concisas y sinceras,
Y bien claro les dice, aunque les pese:
«Vosotros lo decís, porque (N) soy ése.» [c]

(a) Ex hoc autem erit Filius hominis sedens a dextris virtutis Dei.
[Luc. xxii, 69.]

(b) Tu ergo es Filius Dei? (Luc. xxii, 70.)

(N) Esta interpretación de la partícula *Quia*, no es hecha a mi arbitrio, sino tomada del P. Salmerón, que dice así: *Potest et sic exponi: Vos dicitis, quia ergo sum; ut sit causalis particula illa. Quia: hoc est: Vos mihi testimonium vel inviti tribuitis, quia revera ego sum. Habet enim vestra interrogatio vim quandam confessionis cum de eo interrogetis, de quo nemo interrogaret, nisi aliquam de eo opinionem, suspicionemve haberet.* Tom. 10. Tract. 25. p. 208.

[c] Vos dicitis, quia ego sum. (Luc. xxii, 70.)

Al oír locución tan expresiva,
Que por breve y sucinta era brillante,
Y era también respuesta decisiva
A la pregunta necia y petulante:
Todos los de la inicu comitiva,
Uno al otro se dicen: «Es bastante,
Lo que aquí de su boca hemos oído,
Para darle el suplicio merecido».

De boca de Jesús dos cosas fueron
Las que, ayer noche y hoy por la mañana,
Con grande libertad decir le oyeron,
Con que le hacen la guerra más tirana.
Anoche por blasfemo lo tuvieron,
Porque se hizo de estirpe más que humana;
Y por su ley, delito de tal suerte,
Ser punido debía con la muerte.

Su dicho esta mañana ha confirmado,
Se da por el Mesías, se hace Cristo,
Y de ser rey ungido se ha jactado,
Que venir a juzgarnos será visto;
Con esto a los monarcas ha injuriado,
Deja al César de imperio desprovisto;
Por esto debe ser, de pies y manos,
Clavado en cruz, por ley de los Romanos.

Todo el Concilio aprueba la sentencia;
De nuevo al Salvador lo ligan y atan,
Que se deja ligar, con gran paciencia.
Y ante Pilatos presentarlo tratan;
Todos unidos van a su presencia,
Ni acusación, ni causa le relatan,
Pretendiendo su loco devaneo,
Que sin juzgarlo, condenase al reo. (N)

(N) Ducunt autem illum bis damnatum in Concilio suo ad Pilatum, volentes ipsum non tam esse Judicem, quam judicii a se facti executorem, si potuissent. Quod constat ex eo, quod eum catenis vinctum, sputis atque alapis foedatam, petunt ut cruci suffigat, nullam adherentes accusationem, neque damnationis ab eis facta ullam rationem reddentes; et hoc agebant, ut innoxii sanguinis effusionem in Pilatum inducerent, et populi odium in eum converterent. Ita. Salmerón T. 10, Tract. 25, 209.

CONDUCCEN AL SEÑOR A PILATOS,
Y JUDAS SE AHORCA

Teniendo ya la cosa a tan buen punto,
Dada ya la sentencia a plenos votos,
Aunque alguno discrepe en el asunto,
De aquellos que a Jesús le eran devotos;
Se resuelve a ir todo el Concilio junto,
Para evitar las tramas y alborotos
De aquellos pocos que a Jesús son gratos,
Mientras que lo conducen a Pilatos.

Otro fin a que miran sus intentos,
En ir todos en cuerpo al Presidente,
Es para declarar sus sentimientos,
Si en condenarlo fuere renitente;
Con mil tramas, ardidés, fingimientos,
Esperan pervertirlo finalmente,
Para que lo sentencie sin juzgarlo,
Ni difiera a otro día el condenarlo.

No uno, u otro, todos van unidos;
Van en gran multitud y muchedumbre: (a)
Al Presidente así, van persuadidos
Que el número, a lo menos, le deslumbre:
Por ser muchos, presumen ser creídos,
Y dar a su sentencia una vislumbre,
De ser justa, por ser de muchos dada:
Bien que de estultos sea una manada.

¿Y cómo lo conducen? Bien ligado:
Para significar, con tales ritos, [N]
Que el reo estaba, de ellos, ya juzgado,
Y condenado ya por sus delitos:
Que Pilatos quedaba precisado,
Sin requerir los trámites y escritos,

[a] Et surgens omnis multitudo eorum, duxerunt illum ad Pilatum.
(Luc. xxiii, 1.)

(N) Quando quis ab Ecclesiastico tribunali deducitur ad saeculare, moris est, ut qui adducitur tamquam morti adjudicatus vinculus offeratur Magistratui (teste B. Hieronymo in hunc locum) ut hoc signo agnosceretur jam ab eis esse condemnatus. In. Mat. 26, T. 9.

A dar curso final a la sentencia,
Del que traían reo a su presencia.

¿Pero por qué, si muerto lo querían, (a)
Ocultamente no lo sofocaron?
O como ya con otros hecho habían,
¿Por qué, como a un Esteban, no apedrearon?
Porque crucificarlo pretendían, (b)
Y a Pilatos la culpa echar pensaron,
Si acaso, alguna vez, examen serio
Quisiese de su muerte hacer Tiberio.

Caifás, aun más que todos vigilante,
Y a la muerte de Cristo diligente,
Con paso acelerado va adelante,
El ánimo a ganar del Presidente:
Le suplica que luego, que al instante,
Le dé muerte de cruz al delincuente,
Que ya viene de todos sentenciado,
Para que en una cruz muera clavado.

Entre tanto se ve, ya bien cercana,
La infame turba, que conduce a Cristo:
Por la Roca que llaman Antoniana, (1)
Ella ha pasado ya: ya llega al Xisto (2)
En donde está la plaza Pretoriana,
Y el palacio, que igual nadie lo ha visto, [3]
Donde el Pretor, en una parte habita,
Y en la otra sus justicias ejercita. [4]

(a) Es pregunta que hace San Juan Crisóstomo.

(b) Es respuesta que da Salmerón. T. 10. Tr. 25, pág. 208.

(1) Roca o Torre Antoniana, que de uno y otro modo la llamaban.

(2) El Xisto: llamaban así un pórtico suntuoso de maravillosa longitud, en forma de un puente de piedra, fabricado sobre la pública plaza con arcos y adornado de azoteas descubiertas: por este pórtico se pasaba del palacio de Pilatos a la Roca o Torre Antoniana, y de allí al Templo.

[3] Era este Palacio o Pretorio de alta y magnífica estructura y el más eminente de cuantos había en la ciudad; al cual se subía por 28 escalones, que trasportados a Roma, formian ahora la Escala Santa.

[4] Tenía este Pretorio dos apartamentos, en uno de los cuales habitaba Pilatos con su familia; el otro le servía de Tribunal, en donde se sentenciaban y condenaban los delincuentes.

Aquí, al fin, llega el Salvador divino,
Débil, desfallecido y arrastrado
Por casi todo el áspero camino, (1)
Que con sumo trabajo ha caminado;
Al encuentro Caifás luego le vino,
Y ordenó que a Jesús, encadenado
Como estaba, lo suban al Pretorio,
Cual condenado reo, ya notorio.

Conducido, por fin, de estos leones,
Pasó adentro el mansísimo Cordero,
Para santificar los escalones, [2]
Si no a Pilatos, que es más duro y fiero.
Aquí de doce alferes los pendones [3]
O estandartes romanos, con esmero,
Por sí se batan, sin impulso ajeno,
Para hacerlo la salva al Nazareno.

Ya al brazo secular queda entregado,
A un pagano, a un gentil de los más viles,
Para que sea así verificado
Que habían de entregarlo a los gentiles, (a)

[1] Este camino fué de 750 pasos, poco más o menos, según computa Alberti; de lo que dice Adricomio, que bien que diga que este viaje de Cristo, hasta la casa de Pilatos fuese de mil pasos, él tomó las medidas desde la casa de Caifás, y no desde el Sanedrín, de donde la distancia era menor, como se saca del mismo Adricomio. Núm. 207 Alberti Comm. de Vita Ch. 3, c. p. 598.

(2) Se alude a la escala, que formada de estos mismos escalones en Roma, se llama *Santu*.

(3) En el Evangelio de Nicodemo se lee, que al entrar Cristo en el atrio de este Pretorio, los estandartes romanos, sostenidos allí de doce Alferes, por sí mismos prodigiosamente se inclinaron en señal de adorar al ultrajado Jesús. Sospechando los Hebreos, que fuese manejo de los mismos Alferes recurrieron a Pilatos: éste consignando en manos de otros dichas banderas, les impuso pena de muerte si hacían otro tanto. Pero nada bastó; porque al comparecer Cristo, de nuevo las banderas se inclinaron por sí mismas: y uno de los criados del Presidente le echó bajo de los pies por reverencia sus vestidos. Aquí es de advertir que, si bien este Evangelio de Nicodemo ha sido de la Iglesia declarado apócrifo, con que se le prohíbe la autoridad de escritura canónica, no por eso deja de retener la autoridad de escritura privada, a la que se le pueda dar aquel crédito, que juzgare el prudente lector. Vide *Calvum in Propin.* Evang. resol. 69, juxta citat. Nic. Alberti, penes me. resol. 84.

(a) Et tradent eum gentibus ad illudendum, et flagellandum, et crucifigendum. (Matth., xx, 10.)



A ser escarnecido y azotado
De bárbaros e inicuos ministriles;
De espinas coronado; y finalmente,
Puesto en la Cruz ignominiosamente.

Permíteme ¡oh Jesús! que aquí te deje,
Al Pretorio de un príncipe pagano,
Mientras mi pluma la tragedia teje
De un Iscariotes, pérfido, inhumano.
A lo menos Pilatos te protege,
Y es menos que Caifás impio y tirano,
Que si, por fin, a muerte te condena,
Lo hace con displacer y suma pena.

Te pido, pues, perdón, Jesús amado,
Si interrumpiendo el hilo de tu historia,
Me convierto a escribir la de un malvado,
Quien también tu inocencia hace notoria:
Confesando él, en público, que ha errado,
Promueve también él tu mayor gloria,
Bien que su confesión, sin dolor hecha,
Para salvarse, nada le aprovecha.

DESESPERACION Y MUERTE DE JUDAS

Pues se dice de Judas tanta cosa,
Sólo atendido a Sacras Escrituras,
Omitiendo lo que es de fe dudosa,
Yo aquí referiré sus desventuras;
Mas, si hay acaso gente tan curiosa,
Que cuantas de él se dicen aventuras,
Las quisiere saber, lea la nota,
Y hallará de su vida la derrota. (N)

(N) Donato Calvi en su Propriu^o Evang^o resolución 69, citando a Pelbarto en sus sermones hiemales, en el sermón que es el 58, entre los sermones de los Santos, hace la siguiente relación del origen y vida de Judas. Refiere que había en Jerusalén dos casados, Simón el marido y Ciboria la mujer. Esta vió en sueños, que hallándose en cinta, debía dar a luz un hijo malvadisimo, por el cual se arruinaría toda la nación hebrea; y habiendo dado de tal sueño no-

Ya condenado el Salvador a muerte,
De todo el inquisísimo Consejo,
De Pilatos ya dado al brazo fuerte,
Por ardides de Judas y manejo;

ticia al marido, con muchas lágrimas y pena, sucedió, que poniéndose efectivamente en cinta, parió a su tiempo este hijo que fué a sus padres motivo, más bien de aflicción, que de consuelo y alegría. Pensaron ensangrentar el cuchillo en sus venas; pero horrorizándose de manchar en la sangre del propio hijo las manos, tomaron la resolución de ponerlo, como a otro Moisés en una cestilla, y entregarlo a las ondas del mar, exponiendo así a la fortuna al que presagiaban destructor del Judaísmo. Llevada de las ondas la ligera cestilla por largo trecho de mar, y llegada finalmente a una isla, que se llamaba Iscariotes, fué allí cogida de la misma reina, que paseando por aquella playa en compañía de sus damas, tuvo la suerte de hacérsela suya. Abierta la cestilla, encontró en ella gimiendo al tierno y a sus ojos hermosísimo niño; y como del real marido nunca había conseguido prole, deliberó tenerlo oculto y fingiéndose en cinta, mostrar a su tiempo este niño, como que ella hubiera parido: y así lo ejecutó, causando el parto fingido de la reina un gran placer y júbilo en el rey y en todo el reino: puéstole el nombre de Judas (que después por aquella isla fué apellidado Iscariotes), se le dió educación con magnificencia y grandeza, cual a regio infante convenia.

Se dió en tanto el caso, que la reina se pusiese en cinta del rey, y después del acostumbrado curso de meses, diese a luz un verdadero hijo. Ambos se criaban juntamente. Mas como Judas fuese de mayor edad, frecuentemente ultrajaba al menor y lo excitaba al llanto. Por lo que la madre no dejaba de mortificar a Judas con reprecensiones y golpes, pues siempre más atrevido y temerario, no cesaba de molestar al legítimo hijo del rey. De aquí provino que descubierto el secreto del fingido parto, y declarado Judas de ajena estirpe, no pudiendo éste sufrir tan gran vergüenza y escarnio, matando al regio príncipe secretamente, huyó de la isla, y se encaminó a Jerusalén; Gobernaba entonces por la Romana República la Judea, Poncio Pilatos, y puéstose a su servicio el Iscariotes entró bien presto en la gracia de su señor; pues siendo conformes en genio y costumbres, no le fué difícil a Judas, hacerse dueño de los afectos de Pilatos, ni a éste el regir a su modo las inclinaciones de Judas; lo destinó y nombró por su mayordomo, a quien todos los demás debían sujetarse. Inmediata al palacio de Pilatos estaba la casa de Simón, verdadero padre de Judas, y conjunto a ella un jardín, donde sobresalía un bellissimo arbol de pomos, que cargado de frutos, se llevaba tras sí los ojos de quien los miraba. Autojado Pilatos de aquellos pomos, le hizo una insinuación de su autojo a Judas, y éste escalando las paredes del

Todos los del Concilio, ¿quién no advierte,
Que le harían a Judas gran festejo,
Le aplaudirían su destreza y maña,
En efectuar la más gloriosa hazaña?

Y de Judas traidor, ¿quién no creería,
Que al verse festejado y aplaudido
De la pérfida infame alevosía,
Que inicua mente había cometido,
Que no quedase lleno de alegría,
Por haberle su ardid tan bien salido?
Y por tanto con gusto recibiese
Cuanto honor, cuanto aplauso se le hiciese?

Quedado hubiera Judas muy contento,
Si atendemos a su índole perversa,
Ni de su inicuo, vil procedimiento,
Se podía esperar cosa diversa;

jardín subió al árbol y mientras recogía los frutos sobrevino Simón, que encontrando *in fraganti* al ladrón, empezó a injurarlo. Bajó Judas del árbol, y con su no conocido padre, empezó a contrastar de palabras, y pasando después a los hechos, con una piedra lo mató impunemente y huyó. Vuelto al palacio con el robo de los pomos, contó a Pilatos cuanto le había sucedido, y como el homicidio se había hecho sin testigos, así quedó oculto el homicida. Antes, para gratificar más a este pérfido, le dió todos los bienes de Simón, y obligó a la viuda Ciboria, repugnándolo ella, que tomase por marido a Judas: así el parricida, hecho marido de la propia madre, vivió conjugalmente con ella por algunos años. Ocurrió, pues, que un día mostrándose Ciboria más afligida de lo ordinario, doliéndose de sus desgracias, preguntada del marido por la causa de su aflicción, respondió, ser tres las causas que tenían su corazón atravesado de dolor: la primera, la pérdida del hijo entregado a las ondas y al capricho de la fortuna (y aquí le contó cuanto había sucedido a tal propósito); la segunda, la muerte de su marido Simón; y la tercera, el haberse contra su voluntad casado con él. A tal relación quedó Judas convencido de ser él mismo el matador de su padre y ahora el marido de su madre; horrorizado de esto y lleno de congoja, resolvió seguir a Cristo, haciéndose su discípulo. La Sagrada Escritura bastantemente expresa cuál fuese en esta Divina Escuela la conducta de su vida. Y yo, atendido a lo que dicha Escritura nos dice, diré aquí cuál fuese el desastroso fin de tan malvada vida.

(Toda esta narración, es claro que no pasa de leyenda o conseja).

Pero a sentir algún contentamiento
Su misma impia conciencia le era adversa,
Pues de ésta los estímulos le anulan
Cuanto loor le dan los que le adulan.

Resuelve con horror, allá en la mente,
La enorme atrocidad de su malicia
En entregar al Justo, al Inocente,
Por sólo contentar a su avaricia.
Condenado ya ve cual delincuente
Al que a él lo trató bien y con caricia;
Concibe tal temor de un crimen tanto,
Que se llena de horror, pena y espanto.

Ve tanta circunstancia en su delito,
Que la culpa le agrava y multiplica,
Que arrepentido ya, mas no contrito,
Consigno mismo hablando así se explica:
«Soy el hombre más vil, soy el maldito!
Ya mi misma conciencia me lo indica,
Que para mí no hay venia ni esperanza,
Ni yo veré la bienaventuranza!

«Mi sacrílega, inicua, infame venta,
Venta alevosa es; pues vendí a Cristo,
Por un precio tan vil, que nada cuenta,
Con que sólo el averno me conquisto:
Allá debo ir, allá me espera atenta
Aquella infernal turba a quien me alisto:
En congoja mortal yo estoy envuelto,
A quitarme la vida estoy resuelto.

«Yo he cometido un grande desafuero!
Sacrílego es mi error, grande el delito!
Por mi ruin avaricia de dinero;
Yo me juzgo ya réprobo y proscrito!
De obtener el perdón yo desespero,
¡Oh dinero vilísimo y maldito!
¡Oh dinero fatal, cuyo eco fiero
Me hace poner de rimas un rimerol (N)

(N) No es solamente extravagancia mía, el apartarme de la ordinaria ley de alternar las rimas con diversos consonantes y diversas

«Por ti la vida yo quitarme quiero;
Mas me es preciso resolver primero,
Qué es lo que debo hacer de aquel dinero,
Que es precio del mismísimo Cordero.
A nadie pienso hacer de ello heredero,
Pues sería heredarme un mal agüero,
Y como yo desesperado muero,
Así él también que moriría infiero.

voces. Semejante extravagancia, he visto también usada en poetas de mérito, respecto de quienes yo soy solamente un rudo aprendiz, y no merezco otro nombre que el de poetaastro: que queriendo imitarlos en una tal licencia, para denotar cuán herido estaba la fantasía de Judas por aquel tan malamente adquirido dinero, he puesto en boca suya aquella octava, sin la alternativa de diversos consonantes, poniendo en todos los ocho versos de ella, si no la misma voz, la misma rima en *ero*, que es el ceo de dinero, el cual hacía un hórrido eco en la fantasía de Judas.

Por dar algún ejemplo de estas extravagancias poéticas, séame licito poner aquí una bellísima octava del conde Vincenzo Piazza, célebre poeta italiano, que aunque tiene la alternativa de los consonantes diversos, usa por consonantes en toda la octava de la misma voz *Mare* replicada cinco veces, y la palabra *Cielo* repetida tres veces.—Oígame pues su octava, que es la siguiente:

Era sereno il Ciel, tranquillo il Mare,
Che fea di sé lucido specchio al Cielo:
Pareva il Cielo un luminoso Mare,
E il Mar sembrava uno stellato Cielo:
Veduto avresti i pesci errar del Mare,
Con quei, che ruotan scintillanti in Cielo:
Sí vago era confuso il Ciel col Mare,
Che sceso avresti detto il Ciel nel Mare.

(Del C. Vine. Piaz. en su Poema de Bona expugnada.—Canto 6º, Octava 67).

Pero, para quien reprobare una tal licencia, pongo aquí la misma octava con la alternativa diversa de consonantes.

Por ti la vida yo quitarme quiero;
Mas resolver primero me es preciso,
Qué es lo que debo hacer de aquel dinero,
Con que Añás mi traición pagarme quiso.
¿Darlo a otro? le sería un mal agüero:
Que si no en una higuera, en un aliso,
Colgado mi heredero moriría,
Y mi fin desgraciado heredaría.

«Para que un tal dinero en mí no se halle
Cuando encuentren ahoreado al Iscariotes,
Por no arrojarlo al mar o por la calle,
Lo volveré a los impíos Sacerdotes.
Hablaré con Caifás, ni es bien que calle:
Por librar a Jesús de cruz y azotes,
Declararé que Él es justo, inocente,
Que yo he sido en venderlo el delincuente».

Así dijo Él, y sin tardar ni un rato,
Va en busca de Caifás y compañeros:
Deshacer pretendiendo el mal contrato,
Les arroja en el Templo los dineros.
«Hombre peor que yo ni más ingrato,
No lo habrá ni en los siglos venideros!
Yo he pecado — les dice — inicuamente, (a)
En vuestras manos dando a un inocente.»

Esta es la confesión clara y sincera,
De Cristo hecha a favor, del mismo Judas;
Ella a lo menos suscitar debiera
En Caifás y los otros nuevas dudas;
Debieran resolver, que se difiera
La ejecución de penas tan sañudas,
Hasta que aquel decreto contra Cristo
En Concilio otra vez fuese revisto.

Mas los pérfidos jueces no procuran,
Hacer lo que debieran de justicia;
Sólo a poner por obra se apresuran
Lo que les dicta su odio y su malicia.
Ellos se ríen, burlan y murmuran,
De que Judas confiese su injusticia;
Que deberían contritos escucharle
Para poder de veras imitarle.

¡Ah! tanto testimonio incoherente,
Que contra el Salvador se dió al Congreso,
Fué atestación para ellos convincente,
Y la de Judas es de ningún peso!

(a) Peccavi, tradens sanguinem justorum. (Matth. xxvii, 4.)

Por tanto le responden agríamente:
«Si tú has pecado, ¿qué nos importa eso? (a)
Vé en horamala y nunca aquí nos vengas,
Anda con Satanás, con él te avengas.»

Judas no se esperaba esta saeta,
Que a un tiempo* el alma y corazón le hiere:
Por senda la más breve y más secreta,
Se va, donde su idea lo transfiere;
En su rostro se ve, que su alma inquieta
Poner por obra algún exceso quiere;
Ya en selva retirada introducido,
Échó con voz horrenda este gemido.

«¡Para mí ya no hay Dios! Ya yo soy vuestro,
¡Oh demonios, oh furias infernales!
Aprontadme un puñal, dadme un cabestro,
Que ahoreado muera al fin, o entre puñales;
Pondré así fin al Hado tan siniestro,
Que me ocasiona tan funestos males;
Venga por mí ya el hórrido Caronte,
Y al reino me transporte de Aqueronte.

«¡Oh espíritus rebeldes, venid presto!
Venid a darme ayuda como vuestra,
Ya que me habéis en el empeño puesto
De asesinarne, por mi misma diestra;
Haced, que el golpe que he de dar funesto,
Lo dé con mano bien certera y diestra,
Y mi alma, en vuestras manos recibida,
Sea al tartáreo reino conducida!»

Después de una oración tan fervorosa,
El empieza a buscar, de planta en planta,
Flexible vena o mimbre u otra cosa
Para el dogal, y a hallarlo se adelanta:
Es una fuerte cuerda, aunque ñudosa,
Que depara el demonio a su garganta;

(a) At illi dixerunt: Quid ad nos? Tu videris. (Matth. xxvii, 4.)

Y de una higuera al más robusto brazo, (N)
Al cuello se apretó su digno lazo. (a)

[N] No se nombra en el Evangelio la calidad del árbol al cual Judas se ahorcó; y hay varias opiniones sobre ello. Vicente Cimarelli, en sus filosóficas resoluciones al c. 38, hace mención de ciertos árboles muy semejantes al tamariz, que se hallan en la Sicilia en la campaña de Calatagirone, no sólo estériles e infecundos, mas también dañosísimos, a quien participa de su perniciosísima sombra, llamados por tanto árboles de Judas, persuadiéndose el vulgo, que a una de estas plantas se hubiese ahorcado el pérfido. Borcad, en su descripción de la Tierra Santa, c. 7, parag. 45, dice que Judas se ahorcó a un árbol de sicomoro. Mas Juvencio Pbro. [seguido de Beda] cantó en su paráfrasis poética.

Exorsusque suas laqueo sibi sumere poenas,
Informem rapuit ficus de vertice mortem.

Añádase a Juvencio y Beda el Manni en sus historias c. 247 que dice; *Majorum traditione acceptum est arborem illam, in qua Judas laqueo se suspendit, fuisse ficum*. Y quizás aludió Cristo, haciendo que se secase aquella higuera, que encontró en el camino, no tanto, como escribe Isidoro, porque ella fuese aquel árbol fatal, que allá en el terrestre Paraíso causó con su fruto la ruina de la humanidad, cuanto porque debía ser instrumento de muerte al discípulo traidor, cuya perdición deploraba.

También se opina con variación sobre el género de muerte de Judas, y del cuándo muriese, si antes o después de Cristo; pues, aunque es verdad inconcusa, que él, puéstose el lazo al cuello, se botó del árbol para ahorcarse, dicen que no muriese ahogado del dogal, sino que sobreviviendo le tocase morir diversamente, y después de la muerte de Cristo. Teofil, citado de Menochio p. 2, cent. 4, cap. 72, dice, que habiéndose el bellaco colgando con el lazo, el árbol se inclinase, cediendo acaso al peso; y quedando vivo, pero hidrópico, reventando muriese. Eutimio en los comentarios de San Mateo dice, diversamente, esto es, que mientras el pérfido pendía del lazo, fuese depuesto de algunas personas, que lo conocían y por piedad lo librasen del peligro de muerte, y que viviendo por algún tiempo apartado y en lugar secreto, finalmente precipitado de un sito eminente reventase y muriese. Papias, que fué discípulo de San Juan Apóstol, pretende que Judas, habiéndosele roto el lazo, sobrevivió, y que de las ruedas de un carro aplastado reventase: porque estaba talmente hinchado, que no podía manejarse; y en cara y ojos tan entumecido, que ni ver podía, manando de su inundo cuerpo gusanos y podredumbre.

(a) Et abiens laqueo se suspendit. (Matth, xxvii, 5.)

Así Judas murió, por sí mismo hecho
El carnífice y juez de su delito;
Como éste era tan grande, entró en despecho,
Creyéndose ya réprobo y precito;
La agria respuesta de Caifás sospecho,
Que lo redujo a exceso tan maldito;
Y por tanto Caifás bien mereciera [a]
Ser presa de otro lazo y de otra higuera.

De mucho dulce y sazonado fruto
Antes se vió cargada aquella higuera,
Que brindaba un dulcísimo tributo
Al antojo de gente pasajera;
Ahora sólo ofrece horror y luto,
De Judas en la horrible calavera,
Que por su gran hedor, ya no hay quien pueda
Ni de lejos pasar por tal vereda. [b]

Aún estando del árbol suspendido,
Del enredado lazo entre marañas,
Por medio se partió medio podrido, (c)
Arrojando sus fétidas entrañas;
Entrañas, que en su vida han ejercido
Contra Jesús las iras y las sañas,
Entrañas sin piedad y sin justicia,
A quienes corrompió ruin avaricia.

¡Oh Judas infeliz, que no supiste
De las entrañas de Jesús valerte,
Aunque de su bondad pruebas tuviste

(a) Según atestigua Clemente Romano, también Caifás se mató por sí mismo. [Lib. 8, Const. Apostol., c. 1 sub fin].

(b) Añade, que después de su muerte, era tal y tan terrible el hedor que arrojaba, que aquel campo en que rindió su infame alma, se hizo inhabitable, no pudiendo ninguno pasar cerca de él, sin taparse muy bien las narices.

Pero estas opiniones, parece que discuerdan del sentido y sentencia común de los Padres, que quieren, que Judas muriese sofocado del lazo, como se infiere del Sacro Texto, que dice: *Abiens laqueo se suspendit, et suspensus crepuit medius*, como que muriese suspendido, y así suspendido reventase, echando por tierra sus postíferas entrañas.

(c) *Et suspensus crepuit medius: et diffusa sunt omnia viscera ejus.* [Act. Ap. 1, 16.]

Que librarte quería de tal muertel
Cuando el pérfido beso tú le diste,
Amigo El te llamó por atraerte,
Y aunque El sabía tu manejo y arte,
Te trató como amigo, por salvarte!

¡Oh cuán diversa tu fortuna fuera,
Si, anhelando veraces intereses,
Cuando corriste al árbol de la higuera,
Al árbol de la Cruz corrido hubieses!
Luego Jesús perdón dado te hubiera,
Aunque muchos más crímenes tuvieses,
Y aunque grande traición tú le hayas hecho,
Te hubiera dado albergue allá en su pecho.

Mas, si de ir a Jesús te recelabas,
¿Por qué no te ibas a buscar asilo
En María, de quien tú no dudabas,
Que es de gracias un mar lleno y tranquilo?
Del laberinto horrendo en que te hallabas,
Para salir, te hubiera dado el hilo,
Conciliado te hubiera con tu Maestro,
Y te hubieras librado del cabestro.

¡Ea, pues, pecador! Ea, alma impura!
Si de Judas seguiste las pisadas,
Lo que él dejó de hacer, tú hacer procura,
Y te serán tus culpas perdonadas;
Corre luego a Jesús, que con dulzura,
Echará sobre ti de esas miradas,
Amorosas, tocantes y no mudas,
Que a Pedro convirtieron y no a Judas.

Corre, corre a María, vé al momento,
Su patrocinio y su favor invoca,
Para que de caer te tenga exento,
De fatal culpa en un escollo o roca.
Conducirte a seguro salvamento,
Si implorares su auxilio, a ella le toca:
Pero te toca a ti, de ti recabo,
Que le seas su amante y fiel esclavo.

Desesperado y mal arrepentido
Judas, aquel dinero que era precio
Por el cual a Jesús había vendido,
Lo arrojó allá en el Templo con desprecio:
Fue de los Sacerdotes recogido, (N)
(Que del dinero hacían gran aprecio.)
Luego, después que Judas hubo muerto,
Se compraron con él un campo o huerto.

Esto campo servir sólo debía
Para dar sepultura a peregrinos,
Porque desconvenir les parecía,
Gentiles sepultar entre rabinos.
De Dios la Providencia disponía
Con sus altos consejos y divinos,
Que de Jesús el precio así sirviese
En pro del hombre, aun cuando muerto fuese.

Destinar a la compra esos dineros,
De sepultura para el peregrino,
Denota que aquí somos forasteros,
Y que aquí estamos sólo de camino;

(N) Habiendo los Sacerdotes recogido aquellas monedas, no se atrevieron a reponerlas en el Gazoflacio, por ser precio infame de muerte: las conservaron hasta resolver en qué se debían emplear: después de la crucifixión de Cristo, convinieron en comprar un campo, que pudiese servir de cementerio para enterrar a los forasteros, esto es, gentiles, que muriesen en Jerusalén. Por tanto, compraron un cierto terreno, que contenía en sí greda de hacer vasos: dándole el nombre de Hacóldama, esto es, *Campo de sangre*. Estaba este campo hacia la puerta austral del Monte Sión, distante un tiro de piedra de la Piscina superior; fue después cerrado por Elena Emperatriz con cuatro murallas de 72 pies de largo y 50 de ancho, y ésta era toda la grandeza del campo; que por eso fue fácil el comprarlo por los 30 dineros, que hacían el valor de 12 escudos romanos según la opinión de varios autores. Elena lo hizo después cubrir con una bóveda, dejando abiertas siete bocas, que sirviesen para el paso del aire y de los cadáveres, que en 24 horas se reducían a cenizas, por virtud maravillosa de aquel terreno; héchose llevar también a Roma en grande cantidad para la misma Emperatriz, y puesto en un lugar, llamado por eso *Campo Santo*, sirve de sepulcro de peregrinos: donde no sólo consuma los cadáveres en 24 horas, sino que también rechaza intactos aquéllos que no son de forasteros.—(Son cuentos.)

Que hacemos el papel de pasajeros,
Que no es la tierra, no, nuestro destino,
Ni acá tenemos patria permanente,
Y que el cielo anhelamos solamente.

Supo Judas también esta doctrina,
Que el cielo es nuestra patria verdadera;
Esto no obstante, en su pasión se obstina,
¡Y el cielo fué a buscar en una higuera!
Infelice de aquel, a quien domina.
Pasión de odio, o de amor, u otra cualquiera!
Si contra ella no lucha con esmero,
De Judas irá a ser buen compañero!

Mas nadie desconfie y desespere,
Como desesperó Judas maldito:
Confie siempre en Dios, aun cuando fuere
Mayor que no el de Judas su delito;
Siempre nuestro buen Dios perdonar quiere,
A quien confía en El y está contrito:
Mi número de culpas se limita,
Mas de Dios la bondad es infinita.

PILATOS EXAMINA AL SALVADOR

No quiero hacer de Judas más memoria,
En quien perdí de tiempo varios ratos;
Del Salvador volver quiero a la historia,
A quien dejé al Pretorio de Pilatos.
Clara cosa es y a todos bien notoria,
Que más inicuos son y más ingratos
Los que aquí se hallan impios Sacerdotes,
Que no lo son mil Judas Iscariotes.

Le gritan a Pilatos desde afuera,
Que despache la causa y solicite,
Pues la cosa les urge, de manera
Que dilación alguna no permite;
En este mismo día, el reo muera;
Del mundo, hoy mismo, un monstruo tal se quite;—
Y dice la verdad quien así grita,
Pues de la culpa el monstruo se nos quita.

De ellos Pilatos se acomoda al rito,
De no entrar al Pretorio el Sacerdote,
Y a calmar sale un tan continuo grito, (a)
Porque al pueblo no inquiete ni alborote.
«¿Cuál — dice — acusación o cuál delito
Contra este hombre se trae? se me note;
Porque Juez tan inicuo no me creo,
Que yo condené, a quien no sé si es reo».

Si inquietos, si insolentes fueron antes,
Después que esto Pilatos les pregunta,
Mucho más orgullosos y arrogantes,
Así responden, los de aquella Junta:
«Si en este malhechor culpas bastantes, [b]
Y toda iniquidad en él conjunta
No se hallara, nosotros en conciencia
No osáramos traerlo a tu presencia.

«Entre nosotros hay sabios doctores,
Hay escribas que son buenos legistas,
Con desvelo hemos dado y con sudores,
A las acusaciones mil revistas;
Reo lo hallamos a él, de los peores:
En vano, oh Presidente, te contristas,
Sin temor lo condenes, y en buen hora,
Sin esperar la luz de nueva aurora».

Habiendo oído tanto disparate
Que con orgullo exponen y fiereza,
Pilatos no se turba, ni se abate,
Pues les responde así con entereza:
«No me es lícito a mí, que a nadie mate,
Ni lo permite la naturaleza,
Que sin reconocer la causa en juicio,
Al inocente, acaso, eche al suplicio.

«Dejar impune a mucho delincuente
Fuera gran mal, pero mayor sería

(a) Exivit ergo Pilatus ad eos foras et dixit: Quam accusationem affer-
tis adversus hominem hunc? (Joan. xviii, 29 et Matth. xxvii).

(b) Responderunt ei: Si non esset hic malefactor, non tibi tradissemus
eum. (Joan. xviii, 30).

Quitar la vida a sólo un inocente,
Que vivir largos años merecía.
La Ley, el Tribunal, el Presidente,
Su poder todo y su soberanía,
Más bien que de los malos para freno,
Para defensa están del hombre bueno.

«Por malhechor y digno de la muerte,
Vosotros lo decís: mas yo deseo
Alguna prueba convincente y fuerte;
Mientras una tal prueba yo no veo,
Deliberar no puedo de su suerte,
Ni un atentado cometer tan feo;
Porque la ley humana a mí me veda,
Que a vuestra instancia, sin examen, ceda.

«Si vuestra ley es bárbara, inhumana,
Que no repara en tales requisitos,
Y la muerte del reo la subsana,
Aunque no estén probados sus delitos,
Usad de vuestra ley aunque tirana,
En este hombre ejerced vuestros pruritos:
Con vosotros llevad, juzgad al reo (a)
Conforme a vuestra ley o devaneo».

Esta proposición del Presidente
No les causó placer, ni dió contento;
Pues con fina política, prudente,
La ejecución los niega de su intento.
Aunque parece ser muy indulgente,
Dejándoles el reo a su talento,
La libertad les da, con tan sabia arte,
Que los liga también por otra parte.

Así en su pretensión quedan burlados,
Que en vez de una sentencia perentoria,
Les dá una libertad, que harlo irritados
Irónica la juzgan o irrisoria;
En sus fieros intentos, obstinados,

(a) Accipite cum vos, et secundum legem vestram judicate cum. [Joan, xviii, 31].

Rechazan libertad tan perfunctoria,
Diciendo al Presidente: «Mira, advierte: (a)
Que no podemos dar a nadie muerte.» (N)

(a) Dixerunt ergo ei Judaei: Nobis non licet interficere quemquam. (Idem. *Ibid*).

(N) Le dicen a Pilato que no les es lícito el pasar a sentencia definitiva de muerte, porque la autoridad de dar muerte a los delincuentes se les había quitado por los romanos, mercedamente por su soberbia; y como añade Lirano in Joan. xviii: «*Romani aliqua minora judicanda dimisserant Judaeis; sed non poterant quotalibus inferre poenam mortis, quia Romani retinuerunt sibi causam sanguinis.*» Que si se lee haber ellos lapidado al Protomártir Esteban, esto se hizo no por sentencia de ellos, sino por violencia del pueblo; tanto que por haber Anano, Sumo Pontífice, ordenado la muerte de Santiago, pagó la pena con la privación de aquella mitra, que por solos tres meses había tenido, como escribe Josefo Hebreo. L. 20, c. 8. Antig. Toledo in Joan. xviii, annot. 23, distingue la calidad de los delitos sobre los cuales sólo el Presidente Romano juzgaba y sentenciaba sin intervención de Pontífices ni Judíos; esto es, todos los crímenes cometidos contra las leyes romanas; pero si eran contra sola la ley de Judíos, como la blasfemia, se los dejaba a ellos la libertad de juzgar, y si sentenciaban pena de muerte, la habían de ejecutar con el consentimiento del Presidente: mas si las penas eran más leves y menores, podían sentenciar libremente.

El P. Salmerón señala otros dos sentidos al dicho de los Judíos, que pongo aquí con sus mismas palabras: «*Nobis non licet interficere quemquam*, duplicem sensum habere potest. Aut quod non liceret ratione temporis Pascha: tum quia illo die celebrabant memoriam exitus de Egypto, quo die ipsi liberati fuerant: ideo poterant liberare, non tamen aliquem damnare; tum quia in Exod. dicitur: *Non facies omne opus in eo etc.* At infligere mortem, opus servile erat: unde Herodes, qui Petrum in carcere morti addictum servabat, expectabat religionis causa ut dies Azymorum transirent. Et hanc sententiam sequitur Aug. in Joan. Tr. 114..... Altera solutio est, ut sit sensus, illis non fuisse licitum quemquam crucifigere; quia illam mortem lex Moysi ignorabat. Cujus sententia est B. Chrys. hom. 82, in Joan. (quem sequit. Enthym).

..... Non enim Judaei quemquam supplicio crucis afficere poterant, ut apparet ex affirmativis praeceptis Judaeorum 99 et 100, ubi quantum tantum modis poterant Judaei mortem infligere, ut habet in libro Senebris, nempe lapidando, gladio decollando; comburendo et strangulando. (Salm. T. 10. Tract. 26, pág. 221 et 222).

Pero, por más que griten y reclamen,
A Pilatos ni mueven ni blandean,
Que no quiere firmar sin previo examen
La sentencia que piden y desean.
Les impone el justísimo gravamen,
Que de aquel reo los delitos sean
Del tribunal al juicio antes expuestos,
A ver si son veraces o supuestos.

Viendo desvanecidos sus conatos,
Y que obtener no pueden la sentencia,
Llaman obstinación lo que en Pilatos
Es rectitud, justicia y gran prudencia;
Por no perder en vano tantos ratos,
Se resuelven al fin, a su presencia,
Referirle de boca solamente,
De cuánto mal el reo es delincuente.

No se atreven a hacerlo por escrito,
Porque temen darle ansa de que quiera
A balanza poner cada delito,
Y de este modo el sentenciar difiera,
O que diese a la causa finiquito,
Que mil veces peor para ellos fuera;
Pues con gran displacer libre verían,
Al que poner en cruz ellos querían.

Por estos fundadísimos temores,
Y otros que ocultos dejan en sus pechos,
Le dicen sólo a boca, entre clamores,
Ser muy inicuos de Jesús los hechos:
Excita rebeliones y rumores; (a)
Pagar prohíbe al César sus derechos;
Y con nueva doctrina y nueva ley,
Se da por Cristo y por ungido Rey.

Oídas estas tres acusaciones,
Que sólo son tres vanas imposturas;

(a) Caeperunt autem illum accusare, dicentes: Hunc invenimus subvertentem gentem nostram, et prohibentem tributa dare Caesari, et dicentem se Christum Regem esse. (Luc. xxiii, 2).

Reputando Pilatos sus razones,
Cual puros devaneos y locuras,
Se retiró aturdido a sus salones,
Para oír de Jesús verdades puras;
Ya que el clarín sonoro de su fama, (N)
Por inocente y santo lo proclama.

Dejando el Presidente los dos puntos,
Que muy bien ser calumnias conocía,
Pues de la falsedad de esos asuntos
Bien convincentes pruebas él tenía:
Aparte estando los dos solos juntos,
Le dice: «Yo de ti saber quería,
Si, como por el mundo se vocca,
Eres tú acaso el Rey de la Judea.»

A esta interrogación del Presidente,
Otra le hace Jesús muy misteriosa,
Con que le da a entender bien claramente,
Que conoce el origen de la cosa.
«¿Me preguntas — le dice — puramente, (a)
Porque esto es para ti cosa dudosa,
Que a preguntarme de ello te provoca?
U otros te han puesto esta pregunta en boca?»

La pregunta de Cristo, a lo que veo,
Parece que a Pilatos le ha ofendido,
Que a su inocente, manso y justo reo,
De este modo responde resentido:
«¿Soy yo acaso judío o soy hebreo, [b]
Que sepa del Mesías prometido?
Tus pontífices mismos y tu gente,
Te han entregado a mí por delincuente.

(N) Se pone esta expresión para denotar que Pilatos, por medio de la misma buena fama que corría de Cristo, estaba informado de sus gloriosos hechos y que tenía buena opinión de El por sus milagros, como la resurrección de Lázaro, que fué a todos notoria, la entrada a Jerusalén con tanto aplauso, etc.

(a) Respondit Jesus: A temetipso hoc dicis, an illi dixerunt tibi de me? (Juan. xviii, 34.)

(b) Respondit Pilatus: Numquid ego Judaeus sum? Gens tua et pontifices tradiderunt te mihi; quid fecisti? [Juan, xviii, 35].

«Si por Rey no te quieren, dí, ¿qué has hecho?» —
«No es temporal mi Reino, oh Presidente, (a)
Es del mundo el desprecio y el desecho:
Mi Reino, espiritual es solamente;
Sólo del justo, reino yo en el pecho.
Mis ministros, soldados y mi gente,
Si de este mundo este mi Reino fuera,
De los judíos bien me defendiera».

De estas palabras infirió Pilatos
Que es rey muy poderoso el Nazareno,
Que, sin usar de rey los aparatos,
Sabe reinar mejor que un rey terreno,
Y a sus vasallos sabe hacer beatos. [b]
Sin poder a su asombro poner freno,
Quedó maravillado, y le dijo:
«Luego: ¡que Tú eres Rey! de aquí colijo». (c)

«Sí, soy Rey, como afirmas, sin segundo, — (d)
Se lo confirma el Salvador y dice: —
Bien que no soy yo Rey de aqueste mundo,
Con mi reino lo vengo a hacer felice,
Si predicando en él, amor infundo
A la verdad que el mundo contradice:
Yo he venido, a despecho del demonio,
A dar de esta verdad un testimonio.

«Oh, cuánto la verdad es pura y bella,
Y cuán felices son los que la abrazan!
¡Cómo infelices son los que huyen de ella,
Que entre mil infortunios se embarazan!
Los que, por su feliz y buena estrella, [e]
Seguir de la verdad las huellas trazan,

(a) Respondit Jesus: Regnum meum non est de hoc mundo. Si ex hoc mundo esset regnum meum, ministri mei utique decertarent ut non traderet Judaeis. [Id. ib. 36].

(b) Es sentimiento del P. Simón de Casia.

(c) Dixit ei Pilatus: Ergo, rex es Tu! [Joan. xviii, 37.]

(d) Respondit Jesus: Tu dicis, quia rex sum ego. Ego in hoc natus sum et ad hoc veni in mundum, ut testimonium perhibeam veritati. [Ib. ib.]

(e) Omnis, qui est ex veritate, audit vocem meam, [Joan. xvii, 37].

De mí oyen la verdad de buena gana,
Y mi doctrina abrazan pura y sana.

Con gusto oyó Pilatos los loores
De la odiada verdad en toda parte,
Que con propios vivísimos colores,
Le pintó el Salvador, más que con arte.
Enamorado ya de sus primores,
¿Qué es verdad? le pregunta; pero parte, (a)
Sin esperar el don de la respuesta,
Porque oír la verdad cosa es molesta.

¿Adónde vas, oh Presidente, adónde?
Después de hacer cuestión tan importante,
Sin escuchar lo que Jesús responde
Que a salvarte quizá fuera bastante?
Al sitio vuelves otra vez, en donde
De judíos la turba petulante
Tu rectitud corrompa y tu justicia,
Y la mayor cometes injusticia?

Recorre tú a Jesús, oh alma perpleja,
En tus perplejidades y en tus dudas;
Si la pasión a veces no te deja
Conocer la verdad, y de ella dudas,
Hazle a Jesús una amorosa queja,
Pidiéndole sus luces, sus ayudas,
Pregúntale, ¿cuál es la verdad pura?
Y como El te influyere, obrar procura.

Salió, por fin, el Presidente fuera,
Donde de aquella turba era llamado,
Para que presto la sentencia diera
Al que ya estaba de ellos condenado;
Dijo entonces el Juez con voz severa:
«Yo al reo con rigor le he examinado (b)
Y no le encuentro en nada delincuente,
Ante mi tribunal es inocente.»

(a) Dicit ei Pilatus: Quid est veritas? Et cum hoc dixisset, iterum exiit..... [Id. Ibid, 38.]

(b) Iterum exiit ad Judaeos, et dicit eis: Ego nullam inveni in eo causam. [Joan. xviii, 38.]

No el enjambre de avispas todo entero,
Tanto se mueve y pugna y se irrita,
Contra quien pone fuego al avispero,
Y su aguijón a la venganza excita;
Cuando, oyendo esto, todo el pueblo y clero
Se mueve, encoleriza, clama y grita,
Y de aguijón sirviéndole los gritos,
Acusa al Salvador de mil delitos. (a)

Manda entonces Pilatos que allí venga
También el inocente Nazareno, (1)
De quien no duda que paciencia tenga,
Para oír de imposturas tanto trueno:
«No oyes — le dice — la insolente arenga, (b)
Con que éstos, desbocados y sin freno,
Tu iniquidad acusan como inmensa?
¿Y no respondes algo en tu defensa?»

Pero Jesús callado se mantuvo,
Observando un silencio misterioso,
De que motivo el Presidente tuvo
De admirar su silencio prodigioso: (c)
Así Jesús verificar obtuvo
El vaticinio, acerca de él glorioso,
Que estaría sin voz su alma tranquila, (d)
Cual cordero ante aquel que lo trasquila.

Al mirar los Pontífices malvados
La causa de Jesús patrocinada,
Bramaban como toros irritados,
Que dar deseaban la última cornada:
Fingen nuevos delitos y pecados,
Y toda culpa le es acriminada;
En tanto el Salvador, con gran paciencia,
Sufre de estos bellacos la insolencia.

(a) Et accusabant eum summi sacerdotes in multis. [Marc. xv. 3.]

(1) Alap. in Matth. 27. Silv. 1, 8, c. 7, n. 49.

(b) Non respondes quidquam?—vide, in quantis te accusant. [Marc. xv, 4.]

(c) Ita ut miraretur praeses vehementer. [Matth. xxvii, 14.]

(d) Quasi agnus coram foudente se obmutescet, et non aperiet os suum. [Isaias 53, 7.]

«Si saber quieres, cuán inicuo sea,
Le dicen a Pilatos — este reo,
El ha revuelto toda la Judea, (a)
Tirando a su partido a todo hebreo;
El, desde su región de Galilea
Hasta aquí, con su ardid y devaneo,
Por Rey se ha predicado y por Mesías,
Disputando cesáreas primacías.»

Cuando nombrar oyó la Galilea, [b]
Le pregunta a Jesús el Presidente
Si él, por ventura, galileo sea:
Jesús responde afirmativamente,
Pilatos, que otra cosa no desea
Que de poder salvar a este inocente,
De política usando, astuta y fina,
A Herodes remitirlo determina.

De Galilea, Herodes es Tetrarca.
De quien Jesús es súbdito y vasallo,
Bien podrá defenderlo aquel monarca,
De que a su vida no se ponga el fallo:
Bien sabrá libertarlo de la parca.
Enviarlo allá, por buen arbitrio yo hallo: —
Así, entre sí, Pilatos discurría,
Y dónde Herodes a Jesús lo envía.

ES ENVIADO EL SALVADOR DE PILATOS A HERODES

Sacerdotes, escribas, fariseos,
Y la Junta, que en parte era compuesta
De la canalla y hez de los hebreos,
Aceptaron con gusto la propuesta.
Para obtener sus impios devaneos,
Una ocasión más oportuna que ésta
Creían no encontrar; pues, por dar gusto,
Cortó Herodes la testa a un hombre justo.

(a) Alii invalescebant, dicentes: Commovet populum, docens per universam Judæam, incipiens a Galilea usque huc. [Luc. xxiii, 5.]

(b) Pilatus autem audiens Galileum, interrogavit si homo Galileus esset. [Luc. xxiii, 7.]

Este, — dicen, — que es impio y que es blasfemo,
Y que tanto por Rey se ha proclamado,
De Herodes, que es su rey y juez supremo,
Luego será a la muerte sentenciado.
Avergonzado Herodes al extremo,
De tener un vasallo tan malvado,
La muerte le dará más afrentosa:
La de la cruz, que es más ignominiosa.

Por tal medio Pilatos pretendía
De tan injusta causa echarse fuera,
Que por sentencia suya no querría
Ni que Jesús padezca, ni que muera.
De aquella gente y su demanda impía
Se libraba también de esta manera;
¡Pero enviaba a Jesús, de aquesta suerte,
Del otro juez a mendigar la muerte!

Otra estación al Salvador le toca
Hacer ya con dolor y gran fatiga,
A quien la turba desalmada y loca,
Medio arrastrado a caminar le obliga.
A seguirle la Junta se provoca,
Donde hay mucho Semei que lo maldiga,
De aquel camino por el largo espacio,
Hasta llegar de Herodes al palacio. (N)

(N) Había venido Herodes a Jerusalén para celebrar la Pascua, en su hereditario palacio, que pocos años antes había fabricado su padre Herodes Ascalonita, vecino a las murallas de la ciudad hacia el Occidente, con tres excelentísimas torres, llamadas Hípico, Mariamne y Phuseio, que en hermosura, fortaleza y grandeza eran superiores a cuantas se veían en el mundo, como escribe Adricomio in Jerusal. n. 137. La primera, era alta 85 cúbitos o codos; la segunda, 55, y la tercera, 95: baste el decir, que después Vespasiano, dado el excidio a toda la ciudad de Jerusalén, perdonó solamente a estas tres torres, por la maravilla de su estructura: dejándolas como por tres monumentos de gloria, donde la posteridad pudiese leer su gran valor, en haber aterrado aquella poderosísima ciudad, cuya magnificencia podía bastantemente argumentar de solas estas tres fábricas. Por no detenerme más en la descripción de este palacio, pongo en compendio el resto del mismo Adricomio: «Intrinsecus vero Aula regia erat, quo inenarrabili magnificentia eminens, tota ornatissimis turribus, cae-

¡Oh, con cuánto dolor! ¡con cuánta pena! —
No lo puede expresar la pluma mía, —
Acompañada de la Magdalena
Y llorosas mujeres, va María!
De gran congoja y de amargura llena,
Al amadísimo Hijo ella seguía:
Ni de Él se apartó más, ni un solo instante,
Que hasta morir le acompañó constante.

Llegado apenas al palacio angusto,
Fué a presencia de Herodes conducido,
Y con grande placer, con sumo gusto,
De este inicuo Tetrarca recibido:
No porque ame a Jesús el rey injusto,
Mas sólo porque estaba persuadido
Que a su curiosidad él complaciese,
Si a su presencia algún milagro hiciese.

Después que degollado hubo al Bautista,
Tuvo, de ver a Cristo, gran deseo.
Ahora, que lo traen a su vista,
Espera contentar su devaneo.
Por tanto, luego que con él se avista,

naenlis, vehiculis, porticibus, deambulationibus, columnis que (quibus inclusum sub diu medium patebat spatium) undique cingebatur». Aquí pues, después de pasar por la Plaza Pretoriana, Calle de las Cárceles, Palacio de la Curia, Casa de Nabo y Puerta ferrada, tirado de rapaces lobos, por el camino de 350 pasos (según el mismo Adricomio n.º 207) llegó el Inmaculado Cordero: a quien el gran tropel de gente ereciendo de paso en paso, le había aumentado mayor dificultad en el camino; tanto que por revelación de Santa Matilde (Ex revel. S. Meeth. Masin. c. 26.) era tan erecido el número de la turba, que solamente entre soldados, ministros, escribas y Pontífices, llegaban al número de 1.225 personas: a más de la infinidad de gente, que de continuo, tirada de la curiosidad y del rumor, concurría, para añadir con sus multiplicadas blasfemias nuevos ultrajes al maltratado Nazareno. A más de esto se reflexione que en este pasaje a Herodes, los escribas y ministros, para hacer que el Redentor fuese crucificado en aquel mismo día, solicitaban con tal prisa el camino, que casi corriendo se lo tiraban consigo, por las endenas y cuerdas con que estaba ligado, abriéndose como furiosos el paso entre el tropel del pueblo.

Lo trata, cual amigo, no cual reo;
Mostrándosele grato y placentero,
Le parla de este modo lisonjero.

«¿Eres Tú, a quien mi padre, por perderte,
Poco desqués que al mundo nos llegaste,
A innumerables niños dió la muerte,
Y Tú, huyéndote a Egipto, lo burlaste?
¿Es verdad, que sus ídolos al verte
Por sí mismos cayeron, sin contraste?
Que al que ciego nació, vista le diste?
Que al sordo oír, al mudo hablar le hiciste?

«Tienes gran fama de hombre milagroso,
Y que haces bien a todos, yo estoy cierto,
Al enfermo, al obseso y al leproso:
Y aun das vida al que es cadáver yerto,
Como hiciste con Lázaro dichoso,
Que ya de cuatro días era muerto;
Yo, por tanto, salvar quiero tu vida,
Ya que tu causa a mí me es cometida.»

Ni como a reo Herodes lo examina,
Ni le nombra ni le habla de delitos,
Aunque el pueblo mil culpas le acrimina,
A voces acusándole y a gritos. [a]
El sólo de milagros raciocina,
Y a Jesús le insinúa sus pruritos
De verle obrar milagros a sus ojos,
En los que ha hecho venir ciegos y cojos.

«Haz — dice — en mi presencia desde luego,
Si quieres complacer mi justo autojo,
Que buena vista recupero el ciego,
Que camine derecho y recto el cojo.
Si sordo te haces a mi instancia y ruego,
Contra Ti adquirirás mi ira y mi enojó,
Que si a muerte de cruz yo te consagro,
No escaparás de allí, ni por milagro.

(a) Stabant autem principes sacerdotum et scribae constantiter accu-
santes eum. [Luc. xxiii, 10.]

«Sé, que a pie enjuto giras por mar alto;
Sé, que panes y peces multiplicas;
Sé, que donde está el mar de peces falto,
Haces copiosas pescas y más ricas.
Yo tu virtud y tu poder exalto:
Pero dime, ¿por qué Tú no te explicas,
Haciendo ahora algún milagro de éstos,
Para evadir tus males tan funestos?» [N]

¡Oh ceguedad de Herodes execrable,
Que tantas ansias de milagros tiene,
Y haciéndole un milagro tan notable,
El no le reconoce, aunque lo obtiene!
Mirar que un reo en su defensa no hable,
Ver que en silencio siempre se mantiene,
Que siendo un inocente, no se excusa,
Y que de ir a la muerte no rehusa!

¿No es acaso, oh Herodes, gran portentoso
El no hacer un milagro a tu presencia,
Con que adquiriera tu amparo y valimiento,
Y de tu corte la benevolencia?
Así El se libraría en un momento,
De la judaica pérdida insolencia;
Pudiendo así dar fin a la batalla,
Con un silencio milagroso, El calla.

«¿Por qué callas — lo dice — y enmudeces?
¿El contestarme estimas en tan poco?
Por este tu silencio me pareces
Que eres engañador, y necio, y loco.
Yo te daré la insignia que mereces,
Que te pondrás con gusto y gran descoco,
Y de tu candidez será divisa,
Con que objeto serás de mofa y risa».

(N) San Vicente Ferrer sobre aquellas palabras: *Interrogabat eum multis sermonibus*, explica cuáles fuesen estas preguntas, que aquí hizo Herodes a Cristo: «Primo dixit ei: audivi quod seis convertere aquam in vinum: ideo facias hoc coram me, et fecit portare magnum vas aquae: dicens: Convertas; sed Christus nihil dicebat, sed tanquam stultum ipsum despiciebat. Deinde Herodes dixit ei: audivi quod seis multiplicare panes: facias coram me: et nihil fecit etc.» Scrm. de Parasce.

Pero Jesús constantemente calla [a]
A toda insinuación, arte y propuesta;
Asilo, sólo en el silencio El halla,
Contra la pretensión vana y molesta:
Mas callando Jesús en la batalla,
Le dá tácitamente esta respuesta:
Calló, porque mi voz tú me quitaste,
Cuando al grande Bautista degollaste.

Al ejemplo de Herodes, desde luego,
Su ejército también lo menosprecia; [b]
Todo ministro, todo palacio,
Lo escarnece, lo burla y lo desprecia.
Quedó hecho el Salvador ludibrio y juego
De la gente más vil, infame y necia;
Los nombres que del rey le fueron dados,
Se los repiten todos bien glosados.

Herodes finalmente se resuelve
A que Jesús retorne al Presidente,
Y cuando con desprecio allá lo vuelve,
Le dá la investidura de inocente:
En una ropa cándida lo envuelve, [c]
Con que prueba no hallarlo delincuente, [N]
Ya que por rito o por estilo hebreo,
De negra ropa se cubría al reo.

De un cándido vestido semejante, (d)
Del sagrado Tabor en la eminencia,

(a) At ipse nihil illi respondebat. [Luc. xxiii, 9.]

(b) Sprevit autem illum Herodes cum exercitu suo. [Idem, Ibid., 11.]

(c) Et illisit indutum veste alba, et remisit ad Pilatum. [Luc. xxiii, 11.]

(N) Según testifica Josefo Hebreo (l, 14, c. 17 y l, 16, c. 14 Antiq.) se solían cubrir de negro los delinquentes, por uso o rito hebreo. Pues ¿qué cifra más clara podía dar Herodes de la inocencia del Redentor, que la de vestirlo, no de negro, sino de blanco? Por tanto, con gran razón, exclama Baronio (an. 34, c. 73) con los proverbios (21.) *Admirandum plane Divinum Consilium, quo et certius intelligatur, cor regis, quantum libet sceleratissimi, in manu Dei esse.*—Un pedacillo de aquel vestido, se conserva en la iglesia de San Nicolás de los Benedictinos en la ciudad de Catania. Alberti. Y lo restante en Roma en San Juan Laterano.

(d) Vestimenta autem ejus facta sunt alba sicut nix. [Matth. xi, 2.]

Fué revestido de su Padre amante,
Para manifestarnos su inocencia:
Si al verlo entonces, más que el sol brillante,
Expresó en tina voz su complacencia, (a)
Ahora mucho más se ha complacido
Al verlo con tal ropa escarnecido.

De innumerable pueblo va seguido, —
Que quieren ver la mojiganga todos;
Y mirando a Jesús con tal vestido,
Mil dieterios le dicen, mil apodos;
Viendo que calla y sufre enmudecido,
Buscan de escarnecerle nuevos modos;
Mil sonrojos le excitan, mil empachos,
Aun pedradas le tiran los muchachos. (1)

Este viaje a Jesús le es más penoso;
Pues ahora le alargan el camino,
Haciéndole ir con paso presuroso,
No por las mismas calles por do vino. [N]
Quieren que, en la ciudad, todo curioso
Lo vea, con su traje peregrino;

(a) Et ecce vox de caelis dicens etc. [Matth. iii, 17.]

(1) Oigase también lo que va meditando Landolfo: — «Intuero nunc eum dum ducitur et reducit, demisso vultu et verende incedentem, et omnium clamores, convitia et subsannationes audientem, et lapidum percussiones suscipientem etc.»

[N] - Adricomio (in serm. n.º 207) dice: *Illinc denique* [esto es del palacio de Herodes] *per sexceterarum ulnarum intervallum, alla viam quam venerat, ad Palatium Pilati reductus est.* Estas 600 ulnas de longitud, según el mismo Adricomio, son 720 pasos pequeños, porque cada ulna contiene tres pies, y cada paso pequeño, contiene dos pies y medio. Y si queremos indagar la razón de esta diversidad de camino, la asigna Francisco Luca, diciendo haber aquellos impíos mudado o prolongado el camino, para tener más oportunidad de maltratarlo todos a su modo y de manifestarlo a todos por delincuente: y que se juntasen á ellos y viniesen también a pedir a Pilatos la muerte. Se añade la devota y verosmil consideración de Lanspergio, que piensa, que viendo los Pontífices no haber obtenido fácilmente, como pensaban, la sentencia de muerte, ni de Pilatos ni de Herodes, procuraban desfogar la rabia, tentar aun de matarlo más bien por el camino, antes que escapase a la muerte.

Y así le hacen girar de acuerdo y arte,
Rapada la cabeza en grande parte. (I)

Misteriosa parece esta rasura,
A quien atentamente reflexiona
Que ya Jesús al ara se apresura
Y rasurar se deja la corona.
Ya revestido de alba vestidura,
A ofrecer va su sangre y su persona:
Ya el Sacerdote eterno va contento,
El sacrificio a celebrar cruento.

Herodes y Pilatos desde ahora
Dejan de ser opuestos y adversarios,
Ya que antes eran, como nadie ignora, [a]
Mutuamente enemigos y contrarios.
Entrambos ceden ya desde aquella hora,
A los que entre ellos hay puntillos varios,
O de jurisdicción o preeminencia,
Poniendo fin a toda competencia. [N]

Era justo, debido y conveniente, (b)
El que viniendo el Salvador al mundo
Para pacificar todo viviente,
Al vengativo, al bravo, al iracundo,
Pacifícase al Rey, al Presidente,
Que era su Juez cada uno furibundo;
Bien que de ellos la liga se obtuyese,
A costa de la sangre que Él vertiese.

(1) Thiepoli, Tr. 6, c. 17.

(2) Et facti sunt amici Herodes et Pilatus in ipso die: nam antea inimici erant ad invicem. [Luc. xxii, 12.]

(N) Había también Pilatos, cuatro meses antes, dado motivo a Herodes de enemistarse con él, porque le había hecho matar muchos Galileos vasallos suyos, mientras sacrificaban fuera del Templo de Jerusalén; habiendo ahora recibido de Pilatos esta satisfacción en remitirle como Galileo vasallo suyo a nuestro Nazareno, tuvo motivo de responderle con expresiones muy lisonjeras, dándole señales de la reintegrada amistad.

(b) Decebat eum, qui mundum erat pacificaturus, ut prius etiam ipsos iudices suos pacificaret. [Cyrill. Hierosol. Catech. 3.]

¡Oh amistades infames, desgraciadas,
Si se hacen de Jesús con el desprecio!
Si tales reuniones son formadas,
De Dios interviniendo el menosprecio!
Las tuyas sean, pues, sólo fundadas
De Dios y la virtud en el aprecio;
Así tendrás acá gran paz interna,
Y después la amistad de Dios eterna.

DEL ÚLTIMO EXAMEN HECHO DE PILATOS A CRISTO

Llega otra vez Jesús donde Pilatos,
De espléndida, vestido, hermosa gala, (a)
Donde brilla el candor en vez de ornatos,
Que indica su inocencia y la señala.
Poncio infiere de aquí tan buenos tratos,
Que él le auguró de Herodes en la sala,
Y como buen profeta él ha salido,
Se complace al mirarlo así vestido.

Pero es mayor su complacencia y gusto,
Entendiendo que Herodes no ha encontrado
Cosa digna de muerte en este justo,
Y que sólo por simple lo ha estimado:
Que en el vestido espléndido y augusto,
De inocente la insignia le ha adaptado;
Y ha hecho boga más bien de aquella gente,
Que dar muerte quería a un inocente.

Mas, como ésta persiste todavía
Instigada de su odio, en el asunto
De querer ver en aquel mismo día,
En una cruz, al Salvador difunto:
Porque desista de una tal porfía,
Que venga, ordena, todo el pueblo junto; (b)

(a) Ad illud Matthaei: Sprevit autem illum Herodes..... et illis induit vestem alba..... Graece habetur: Et cum illisisset et induisset eum vestem splendidam etc. y Salmerón, para expresar cuánto fuese espléndida, añade: *Qualis esse divitum solet.*

(b) Convocatis principibus sacerdotum et magistratibus et plebe etc. [Luc. xxiii, 13.]

Que antes de dar al reo la sentencia,
Lo quiere examinar en su prosencia.

«No os persuadáis — les dice el Presidente —
Que haciendo examen de él de solo a solo,
Yo antes hubiese sido negligente,
O que en examen tal hubiese dolo;
No he sido, no, con él Juez indulgente,
Que gran cuidado puse en esto sólo,
De inquirir si hubo en él delito o vicio,
Por el cual fuese digno del suplicio.

«Cuando lo examiné la vez primera,
Usé de gran rigor, de gran esmero,
Para informarme de él lo que era o no era,
Y el escrutinio lo hice harto severo;
Ni fué la indagación nada somera,
Ni yo con él me divertí parlero,
Ni el tiempo lo gasté en juego o risa,
Sí en hacer de sus hechos gran pesquisa.

«Conocílo yo entonces inocente,
Ni culpa encontré en él grande ni chica,
Nunca me dió respuesta ambiguamente,
Que con sinceridad sólo se explica:
Sus modales, su rostro, su aliciente,
Que es hijo de algún Dios a mí me indica,
Quizá de los que adora y tanto aprecia,
Desde la edad primera, o Roma o Grecia.

«Yo, habiendo su inocencia conocido,
A vosotros os la hice manifiesta,
Con el fin de que hubieseis desistido
De intentar muerte a una persona honesta:
De enviarlo a Herodes me ocurrió el partido,
Y aceptasteis con gusto la propuesta;
Sé, que de culpas mil, mil transgresiones,
Contra él hicisteis mil acusaciones.

«Si verdaderos fueran los delitos,
Herodes, que profesa toda entera
Su ley, su religión, sus mismos ritos,



En lo que él ha faltado conociera:
O a muerte, o a tormentos exquisitos,
A su vasallo condenado hubiera;
Mas, para sólo divertirse un poco,
Lo ha vuelto acá vestido como a loco.

«Ni creo, que por tal lo haya estimado,
Cuando de velo blanco lo ha vestido,
Ni con tal vestidura lo ha humillado;
Que exaltarle más bien ha conseguido.
Su candor e inocencia él ha intentado
Dárnosla a conocer en tal vestido: (a)
Pues quien viste de blanco los candores,
Más bien que humillación, adquiere honores.»

Causó a los sacerdotes rabia inmensa
El de Pilatos justo testimonio,
Y de Jesús oyeron la defensa,
Como de Dios los loores, el demonio;
Y les da Poncio pena más intensa,
Que no dió a los demonios un Antonio,
Viendo que fácilmente hace pedazos
Los que ellos le han tendido, infames lazos.

Pero no desesperan todavía
De conseguir su maquinado intento:
Forman un gran tumulto y gritería,
A que los sacerdotes dan fomento.
Todos su muerte piden a porfía,
Aensándolo de hombre turbulento,
De blasfemo, rebelde y revoltoso,
Y a la quietud del César pernicioso.

Ya había hecho el Presidente venir fuera
A Jesús; y de nuevo lo examina,
Sentado al tribunal con faz severa,
De las cosas que el pueblo le acrimina:
Viendo que es la resulta una quimera,
Su riguroso examen lo termina,

(a) Albae etenim vestes exaltationi magis congruunt, quam humillationi. [Preg. homil. 29. For. 4 infra Ascena.]

Y volviendo el discurso al pueblo todo,
Con desdén le interpela de este modo.

«Aquí me habéis traído a este hombre justo,
Como reo de mil revoluciones,
Contra Tiberio, Emperador Augusto,
Mas sin probarle las acusaciones;
Yo solamente, para daros gusto,
Lo he vuelto a examinar de sus acciones,
Delante de vosotros, y no veo
Motivo de dar muerte a quien no es reo. [a]

«No lo encontró ni Herodes: donde fuisteis,
Siguiendo al inocente Nazareno,
Y aunque erímenes mil le atribuísteis,
No obstante él lo estimó como hombre bueno: (b)
El lo trató como vosotros visteis,
Con agrado y placer, de gozo lleno;
En pedirle milagros fué importuno,
Y él lo burló, porque no le hizo alguno.»

Sacerdotes, Pontífices y todos,
Al esnechar que quiere libertarlo,
Su displacer mostrando de mil modos,
De su idea quisieran trastornarlo:
Le echan chufetas mil y mil apodos,
Con ademanes mil de amenazarlo;
Gritan, patean, rabian, y son pocos
Los que del todo no se han vuelto locos.

Turbó esta conmoción algo a Pilatos,
Y empieza ya a temer su ánimo fuerte,
Que le salgan frustrados los conatos
De libertar a Cristo de la muerte:
Observa a todo el pueblo en aparatos
De algún mayor motín, donde a su suerte

(a) Obtulistis mihi hunc hominem, quasi avertentem populum, et ecce ego coram vobis interrogans, nullam causam inveni in homine isto ex his, in quibus eum accensastis. [Luc. xxiii, 14.]

(b) Sed neque Herodes: nam remisit vos ad illum, et ecce nihil dignum morte actum est ei. (Luc. xxiii, 15.)

Le teme algún naufragio, si homicida
No le quitare al Salvador la vida.

Después de fatigar su idea y mente,
En buscar oportuno arbitrio o medio
De poder contentar a aquella gente,
Y librar a Jesús del fiero asedio;
Halló, a su parecer, el Presidente
El más seguro y eficaz remedio,
De conseguir el uno y otro efecto,
Valiéndose, a sus solas, de un proyecto.

PROYECTO INJURIOSISIMO A CRISTO PARA LIBRARLE
DE LA MUERTE

Frustrósele a Pilatos el motivo
De salvar a Jesús como inocente:
Ponerles quiere ahora un incentivo,
Para salvarlo como delincuente:
Aunque en esto se muestra compasivo,
Es injurioso e inieno el Presidente,
Pues le hace al Salvador horrenda afrenta,
Cuando entre malhechores él lo cuenta.

Aunque no hubiese ley, costumbre había,
Que a su elección pudiese el pueblo hebreo,
Porque salió de Egipto en aquel día,
Pedir la libertad de algún gran reo;
Quien renovase en ellos la alegría,
Y añadiese a la Pascua este recreo.
De esto pensó valerse el Presidente,
Para dar libertad al inocente.

Se hallaba a un calabozo entre cadenas,
Un ladrón, homicida y revoltoso,
Destinado a morir entre mil penas,
Bien merecidas por facineroso;
No se granjeaba lástimas ajenas,
Porque era a todo el pueblo muy odioso;
A éste creyó a propósito Pilatos,
Para obtener el fin de sus conatos,

«Cuando por libertad sea propuesto
Otro reo, diréles franco y listo
(Para que así Jesús sea antepuesto)
Que elijan libertar a éste o a Cristo,
— Decía el Presidente, — que yo apuesto,
Que siendo éste de todos tan mal visto,
Muerto al ladrón querrán y al homicida,
Y el Nazareno quedará con vida.

«Es secuaz de Jesús la plebe toda,
Siempre ha ido ella tras él, le estima y le ama;
Sólo a los Sacerdotes no acomoda,
Su odio solo y su envidia urde la trama:
En dar la libertad es uso o moda,
Que se dé a aquel, a quien la plebe aclama:
La plebe a quien Jesús mil gracias ha hecho,
Sabrá pagarle este tributo o pecho.»

Así Pilatos su discurso hilaba,
Y en fuerza del proyecto maquinado,
Por infalible y cierto él reputaba
Que sería Jesús el libertado:
Mientras con su ilación él se alegraba,
La súplica llegó que sea sacado
Algún reo infeliz del calabozo,
Que a la Pascua dé honor y al pueblo gozo.

Pilatos, que el proyecto ya tenía
Muy bien premeditado allá en su idea,
El mensaje escuchó con alegría,
Y a otorgarles la gracia se franquea.
«De vuestro gozo, objeto en este día,
O Cristo o Barrabás quiero que sea;
Decid — les dice — ¿a quién queréis que listo
Libre os lo dé, si a Barrabás o a Cristo?» (a)

¡Oh! qué injuria tan grande, Jesús mío!
A un ladrón o a un bellaco confrontarte!
Pero peor ha sido mi albedrío,
Que no lo fué un Pilatos por librarle;

(a) *Vultis dimittere vobis regem Iudaeorum?* [Marc. xv, 9.]

Pues mucho por su causa ha padecido,
Esa mañana, mientras ha dormido.

«En sueños — dice — una visión ví horrible,
Que al corazón me queda aún esculpida,
Tan hórrida, tan fiera, tan terrible,
Que no sé cómo yo he quedado viva;
El explicarme más, no me es posible,
Te ruego que no seas homicida:
Por mi afecto por tí, constante y tierno,
Que no caigas quisiera en el averno.»

No dice más de Prócula el billete;
Pero mucho le exprssa en este poco,
Y en gran consternación Claudia lo mete;
Y aun a peligro de volverse loco,
El a su Claudia Prócula promete
No hacerle mal, ni sentenciar tampoco
Contra Jesús, a quien ya está resuelto
Dejarlo ir libre y de cadenasuelto.

Estando Claudia Prócula despierta,
Su peligro y su mal no ha conocido,
Tiene aún cerrada a la salud la puerta,
Porque su obrar a su creer no ha unido.
Se pone vigilaute y ojo alerta,
Cuando el sueño a sus ojos le ha venido:
La Fe entonces conoce, a ojos cerrados,
Porque la Fe va siempre a ojos vendados.

Entre tanto que Poncio se ocupaba
En lectura y respuesta del billete,
Tanto impío sacerdote que allí estaba,
Entre el pueblo se mezcla y se entremete:
Con maña y con ardid lo sobornaba, (a)
Le anuncia males, dichas lo promete,
Dichas si a Barrabás lo libertase,
Mil males si a Jesús libre aclamase.

(a) Pontifices autem concitaverunt turbam, ut magis Barabham dimitteret eis. (Marc. xv, 11.) — Principes autem sacerdotum et seniores persuaserunt populis ut peterent Barabham. (Matth. xxvii, 20.)

Así de sacerdotes la malicia
Supera la opinión del Juez profano,
A todo el pueblo lo corrompe y vicia;
Al simple artista, al rústico villano;
Sólo por cohecharlo, lo acuricia:
«Es Jesús un malévolo y tirano;
Si a Barrabás lo libran del suplicio,
Lo tendrán siempre esclavo a su servicio.

«No así este Galileo, hombre arrogante,
A quien si hacéis la gracia de librarle,
Se hará mucho peor en adelante,
Ni modo habrá después de sujetarle.
César, que de su trono es vigilante,
Temerá que por rey queráis tomarlo,
Por substraeros del Romano imperio,
Y nos pondrá en más rudo cautiverio.

«Cual caudaloso rápido torrente,
Que libre por los campos se dilata,
Y reparos, o márgenes, o puentes,
Todo lo rompe con su undosa plata;
Con su impetuosa rápida corriente,
Llega hasta el mar y perturbarlo trata:
Así, si libre queda el Nazareno,
A su ímpetu no habrá vallado o freno.»

Que así parle Caifás casi no dudo,
Y cual torrente hinchado de agua inmundada,
En los pechos del pueblo necio y rudo
Su rencoroso sentimiento infunda.
Contra Jesús es su ímpetu sañado,
Y de saña contra El al pueblo inunda,
Tanto que éste a Jesús ya lo abomina,
Y libre a Barrabás pedir destina.

Como el pueblo tardase en dar respuesta,
Porque aún los Sacerdotes discurrían,
Renovóles Pilatos la propuesta,
Que digan de los dos a quién pedían: (a)

(a) Quem vultis dimittam vobis: Barabban, an Jesum, qui dicitur Christus? [Matth. xxvii, 18.]

Que a darles su intención era dispuesta,
O a Barrabás o a Cristo, al que querían.
A éste no — dicen — a éste le excluímos, (a)
Que a Barrabás lo libres te pedimos.

¿De un Barrabás el pueblo hecho abogado,
Pide su libertad y muerte a Cristo?
¡Oh! ¡qué injuria tan grave! ¡qué atentado,
Desde que el mundo es mundo, nunca visto!
Ni podrá hacer otro mayor pecado,
Cuando al mundo nos venga el Anticristo,
Que aunque a Jesús lo ultraje petulante,
No podrá hacerle ultraje semejante.

¡Pues se le hace a Jesús tan grave afrenta,
Tú a su favor reclama, oh alma mía,
Ni en tu conciencia nunca se consienta,
Que se le haga tan torpe villanía;
Si el vicio, acaso, sobornarte intenta,
Contra él has de clamar con energía;
Viva Jesús tu espíritu proclame,
Y muera Barrabás, el vicio infame.

¡Cuál sensación en Poncio causaría
Una tal elección tan insolente!
Yo no dudo que lleno quedaría
De asombro y maravilla el Presidente.
¡Y cuán sensible al Salvador sería
Esta proposición impertinente!
De su pasión en la horrida tormenta,
Más sensible que todo, fué esta afrenta.

Maravillado el Juez de la insolencia,
Y de la ingratitud del pueblo hebreo;
Detestando su inicuá preferencia,
De salvar a Jesús tiene aún deseo,
Les dice por moverlos a clemencia:
«Pues, ¿qué haré yo de este infelice reo? (b)

(a) Non hunc, sed Barabbam. [Joan. xviii, 40.] — Tolle hunc, et dimitte nobis Barabbam. [Luc. xxiii, 18.]

(b) Dicit illis Pilatus: Quid igitur faciam de Jesu, qui dicitur Christus? [Matth. xxvii, 22.]

¿De este vuestro Jesús que, ha pocos días,
Lo confesasteis ser vuestro Mesías?»

A grandes voces respondió arrogante,
Más furioso ya el pueblo e insolente:
«Quítanos presto a este hombre de delante,
Crucifícalo luego, oh Presidente. [a]
Al leño de la cruz, ponlo al instante,
No te persuadas, no, que es inocente,
Ni como a tal presumas defenderlo:
A la cruz, a la cruz, debes ponerlo.»

No sufriendo Pilatos tanta audacia,
Armado de ira y de una voz severa,
Deseoso que a Jesús se haga la gracia,
Así les replicó la vez tercera: [b]
«Yo me admiro de vuestra pertinacia,
Que por fuerza queréis, que Jesús muera!
¿Qué mal os ha hecho este infelice reo?
Para ponerlo en cruz, causa no veo.

«De vuestro fiero empeño me horrorizo;
Mas de darlo a la muerte estoy ajeno,
Cuando a ello no me fuerce algún hechizo,
O trastorne mi idea algún veneno.
Si El por ventura algún agravio os hizo,
Ya que a la muerte yo no le condeno,
Le daré algún castigo, con que entienda [c]
Que a desagravio es vuestro y por su enmienda». [d]

Así dijo Pilatos; mas, apenas
Su discurso acabó que, el pueblo vuelto
Contra él enfurecido, a duras penas,
De las olas huyó de un mar revuelto;
El con Jesús volvió, timón y entenas,
Para no ser en la borrasca envuelto;
Con El, pues, retirándose al Pretorio,
Su designio fatal le hizo notorio.

(a) At illi sueclamabant, dicentes: Crucifige, crucifige eum. [Luc. xxiii, 21.]

(b) Ille autem tertio dixit ad illos: Quid enim mali fecit iste? nullam causam mortis invenio in eo. [Luc. xxiii, 22.]

(c) Corripiam ergo illum et dimittam. [Luc. xxiii, 22.]

(d) Erandatum ergo illum dimittam. [Idem. Ibi. 18.]

«Bien has visto — le dice — cuánto y cuánto
He remado hasta aquí para librarte,
E inútilmente he trabajado tanto,
Sin que pueda del todo libertarte;
Que padezcas, es fuerza, algún quebranto;
Para salvar tu vida, haré azotarte;
Así yo evitaré ser homicida,
Y tú a lo menos salvarás la vida».

¡Oh infelices proyectos de Pilatos!
A los de un rudo cirujano iguales,
Que de curar un mal tiene conatos,
Y hace mayor el mal, con nuevos males!
Usa de mil sangrientos aparatos,
Del fuego, de lancetas, de puñales,
Sin que todo esto sirva de otra cosa,
Que de echarle, hecho mártir, a la fosa.

¿Y qué diría el Salvador divino
A tal insinuación, á tal propuesta?
Que El respondiese pronto me imagino,
Con ánimo resuelto y faz modesta,
Dando la que David ya le previno,
En su nombre, mansísima respuesta:
«Para ser — le diría — yo azotado, (a)
Ya estoy, oh Presidente, aparejado.

«Ya, algunos siglos antes de mis días,
Estaban mis azotes figurados
En un paciente Job y un Jeremías,
Del diablo (b) y de Fassur (c) bien azotados:
Si aquéllos eran las figuras más
Y me sirvieron ellos de dechados,
Yo me resigno, — y no te contradigo, —
A recibir, sin merecer, castigo».

(a) Quoniam ego in flagella paratus sum. [Psal. xxxvii, 18.]

(b) Egressus igitur Satan a facie Domini, percussit Job ulcere pessimo, a planta pedis usque ad verticem ejus. [Job, ii, 7.]

(c) Et percussit Phasaur Jeroniam, et misit eum in nervum. (Jerem. xx, 2.)

PILATOS DA SENTENCIA DE AZOTES AL SALVADOR

¿Por qué, oh Pilatos, tanto te encrueleces
Contra quien inocente reconoces?
Su inocencia tú mismo, muchas veces,
La has declarado y defendido a voces:
Si a Jesús, de verdad, lo compadeces,
¿Por qué lo das a penas tan atroces?
¿Decir le oíste acaso, a grandes gritos,
Que sobre sí ha tomado mis delitos? [a]

¿Qué es lo que oigo, oh Jesús? ¿qué es lo que veo?
¿Oigo por inocente declarararte,
Y como el más facineroso reo,
Bárbaramente — ¡ay Dios! — miro azotarte!
¿Qué nueva ley, qué injusto devaneo?
¿Confesar tu inocencia y castigarte!
Esta es ley, oh Jesús, que tu amor ha hecho,
Que no quiere otra ley que mi provecho.

El devaneo injusto es todo mío,
Que al verte por mi amor padecer tanto,
Rechusa mi iniquísimo albedrío
Padecer por tu amor algún quebranto:
Si por iluminarme y darme brío,
(Acaso con el fin de hacerme santo)
Con saetas de luz me hiceres algo, (b)
De ellas no me aprovecho, ni me vulgo.

Si castigarme quieres algún poco,
Como amoroso padre a su mal hijo,
De tu cruz me lamento, necio y loco,
Y sin llevar tu cruz, vivir elijo:
Así tu indignación más bien provoco,
Y de mis culpas nunca me corrijo.
Sácame, oh Dios, de este infeliz estado,
Tenme, de hoy más, a tu columna atado.

(a) *Posuit Dominus, in eo iniquitatem omnium nostrum.* [Isai. LVII, 6].

(b) *In hinc sagittarum tuarum ibunt.* (Habac. III, 11.)

Sí, mi Jesús, desde hoy en adelante,
Mudaré de conducta y sentimiento,
De tu cruz yo seré tan fino amante
Que vaya en busca de ella siempre hambriento,
A Ti quisiera hacerme semejante,
Envía sobre mí todo tormento,
Que aunque no puede nada mi flaqueza,
Todo lo puedo con tu fortaleza. [a]

A cuantas cruces, penas y maltratos
Enviar quisieras sobre mí, me ofrezco;
Que me serán, de hoy más, dulces y gratos,
Sabiendo que por Ti yo los padezco;
Así yo satisfago a mis reatos,
Más gracias y más gloria así merezco;
Y cuanto más padezca, es bien notorio
Qué más penas evito al purgatorio.

Luego que la sentencia lo fué dada,
Fieros ministros, bárbaros sayones,
Con ceño encapotado y mano armada,
Para llevarlo vienen a empellones.
¡Oh gente vil, ingrata y desalmada!
¡Adónde, entre puñadas y baldones,
Conducís al mansísimo Cordero,
Cual lleva al corderillo el lobo fiero?

Al más público patio del Pretorio,
Con las puertas que a todos dan ingreso,
Porque sea el suplicio más notorio,
A Jesús llevan de rubor opreso:
A todo este aparato, es accesorio
Que ejecuten con El algún exceso,
Que aunque a ser azotado se condena,
Siempre exceden de aquello que se ordena.

¡Mira, alma mía, a tu Jesús amado,
Y la impiedad de esos sayones mira;
Mira lleno a Jesús de un dulce agrado,
Y llenos a ellos de furor y de ira;

(a) Omnia possum in eo, qui me confortat. (Philip, iv, 12.)

De un empellón, lo mira, a tierra echado,
Y su silencio y su paciencia admira;
Que aunque lo han roto la cabeza y dientes,
No ha prorrumpido en quejas impacientes. (N)

De columnas el patio era rodeado,
Con el reo llegaron a una de ellas,
A quien llevaban fuertemente atado,
En cuello, en brazos y en sus manos bellas;
Fué de las ligaduras desatado,
Con tal dolor que le hizo ver estrellas:
Pues, al quitar las cuerdas profundadas,
En la carne le dieron mil punzadas.

Mandáronle a Jesús que se desnude,
Y aunque usando El de una obediencia ciega,
Bien prontamente obedecer no dude,
Despojarse del todo se le niega;
Porque, ya este sayón, ya el otro acude,
Ya el uno le rempuja, otro le pega:
De tardío acusándole y de lento,
Le despojan con ímpetu violento.

O por las manos despojado ajenas,
O por las suyas, El quedó desnudo; (N)

(N) Habiendo sido Jesús a los azotes sentenciado de Pilatos, que creía con aquella primera sangre apagar el fuego de aquella rabia, que tan vivo ardía en el pecho de los hebreos, fué conducido, o más bien arrastrado, al patíbulo con esa rapidez, que aquí revela a Santa Brígida la misma Santísima Virgen: «Tunc autem ad terram ita trahitur et impulsive prosternitur crudeliter, ut concusso capite, dentes colliderentur.» in Revcl. l. 4, c. To.

«Et ad collum et maxillam perculitur ita fortiter, ut sonus percussiois ad aures meas perveniret.» (Ibid).

(N) Aquí con el Abulense Barrado, Tom. iv, l. 7, c. 12, es de opinión que Cristo no haya permitido el quedar enteramente desnudo, sino cubierto a lo menos en aquellas partes, que por honestidad se deben siempre cubrir. La Madre Agreda, en su Mística Ciudad, P. 2, l. 6, c. 20, dice: «Quedó su Majestad totalmente desnudo, salvo unos paños de honestidad, que trafa debajo de la túnica, que eran los mismos que su Madre Santísima le vistió en Egipto con la tunicela: porque todo había crecido con el sagrado cuerpo, sin habérselo desnudo»

Pero fué tanto su rubor, que apenas
La confusión cubrirlo el rostro pudo: [a]
Toda la sangre entonces de sus venas,
Que al rostro le pasase, yo no dudo,
Para poderla dar más roja y bella,
A los verdugos que ya van por ella.

Desnudo ya Jesús, por sí se avanza,
Sin dar tiempo a verdugos ni a empujones,
Y listo a la columna se abalanza, [b]

dado, ni esta ropa, ni el calzado, que la misma Señora le puso, salvo en la predicación, que muchas veces andaba el pie por tierra. Algunos doctores entiendo, que han dicho o meditado, que a nuestro Salvador Jesús, en esta ocasión de los azotes y para ser crucificado, le desnudaron del todo, permitiendo su Majestad aquella confusión para mayor tormento de su persona. Pero habiendo inquirido la verdad, con nuevo orden de la obediencia, se me ha declarado, que la paciencia del Divino Maestro estuvo aparejada para padecer todo lo que fuera decente y sin resistencia a ningún oprobio. Y que los verdugos intentaron este agravio de la total desnudez de su Cuerpo Santísimo, y llegaron a querer despojarle de aquellos paños de honestidad con que sólo había quedado. Pero no lo pudieron conseguir; porque en llegando a tocarlos, se les quedaban los brazos yertos y helados, como sucedió en casa de Caifás, cuando pretendieron desnudar al Señor del cielo. Y aunque todos los seis verdugos llegaron a probar sus fuerzas en esta injuria, les sucedió lo mismo..... lo que atribuyeron a la hechicería y arte mágica, que imputaban a el Autor de la verdad y vida.» Hasta aquí Sor María de Jesús.—Todavía la común sentencia de todos los Padres mantiene, que Cristo hubiese quedado totalmente desnudo: y así nos lo dice también Santa Brígida en sus revelaciones: l. 4, c. 70. «Alligatus autem ad columnam, nihil omnino operimenti habebat: sed, sicut natus est, sic stabat et patiebatur erubescerentiam nuditatis suae.»

(a) Opernit confusio faciem meam. [Psal. XLVIII. 8.]

(b) Sin esperar Jesús que los ministros lo tirasen, corrió voluntariamente a abrazarse de aquella columna, que conoció destinada para trofeo de su paciencia; como la Santísima Virgen reveló a la misma Santa Brígida: *Personaliter ad columnam manus applicavit, quas inimici sine misericordia ligaverunt.* (Ib. l. 1, c. 19.)

Aquí debo advertir, que todavía queda en controversia cuánto y de qué altura hubiese sido esta columna. En la iglesia de Santa Praxedis en Roma, se venera una, alta tres palmos, y se tiene por incontrovertible, que ella fuese la verdadera columna de la flagelación de Cristo, llevada del Cardenal Columna en el año 1223, cuando volvió de Jerusalén. Adricomio in Jerus. n.º 6

Que destinada entiende a sus blasones;
Muestra placer, cuando a abrazarla alcanza;
Entonces los fierísimos sayones,
Fuertemente a la columna lo atan,
Sus llagas le renuevan y dilatan.

dice: que ella primeramente fué llevada a Constantinopla, y de allí a Roma donde hoy se halla, con la debida veneración que merece, con la auténtica de tantos milagros que se han visto. Asentado esto como cierto, veamos ahora lo que los Padres antiguos escriben: éstos dicen, que la columna donde fué azotado Cristo, fué una de aquellas altas que sustentaban el atrio de aquel Pretorio de Pilatos. Así escribe Beda, de locis sanctis c. 8. Nicéforo l. 3, c. 30 et l. 8, c. 39. Gregorio Turonense, de Gloria Martir. l. 1, c. 7. San Paulino Epist. 34. Prudencio in carn. y entre otros muchos San Jerónimo, que hablando de la iglesia que Elena erigió en el Cenáculo de Sión, donde por su grandeza trasportó aquella columna para sostener el pórtico de aquel gran Templo, dice: «Ostendebatur hic Columna, Ecclesiae porticum substinens, infecta cruore Domini, ad quam vincetus dicitur et flagellatus.» El Turonense añade: «Ad hanc Columnam multi fide pleni accedentes, corrigearum textiles faciunt, eamque circumdant: quas rursus pro benedictione recipiunt, diversis infirmitatibus profuturas.»

De aquí nace la dificultad, cómo pueda ser verdadera la dicha pequeña columna, que se venera en Roma; mientras tantos Padres antiguos y dignos de fe, dicen que ella fué alta y grande: tanto que pudo abrazarla el Señor, según la revelación que ya he citado arriba de Santa Brígida: que si hubiese sido baja, como es la de Roma, no hubiera Cristo podido abrazarla en sitio de dejarse azotar: mayormente, que San Vicente Ferrer serm. de Parase. y San Anselmo in Dial. de Sass. afirman, que era ella tan corpulenta y gruesa, que Cristo al abrazarla, no podía ceñirla toda con sus brazos. Ni es proporcionada esta pequeña columna al modo que tenían los romanos de azotar al delinente: que como con Gretserio l. 1, c. 10, observa Menoquio in vita Christi l. 7, c. 15, lo hacían en las columnas grandes, ligando los reos por todo el cuerpo, con el rostro vuelto a la columna, para que no pudiesen moverse de ningún modo, ni declinar de la fuerza de los golpes.

De esta dificultad se han originado dos sentencias, la primera responde con decir que esta pequeña columna es la parte superior de la grande. A esta respuesta se oponen varias dificultades: me basta insinuar ésta con Bossio, de cruce l. 1. c. 13 y Francisco. *Collto de Sang. Chrt.: Quae in Templo S. Praxedis visitur, non columna pars ut illi autumant, sed integra, completa et perfecta Columna esse obtutu ipso cognoscitur: in cuius summitate annulus ferreus situs est, quo stricti et reulecti tenebantur flagellandi homines.*

La segunda sentencia responde, que la pequeña columna que está en Roma, fué la sola y entera columna de la flagelación de Cristo, y que aquélla, que escriben los alegados antiguos Padres, fué otra columna grande, donde Cristo había sido azotado la noche del jueves en casa de Caifás; como escriben Malloneo. Alápida y otros citados de Nic. Alberti en sus comentarios de la vida de Cristo. P. 3, c. 22.

Por desfogar sus odios tan injustos,
Escogieron los impíos sacerdotes
Seis sayones bien fuertes y robustos,
Que sin piedad le diesen los azotes,
Y granicen más golpes y más sustos,
Que no graniza el rígido Bootes:
Porque, al rigor de este sangriento Arturo,
Muera, si no muriere a un leño duro.

Luego, de dos en dos, enfurecidos
Con crueldad le azotaron inaudita,
Con cordeles mil veces retorcidos,
Hechos de lino, cáñamo o de pita:
Parece que haya premios prometidos,

... Pero contra esta segunda sentencia obsta lo primero, que los susodichos Padres hablan expresamente, de la columna en que fué Cristo azotado en casa de Pilatos. Lo segundo, porque si bien Cristo en la noche del jueves, a alguna otra columna fué en casa de Calfás ligado, escarnecido, y quizá azotado: pero no fué azotado a sangre, y por consiguiente, no pudo con la abundancia de sangre manchar o matizar la columna, como dice San Jerónimo: infecta cruce Domini. Et crucis plena, la llama el Nazianeco.

Se evitan todas las dichas dificultades, recurriendo a la nueva opinión, que apuntó el Padre Juan Gregorio in Prat. lect. 20, esto es, que Cristo fué azotado, según el uso romano, a la columna grande, estando no sólo ligado por todo el cuerpo, mas también, con un cerco de hierro al cuello, como lo dice también Nicéforo, a fin de que no pudiese declinar ninguna parte del cuerpo a la descarga de los azotes. Pero porque Cristo de esta suerte solamente fué azotado en espaldas y partes de atrás, los carnífices, queriendo azotarle también por delante, como con muchos Doctores refiere y sostiene Blosio in Explic. Pass. lo desataron de la columna alta y lo ligaron a otra pequeña, con las manos atrás y la cara vuelta hacia los verdugos. De este modo sin encontrar ninguna de las dificultades arriba dichas, se verifica, que ambas a dos son columnas verdaderas de la flagelación de Cristo: la pequeña que se conserva en Roma, y la grande que antiguamente sostenía el Pórtico del Templo en el cánculo de Sión: la cual estuvo en pie, mientras se mantuvo el dicho Templo; pero después, arruinado de los Turcos el Templo, rompieron también la dicha columna y recogidos de los fieles los pedazos, el más grande, que era de tres palmos y medio su altura, lo pusieron en el Templo del Santo Sepulcro. Los otros pedazos más cortos, fueron desperdidos, como escribe Aquilante Rocheti Truc. 3, c. 2 a Paulo IV, entonces Sumo Pontífice, al Emperador Fernando y a Felipe II Rey de España, a la República de Venecia y a muchos otros Príncipes y ciudades del Cristianismo. De estas reliquias se conservan hasta hoy en San Clemente, en Santa María Mayor y en Santa María Araceli de Roma; en el Escorial de España, en la Ciudad de Ragusa y entre otros lugares, en San Marcos de Venecia, se conservan dos pedazos, y se celebra fiesta el 16 del mes de Abril.

A quien más fuertes golpes le repita.
Estos primeros bárbaros sayones,
Ronchas le alzaron mil, mil verdugones.

Más fieros que éstos, vienen los segundos,
Armados de fierísimos ramales,
Que rompen desde luego furibundos
Las ronchas, verdugones, cardenales;
Corren por tierra, bellos, rubicundos,
De la divina sangre los raudales.
¡Los golpes suspended, ministros fieros,
Dejad alguna sangre a los terceros!

¡Oh jerarquías del celeste coro,
Todas venid, todas bajad al suelo,
Recoged esta sangre en vasos de oro,
Y llevad a adorarla allá en el cielo!
De este divino celestial tesoro,
Sangre del mismo Dios, hecho hombrezuelo, (a)
Que hoy por nosotros de sus venas brota,
No permitáis se pierda ni una gota!

De correas y látigos armados,
Con sed de sangre, llegan los terceros:
Viendo todos sus miembros desangrados,
En su carne se ceban, carniceros;
A fuerza de los golpes replicados,
Que dan siempre más duros y más fieros,
Y en virtud de tan fuertes latigazos,
Salta la carne rota en mil pedazos. (N)

Porque no le quedase parte ilesa,
Los bárbaros ministros inhumanos,

(a) Despectum et novissimum virorum. (Isai. LIII, 3).

(N) La Madre Sor María de Jesús de Agreda, refiriendo una de las revelaciones que le hizo María Santísima, dice así: «Repitiendo los inhumanos golpes, rompieron las inmaculadas y vírgineas carnes de Cristo Nuestro Redentor, derribando al suelo muchos pedazos de ella, y descubriendo los huesos en muchas partes de las espaldas, donde se manifestaban patentes y rubricados con la sangre: y en algunas se descubrían en más espacio del hueso que una palma de la mano.» P. 2, lib. 6, cap. 20, n.º 1, 1340.

De azotarle también toman la empresa,
En su divino rostro, en pies y en manos. (N)
Para dar cumplimiento a su proeza,
Y que los golpes no saliesen vanos,
De alta columna a otra menor lo pasan, [1]
Y pies, manos y rostro le fracasan.

El admirable de Jesús semblante
Llagado le quedó y entumecido:
Quien da al sol luz y brillos al diamante,
Aun la luz de sus ojos ha perdido;
Mil paredes de sangre, por delante,
Le ha puesto la que de ellos ha vertido,
Que toda ella cuajada en sus niñetas
Ciega al que dió la luz a los planetas.

Vuelve, alma mía, hacia Jesús los ojos:
No se ve en El, ni aun de hombre la figura;
¿Quién hizo en El tan horribidos despojos,
Que no hay en El ni especie, ni hermosura? (a)
Son las iras de un Dios, son sus enojos,
Contra el pecado de la vil criatura:
Se hizo cargo Jesús de aquel pecado,
Y la culpa lo ha puesto en tal estado.

Vuelvo a mirarlo y miro el gran estrago,
Que los azotes en su cuerpo han hecho:
Veo allí de su sangre un río, un lago,
Miro todo su cuerpo ya deshecho:
Si más exacto el escrutinio yo hago,
Sus huesos veo por espalda y pecho;
Y con pasmo, ternura y maravillas,
Descarnadas le miro las costillas.

(N) Sor María de Jesús en el mismo número citado arriba, dice: «Para borrar del todo aquella hermosura, que excedía a todos los hijos de los hombres, le azotaron en su divino rostro, en los pies y en las manos, sin dejar lugar que no hiriesen donde pudieran extender su furor y alcanzar la indignación, que contra el inocentísimo cordero habían concebido, etc.»

(1) Blosio in Explic. Pass. c. 9.

(a) Non est species ei, neque decor. [Isai. LIII, 2.]

También echo los ojos a María,
Que estatua del dolor y la congoja,
Aunque ve la cruel carnicería,
Ni suspiros ni lágrimas arroja:
En su terrible pena, en su agonía,
Ni aun sus pestañas con el llanto moja:
Está fuera de sí: de que colijo,
Que su alma enteramente está en el Hijo.

En El está María de tal modo,
Que cuanto en su pasión Jesús padece,
Ella igualmente lo padece todo, [N]
Aunque a la vista estatua nos parece.
Sea en manos o pies, en cuello o codo,
En espaldas o pecho, según crece
En Jesús el dolor, también en Ella
Crece para afligir su carne bella.

¿Y habrá algún corazón tan insensible,
Que mirando a Jesús, viendo a María,
Padecer la catástrofe terrible,
No les haga en su pena compañía?
De un secuaz de Jesús, no, no es creíble,
Que no le compadezca; ni sería
Amante de María y su devoto,
Quien de compadecerla está remoto.

Si a Jesús azotado compadeces,
Tu compasión mostrarle determina,
Usando, por su amor, frecuentes veces,
De un áspero cilicio y disciplina.
Azótate: pues harto lo mececes,
Y no sea tu mano tan mezquina,
Que dé los golpes blandos y contados:
Haz que en tu carne queden rubricados.

(N) Así lo dice la Madre de Agreda por las siguientes palabras: «Ya he dicho en otros lugares de esta historia, y más en el discurso de la Pasión del Señor, que sintió María Santísima en su cuerpo todos los dolores, que con las heridas sentía el Hijo. Y este dolor tuvo también en los azotes, sintiéndolos en todas las partes de su virginal cuerpo, donde se los daban a Cristo nuestro bien, etc.» P. 2, l. 6, c. 20, nº 1347, et passim.

Si devoto te juzgas de María,
Por no exponerte a padecer engaño,
Obséquala con preces cada día,
Y ayúnale los sábados del año.
A Ella la invoca y siempre en Ella fía,
Y libre te verás de todo daño;
Cuanto en servirla fueres más prolijo,
Tanto más de Ella amado serás hijo.

Ya la flagelación ejecutada,
Al Salvador desatan con maltrato:
La sangre, a la columna salpicada,
Mil rubíes le deja para ornato.
La chusma de carnífiles malvada,
Le manda al Redentor con desacato,
Que al instante a vestirse se disponga
Y que luego su túnica se ponga.

La túnica inconsútil, un malvado, (1)
Por burlar a Jesús también en esto,
Se la había, o de veras ya robado,
O escondido, por burla, en otro puesto:
Porque girase de uno al otro lado,
Así desnudo, el hombre más modesto:
Y mientras que Jesús la iba buscando,
Burlando le seguían y azotando.

La que es Reina del cielo y del abismo, (N)
Con igual potestad que acá en la tierra,

(1) Así revela Santa Francisca Romana, Ursin. in ejus vita. (1, 3, c. 6.)

(N) La revela también la Madre de Agreda, quien añade la circunstancia de haber María Santísima mandado a un ángel, que echase a Luzbel y que llevase la túnica al Salvador. He aquí sus palabras: «Uno de aquellos ministros, incitado del demonio, mientras azotaban al mismísimo Maestro, había escondido sus vestiduras, para que no pareciesen y perseverase desnudo para mayor irrisión y afrenta de su divina persona. Este mal intento del demonio conoció la Madre del Señor, y usando de la potestad de Reina, mandó a Lucifer se desviasen de aquel lugar con todos sus demonios, y luego se alejaron compellidos de la virtud y poder de la gran Señora, y Ella dió orden, que por mano de los santos ángeles, fuese restituida la túnica de su Hijo Santísimo, adonde su Majestad pudiese tomarla para vestir su sagrado y lastimado cuerpo.» [P. 2, l. 6, c. 20, n.º 1342.]

Que con amplio admirable despotismo,
Aun los designios de Luzbel aterra:
Vió esta burla, fraguada por él mismo,
Y por medió de un ángel lo destierra,
Quien le deja la túnica a su vista,
Para que luego el Salvador se vista.

¡Oh azotado y desnudo Jesús mío,
Si Pedro bien vestido y arropado
Esta noche ha sentido tanto frío,
Cuánto estará tu bello cuerpo helado!
Mas de tu caridad es tanto el brío,
Y estás en nuestro amor tan inflamado,
Que teniendo en Ti unidos fuego y hielo,
Imitas, oh Jesús, al Mongibelo.

Pero, ¿por qué, oh Jesús, quedas desnudo?
¿Por qué el rubor y el frío impedir dudas,
Si tu poder y providencia pudo
Vestir a Inés y a Bárbara desnudas?
Tú al jazmín y azucena, al tronco rudo,
Con su congruo vestido los ayudas,
¡Y Tú desnudo quedas, Jesús mío,
Éxpuesto a la vergüenza, al duro frío!

NUEVAS IRRISIONES Y ESCARNIOS HECHOS AL SALVADOR
DESPUES DE LOS AZOTES.

Entre los juicios del Señor ocultos,
Es uno de ellos, que esta gente insana,
Al mirar de Jesús penas e insultos,
Se muestre tan feroz, tan inhumana.
Si es infinito el número de estultos,
Esta no es gente estulta, es fiera humana,
Que cuanto más el Salvador padece,
Tanto más ella rabia y se enfurece.

¿Y puedo yo admirarme de esta gente
Sin que antes no me admire de mí mismo?
Yo, siendo a mis pasiones indulgente,
Armé contra Jesús el judaísmo,

Para que lo tratase inicuaente,
Cuando de culpas cometí un abismo:
Mis delcites, mi orgullo, mi tibieza,
Los armó de rigor y de fiereza.

Luego que el Redentor se hubo vestido,
A Pilatos recurre esa canalla,
A quien tenía ya medio vencido
Y próximo a rendirse en la batalla.
«Muy bien sabéis — lo dicen — que ha querido
Ser nuestro rey aqueste faramalla:
Nos permitid, que a pretensiones tales
Le adaptemos sus insignias reales.» (N)

Obtenida del Juez esta licencia,
Vuelven a desnudar al Nazareno,
De su paz abusando y su paciencia,
Que a todo está pacífico y sereno.
Con tirano furor, con inclemencia,
Le exasperan las llagas de su seno:
Lo exponen, de su ropa ya desnudo,
A la vergüenza, al frío, al hielo crudo.

Porque fuese mas pública la afrenta,
Y pueda la cohorte toda junta
Divertirse con El y estar contenta,
A batido tambor ella se junta; (a)
Un entremés o farsa hacer se intenta,
Donde burlar a Cristo se barrunta;

[N] Que recurriesen a Pilatos con semejante pretensión, y que él concediese la licencia para hacer lo que pretendían, lo dice claramente la Madre de Agreda. He aquí sus formales palabras: «Fueron a Pilatos y en el Pretorio, y en presencia de los de su Consejo le dijeron: Este seductor y engañador del pueblo, Jesús Nazareno, ha querido con sus embustes y vanidad, que le tuvieran todos por Rey de los Judíos: y para que se humillo su soberbia, y se desvanezca más su presunción, queremos que permitas le pongamos las insignias reales, que mereció su fantasía. Consintió Pilatos con la injusta demanda de los judíos para que la ejecutasen como lo deseaban.» [P. 2, l. 6, c. 20, n° 1343.]

(a) Et convocant totam cohortem. (Marc. xv, 26).— Congregaverunt ad eum universam cohortem. (Mathi. xxvii, 27.)

Y el Rey de cielo y tierra, desde luego,
Hace el papel de Rey de burla y juego.

Y porque general concurso sea,
El atrio, amplio y mayor del Presidente,
Destinan por teatro a esta asamblea,
Donde puede asistir inmensa gente.
Mas tú también, entre la gente hebrea,
Esta farsa entra a ver, alma inocente;
Y mientras ella a Cristo lo escarnece,
Adóralo por Rey y compadrece.

La puerta del teatro, al que quisiere
De la farsa gustar, siempre está abierta;
Con placer se recibe al que viniere,
Sin que nada al entrar pague a la puerta;
Porque aquí sólo se pretende y quiere
Que cada uno con Cristo se divierta,
Que lo mofe, lo burle y lo maltrate,
Y haga con El cualquiera disparate.

Que le alzaron el trono me imagino,
Y que tan irrisorio él fuese creo,
Que al querer describirlo yo no atino,
Porque sería más de lo que idco:
De tanto agudo abrojo y tanto espiuo
Contornado, en mi idea, yo lo veo,
Que si Jesús un poco se moviese,
Por fuerza en las espigas El se hiriese.

Porque sirva de clámide, echan mano
De un sucio trapo, ya descolorido,
Que en los años o siglos de antemano
Fué en coscoja o en púrpura teñido: (N²)
Como a su rey, como a su soberano,
Este le dan riquísimo vestido,
Que aunque está sin galones y sin faldas, [1]
Se lo echan cual es a sus espaldas. (a)

[1] No llegaba este trapo ni siquiera hasta cubrir aquellas partes, que se quisieran más que todo cubiertas. [Alberti, en sus Coms. P, 3, c. 23.]

(a) Et veste purpurea circumderunt eum. [Joan. xix, 2.]

De capacete en forma es la corona,
Que las sienes ceñir debe divinas;
Dónde un junco con otro se eslabona,
Hacia adentro quedando las espinas.
Lo agudo de sus puntas no perdona,
Ni al duro casco, ni a membranas finas:
Tal corona tejida con fiereza
Se la ponen a plomo en la cabeza. [a].

¡Ayl! ¡qué vivos dolores! qué punzadas
Darían las espinas, ya metidas!
De Cristo en la cabeza, ya clavadas!
Y hasta dentro del casco introducidas!.....
Le correría en ondas purpuradas
La sangre que vertían las heridas.
Mas ¿en dónde, oh Jesús, sangre has hallado,
Si los azotes ya la han agotado?

Los deshonestos pensamientos míos
Fueron, sí, los abrojos, las espinas:
De mi mente los locos desvaríos
Tus sienes, oh Jesús, hieren divinas;
Mis tanto vanos y orgullosos bríos,
Más agudas hicieron y más finas
A las puntas, de aquellos tus abrojos
Que te hieren cabeza, sienes y ojos.

Tus espinas, de hoy más, oh Jesús mío,
El coto pongan a mis pensamientos,
Que a mi mente le impida algún desvío,
Y sólo piense siempre en tus tormentos.
Ellos pongan el freno a mi albedrío,
A que no ame del mundo los contentos;
Y de dolor me llene y de sonrojos,
A Ti, oh dulce Jesús, ver entre abrojos.

A clámide y corona, es muy conforme
El que por cetro ponen en su mano, (b)

(a) Et milites plectentes coronam de spinis, imposuerunt capiti ejus.
(Joan. xix, 2.)

(b) Et arundinem in dextrâ ejus. [Matth. xxvii, 29.]

Para que los gobierne y los reforme
Con aquel cetro ignominioso y vano:
Es una caña hueca, bronca, informe,
Que la cortó por ruin el hortelano;
Mas en tan buen Pastor no es cosa extraña,
Que a sus ovejas rija con tal caña.

Rogidme, pues, a mí, Pastor amante,
Gobiérneme tal caña, oh Jesús mío:
Y con ella me herid, si oveja errante
Me viereis, que de Vos yo me desvío:
Sobre mí estad atento y vigilante,
Que de Vos no haga el mínimo extravío,
Que os siga sólo por amor y agrado,
Mas no por el temor de ese cayado.

Esa caña, oh Jesús, puesta en tu mano,
Para castigo del humano yerro,
Tiene fuerza y poder más soberano
Que si ella fuese de diamante o hierro:
Su poder reconoce el valle, el llano; (1)
Puede desmenuzar al monte, al cerro,
Y sin que nadie resistirle pueda,
Romperlos, como a vaso hecho de greda. (a)

Si aun lo débil y frágil en tu mano
Es tan fuerte: pues yo, que frágil peco,
Te suplico, oh Rey mío soberano.
Que en tu mano me acojas aunque hueco.
De todo bien estoy vacío y vano,
El espíritu tengo árido y seco,
Me nuevo y doblo al viento, que en mí tira
Cualquier pasión, o de deleite o de ira.

Mas, si en tu sacra mano me mantienes,
Yo venceré toda pasión siniestra,
Pasaré de mil males a mil bienes,

(1) Por el valle y llano vienen figurados los humildes, pacíficos y todos los buenos: por el monte y el cerro, todos los que a ellos son opuestos.

(a) Reges eos in virga ferrea et tanquam vas figuli confringes eos.
[Ps. II, 9.]

Será mi mutación de excelsa diostra.
Y si del jugo de tu amor me llenas,
De no ser vana caña, daré muestra,
Dando de buenas obras muchos frutos,
Que a Ti yo ofreceré como tributos.

Tenme siempre, oh Jesús, tenme en tus manos,
Ni sea de ellas, ni un instante, suelto,
Que renunciando a otros apoyos vanos,
Estar siempre en tus manos he resuelto;
Ni en afectos, de hoy más, viles e insanos,
Mi espíritu jamás se vea envuelto;
Y diga, con verdad, desde este día,
Que está siempre en tus manos la alma mía. (a)

Si siempre está en mis manos la alma mía,
Y yo estoy de las tuyas sostenido,
Para darte más fruto, desde hoy día,
Cual sarmiento a su vid, te estaré unido.
Si hueca caña y de virtud vacía,
Con tu ofensa y mi daño, hasta aquí he sido,
Puesto en tus manos, a dar fruto intento,
Pasaré de vil caña a ser sarmiento.

Ya de la vieja púrpura vestido,
Coronado de espinas, fieramente,
De un afrentoso cetro proveído,
Le hacen que suba al trono y que se siente;
Con irrisoria pompa es conducido,
Entre mil mozas de esa infame gente,
Que al rededor del trono se coloca,
A darle el honor todo, que le toca.

De uno en uno, le pasan por delante,
Y cada uno le dobla la rodilla; (b)
Le escupe, por escarnio, en el semblante,
Y con su esputo vil, se lo amancilla.

(a) Anima mea in manibus meis semper. [Ps. cxviii, 109.]

(b) Et genu flexo ante eum, illudebant ei. (Matth. xxvii, 29.)

Et ponentes genua adorabant eum. (Marc. xv, 19.)

Salve — le dice — ¡oh Rey!, y al mismo instante, (a)
Lo echa a rodar, con todo el trono y silla:
Y al trono lo coloca nuevamente,
Porque otro tanto hacer pueda el siguiente.

Pero de los siguientes cada uno,
A estas befas, injurias y baldones,
Según su humor, de nuevo añade alguno:
Quien puñadas le dá, quien bofetones; [b]
Entre esta vil canalla, no hay ninguno,
Que no venga con nuevas irrisiones:
Por más hábil y sabio se reputa,
Quien a Jesús más befas le tributa.

La que tiene, por cetro, bronca caña,
Cada uno se la quita: mas con ella,
En la cabeza, con crueldad extraña,
A golpes las espinas más le empella: [c]
De nueva sangre el rostro se le baña,
Que mancha y amancilla su Faz bella;
Pues han hecho mayores las heridas,
Las espinas, más dentro introducidas.

La sangre, que chorrea del cabello,
Por frente, ojos y rostro ella se extiende,
Va en líquidos corales por el cuello,
Y hasta bañar la clámide descende;
Con su rojo, purpúreo color bello,
En espléndida púrpura se enciende:
Y adquiere mayor gloria y más honores,
Que no un manto de rey o emperadores.

Mas de Jesús la divinal cabeza
A la violencia del dolor se inclina:
Bajándola, El, a alzarse el hombre empieza
A la gloria, a que Cristo le destina.
Bien, pues, decirle puedo, a tal fineza,
Cuando El su frente a la abyección inclina:

(a) Dicentes: Ave, rex Judaeorum. (Matth. xxvii, 29.)

(b) Et dabant ei alapas. [Joan. xix, 3.]

(c) Percutiebant caput ejus arundine. [Marc. xv, 19.]

Por mi gloria, oh Señor, ¡cuánto trabajas! (a)
Porque yo alce cabeza, ¡Tú la bajas!

Padeció en estas burlas e irrisiones,
Hechas con desacato y ardimiento,
El que es digno de honor y adoraciones,
Un sumo deshonor, sumo tormento;
Y yo, digno de mil humillaciones,
Si soy algo abatido, ¿me resiento?
Siendo digno de estar en el Cocito,
¿Me quejo del piquete de un mosquito?

Padeció el buen Jesús inmensamente;
Mas tuvo en padecer ánimo tanto,
Que recibió con júbilo vehemente
La espinosa corona, el cetro, el manto.
Querido hubiera allí tener presente,
Porque lo viese, el mundo todo es cuanto,
Para que así mayor la irrisión fuese,
Y tanto más su confusión creciese.

Jamás ni un rey ni emperador augusto,
Al darle las insignias de sns glorias,
Las pudo recibir con tanto gusto,
Cuanto aceptó Jesús las irrisorias.
El llama al pecador, convida al justo,
Sus ansias a Sión le hace notorias;
Que lo vengan a ver con tal diadema,
En grande oprobio e ignominia extrema.

PRESENTA PILATOS AL SALVADOR A LA VISTA
DEL PUEBLO.

Porque gloriosa y más solemne fuese
Esta coronación del Rey del cielo,
Y más aplauso en tierra ella tuviese,
Y causase más gozo y más consuelo:

(a) Tu autem, Domine, susceptor meus es, gloria mea. exultans caput meum. (Ps. III, 4.)

Era justo y debido se expusiese
El coronado Rey de cielo y suelo,
A la vista de un pueblo innumerable,
Que lo viese cuánto es dulce y amable.

Sólo en un patio, entre muy poca gente,
Los soldados por rey lo han saludado:
Porque tenga corona permanente,
En la sacra cabeza la han clavado,
Que se le haga la jura, es conveniente,
Siendo en pública plaza pregonado:
Su bondad y clemencia es infinita,
¡Infeliz quien por Rey a Dios no admita!

Por eso Dios dispuso que Pilatos
Por el patio pasase y que lo viese,
Con los burlescos, míseros ornatos,
Y que al mirarlo, lo compadeciese.
De los autores de estos desuatos,
No hubo alguno, que allí permaneciese:
Todos se disiparon desde luego,
Solos dejando al Juez y al Rey de juego.

Excitó, de Pilatos en el pecho,
La vista de Jesús todo llagado,
Triste retablo de dolores hecho,
Una gran compasión, sumo cuidado.....
Mira su cuerpo ya casi deshecho,
Capaz de conmover al más malvado:
Mostrando al pueblo este hombre medio muerto,
Que lo nueva a piedad tiene por cierto.

Le parece imposible, que a tal vista,
Aun quien tenga el corazón más fuerte
Que dura roca, al punto no desista
De pretender al Salvador la muerte.
Con esta persuasión, luego se alista
A subir al Pretorio: pero advierte
Que el doliente Jesús no está en el caso
De poderle seguir, ni dar un paso.

Que llamase a un criado me imagino,
Que prontamente a sostenerle acuda:
O porque es corto el que ha de hacer camino,
Por sí mismo quizás le dió él ayuda.
Le compadece en su fatal destino,
Y que bien presto él morirá, no duda:
Pero, fiado en su proyecto, espera
Que clavado en la cruz Jesús no muera.

En la gran sala del Pretorio había
Una puerta, que ingreso y paso daba
A una hermosa azotea, que salía
Sobre la plaza, a quien la dominaba.
Pilatos con Jesús, por esta vía,
Salió con fin de hacer lo que intentaba,
No dudando que al cabo a aquella farsa
Fin glorioso pondría esta comparsa.

Salió Jesús siguiendo al Presidente,
De su ropa y su piel casi desnudo,
Pues desollado lo ha bárbaramente
Tanto inicuo sayón fiero y sañudo.
Bañada en sangre su divina frente,
Traspasada de tanto abrojo agudo,
De un trapo sus espaldas arropadas,
Y entre el cetro sus manos bien ligadas.

Al pueblo, que allí estaba todo unido,
Así se dejó ver el Nazareno,
Llagado todo el cuerpo y dolorido,
En su rostro eclipsado, aunque sereno:
De fuerzas y vigor destituido,
De esputos y salivas todo lleno;
Ni estar un breve rato en pie podía,
Y más bien un cadáver parecía.

«¡He aquí el hombre! — les dice el Presidente —
Ved aquí de las iras el objeto!
Que al corazón más duro eficazmente
Excita a compasión; si no a respeto:
Ved aquí al hombre mísero, impotente,

Sólo al desprecio y a penar sujeto!
Si una tal vista a la piedad no os mueve,
Pida su muerte, el que a gritar se atreve!

«Mirad, mirad a este hombre, pueblo ingrato,
Miradlo atentamente y de hito en hito;
Ved el injusto y pérfido maltrato,
Que dado habéis a un hombre sin delito.
Baste ya el hecho agravio y desacato,
Cálmese ya el furor, cese el prurito,
Que aun al furor de toda fiera excede,
El dar la muerte a quien vivir no puede.

«Rendido está este hombre maltratado,
Que vivirá como una flor apenas
Que tiene ya su tallo destrozado,
Que así mueren las rosas y azucenas.
De los pies a cabeza está llagado,
Tiene rotos los nervios y las venas:
Miradle bien, y si esto no os conmueve,
¡Seréis más fieras que una fiera alevé!

«Os lo he traído aquí, para deciros
Que no encuentro yo en Él causa de muerte, (a)
Que ha sacado de mi alma los suspiros
El que lo hayáis tratado de esta suerte;
Ni ha sido intención mía el consentiros,
Un castigo tan hórrido y tan fuerte;
Mas, si lo ordené yo, por contentaros,
De contentarme a mí, podéis gloriaros.»

¡Oh Juez, el más inicuo, el más injusto!
Que confesando, por la vez tercera,
Que es inocente el Salvador, que es justo,
No obstante lo ha tratado de manera
Que le da un argumento bien robusto,
A que de un tal maltratamiento infiera,
Que su maltrato moverá horroroso
A una arpía, a un león, a un tigre, a un oso!

[a] Ecce adduco vobis eum foras, ut cognoscatis quia nullam invenio in eo causam. [Joan. xix, 4.]

¡Oh pueblo, el más ruin, vil e inhumano!
Ya que la causa de Jesús has puesto,
En manos de un gentil, de un Juez profano,
¿Por qué a lo que él pretende estás opuesto?
Si él por dar gusto a tu capricho insano,
Le ha hecho a Jesús agravio manifesto,
¿Por qué a su pretensión e intento justo,
Ni en esto poco, quieres darle gusto?

¡Oh Padre Eterno! ¿es éste acaso el Hijo,
El Rey de cielo y tierra poderoso,
De quien vuestra verdad protestó y dijo,
Que entre los hombres era el más hermoso?
Yo así lo creo; mas de aquí colijo,
Que lo que le hace parecer leproso,
Sangre, llagas y tanta escupidura,
Dan el mayor realce a su hermosura.

¿Es éste tu Hijo, ¡oh Madre dolorosa!
De los valles es éste el lirio bello?
¿Es la flor de los campos más hermosa?
¿Esta la estrella de mayor destello?
Pues ¿cómo está su faz tan asquerosa!
¿Por qué está ensangrentado en rostro y cuello?
Si me dices que éste es, oh Virgen Madre,
Vas en todo de acuerdo con su Padre.

¿Es éste vuestro Dios, oh Srafinas,
A quien asiento dais en vuestras frentes,
Y en ellas le aprontáis blandos cojines,
Bien que del fuego de su amor ardientes?
¿Cómo se ha reducido a estos confines
A ser burlado de malvadas gentes?
¿Y por qué, lleno de rubor y afrenta,
Está de pie parado y no se sienta?

¡Oh cielos!, me decid, si acaso es éste,
Vuestro Dios y Señor, que con mil astros
Tachonó vuestra bóveda celeste,
Dando de su poder tan bellos rastros?
Sin que fatiga ni que afán le cueste,

Os contornó de eternos alabastros.
Si El de la luz más pura fué vestido,
¿Por qué hoy está de un trapo escarnecido?

¡Oh criaturas! ¿conocéis acaso,
Que es vuestro Criador este hombrezuelo?
Que El regula el Oriente y el Ocaso,
Y que El formó de nada tierra y cielo?
Que todo viene de El y no del caso?
Que El le da al pez el curso, al ave el vuelo?
Si El es el Criador, ¿por qué El se halla,
Hecho el juguete de una vil canalla?

Tú, pues lo reconoces, oh alma mía,
Y aunque El parezca el hombre más pequeño,
Tú lo ames, y confieses desde hoy día,
Por tu Rey, Creador, Señor y Dueño;
Su reino en humildad fundar quería,
Y en Sí mismo nos da plan y diseño:
A quien su reino busca, son precisas
De la humildad las cruces y divisas.

Más bárbaro, más vil, más inhumano,
Encontró el Presidente al pueblo hebreo,
De cuanto alcanza el pensamiento humano,
Pues de mucho excedió su devaneo:
Le ha hecho que salga su proyecto vano,
Su intento le ha burlado y su deseo:
Con hacer que del pueblo fuese visto,
Creyó Pilatos libertar a Cristo.

Pero un contrario efecto ha producido,
Porque quien apagar debiera el fuego,
Mayormente en el pueblo lo ha encendido;
Con su odio, con su envidia y con su ruego:
Rubor los Sacerdotes no han tenido
De gritar, los primeros desde luego:
«Lo hecho hasta aquí, es bien hecho.» Así replica
El pueblo: «¡Al Nazareno crucifica!» (a)

[a] Cum ergo vidissent eum Pontifices et ministri, clamabant dicentes:
Crucifige, crucifige eum. [Joh. xix, 6.]



Una gran impresión hizo en Pilatos,
Esta respuesta bárbara, insolente,
Que del todo echa a tierra sus conatos.
Y a su intento se opone osadamente:
Si él temiera, que tales desacatos
Pudiese hacerle en público la gente,
Su honor, su autoridad no hubiese expuesto
A recibir del pueblo un tal denuesto.

De este denuesto y de una acción tan fea,
Se encoleriza el Juez y se fastidia:
«¿Queréis — les dice — acaso que yo sea,
De vuestro odio instrumento y vuertra envidia?
¿Pretendéis, que mi mano sea rea,
Prestándose a efectuar vuestra perfidia?
Clavadlo en cruz vosotros, si os parezca, (a)
Bien que el reo la cruz no la merezca.

«Lo que hasta aquí con El se ha ejecutado,
Rigor, barbaridad, exceso ha sido,
Que, si darle el castigo yo he mandado,
Vuestro furor, en dársele, ha excedido:
Esto lo he solamente yo ordenado,
Porque salvar su vida he pretendido,
Creyendo fuesen vuestros corazones,
De hombres, mas no de tigres o leones.

«Haced ahora de El lo que os parece,
Tomadlo allá vosotros: que en mi juicio,
La sentencia de muerte no merece.
Ni al justo condenar puedo al suplicio:
Sé que se arma contra El y se enfurece,
De vuestro odio y envidia sólo el vicio.
Soy Juez, a castigar solo al culpado,
No, del justo, carnífice malvado».

Los Pontífices, que oyen tal respuesta,
— Aunque de ella se dan por ofendidos,

(a) Dicit eis Pilatus: Accipite eum vos, et crucifigite: ego enim non invenio in eo causam. (Joan. xix, 6.)

Es una verdad clara y manifiesta,
Pues de furor y de odio están henchidos, —
Por embrollar al Juez darle respuesta,
Acusándole delitos no entendidos,
Que sólo entender puede un israelita,
No un gentil, un pagano, ni un escita.

«No somos — dicen — como tú supones,
Sin ley, sin religión y sin conciencia,
Ni son de fiera nuestros corazones,
Que a piedad no se muevan, ni a clemencia;
Las que hacemos a este hombre acusaciones,
Pasan la esfera de tu inteligencia;
El se ha hecho Hijo de Dios, y esto supuesto, [a]
Por nuestra ley, en cruz debe ser puesto».

Al escuchar Pilatos el discurso
De estos grandes letrados y doctores,
Que la puerta le cierran al recurso,
De proyectos se llena y de temores; [b]
Al verse avergonzado, en tal concurso,
A esta escena corrió los bastidores,
Y volviendo la espalda a ese auditorio,
Se retiró aturdido a su Pretorio.

DE LA ACUSACIÓN DE HABER CRISTO HECHOSE
HIJO DE DIOS.

De los proyectos de que usó Pilatos
Para salvar a Cristo de la muerte,
De su esfuerzo los últimos conatos
Eran el medio mas robusto y fuerte.
Pero aquellos Pontífices ingratos
Han encantado al pueblo, de tal suerte
Que lo que bastaría a conmoverlos,
Sólo ha servido para enfurecerlos.

(a) Responderunt ei Judaei: Nos legem habemus, et secundum legem debet mori, quia filium Dei se fecit. [Joan. xix, 7.]

(b) Cum audisset Pilatus hunc sermonem, magis timuit. Et ingressus est praetorium. (Joan. xix, 8, 9.)

¿Viste acaso en el bosque al tigre hambriento,
Que habiendo del cordero hecho la presa,
Cuando lo mira casi sin aliento,
Cuando lo mira casi sin aliento,
Se lo devora, con más ansia y priesa?
Así, viendo a Jesús todo sangriento,
El pueblo concluir quiere la empresa,
En que los sacerdotes lo han metido
De mirar al Cordero consumido.

Aunque es este Cordero immaculado,
Que no tiene la mínima mancha,
Es de estos fieros tigres acusado,
De lo que en Él más resplandece y brilla;
Que por Hijo de Dios se ha publicado,
Con lo cual de blasfemia se amancha,
Y que, según su ley, como blasfemo,
Debe al suplicio destinarse extremo.

Esta es la acusación que al Presidente,
De más espanto y más temores llena; (a)
Teme entregar a muerte a un inocente,
Librarlo, si es blasfemo, dale pena:
El en nada lo encuentra delincuente,
Mas, de una culpa a su entender ajena,
Lo acusa todo el pueblo enfurecido,
Y en trance tal, no encuentra algún partido.

Por una parte le urge la conciencia
En la sangre de un justo a no mancharse,
Teme por otra parte la insolencia,
Que acaso el pueblo, de él, quiera vengarse.
El dar teme también una sentencia,
De que César después quiera informarse;
Que, si injusta la encuentra o la supone,
En un abismo su inquietud lo pone.

Así a todo malvado, a todo injusto,
De la conciencia el roedor gusano
Lo priva de su paz, quietud y gusto,

(a) Cum audisset Pilatus hunc sermonem, magis timuit. (Joan. xix. 8.)

El corazón royéndole, tirano.
Todo le causa sobresalto y susto,
Sea el objeto verdadero o vano;
Mas siempre sentir le hace los rigores
De mil perplejidades y terrores.

Crece más su temor y se acrecienta,
Y es puñal que a su pecho tiene fijo,
Cuando la fantasía le presenta,
Que quizá es de Dios verdadero Hijo:
Más y más este temor se aumenta,
Mirando en El, su padecer prolijo,
Su silencio, modestia y masedumbre,
Que es, a un puro hombre, fuera de costumbre.

De los temores, propios de un pagano,
Estaba el Presidente combatido:
A ellos se agrega otro temor no vano,
Que era el sueño de Prócula tenido,
Que, de no ser contra Jesús tirano,
Encarecidamente le ha advertido:
Por tanto, de su origen peregrina,
Vuelto a Jesús Pilatos lo examina.

«¿De dónde eres Tú? ¿Cuál es tu origen? díme. (a)
Bien sé que eres nacido en Galilea:
¿De qué familia? Tu secreto exprime,
Que yo no sé, cuánto ella ilustre sea:
Que será, me persuado, muy sublime,
Pues lo *ilustre* y lo *noble* en Ti campea:
¿O es tu padre algún Dios, que está en el cielo,
Que ha ordenado que nazcas en el suelo?»—

Así es como tú dices, oh Pilatos:
Su Padre es Dios, eterno y verdadero,
Que al unigénito Hijo con conatos
De salvarnos a ti, a mí y al mundo entero,
(Aunque vió que seríamos ingratos)
Lo ha enviado acá por nuestro medianero,
Todo el peso a sentir de mi malicia,
Y a sufrir el rigor de tu injusticia.

(a) Et dixit ad Jesum: Unde es tu? [Joan. xix, 9.]

Yo, Pilatos, te doy esta respuesta,
Ya que, por no esquivar Jesús la muerte,
No te responde ya ni te contesta,
O por no hacer más infeliz tu suerte
No esperes otra y conténtate con ésta,
Que es respuesta bastante a convencerte,
Que eres inicuo juez y el más malvado,
Si haces que en cruz Jesús sea clavado.

Pilatos no pensaba ciertamente
De la generación hablar divina,
Con que el Padre lo engendra eternamente
(Que aun la luz de la fe no lo ilumina);
Ni de cómo nació temporalmente
Por génesis suprema y peregrina:
Y cual si inepto a comprenderle se halla,
Se está en silencio el Salvador y calla.

Calla también, porque ya en otro examen
Bastante el Salvador se había explicado,
Para que el Juez formase su dictamen,
Sobre El, sobre su reino y su reinado:
Aunque contra El sus enemigos clamen,
Ya Pilatos quedó bien informado,
Que El no es rey temporal, mas Rey supremo,
Que no es rival del César, ni es blasfemo.

Calla también, porque no es tiempo ni hora
De enseñar al gentil y de instruirlo,
Mientras no rompa otra mejor aurora,
Que, como a sol, a El quiera recibirlo:
A su escogido pueblo ilustra ahora,
Sabrá al gentil después aun preferirlo:
Entre tanto no quiere echar las perlas,
A riesgo que haya el cerdo de romperlas.

A más de que Pilatos malamente
Al Divino Cordero ha trasquilado,
Que aunque lo conoció ser inocente,
Fiero lo ha escarnecido y azotado:
Mas no lo ha trasquilado solamente;
Con rigor, de su piel lo ha desollado:

Y por tanto Jesús no habla o resuella,
A presencia de aquel que lo desuella. (a)

Calla Jesús, y con razón El calla,
Y en profundo silencio se mantiene,
Pues para su defensa en la batalla
Necesidad de voces ya no tiene:
Mejor defensa en el silencio El halla,
Y el silencio de oveja le conviene;
Defiéndase, quien siendo acometido,
Está a peligro de quedar vencido. (b)

De tan largo silencio fastidiado,
Y sin duda Pilatos ofendido,
Con mucho orgullo y con el ceño airado,
Así a Jesús le dice resentido:
— «¿A mí no me hablas? ¿No me ves armado (c)
De potestad y de un poder cumplido,
Para hacer, oh Jesús, crucificarte?
O — si me agrada a mí — también librarte?» —

Aquí Jesús su gran silencio deja,
Y revestido de Pastor amante,
No quiere estar callado cual oveja,
Sino hablar como Pastor celante;
De este modo Jesús siempre maneja,
O su silencio, o su hablar brillante:
Cuando calla, es oveja que enmudece; (d)
Y es Pastor cuando el enseñar se ofrece.

«Deja, oh Pilatos, deja de jactarte,
— Al Presidente le responde Cristo —
No vanamente quieras gloriarte,

(a) Et quasi agnus coram tondente se, obmutescet, et non aperiet os suum. (Isaias, LII, 7.)

(b) Bene tacet, qui defensione non indiget. Ambient defendi, qui timent vinei. (Ambr. lib. 10, in Luc.)

(c) Dicit ergo ei Pilatus: Mihi non loqueris? nescis quia potestatem habeo crucifigere te, et potestatem habeo dimittere te? (Joan. XIX, 10.)

(d) Jesus ubicumque non respondit, non sicut reus, sive dolus, sed sicut Agnus, hoc est, sicut simplex atque innocens non aperuit os suum. Proinde ubi non respondebat, sicut Ovis silebat: ubi respondebat, sicut Pastor docebat. (Aug. Trac. 116, in Joan.)

Si armado acaso de poder te has visto:
Si más bien permitirte que no darte
El Cielo quiso ese poder, yo insisto
Que el poder que la vida a mí me quite, (a)
No te lo ha dado Dios, te lo permite.»

El sentido que al texto yo le he dado (N)
Es el propio, el genuino, el verdadero;
Porque no puede haber, en lo criado,
Poder contra el Delfico Cordero.
Todo cuanto contra El se ha hecho y obrado,
Ha sido permisión de un Dios severo;
Que el sacrificio de Jesús permita,
Y así del mundo los pecados quita.

(a) Respondit Jesus: Non haberes potestatem adversum me ullam, nisi tibi datum esset desuper. (Joan. xix, 11.)

(N) El P. Salmerón, hablando de este texto: Non haberes potestatem etc. en el Tom. 10, Trac. 31, pág. 261, dice: «Locus hic non nihil habet difficultatis, tum propter potestatem illam Pilato desuper datam: quod non satis explicari potest, cum in hominem innocentem, et maxime in Filium Dei, nullam potestatem habeat judex.» — Refiere la solución que a este lugar da Cayetano, el cual establece dos principios por los cuáles el hombre está sujeto al Magistrado o Juez: 1º por la parte superior y del Cielo, porque así está de Dios establecido, ya que de sólo El tiene origen toda potestad; 2º por la parte inferior, esto es, por el propio pecado, a lo menos original, por el cual puede el hombre ser castigado del hombre. Cristo, pues, por esta parte inferior, no estaba sujeto a ninguna potestad, porque era inocente y puro aun de la mancha original: pero estaba sujeto por la parte superior, porque Dios había constituido en potestad a Pilatos: y diciendo Cristo: Non haberes potestatem etc. es como si dijera: Que tú, Pilatos, tengas potestad sobre mí, no es por algún demérito mío, sino porque eres Presidente y de Dios constituido por superior. Así Cayetano: pero aquí repone Salmerón: «Sed hæc dicta Cajetani minus digesta, minus cum ratione cohaerere videntur»: y con seis fuertes razones rechaza la solución de Cayetano; y establece con cuatro argumentos, que la potestad de Pilatos contra Cristo, no era legítima, sino tiránica, ni era dada de Dios sino permitida; y concluye diciendo: «Christus ergo respondens: Non haberes potestate adversum me ullam, de tali loquitur, quæ injuriosa est, et tyrannica, ac si dicat: Legitima in me non habes potestatem, sed nec ullam, id est, istam quam arrogas, et jactas, nisi tibi datum esset desuper, sive e caelo. Et sic voluit ejus arrogantiam comprimere, ut intelligeret, Deum ob ali-

Yo contra ti me vuelvo, oh Presidente,
Pues te condenas con tu propia boca;
¿Y parecer intentas inocente
Con el lavarte en agua sucia y poca?
Si del poder abusas insolente,
No haciendo lo que a un juez justo le toca,
Aunque te echés al mar para lavarte,
De aquella mancha no podrás librarte.

Esa tal potestad sólo te es dada,
Para que obres el bien y hagas justicia:
Es potestad tiránica, usurpada,
Si haces con ella el mal y la injusticia:
Es de ti vanamente cacareada,
Pues sólo es permitida a tu malicia:
Ni agua hallarás que lave tu delito,
Ni en el oscuro lago del Cocito.

A la respuesta dada al Presidente
Cristo añadió: que si El pecado habría,
Sentenciando a la muerte a un inocente,
Aun más enorme y mayor culpa hacía
Aquella inicua y desalmada gente,
Que en su poder y manos lo ponía: [a]
— Quizás, también por mí, Jesús lo ha dicho,
Que en manos lo entregué de mi capricho. —

Luego que esta respuesta oyó Pilatos,
De Cristo argumentando la inocencia,
Se avivaron en él más los conatos
De no darle, de muerte, la sentencia; [b]
De un gran castigo ve los aparatos,

quam causam eam illi potestatem permittere (nótese el verbo permittere y no dare) et non illam a se ipso vel a Romanis, sive Caesare, vel a Judaeis tanquam superioribus, qui tradiderunt eum Pilato (quia Judaei superiores non grant Pilato) habere. Asi Salmerón, quien trata difusamente la cosa, y se alargaría mucho esta nota, si hubiese de poner aquí sus razones y argumentos: por tanto remito al lector al lugar ya arriba citado.

(a) Propterea qui me tradidit tibi, majus peccatum habet. [Joan. xix, 11].

(b) Et exinde quarebat Pilatus dimittere eum. (Joan. xix, 12.)

Que, contra sí, le muestra su conciencia.
Y así, a decirle al pueblo salió fuera, (N)
Que está resuelto a que Jesús no muera.

Viendo el pueblo en peligro su esperanza,
De que frustrada quede de su intento,
Con más empeño y con mayor pujanza,
Usan de un nuevo esfuerzo y más violento;
Le arman al Presidente la asechanza
De amenazarlo, con atrevimiento,
Diciéndole que al César darán cuenta,
Que a un revoltoso y a un traidor fomenta.

«Reo de lesa Majestad tú te haces,
Si perdonas — le dicen — a este reo:
Al César, con razones eficaces,
Le haremos conocer tu devaneo:
Si no dejas tus temas pertinaces,
Perderás tu fortuna, honor y empleo;
Y a desastres te expones y a mil penas,
Si al instante a este reo no condenas.

«Caudillo de rebeldes éste ha sido,
Rey ha intentado ser de la Judea,
Tumultos en los pueblos ha movido,
Ya acá en Jerusalén, ya en Galilea:
Si no das el castigo merecido,
A tal reo, bien claro se rastrea
Que no eres, no, del César fiel amigo, [a]
Sino mas bien contrario y enemigo.

«En el nombre de César tú gobiernas
Esta provincia, y cosa es bien extraña,
Que en este hombre no veas ni disciernas
Cuánto inficiona a la provincia y daña:
A ti con apariencias mil externas,

(N) Bien que el Evangelista no lo exprese, muchos expositores sólidamente son de parecer, que Pilatos salió entonces fuera a declarar al pueblo esta su resolucién de querer libertarlo. Así Barrad, Toledo y otros sobre este lugar de S. Juan, citados de Nic. Alberti.

(a) Si hunc dimittis, non es amicus Caesaris: omnis enim, qui se regem facit, contradicit Caesari. (Joan. XIX, 12.)

Te ha hechizado hasta aquí, pero te engaña,
Que aunque no ser de acá su reino dice,
A las leyes de César contradice».

Titubeó la constancia de Pilatos,
Quedando él a estas voces aturdido,
Al ver que sus proyectos y conatos
Todos, como humo, se han desvanecido.
Teme le acusen de otros mil reatos, [N]
Rapiñas y sentencias que ha vendido;
Por esto teme al César solamente,
No por la salvación de un inocente.

De impio temor Pilatos agitado,
Por las del pueblo viles amenazas,
Muda de pensamiento al ver frustrado,
El plan de sus proyectos y sus trazas:
Teme, cual menor mal, quedar privado
Del gobierno, ya de ésta o de otras plazas;
Y no temiendo su mayor ruina,
El condenar a Cristo determina.

PRONUNCIA PILATOS LA SENTENCIA DE MUERTE
CONTRA EL SALVDOR.

De nuestro libre arbitrio los conatos,
De la gracia de Dios destituidos,
En todo, a los proyectos de Pilatos
Muy semejantes són y parecidos:
Cuando la gracia, no los haga ratos,
Nunca obtendrán los fines pretendidos:

(N) Tambaleó a los clamores del pueblo el propósito de Pilatos, no porque temiese castigo, por no haber querido condenar al que conoció inocente, sino por otras acusaciones, que con este motivo se le podían suscitar contra él, como se saca de Filon Hebreo, que escribe así: «Pilatum, hominem rigidum, iracundum, perversi, duro ingenio: qui ut multorum sibi conscius scelerum erat, ita semper timebat, ne si mitteretur legatio, coetera quoque ejus delicta detegerentur propter venditas sententias, rapinas, injurias, clades, tormenta, crebras caedes, indemnatorum etiam scissimum crudelitatem». (Philo. l. de Legat. ad Cajum.)

Donde no hallo de Dios la unción y el dedo,
Por más que yo proyecte, nada puedo.

Para obtener Pilatos sus intentos
De libérrar a Cristo de la muerte,
De la gracia siguió los movimientos,
Pero no se mantuvo de ellos fuerte:
Del pueblo y sacerdotes los acentos,
Que le amenazan desgraciada suerte,
Le hacen abandonar de Dios la gracia,
Por evitar del César la desgracia.

Que era de Dios el Hijo verdadero,
De la boca de Cristo oído había:
Que si lo libra — dice el pueblo entero —
El amigo de César no sería:
Al verse Póncio en tal dilema fiero,
O a Dios o al César ofender temía;
Reconoce, quedando aún indeciso,
Que a uno de dos ofenda, le es preciso.

Si contra el César a pecar se atreve,
Que esto le priva, tiene por seguro,
De todo cuanto goza, muy en breve,
Y un destierro se teme, acerbo y duro;
Pero si contra Dios pecare, aleve,
El castigo es incierto y es futuro:
Concluye, al fin, que con la penitencia,
Podrá obtener plenaria la indulgencia.

Así Pilatos se engañó a sí mismo,
Y se atuvo al partido furibundo
De aplacar el furor del Judaísmo,
Dando a la muerte al Salvador del mundo,
Su presunción ya paga en el abismo, [N]

(N) No faltan algunos, que digan que Pilatos se haya salvado, y que se halla entre los predestinados. Pero debemos tener por firme, que se haya condenado, habiendo puesto fin a su vida, matándose por sí mismo. Con esta ocasión quiero poner aquí un chistoso caso, que refiere Caramuel al fin de su Teología fundamental. Vide (2º)— (Habiendo de ser esta Nota algo larga, se pondrá al fin, en el orden 2º de Notas.)

Sepultado en el antro más profundo,
Donde irá para hacerle compañía
Quien peca, sólo porque en Dios se fía.

Faltaba una hora y media al mediodía,
Cuando del todo resolvió Pilatos
Al pueblo conceder lo que pedía,
De salvarlo dejando sus conatos.
Desde esta hora empezó su tiranía
A hacer las ceremonias y aparatos
De concluir por fin este proceso,
Y dar sentencia al inocente opreso.

En situación sublime y eminente
Ya el tribunal se mira aparejado,
Está su pavimento hermosamente
De coloridos mármoles losado.
A la pública plaza está patente,
Y del Pretorio a una pared fijado,
De donde todo el pueblo oír pudiese
La sentencia que al reo se le diese.

Antes que al tribunal él tome asiento,
A la vista de todos les presenta
Otra vez a Jesús todo sangriento:
Después de hecho esto, al tribunal se sienta. (a)
Con su dedo, — a rapiñas siempre intento, —
Señalando a Jesús, le hace la afrenta
De mostrarlo, diciendo: «Este, que os muestro,
Oh pueblo, — veislo aquí, — que es el Rey vuestro». [b]

¿Que esto Pilatos por desprecio hiciese,
O porque todavía la conciencia
Con estímulos mil le remordiese
De dar, de muerte, a un justo la sentencia?
No consta en esto cuál su ánimo fuese:
Que fuese juzgo nueva diligencia,

(a) Pilatus autem..... adduxit foras Jesum: et sedit pro tribuna-
li. (Joan. XIX, 13.)

(b) Et dixit Judaeis: Ecce rex vester. [Joan. XIX, 14.]

Con que mover al pueblo él intentase,
Para que, al verlo, de opinión mudase.

Era como decirle al pueblo hebreo:
Veis aquí vuestro rey: sobradamente.
Oprimido de vuestro devaneo,
Vedlo humilde, mansísimo, paciente:
¿Saciado no habéis aún vuestro deseo,
Después de maltratarlo fieramente?
¿Desistir no queréis de vuestro asunto,
Al mirar vuestro rey casi difunto?

Los pérfidos hebreos no esperaron
Que en discursos la causa se alargase,
Concordes a una voz todos gritaron
Que presto la sentencia fulminase;
El pueblo y los Pontífices clamaron, [a]
Que de su vista a este hombre se quitase:
«Quítalo — dicen — luego de delante,
Ponlo en cruz, crucifícalo al instante.»

A réplica tan bárbara y tan fiera,
Les responde Pilatos que se admira
Que en los vasallos de Jesús cupiera
Barbarie tal, tanto furor, tanta ira!
Que no lo creyera él, si no lo viera,
Y lo reputaría por mentira!
¿Queréis que crucifique, yo inhumano,
A vuestro Rey, a vuestro Soberano?

No así presto se enciende árido leño,
Ni el fuego toma en sí tan de repente,
Como llena esta gente de desdén,
Luego se encendió en ira y quedó ardiente:
Viendo el grande conato y el empeño
Con que a Jesús defiende el Presidente,
En el fuego de su ira ya abrasada,
Mil centellas contra él arroja airada.

(a) Illi autem clamabant: Tolle, tolle, crucifige eum. [Joan. xix, 16.]

Se alzan contra él mil voces turbulentas,
Llamándolo parcial y temerario;
«Aquí muestras — le dicen — aquí ostentas,
Que eres de un sedicioso partidario.
Eres traidor al César, pues intentas
Darnos por rey, del César a un contrario;
Otro rey, no, nosotros no tenemos,
Sólo al César por rey reconocemos». (a)

¡Oh ciega estolidez del pueblo insano!
Reconocen por rey sólo a Tiberio,
Que los tiene cautivos cual tirano,
De libertad privados, en su imperio!
No quieren a Jesús por soberano,
Que los viene a librar del cautiverio!
Tú, más bien di, de amor y fe provisto:
Yo no tengo otro rey que a Jesucristo.

A esc nombre mil veces replicado
De César, que de Poncio es tan temido,
El quedó grandemente amedrentado;
Y a la instancia del pueblo ya rendido,
So color que no sea ocasionado
Algún motín del pueblo enfurecido,
Se rinde al fin, por más que le disgusta,
A dar la vil sentencia, impía, injusta. [N]

(a) Responderunt Pontifices: Non habemus regem, nisi Caesarem.
[Joan. xix, 15.]

(N) Después de haber Pilatos procurado varios caminos, para eximir al Salvador de la furia del Hebraísmo y librarle de la muerte; viendo finalmente frustrados todos sus proyectos, y endurecidos en su perfidia los corazones de los Príncipes Sacerdotes y pueblo judaico, declinando de la rectitud y justicia que hasta entonces habia conservado íntegra, deliberó condescender a las instancias de los enemigos del Redentor y condenarlo a muerte. Creen algunos doctores, que esto se hiciese sin sentencia previa en escrito. Así lo promueve Francisco Luca Burg, que pretende que fué juzgado sin sentencia por simple petición de los judíos. «Tradidit autem (dice este escritor) ut damnatum, postulatumque ab ipsis, non sententia pronuntiata, ut dignum morte crucis: permissio est et traditio non est proprie dicta condemnatio.» Todavía la común opinión de los Padres dice, que Pilatos dictase la sentencia, y después la firmase de su puño, como dice el

Dada que hubo Pilatos la sentencia,
No sé lo que hacer quiera o lo que intente:
Agua se hace traer a su presencia
Para lavar sus dedos solamente;
De la mancha que ha puesto a su conciencia,
Se debiera lavar primeramente,
Con las aguas que Cristo ha destinado
Para lavar las manchas del pecado.

Mientras no fuere de ellas bautizado,
Con lavarse las manos, no hace nada;
Y aunque al sacro Jordán él se eche a nado,
Su alma le quedará siempre manchada;
De tal mancha jamás será purgado,
Sin que pueda aun la eterna llamarada
Del averno purgarlo o tarde o luego,
Porque es mancha indeleble al agua o fuego.

El agua que pidió le fué traída,
Y aunque era el agua cristalina y tersa,
Al lavarse esa mano fermentada,
Le quedó ella más sucia y más perversa.
Cual resina en el averno hervida,
En su ánima imprimió la mancha adversa,
Que lo mostrará siempre delincuente,
Aunque él se lave haciéndose inocente.

«Veis aquí — dice — oh gente sin conciencia,
Que me habéis precisado inicuaente
A dar una injustísima sentencia,

B. Simón de Casia: «Dictavit Pilatus mortis sententiam super Christum et latrones.» La fórmula de esta sentencia sé, que varlamentemente se lee en diversos autores, citados de Mallonio, cap. 10, y de Calvi en su *Propria Evangelio Resol.* 68, edición de Venecia, 1728.—La mas comúnmente aceptada y seguida es aquella, que Cristiano Adricomio en la descripción de Jerus. al n.º 115 dice haber extraído de los anales antiguos de los judíos, y es la siguiente:

«Jesum Nazarenum, subversorem gentis, contemptorem Caesaris, et falsum Messiam, ut majorum suae gentis testimonio probatum est, ducite ad communem supplicii locum, et cum Indibrio Regiae Majestatis, in medio duorum latronum crucifigite. I, licet, expedi cruce.»

Y a entregar a la muerte un inocente:
Vuestra es toda la culpa, mi inocencia [a]
Como esta agua, ella es clara y es patente:
De este Justo aun la sangre me disculpa;
Allá os lo veáis, pues: vuestra es la culpa.

«Por esta vuestra culpa, vuestra vida
Será siempre infeliz y desgraciada;
La gente seréis vos más abatida,
La más vil en el mundo y más odiada;
Aun vuestra prole nacerá teñida,
De la sangre de un Justo derramada;
Y no soy yo, quien esto anuncia: el cielo
Rompe, por mí, de lo futuro el velo».

No se aturdió, a este anuncio, esta vil gente,
Que mucho más en su perfidia fijos,
Todos dan, por respuesta al Presidente,
¡Que recaiga sobre ellos y sus hijos [b]
La sangre, de quien él llama inocente!
¡Vengan sobre nosotros los prolijos
Males que amenazáis: y en tal borrasca
Todo hijo nuestro ensangrentado nazca! [N]

(a) *Accepta aqua lavit manus coram populo, dicens: Innocens ego sum a sanguine justí hujus: — Vos videritis. [Matth. xxvii, 24.]*

(b) *Et respondens universus populus, dixit: Sanguis ejus super nos et super filios nostros. [Matth. xxvii, 25.]*

(N) No tardó la justicia de Dios en castigarlos, verificando todos estos anuncios, sin esperar que pasase mucho tiempo: ya que, desde entonces, les dió por pena hereditaria aquel miserable flujo de sangre, que hasta el día de hoy persevera en sus descendientes, como dice Hugo Card. in Ps. 77: vide Abap. in Matth. 27. Y dicho flujo les affige mayormente, según observa Lorino in Ps. 77, en el día del Viernes Santo. También, desde entonces, los hijos varones de aquella infame progente, que gritó aquel *Sanguis super nos*, todos nacen con la mano derecha aplicada a la cabeza y llena de sangre; he aquí el testimonio y autoridad de San Vicente Ferrer, Serm. de Parasce. «Sanguis ejus super nos, et super filios nostros; o quam horrendum testamentum fecit hic populus stultus! manet enim hoc testamentum usque in hodiernum diem; non in signum hujus vindictae, quando masculi Judaeorum de hoc genere, qui sic clamabant, nascuntur, habent manum dexteram plenam sanguine capiti innisam». Esto confirman algunos con el ejem-



Venga, pues, sobre mí, Salvador mío,
De esa tu sangre sacrosanta y pía
Una gota, que al par de un grande río,
Me lave a mí de toda mancha impía:
Con tu sangre lavado, yo confío [a]
Que quedará más blanca el alma mía,
Que la cándida, pura, hermosa nieve,
Que excluye toda mancha, grande o leve.

Esa tu sangre, oh Jesús mío amante,
Recaiga sobre mí, sobre mí venga,
Que me haga tu secuaz, tu semejante,
Y encendido en tu amor siempre me tenga.
En toda circunstancia, en todo instante,
En mi pecho, cual llama, se mantenga,
Que me inflame en tu amor y apague luego
El que yo he merecido eterno fuego.

Venga a apagar tu sangre los ardores
De mi indómita vil concupiscencia:

plo de Zara, qui natus est filo rubro alligato ad digitum. Otros añaden, que en cada plenilunio se les renuevan las hemorroides, y padecen mayor flujo de sangre, por lo cual comúnmente tienen el color pálido; y aquel dicho del Profeta David: «Percussit inimicos suos in posteriora, opprobrium sempiternum dedit eis,» lo exponen literalmente de los Judíos. Pero haciendo mención de estas cosas el P. Salmerón, dice: «Sed, quoniam haec solidis historicorum testimoniis non firmanur, asseverare non audemus, eorum fidem prudentium lectorum arbitrio relinquentes. Illud certum est, hanc nationem Judaeorum toti mundo invisum, atque exosam existere, acerbasque poenas dare illius antiqui flagitii. Et ut in Cain homicida posuit Deus signum, ut esset vague, et profugus super terram; ita in Judaeis tremorem quemdam, et pallorem videtur constituisse, ut ubicumque versentur, amarissimam vitam degant, omnique honore, et dignitate, atque adeo sua Jerosolyma, terrenisque opibus destituta ieristant. Quare multae illorum myriades bello et fame in obsidione interierunt, multi vilissimo pretio venditi in theatra exhibitum sunt, ut a bestiis devorarentur, alii denique per orbem totum dispersi ludibrio et ostentui sunt omnibus, miseram, ac tristem vitam ducentes.»—De quienes dice Juvenal, Satyra 6, haec al fin.

Implet et illa manum, sed parcius acre minuto.
Qualicumque voles, Judaei somnia vendunt.

(a) Lavabis me, et super nivem dealbabor. [Ps. L, 9.]

Con sus rojos purísimos humores,
Venga el campo a regar de mi conciencia:
Haga nacer, en vez de abrojos, flores,
Y frutos de humildad y de paciencia;
El que era hórrido campo de malicia,
Sea, de hoy más, jardín de tu delicia.

Venga, al fin, sobre mí tu sangre ahora,
Con quien, por tuyo, quede señalado,
Y cuando yo llegare a mi última hora,
Con tu sangre me encuentres rubricado:
Que subir pueda al cielo sin demora,
Para ser compañero afortunado
De quienes sus estolas con esmero (a)
En tu sangre blanquearon, oh Cordero.

DEL VIAJE DE CRISTO AL CALVARIO.

Apenas la sentencia fué firmada
De la mano del impio Presidente,
Que luego al Salvador le fué intimada,
Con júbilo y festejo de esa gente:
A toda calle, o callejuela, o estrada,
A pregonarla envían prontamente
Pregoneros por todo el vecindario,
Para que alegres vayan al Calvario:

Si esto dió gran placer, gozo, alegría,
A un Caifás, a un Anás, a un fariseo,
Cuánta pena y dolor diese a María
El quererlo expresar es devaneo:
No es para tanto, no, la lengua mía,
Ni hay idioma que tenga, según creo,
Voces para expresar, si no se inventan,
Las penas que a María la atormentan.

Los que acompañan a María en esto,
Son un Juan y las otras tres Marías,
Que del dolor desfallecieron presto,

(a) Dealbaverunt stolas suas in sanguine Agni. (Apoc. vii, 14.)

Si Ella no las sacara de agonías:
Aunque es mayor su afán y más molesto,
Ella del mal les temple las porfias;
Dándoles grande ejemplo de constancia,
Les infunde en sus pechos tolerancia.

Comprado habían ya del Juez pagano
Los impios sacerdotes la sentencia,
Con buena suma de oro que en su mano
Pusieron, por vencer su renitencia: (N)
É hizo mayor aprecio el Juez insano
De este oro, que de Cristo y su conciencia:
Los sacerdotes de esto asegurados,
Tenían cruz y clavos ya aprontados.

Todo está pronto, aparejado y listo:
Los ministros ya al par de lobos fieros,
En sacar fuera del Pretorio a Cristo
Cada uno quiere ser de los primeros:
Tanta ansia de la presa no se ha visto,
Ni en el lobo que acosa a los corderos;
El primero en llegar le echa la garra,
Y con fiereza al corderillo agarra.

Luego que han hecho de Jesús la presa,
Aun más fieros que tigres o leones,
Del Pretorio lo sacan con gran prisa [a]
Casi rodando por sus escalones:
En donde El deja cada planta impreso,
Con la sangre que vierte a borbotones,
Porque, teniendo varias venas rotas,
Corre la sangre a ríos, y no a gotas.

(N) Miguel Palacio, in Joan. 19, da por cierto que los Pontífices, por compra de la injustísima sentencia, le diesen a Pilatos ocultamente alguna gran suma de oro. Y Daniel Mallonio escribe, c. 10: «In quodam manuscripto antiquo in carta pergamenae, aureis etiam litteris minio confectis, ex Patrum antiquorum fragmentis compilato, quod vita R. V. inscribitur, exstat quoddam caput ex Nicodemino excerptum, in quo dicitur quod Judaei, timentes ne Pilatus Christum dimitteret, ei pecuniam multam dederunt.» (No consta eso en el Evangelio, y aun es opuesto a su tenor.)

(a) Susceperunt autem Jesum et eduxerunt. [Joan. xix, 16.]

De la irrisoria púrpura vestido
El Redentor se hallaba todavía:
Temiendo que no fuese conocido,
Porque perdido su hermosura había,
Determinau ponerle su vestido,
Que así desconocido no sería;
Y lo despojau, con crueldad notoria,
De la purpúrea clámide irrisoria.

Para poder ponerle su vestido,
La corona le quitan con violencia,
Quedando en la cabeza más pungido
Y sintiendo el dolor con mas vehemencia.
Dentro del casco espinas se han rompido,
Que allí a pungirlo están con permanencia,
Y de tanta violencia usaron ellos,
Que también le arrancaron los cabellos. (N)

Vestido de su ropa ensangrentada,
Sacau por fin del atrio a nuestro Dueño,
A la plaza en que estaba aparejada
Ya la cruz, hecha de un pesante leño;
Era viga, no igual, no cepillada, (a)
Sin alño, ni grande, ni pequeño:
No tuvieron cuidado por la priesa,
Sino de hacer la cruz pesante y gruesa. (N)

(N) Confirma esta verosímilísima reflexión, de haberle también arrancado los cabellos, enredados entre las espinas, lo que escribe Mallonio, cap. 11 de *Christi Capillis*, diciendo así: «Certe novimus in agro Tybernate, in Ecclesia Cathodrali, asservari unum o spinis coronae Christi Domini, in cuius cuspide subtilis quidam Christi capillus ejusdem sanguine spinas agglutinatus adhaeret, qui quidem sanguis quolibet anno in die Parascevas, qua hora Christi capiti corona fuit imposita, rursum colliquefieri, rubescere, et quodam modo obullire, purpureumque colorem recipere cernitur.»

(a) Traba Crucis, inaequalis et nodosa; quia non curaverunt cum dolore vel curiose parare, propter festinationem. [Sic de Cassia hic.]

(N) Aquí, para conjeturar el peso de esta cruz, se reflexiona a su rudeza y tamaño; pues era larga de quince pies y ancha ocho, como dice Adricomio, y comúnmente los Padres; tanto más, que ella era de roble, que es el leño pesadísimo y denso, o estaba agravada de varios clavos; que la componían de cuatro leños según la vulgar opinión:

Al mirarla Jesús, al llegar a ella,
¡Oh! ¡qué afectos oculta allá en su pecho!
Le parece, aunque bronca, hermosa y bella:
La prefiere, aunque dura, a un blando lecho;
No es cometa para Él, es buena estrella,
Le da mil besos y un abrazo estrecho,
Y es tan grande su júbilo y su gozo,
Que de sí lo enajena el alborozo.

Ligna Crucis Palma, Cedrus, Cupressus, Oliva. Esto es, el tronco que se fijó en tierra, de cedro: (que Adricomio afirma n.º 197, haberse tomado del torrente Cedrón, donde servía como de un pequeño puente); la parte donde se extendió el cuerpo de Cristo, de ciprés; el remate o cabeza, donde se puso el título, de oliva; y el leño, que atravesado forma los brazos, todo de palma. Lo que la devoción de los fieles incluyó en los dos siguientes versos:

Pea cedrus, truncus cypressus, oliva supremum,

Palmaque transversum, Christi sunt in Cruce lignum.

Pero Boda, in Collectam, la describe de cedro, pino, boj y ciprés. Otros, según dice Calvi en su Propr. evangélico, opinan que la bendita Cruz no se formase de otra materia, que del Fresno, de quien cantó Virgilio: *Fraxinus in sylvis pulcherrima*; y recorriendo al misterio hallaremos, que este árbol es inimicísimo de la serpiente, que huye aun de su sombra, y utilísimo a muchas enfermedades; como la Cruz de Cristo es inimicísima de la infernal serpiente, y da remedio a muchos males. Otros finalmente, de quienes es cabeza San Gregorio Niseno, seguido de Sedulio, Sillo Cretense, Lipsio, Chacón, Cartagena y Silveira, citados de Alberti, dicen, que esta Cruz de Cristo fué solamente fabricada de leño de roble. Esta parece sentencia más probable que las otras; ya que no se ve motivo por el cual los Hebreos, que querían cuanto antes crucificarlo, hayan querido andar buscando cuatro leños diversos, lo que también Belarmino, tom. 2, Controv. de Imag. cap. 27, reputa improbable. Que si se responde que ya tenían la cruz hecha y aparejada, yo replico con Alberti: «¿Cómo es posible que ellos hubieran querido usar todo este honor a Cristo, preparándole la cruz en cuatro especies de leños, casi los más nobles, cuando buscaban por todos modos envilecerlo y avergonzarlo cuanto más podían? Añádase a esto la reflexión de lo que había ya profetizado Isaias: «Et erit in ostensionem sicut terobinthus, et quercus, quae expandit ramos suos: semen sanctum erit id quod steterit in ea.» Cap. vi, 13. A más de esto, Absalón, que fué figura de Cristo, vestido de pecador, murió colgado a un roble, como observa muy bien en el citado Niseno diciendo: «Perspicuum vero tibi est illud per historiam ostensus enigma, quale sit lignum illud cui affixa est malitiae coma, quam Apostolus chirographum peccatorum vocat, prout ait: et ip-

La llama, no suplicio, no tormento,
De exaltación el nombre le da augusto: (a)
En subir a ella pone su contento,
Y de morir en ella tiene gusto.
Puesto entre dos ladrones, es su intento
Entre ellos parecer el más injusto,
Porque, aunque es inocente e inmaculado,
De las culpas de todos se ha cargado.

sum tuit de medio, affigens illud cruci, hoc est ligno.» Reflexiónese también que si esta cruz hubiese sido compuesta de diversos leños, hubiera ciertamente tenido Santa Elena una gran contraseña para poderla distinguir entre las otras dos: y no fué así, pues no la pudo discernir sino por medio de un milagro. • Léanse finalmente otras razones, que trae Cartagena, de las cuales, por brevedad, añado aquí solamente dos: «Primo, quia hac arbore (esto es el roble) nulla magis obvia ac frequens in Judaea. Secundo, quia particulæ Crucis, quæ multis in locis asservantur, cum ligno quercino mirum in modum conveniunt forma, et colore, et fortitudine, et soliditate, quæ maxime quaeri debuit ad fixuram.»

Aquí se advierte, que aunque Beda [in quaest. in Genes] seguido de Guillermo Pipino (De Pass. Stat. 7) diga, que la dicha cruz, hubiese sido construida en forma de *Tau*, esto es, sin otro pedazo encima, que sirviese de cabeza, sino sólo el título fijado con una cuña de leño, todavía la mayor parte de los Padres son de sentir, que ella fuese hecha conforme a la forma que hoy se venera en la Iglesia, de la cual no debemos apartarnos, como advierte Suárez, in 3^a p., t. 2, disp. 36, sect. 2.

De este leño ya glorificado con el contacto del cuerpo de Cristo, refieren algunos (según dice Mallonio, cap. 4) que echado en el agua, no queda nadando en la superficie, sino que se va luego a fondo; y puesto al fuego, aunque se encienda, no se consume; y dan esto por señal para conocer, si es verdadero leño de la Cruz de Cristo; pero parece muy falible esta señal, porque hay leños que van luego al fondo del agua, como el ébano, el roble y otros; y Plinio enseña que un leño bañado con el huevo de gallina no arde, lib. 20, c. 3. Pero, dejando estas cosas, que nada importa el saberlas, añado lo que ciertamente es cosa milagrosa y lo dicen San Cirilo, Cathed. 10, Tr. de ligno Crucis, San Paulino, ep. 1. Baronio, annot. ad Martyrolog. die 3 Maii, y otros varios, que habiendo los fieles llevádose de Jerusalén innumerables pedazos de dicha Cruz, siempre quedaba maravillosamente en su integridad; de modo que así ha quedado casi en todas las iglesias, enriquecido de este tesoro el Orbe Cristiano.

(a) Si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum. (Jouu. xii, 32.)

No eran menos ardientes y encendidos
Con la Cruz los coloquios de María,
Semejantes en todo y parecidos
A los que el Hijo con ternura hacía.
En todo iban de acuerdo, en todo unidos:
Cuanto Jesús obraba o padecía,
También lo hace la Madre y lo padece,
Y a redención del hombre Ella lo ofrece.

Porque pueda llevar la Cruz a costas,
Libres brazos y manos le han dejado:
Las cadenas que allí tenía puestas,
Al cuerpo y cuello se las han atado;
Mas de modo dejándolas dispuestas,
Que para hacerle andar apresurado,
Si les parezca que camina lento,
De ellas puedan tirarlo a su talento.

La ronca caja militar ya suena,
Ya se intina un silencio el más profundo,
Para que se oiga sin murmullo o pena
Leer la sentencia al Salvador del mundo:
Ya el pregonero, con su voz que truena,
Echa el pregón horrendo y furibundo:
Ya le cargan la cruz con grande ultraje,
Ya da principio al doloroso viaje.

Cualquiera que tú seas, lector mío,
Que esta historia leyeres, yo no dudo
Que eres más sabio, más devoto y pío
Que el escritor, que es tibio, estulto y rudo:
Que suplirás mis faltas, yo confío,
Haciendo los afectos que no pudo,
O mi ignorancia, o mi tibieza suma,
Expresar con las voces, por la pluma.

Vamos, vamos tras nuestro Nazareno:
Vamos ambos a El bien arrinados,
Con el pecho de amor y afecto lleno,
Con los ojos de lágrimas bañados.
El nos concederá, como es tan bueno,
La remisión de nuestros mil pecados;

Nos salvará, por irle en seguimiento,
A ti como a hombre, a mi como a jumento (a)

Ya en procesión desordenada y triste
Se mueve todo el pueblo hacia al Calvario;
Si a la cruz ir delante, siempre viste
En esta procesión es al contrario;
El que lleva la cruz atrás subsiste,
Reputado cual vil cruciferario:
Cuando El muriere en ella triunfante,
Irá entonces la Cruz siempre delante.

Gran multitud de pueblo iba delante,
Luego los sacerdotes, los ancianos,
Después el fariseo iba arrogante,
Con letrados y escribas, muy ufanos:
De soldados la tropa petulante
Seguía, con las armas a las manos,
Temiendo acaso algún ardid oculto,
Que excitase en el pueblo algún tumulto.

Después de éstos seguían muy contentos,
Los verdugos, no armados de cuchillos,
Sino de otros más fieros instrumentos,
De barrenos, de clavos, de martillos.
¡Oh, qué horror dan! ¡Qué tiernos sentimientos,
En los pechos cristianos y sencillos,
Mueven, al ver los clavos tan tiranos,
Que han de romper de Cristo pies y manos!

Siguen luego los tres ya destinados,
De la cruz al horrendo sacrificio:
Eran los dos, los hombres más malvados,
Famosos por la fama de su vicio.
Fueron éstos dos lobos reputados
Del pueblo y sacerdotes, en el juicio,
Por mucho menos reos, que el Cordero,
Quien va en la procesión hecho el postrero.

(a) Homines et jumenta salvabis, Domine. [Ps. xxxv, 7.]

Iba también Luzbel de rabia lleno, (N)
Porque a Jesús la cruz tomar lo ha visto,
Alegre, placentero y muy sereno,
Y algo más que el ser de hombre advierte en Cristo:
Huirse intenta a su tartáreo seno,
Pero en huir estuvo menos listo,
Que María en hacer encadenarlo,
Porque, al morir Jesús, vaya a mirarlo.

Como sucede en otras procesiones,
Así también en ésta sucedía,
Que, después que han pasado los guiones,
Gran gente por detrás sigue a porfía;
Detrás de Cristo, dándose apretones,
Era inmensa la turba que seguía,
Y entre tanto gentío, no faltaba
Quien por El, o gemía, o sollozaba.

Entre tanto, mil veces a la boca
El pregonero la trompeta aplica,
Y siempre o que la suena, o que la toca,
El pregón nuevamente lo replica.
Aunque no tenga culpa, o mucha o poca,
¡Cuántos delitos de Jesús publica,
Y avisa ser, por ellos, sentenciado
A morir en la cruz, crucificado!

De este pregón infame resultaba,
Que aun el que había al Nazareno amado,
Se volvía contra El y murmuraba,
Porque con artes mil lo había engañado;
Todo enemigo suyo se alegraba,
Al mirarlo ya en público infamado;
Unos y otros vertían su veneno,
En mil dieterios contra el Nazareno.

Como era ya cercano el mediodía,
Se hallaba mucha gente ya en su casa,

[N] Así lo dice con un pequeño discurso, que omito poner aquí, la Madre de Agreda: quien quisiera leer el paso, lo hallará en la 2, l. 6, c. 21, n.º 1364.

Que a comer se dispone, o que comía
Al tiempo que Jesús por allí pasa:
Uno a la puerta, otro al balcón salía,
Poniendo a su comer medida y tasa;
Pero sin tasa, sin medida o mengua,
Vibran contra Jesús su infame lengua. (a)

Mientras por la ciudad Jesús camina,
Llevado por las calles principales,
Quien dicterios y apodos le fulmina,
Quien le da golpes duros y fatales. (N)
Así el pueblo variable determina
Borrar las que le dió de amor señales,
En su solemne y aplaudida entrada,
Que fué, por eso, de Jesús llorada.

¡Oh del vulgo opinión, falaz y estulta,
De una veleta al par, varia, inconstante,
Que a leve aura variar no dificulta,
Del Oriente al Ocaso, en un instante!
Ahora el vulgo al Salvador insulta,
Ayer lo honró con palmas festejante;
¡Dado hubiera por El ayer la vida,
Hoy trata de quitársela, homicidal!

El peso de la Cruz era muy grave,
El hombro estaba ya llagado y laso;
Porque a las llagas y al dolor se agrava,
Dar ya no puede el Salvador ni un paso.
(Este sí es duro yugo y no suave;

(a) Adversum me loquebantur, qui sedebant in porta, et in me psallebant qui bibebant vinum. (Psal. LXVIII, 13.)

(N) El P. Barry, recogiendo de varias revelaciones estos y otros golpes sufridos de Cristo en su Pasión, dice: que sufrió ciento diez guantadas; ciento veinte golpes en el cuello; ochenta y cinco en la cabeza; treinta y ocho en el vientre; sesenta y dos en las espaldas; cuarenta en los brazos; treinta y dos en las piernas; trecientas veces fué tirado por los cabellos; ciento setenta veces acciendo como perro a puntillazos; trece veces arrojado a tierra; y cincuenta y ocho veces le fue medida bárbaramente la barba.—In Blanditis Sanct. e. 2. Ecerc. 20.



¡Y el tuyo duro llamarás acaso?
¡Mira, alma mía, mira a Jesucristo,
De cuán pesado yugo se ha provisto!

Como es larga la Cruz, la va arrastrando, [N]
Entre piedras que son tan desiguales:
Por tanto va la Cruz siempre saltando,
Cuyos saltos le son nuevos puñales;
Esos saltos también, de cuando en cuando,
Golpes a su cabeza dan fatales,
Que en sus sienes sagradas y divinas,
De la corona ahondan las espinas.

Se añade la crueldad de los sayones,
Que, andando Cristo lento y vacilante,
Como a bestia, con púas y agujones,
Lo estimulan a andar más vigilante: (N)
De sus mismos vestidos los faldones,
Que pendientes le cuelgan por delante,
El paso al Salvador le han impedido,
Y bajo de la Cruz El ha caído.

¡El ha caído! ¿y no caéis, oh cielos,
Por si darle podéis alguna ayuda?

(N) Cum enim Crucis lignum longum, et ponderosum valde esset, nec aliter eam portare potuit, nimium fatigatus Jesus, nisi una pars scapulis, altera terra incumberet: quo factum est, ut per lapidum asperitates, et terrae calositatem tractum, suo tremore vulneratas Domini scapulas sine intermissione gravius vulneraret; non nunquam etiam capiti illium, dolorem spinis coronae innovaret. Mallonius, c. 10, De hum. Plagis.

(N) Precisado Jesús a caminar con el cuerpo agobiado, ya por defecto de fuerzas, ya por el grave peso de la Cruz, llevaba los vestidos péndulos por delante, y más altos por la parte de atrás, en donde los carnílices le habían pegado unas tablillas, sembradas de púas y agujones de fierro, para que a cada paso le fueren hiriendo las piernas y le sirviesen de martirio, y de estímulo a caminar más presto: como Daniel Mallon. cap. 10, escribe con San Anselmo de Pass. Esto le hacía caminar, probando a cada paso principios de caídas, hasta que finalmente le hizo caer aquí la primera vez, habiendo ya hecho ochenta pasos, esto es, doscientos pies, como dice Adricomio in Jer. n.º 118.

Que vosotros cayescis por los suelos,
Elo sería menor mal, sin duda;
Quisieran, Jesús mío, mis anhelos,
O que María a levantarte acuda,
O yo por Ella, ya que tantas veces,
Tú a mí me levantaste, por sus preces.

Al corazón mas duro y renitente
Esta caída a compasión provoca,
Que ha caído entre piedras con la frente,
Y echa gran sangre por nariz y boca. [N]
Levantarlo de tierra blandamente,
Oh Angeles santos, a vosotros toca:
Alzadlo, antes que intenten los sayones
Alzarlo a golpes, coces y tiroues.

Mira, oh alma, a Jesús medio aplastado,
A la opresión de aquel pesante leño,
Cómo se le han sus llagas renovado:
Mira cómo El ni aun de moverse es dueño,
Bajo la Cruz está como aprensado;
Mira cómo, con pasmo no pequeño,
También tres huesos se le descoyuntan, (N)
Que fuera de la espalda le despuntan.

¡Oh almas cristianas!, bien podéis por tanto,
Haciéndole a un Bernardo compañía,
Vuestros rostros bañar de un largo llanto,
Si a ayudarlo no se halla ni aun María:
¡Oh! ¡cuánto Ella llegar deseaba, oh cuántol
Mas por el gran gentío no podía;
Pasos sólo sesenta era distante,
Donde había a esperarlo ido adelante.

Con gran maltratamiento y desacato,
Lo levantan por fin esos sayones,
Y sin dejarle descansar un rato,

(N) Lansp. ex Revel. S. Brig.

[N] Así, según Nicolás Alberti, con Lanspergio lo dice, lo com-
padece y llora San Bernardo. Vide Lanspergium lib. 3, in Elucif-
dar. Pass.

A caminar le obligan a empellones;
Con afán caminando y gran conato,
Bien que dando traspiés y tropezones,
Llegó al fin al lugar, en donde estaba
La Madre, que affigida lo esperaba.

De fortaleza armada y de constancia,
Al encuentro le sale al Hijo amado:
La triste y dolorosa circunstancia
No permite ponérsele a su lado;
De acercársele más reprime el ansia,
Y poniéndose en sitio algo apartado,
Lo ve venir desfigurado todo,
Lleno de sangre, llagas y de lodo. (N)

La sangre, que le corre por la frente,
Le cierra al Salvador sus ojos bellos,
Mas se los abre amor bien prontamente,
Porque pueda a María ver con ellos:
Ambos por fin se miran mutuamente,
Mas son tan dolorosos los destellos
De esta amorosa vista, que al momento,
A uno y a otro ocasiona más tormento.

No se hablan entre sí con otras voces,
Que de sangre Jesús y Ella de llanto:
Con cláusulas cada uno tan atroces,
Su dolor insinúa y su quebranto.
¡Oh! más que aun los carnífees feroces.....
¡Oh tristes ecos, más que todo cuanto
Uno y otro padece en la tormenta,
Pues este encuentro más les atormenta!

Dulcísimo Jesús, dulce María,
Por este vuestro encuentro tormentoso,
A encontrarme venid en mi agonía,
Y dadme vuestro amor, paz y reposo;

(N) En este viaje de Jesús al Calvario, dice San Vicente Ferrer, Serm. de Parasc. que unos le reían en cara, otros le echaban lodo en la cabeza y en el rostro: *Alii rident, alii lutum super benedictum caput Jesu projiciebant et in faciem.*—Otro tanto dice San Anselmo Dial. de Pas. Dni.: *Alii lutum in Christum projiciunt, alii lapides, alii ligna.*

Un tal encuentro a mí me bastaría
Para ser felicísimo y dichoso,
Sólo el ver a tal Hijo y a tal Madre
Prenda sería de ir a ver al Padre.

Mira el Hijo a la Madre, y Ella al Hijo,
Sus ojos en Jesús clava María,
Jesús en Ella tiene el ojo fijo,
Y el pesar de uno, el otro lo sentía:
Todo el dolor, todo el afán prolijo
Del Hijo, en sí la Madre padecía;
La espada, que a la Madre atormentaba,
Al Hijo el corazón le atravesaba.

Con su Madre Jesús hablar quisiera,
Pero el hablar con Ella, allí no es dable,
Y no pudiendo hablar de otra manera,
Sólo a voces de sangre es fuerza que hable:
Tanta llaga Jesús tiene parlera,
Que de un lenguaje usando lamentable,
Abriendo grande boca a confortarla,
Parece que a la Madre así le parla.

«¡Oh Madre! ¡oh Madre! ¡oh cara Madre mía!
Retírate de aquí. ¿Para qué vienes?
¡A hacer mayor tu mal y mi agonía,
Mientras aquí más tiempo te detienes!
Ello es forzoso, estando aquí, oh María,
Que de más pena y más dolor te llenes,
Y crece, al ver tu pena, mi tormento:
Retírate de aquí, parte al momento.»

Bien entendió María este lenguaje,
Y Ella con el idioma de su llanto
Pidió, que no la impida, ni la ataje,
De ir tras El, a asistirle, al Monte santo; (N)

(N) Léase la Madre Agreda, P. 2, l. 6, cap. 21, n° 1368, que dice, que María Santísima pidió al Eterno Padre le concediese estar al pie de la Cruz, en compañía de su Hijo, de manera que pudiese verle corporalmente; y en la ocasión de este encuentro, le pidió al Hijo, con la voz interior, que se dignase de poner en el corazón de aquellos ministros, le diesen alguno que le ayudase a llevar la Cruz.

Mas para continuar el duro viaje,
Sin que a sus hombros lleve un peso tanto,
Que inspirase a esa gente a darle ayuda,
Y que a llevar la Cruz alguno acuda.

Por setenta y un pasos sin alivio
Por sí Jesús aún con la Cruz camina,
Pues de esa gente el corazón aún tibio
Llama no siente de moción divina;
Pero, llegado el Salvador a un trivio,
Entonces esa gente determina,
Sólo porque de afán Jesús no muera,
Que otro lleve la Cruz, si hay quien la quiera.

¡Oh fiera condición, y la más dura;
Pues entre gente que aborrece a Cristo
No se hallará ninguno, por ventura,
Que a llevarle su Cruz se ofrezca listo!
Jesús mío, aquí lloro mi locura,
Que, siendo tu secuaz, aún me resisto
A llevar esa Cruz, que ya no es grave,
Cuando la has hecho Tú dulce y suave.

Se avivó en los ministros el deseo
De aligerarlo a Cristo de la carga,
Temiendo mnera y pierdan el trofeo
De darle en Cruz la muerte más amarga.
Llegó oportunamente un Cirineo,
Que de llevar la Cruz por fin se encarga;
Y si la paga que le dan es corta,
Nada menos que el cielo ello le importa.

No te sonrojes, no, Simón dichoso, (N)
Ni la vergüenza tiña tu semblante,
Pues te haces, con un peso tan glorioso,
Un hombre en el honor sin semejante.
Si la Cruz de Jesús cargas gustoso,
No te será ella grave, ni pesante,
Que, aunque parezca que oprimirte quiera,
Tu amor a Cristo te la hará ligera.

[N] Quien fuese este Simón se puede ver en la nota, que se pone al fin en el 2º orden.

Esos tus hombros, bien afortunados,
Que ahora con afán y con fatiga
Ese peso a cargar son precisados,
Fuerza es que Dios los premie y los bendiga:
En cargar esa Cruz siendo empleados.
Por un tal peso es fuerza que les siga
El peso de la Gloria interminable,
De la vida perpetua y perdurable.

Del contacto de Cristo ese madero
Ya ha quedado, oh Simón, santificado;
Venerado él será del mundo entero,
De príncipes y reyes adorado;
Lo buscará, con un prolijo esmero,
Una Elena, que habiéndolo encontrado,
Un Heraclio en sus brazos lo transporta,
Desnudo el pie, por vía no tan corta.

Esa Cruz es, Simón, el estandarte
Que seguirán de Cristo los secuaces,
Y puedes, con razón, muy bien gloriarte,
Que llevándolo tú, su alférez te haces:
Es espada mejor que la de Martí,
Que hiere a los demonios pertinaces;
Es la llave con la que se abre el cielo,
Y no habrá en Pedro, aunque la lleves, celo.

Bien que esa Cruz parezca ignominiosa
A gente que es estólida y mundana,
De Cristo a los secuaces es gloriosa,
Y la llevan de gusto y buena gana.
De la boca de Pablo oye la cosa:
«Lejos de mí toda otra gloria vana, (a)
Que en buscar otra gloria yo no insisto,
Sino la que en la Cruz se halla de Cristo.»

Y a cargar con la Cruz Simón resuelto,
A su peso los hombros apareja.

(a) *Mihi autem absit gloriari, nisi in cruce Domini Nostri Jesu Christi.*
[Ad Gal. vi, 14.]

Y Jesús para andar algo más suelto,
Por no poder ya más, a él se la deja;
Aquí un misterio yo descubro envuelto,
Que, después que Jesús la Cruz mancha,
Se la da al hombre, a quien salvar no quiere,
Mientras él por su parte no coopere. (a)

Da el Salvador la Cruz al Cirineo,
Y en esto nos denota y nos advierte
Que, siendo el hombre el delincuente y reo,
Jesús por él va a padecer la muerte.
Siendo del hombre todo el devaneo,
Si él quiere conseguir feliz su suerte,
No basta que la Cruz la lleve Cristo,
Si él no le sigue, de su cruz provisto.

Si al que lleva la Cruz aun repugante,
Por un tramo pequeño del Calvario,
Dios lo hace de su amor participante,
¿Qué hará con quien la lleva voluntario?
¿Qué, con quien de la Cruz es tan amante,
Que a imitación de tanto santo vario,
La Cruz de Cristo tanto aprecia y la ama,
Que por más y más cruces a Dios clama?

Mientras Simón su carga disponía,
Se sentó el Salvador por un momento
Sobre una dura piedra que allí había,
Para tomar respiración y aliento.
Una matrona aquí, devota y pía,
Llena de un religioso atrevimiento,
Con cándido pañuelo, hermoso y fino,
Enjugó el rostro al Salvador divino.

Tenía tres dobleces el pañuelo,
Y en todos tres Jesús dejó estampado
Su semblante, mejor que si en el cielo
Un serafín lo hubiera retratado.
No le basta a Jesús, bajo de un velo,

(a) Qui fecit te sine te, non salvabit te sine te. (San Agustín.)

Con nosotros quedar Sacramentado:
En otro velo, porque nos proteja,
La imagen de su Faz también nos deja.

De un Zeuxis, de un Parrasio, de un Apeles,
En galerías regias e imperiales,
Valentía veréis de sus pinceles,
Pero a esta Imagen no hallaréis iguales;
De ellos los coloridos son infieles,
Y al prototipo en todo desiguales;
Pero éste es fidelísimo retrato,
De Aquel que a quien lo ve, lo hace Beato.

Quiso premiar el Redentor divino,
A la pía Verónica su afecto: (N)
En el sudario de algodón o lino,
Su retrato dejándole perfecto;
Del grande, felicísimo destino,
A la gloria hacia donde irá en efecto
Al Prototipo a ver, después de muerta,
Por prenda se lo da segura y cierta.

Estando ya Simón aparejado,
Cargado él de la Cruz prosigue el viaje,
Y aunque de ella va Cristo aligerado,
Toda pena le crecen, todo ultraje:
Por lo mismo que el peso le han quitado,
No falta quien lo agravie y quien lo ultraje,
Usando de una fiera tiranía,
Como lo dijo a Brígida María. (a)

Desde aquí, caminando con fatiga,
Treinta y seis pasos y tres veces ciento,
Llegó Jesús hasta la Puerta Antiga,
Que estaba puesta del Oriente al viento:
A caer otra vez aquí le obliga
La gran falta de fuerzas y de aliento;

(N) Véase entre las Notas puestas al fin en el orden 2º

(a) In revel. S. Brig. I., 5, c. 10.

Polvo y tierra a besar, cayó el Mesías,
Como predijo el grande Jeremías. (a)

Mientras el Salvador está caído,
(Ya que hasta ahora nadie lo levanta)
¡Mírale cada pie, cómo está herido,
Mira llagada la una y la otra planta! (N)
Caminar yo no sé cómo ha podido,
Tanta herida teniendo y llaga tanta;
¿Y cómo el viaje seguirá horroroso,
Por camino que es todo pedregoso?

Con barbarie por fin y con fiereza
Los verdugos a Cristo lo han alzado,
A pie descalzo a caminar ya empieza,
Y en tierra cada pie deja estampado;
Cada china o raigón en que tropieza,
Queda allí, de su sangre rubricado.
Por rúbricas tan tristes, bien que bellas, (N)
Llega María a conocer sus huellas.

Ya el camino es más arduo y trabajoso,
Mayor fatiga y más afán ya cuesta,
Más que por desigual y pedregoso,
Porque a subirse empieza ya la cuesta.
Aunque el sano, el robusto, el vigoroso,
Subiendo cuesta arriba se molesta,
Pues ¿qué hará el Salvador, que aunque se esfuerza,
Ya se halla sin alientos y sin fuerza?

Mas, con todo, los bárbaros sayones
No le permiten que haga algún atraso,
Lo estimulan con fieros agujijones,
Para que solicite más el paso.

(a) Ponet in pulvere os suum. [Lam. Jerem. III, 29.]—Usque ad pulverem dejiciet se, ad terram usque prostratus. Así expone Du Hamel.

[N] Así lo expresó el mismo Cristo a Santa Brígida: «Ego ivi causam vestri sanguinolentis pedibus ad crucem.» [In revel. 1, 2, cap. 12.]

[N] Ex vestigiis Filii mei cognoscebam, incessu ejus, quo enim procedebat, apparebat terra iniusta sanguine.» Así reveló María a Santa Brígida. (In revel. 1, 1, cap. 10.)

Con tal apuro y tales percusiones,
Lo exponen casi de morir al caso;
Pero Jesús, que en Cruz morir quería,
Con milagro su vida sostenía.

Habiendo caminado el Nazareno
Un largo espacio de fragosa vía, [a]
Llegó de afán y de dolores lleno,
A una calle que en dos se dividía.
Aquí escuchando un doloroso treno
Del sexo mujeril, que le venía
Gimiendo por detrás, se vuelve hacia ellas,
Para arreglar su llanto y sus querellas.

«Oh de Jerusalén hijas — les dice —
No empleéis sobre mí, no, vuestro llanto,
Cual sobre reo inválido, infelice,
Que al patíbulo va, lleno de espanto!
Será mi muerte plácida y felice:
Motivo de llorar tenéis, ¡oh cuánto!
Con lloros incesantes y prolijos,
Sobre vosotras! ¡sobre vuestros hijos! [b]

«Sobre vosotras si lloráis ahora,
Podréis del todo mitigar o en parte
De Dios las iras, cuando llegue la hora,
Que un Jefe venga, fiero más que un Marte,
A demoler del todo y sin demora
Todo muro o pared, todo baluarte.
Si yo voy a morir, es porque quiero
A vosotras salvar y al mundo entero.

«Llorad sobre vosotras incesantes,
Y sobre vuestros hijos delincuentes,

(a) Desde la puerta Antigua o Judiciaria [que de uno y otro modo se llamaba] hasta este bivio, en donde habló a las llorosas mujeres, había el espacio de trecientos cuarenta y ocho pasos y dos pies: esto es, ochocientos setenta y dos pies. Adricomio nº 118.

(b) *Sequebatur autem illum multa turba populi et mulierum: quae plangebant, et lamentabantur eum. Conversus autem ad illas Jesus, dixit: «Filiac Jerusalem, nolite flere super me, sed super vos ipsas flete, et super filios vestros.» (Luc. xxiii, 27, 28.)*



Con lágrimas perennes y abundantes,
Para manifestaros penitentes:
Porque, si penitencia no hacéis antes, (a)
Con frutos de ella al mal correspondientes,
Perceceréis vosotras malamente,
Con vuestros reos hijos juntamente.

«Presto vendrá, no tardará aquel día, (b)
En que habrá de llamarse venturada
La que, por ser estéril, no paría,
Y la mujer que pare, desgraciada.
De los pechos de aquella que no cría, [c]
Porque de hijos y prole está privada,
Se los dirá también los bienhadados
Porque no crían hijos desgraciados.

«Ya la hórrida tormenta está vecina,
Que vendrá con mil males a affigiros:
Al monte pediréis o a la colina [d]
Que a sepultaros venga o a oprimiros;
La muerte deseareis, cual medicina,
Para salir de afares y suspiros,
Diréis al sufrir penas tan extrañas,
¡Caed sobre nosotras, oh montañas!

«Porque entendáis mejor el gran castigo,
El que vendrá sobre vosotras presto,
Pensad a lo que ahora hacen conmigo,
Y de ello sólo argumentad el resto.
Con sólo un símil os lo explico y digo,
Que si al hogar el verde leño es puesto, (e)
Y en sus llamas arder tanto ha podido,
¿Qué hará el árido, seco y carecomido?»

(a) Facite ergo fructus dignos paenitentiae. [Luc. iii, 8.]

Sed si paenitentiam non egeritis, omnes similiter peribitis. [Idem, xiii, 5.]

(b) Quoniam ecce veniet dies, in quibus dicent: Beatae steriles et ventres qui non genuerunt. (Luc. xxiii, 29.)

(c) Et (beata) ubera, quae non lactaverunt. (Luc. xxiii, 29.)

(d) Tunc incipient dicere montibus: Cadite super nos; et collibus: Operite nos. [Idem. Ibid. 30.]

(e) Quia si in ligno viridi hoc faciunt, in arido quid fiet? [Luc. xxiii. 31.]

Este discurso doctrinal y vario
Iba haciendo Jesús por el camino,
Cuando llegó a raíces del Calvario,
Desfallecido y sin vigor, ni tino.
Por eso, aquí también fué necesario
Que recayese el Salvador divino,
Y que el pie le besase al Monte santo,
Donde El había de exaltarse tanto.

Después de haber caído veces tantas,
Esta fué ciertamente la postrera;
Porque de cierto no sabemos cuántas,
Yo pongo esta caída por tercera.
¡Oh mi Jesús, postrado yo a tus plantas,
Mi espíritu te adora, ama y venera,
Lleno de contrición perdón te pido,
Que yo de tus caídas causa he sido!

Rabiosos los sayones acudieron,
Y al Redentor del suelo levantaron:
Diez y ocho pasos más andar le hicieron,
Hasta el lugar a do lo desnudaron.
Donde vino o vinagre le ofrecieron,
Y con algo de hiel antes mezclaron,
Para mostrar sus pechos depravados
Y de la hiel de envidias amargados.

Hasta aquí ha hecho Jesús todo el camino,
De uno y otro ladrón en compañía, (a)
Que también de morir van con destino;
Pero Jesús más reo parecía:
Tanto hombre forastero y peregrino
Por más facineroso a El lo creía,
Oyendo pregonar culpas mayores
Y viendo que le dan tratos peores.

Aquí la procesión queda acabada,
Porque ha llegado al término adonde iba:

(a) *Ducebuntur autem et alii duo nequam cum eo, ut interficerentur.* [Luc. xxiii, 32.]

Todos los pasos, que caminó Cristo, haciendo cuenta desde el Huerto hasta el Calvario, fueron seis mil cincuenta y uno.

Será ahora la Misa celebrada,
Luego que el celebrante suba arriba:
De la Cruz ya está el Ara aparejada,
Donde el eterno Sacerdote arriba:
No de ornamentos sacros revestido,
Mas sin tener ni un hilo de vestido.

ES CRUCIFICADO CRISTO ENTRE DOS LADRONES

¿Quién las palabras me dará y las voces
A tan triste argumento convenientes?
Veo verdugos tantos y feroces,
Que a Jesús lo desnudan insolentes:
Miro instrumentos hórridos y atroces,
Que a clavarlo preparan inclementes;
Ya veo barrenar los tres maderos,
Y a clavos adaptar los agujeros.

A esto las voces más proporcionadas
Ser debieran las lágrimas y el llanto,
No palabras compuestas y afectadas,
Que del alma no exprimen el quebranto,
Sólo aquéllas de Dios son escuchadas,
Y ¡ojalá yo pudiera llorar tanto,
Que formen los períodos pomposos,
Mis ojos, siempre, al escribir llorosos!

¿Quién, pues, dará a mis ojos dos fontanas,
Por donde liquidado mi tormento,
Mucho mejor que no con voces vanas,
Haga ver mi dolor y sentimiento?
Corran, corran mis lágrimas ufanas,
Y quedará mi corazón contento,
Formando con mis lloros incesantes,
Las cláusulas más bellas y brillantes.

¡Cómo no he de llorar, oh Jesús mío!
¿Por qué no he de llorar, Virgen María?
No gota a gota, sino río a río,
Si ambos sois el amor del alma mía?

Yo espero de uno y otro: yo confío,
Que a llorar vuestras penas noche y día,
La gracia acá me haréis de llorar tanto,
Que en el cielo enjuguéis después mi llanto.

Ya yo en el monte entrambos d'os miro,
Hechos blanco fatal de un Dios que tira
El más horrendo estrepitoso tiro,
Que pudo disparar su enojo y su ira;
Yo la malicia de la culpa admiro,
Que es la que tiene y sirve a Dios por mirá:
Y en destruirla de hecho está tan fijo,
Que no perdona a su Unigénito Hijo.

Mirad, pues, a Jesús, almas fervientes,
Volved hacia El llorasas vuestros ojos;
Miradlo en manos de malvadas gentes,
Que en El ejercen hórridos despojos.
Del todo lo desnudan, insolentes,
Con desacatos mil, rabias y enojos,
Y así a la vista de aquel pueblo inmundo
Ponen desnudo al Salvador del mundo.

Si esto a cualquiera de rubor lo llena,
¿Cuál rubor, cuál sonrojo causaría,
En Jesús, candidísima azucena,
Que sin hilo de ropa, se veía?
¿Y cuál espasmo, cuál dolor, cuál pena,
Al quitarle la ropa sentiría,
Que le estaba a la piel conglutinada,
Dejando cada llaga exasperada?

Lleno de confusión y avergonzado,
Sobre una piedra al Salvador lo sientan,
Donde el vino con mirra y hiel mezclado, (a)
Para que se lo beba, le presentan.
Era costumbre el dar vino mirrado,
Para que los pacientes, o no sientan,

(a) Dederunt ei bibere vinum cum felle mixtum. [Matth. xxvii, 34].

Et dabaut ei bibere mirrhatum vinum. [Marc. xv, 23.]

O mucho menos sientan los tormentos
De la crucifixión duros, sangrientos.

La gran malignidad de los Hebreos,
Y su odio al Salvador, aquí se ha visto;
Dan también de este vino a los dos reos,
Pero a ellos sin la hiel, con ella a Cristo.
De atormentarlo más son sus deseos,
No que de alivio tal sea provisto,
Ya que más bien que algún alivio darle,
Su gran odio y rencor quieren mostrarle.

Beber no quiso aquel mirrado vino, (a)
Porque el idiota pueblo no creyese,
Que al padecer con un vigor divino,
Un tal vigor del vino le viniese:
Para morir en Cruz del cielo vino,
Y quería que el hombre conociese,
Que era su sacrificio voluntario
Y su muerte El quería en el Calvario. [N²]

Se halla este monte en la mitad del mundo; [b]
Y debajo de un rudo, alto peñasco,
Estaba, no en el centro, ni profundo,
Del primer hombre sepultado el casco;
Quiso lavar de este esqueleto inmundo
La culpa del Edén, miseria y asco,
Y con su sangre lo lavó, de modo
Que aquella mancha la quitó del todo.

Quiso también su muerte en el Calvario,
Porque aquel monte es sitio de suplicio,
Donde todo hombre inicuo, impio y nefario,
Allí muriendo expía todo vicio.
Fiador nuestro se hizo voluntario,
De nuestras culpas se cargó propicio:

[a] Et cum gustasset, noluit bibere. [Matth. xxvii, 84.]

Et non accepit. [Marc. xv, 23.]

(b) Operatus es salutem in medio terrarum. (Ps. 78, 13.)

Porque satisfacer por todas quiere,
El público patíbulo prefiere.

Allí sacrificar quiere su vida,
Donde Isaac la figura hizo de Cristo;
Que si de Abraham la diestra fué impedida,
Cuando el golpe iba a dar ya el brazo listo;
Ahora la oblación será cumplida,
Que ya de Cruz el Padre lo ha provisto,
Y hará que en ella sobre el monte penda,
Sin que haya quien la maldición suspenda.

Pero el vino Jesús beber no quiso,
Por ser mirrado y lleno de amargura,
A que no tome de amargor ni un viso
Esa su sangre llena de dulzura.
Aunque verterla toda le es preciso,
Quiere verterla por nosotros pura,
Como corre en sus venas dulce y bella,
Sin que la amarga hiel se mezcle en ella.

Mientras Jesús rechaza de su boca
Aquel vino, con mirra y hiel mezclado,
Ya el árbol de la Cruz, sobre una roca,
En la cumbre del Gólgota han plantado: [N²]
Ya al Hombre Dios el ir allá le toca,
A regar aquel leño bienhadado
De su divina sangre con el riego,
Que el fruto nos dará copioso luego.

La armadura de vigas y maderas
A lados de la Cruz ya está erigida;
Ya están puestas diversas escaleras,
Que proporcionan fácil la subida.
Ya la cosa va seria y muy de veras,
La gloria de ser Rey ya no es fingida,
Ya está puesto en el hórrido madero
El título de que es Rey verdadero.

Ya el Rey de cielo y tierra se encamina,
A tomar posesión del Principado:
Sin el cetro y la púrpura camina,

Mas de espinas lo veo coronado.
Porque manifestarnos determina
Cuánta espina le cuesta su reinado;
Y el que lograr su eterno reino quiere,
Sufriendo espinas mil sólo lo adquiere.

Ya al patíbulo llega el Nazareno,
Ya comienza a subir los escalones,
Va con su rostro plácido y sereno,
Y a sus dos lados lleva dos sayones;
Van éstos, proveídos de barreno,
Clavos, martillos y otras prevenciones.
El pueblo infame, que esto ve y repara,
Muestra su gran placer con algazara.

Subía el Salvador, vuelta la cara
Hacia el leño de la Cruz sagrado,
Y cuando tan cercana la repara,
La ve con gran placer, con sumo agrado:
Su complacencia y gran placer declara,
Con un interno júbilo extremado,
Que aunque voces externas no profiere,
Me parece que así decirle quiere.

«¡Oh feliz leño! ¡Oh Cruz la más deseada!
Que en los años de vida que he vivido,
De estar perpetuamente en ti clavada
Se ha deleitado mi alma y complacido:
Mas ya ha llegado la hora afortunada,
Que a ti también mi cuerpo sea unido;
Martirizaste hasta hoy mis pensamientos,
Hoy sentiré mi cuerpo tus tormentos.

«Fuiste hasta aquí de muerte el instrumento,
Estimada y tenida por infame:
Desde hoy serás la vida y el contento
De todo justo, que te abraza y te ame;
Serás desde hoy escala al firmamento,
Aunque el infierno de impedirlo trame;
Hoy vengo alegre a ser en ti clavado,
Y lo sean la muerte y el pecado.»

Llegado Cristo al escalón postrero,
Volvió luego hacia al pueblo su semblante,
Y su llagada espalda hacia el madero,
Donde sus brazos extendió al instante.
Y yo, que aquesto digo y considero,
¿Duraré todavía repugnante
A adaptarme a la cruz que Dios me envía,
Para su gloria y para gloria mía?

Los verdugos, que estaban proveídos
Ya de instrumentos hórridos e insanos,
Al verle con los brazos extendidos,
Su manobra empezaron por las manos;
Agujeros ya había prevenidos
En la Cruz; aunque estaban más lejanos
De lo que conviniera a la medida,
Que de Cristo tomaron desmedida.

Por la mano comienzan; la derecha;
Con grosero punzón primeramente,
En su divina mano abren la brecha,
Porque el clavo entrar pueda libremente:
Luego que la abertura tienen hecha,
A martillos empiezan fieramente;
Del martillo a los golpes repetidos,
Todos sus nervios quedan encogidos.

De los nervios el gran encogimiento,
A clavar la otra mano dificulta:
De este tan natural avvenimiento,
No se hizo cargo aquella gente estulta, (N)
Que a todo racional conocimiento
Ese efecto no es cosa tan oculta;
De los brazos medir bien supo el largo,
Mas de la contracción no se hizo cargo.

(N) La Madre Agreda, afirmando que los verdugos hicieron esto por malicia, dice: «Pero ellos con inhumano y cruel instinto señalaron los agujeros, no iguales al sagrado cuerpo, sino más largos, para lo que después hicieron.» (P. u, l. 6, c. 22, n.º 1382.)

Ligándole el un brazo fuertemente
Y estirándole el otro, hallan el modo (N)
De hacer que crezca el brazo grandemente,
Aunque descoyuntado quede todo:
Al estirarle así violentamente,
Las junturas le rompen aun del codo;
Ya llegada la mano al agujero,
Se la clavan también en el madero.

Se valieron de industrias semejantes,
Para clavar también sus pies sagrados,
Que encogidos estaban y distantes
De los sitios para eso barrenados:
Que adrede barrenaron discrepantes,
Porque sus huesos fuesen dislocados,
Cuando sus pies clavasen a tirones,
Como lo ejecutaron los sayones.

En efecto, lograron sus intentos;
De su cuerpo en la fábrica divina,
A tirones tan fuertes y violentos,
Ocasiónóse una hórrida ruina,
Causándole fierísimos tormentos,
Más de lo que ninguno se imagina:
De sus hombros, espaldas y su pecho,
El edificio le quedó deshecho.

Ya está en la Cruz el Redentor pendiente,
De clavos horrorosos suspendido;
Está al pie de la Cruz María doliente,
De fierísima espada el pecho herido.
También está a su lado allí asistente,
De Jesús el discípulo querido:

[N] Así lo revela Brígida, in Revel. l. 1, c. 10. Inde trahentes cum fune alliam manum eius ad stipitem, eam simili modo affixerunt.

Cartagena explicando esta tirada del brazo dice así, lib. 10, ho. 21.—*Pari autem immanitate ad sinistram processerunt; quae cum longius distaret a foramine, propter nervos contractiones redidit, ideo funibus hinc inde ligatis, alii dexteram manum vinculis retinebant ne discerneretur, alii vero sinistram traherant donec loco perforato ac parato accommodari posset.*

Allí hace Magdalena compañía
A su Jesús amado y a María.

Está también Cleofe allí llorosa,
Y algún otro devoto o allegado,
Llorando la catástrofe horrorosa,
Que la culpa del hombre ha ocasionado:
La Madre, más que todos dolorosa,
Al ver a su Hijo ya crucificado,
Al Padre Eterno la oblación repite,
Porque del mundo los pecados quite.

También allí nosotros estuvimos,
De la Cruz ni distantes ni cercanos;
Pero en el pecho de Jesús tuvimos
Morada los infieles y cristianos.
Si al Salvador nosotros no lo vimos,
El nos vió con sus ojos soberanos;
Vió nuestra ingratitud, nuestros delitos,
Que le dieron tormentos exquisitos.

¡Oh Madre dolorosa y afligida!
Bien quisiera expresar tu pena suma,
Porque pudieses ser compadecida,
De quien mirarte y no llorar presuma;
Mas describir tu pena tan crecida,
No le es dable a mi lengua, ni a mi pluma:
No pudiendo ser ellas para tanto,
Haz que sepa expresarla con el llanto.

En las penas y angustias, ¡oh María!,
Que te atormentarán estas tres horas,
Yo y mi lector te haremos compañía,
Lloraremos también, al ver que lloras:
Después nos llenaremos de alegría,
Cuando serán pasadas dos auroras;
Mas nadie tendrá parte en el contento,
Si no te acompañare en el tormento.

Luego que en Cruz el Salvador fué puesto,
Solicitos y prontos los sayones,
En su cruz a poner también van presto

A los dos famosísimos ladrones,
En medio de ellos, dan a Cristo el puesto,
Creyéndole peor que esos bribones;
Fué muy feliz el uno, que fué Dimas,
Precito se hizo el otro, que fué Gismas.

DEL TITULO, SORTEO DE VESTIDOS Y BLASFEMIAS
CONTRA CRISTO.

Ya estando todos tres crucificados,
Su cartel a cada uno le pusieron,
Dónde están los delitos expresados,
Que contra Dios o el César cometieron;
Por los cuales han sido sentenciados
A la muerte de cruz que merecieron:
Sobre las cruces los carteles fijan,
Porque, como epitafios, los colijan.

Y glorioso epitafio es el de Cristo,
Pues Rey de los judíos lo confiesa. [a]
Luego que fué de los Hebreos visto,
A procurar mudarle se dan prisa;
A Pilatos recurre el pueblo listo,
Y de conseguir de él lleva la empresa,
Que haga poner, en el cartel ya fijo,
No que Jesús es Rey, mas que El lo dijo. [b]

Pilatos, que aquel título dispuso,
Más que de suyo; por moción divina,
A una tan necia pretensión se opuso,
Y que nada se mude determina: [N]

(a) Scripsit autem et titulum Pilatus, et possuit super crucem. Erat autem scriptum: JESUS NAZARENUS REX JUDAEORUM. [Joan. xix, 19.]

(b) Dicebant ergo Pilato: Noli scribere, Rex Judaeorum; sed quia ipse dixit: Rex sum Judaeorum. [Idem. xix, 21.]

(N) Ne corrumpas tituli inscriptionem. Estas palabras son las que se ponen por título a los tres Salmos de David, 56, 57, 58, que todos tres [según San Ambrosio T. 4.] se entienden de la Pasión de Cristo, y que el título puesto de Pilatos, no se debe borrar. Y San Agustín, sobre aquel dicho de Pilatos: *Quod scripsi, scripsi*, dice: Ne corrumpas tituli inscriptionem. Ecce tituli inscriptionem non corrumpit, quoad scripsit, scripsit.

Que si así lo escribió, si así lo puso,
De lo que ha hecho y resuelto, él no declina,
Y por más que la voz alce y el grito,
Quiere que quede, lo que ha escrito, escrito. (a)

Rabioso el pueblo queda y ofendido,
Porque borrar el título no impetra,
Que Pilatos del todo ha prohibido,
Que se mude ni sílaba ni letra.
Si él por Rey admitirlo no ha querido;
Sólo por su odio y por su envidia tetra,
Todo el mundo por Rey tenerle quiere,
Desde do nace el sol hasta do muere.

De Dios más bien el título es escrito,
Para mostrar de Cristo la inocencia;
Que el ser Rey de Judíos no es delito,
Sino don de divina Providencia;
Dios lo hizo Rey (y el título exquisito (b)
Del Gólgota lo fija en la eminencia)
Porque enseñe a los pueblos y a los reyes
Sus divinos preceptos y sus leyes.

Ya el título de Rey, desde su infancia,
Jesús lo tuvo: por lo cual vinieron
Tres sabios reyes de una gran distancia,
Que como a Rey el oro le ofrecieron:
Por el dedo de Dios, con elegancia,
Tal título, en un astro, escrito vieron:
El Hebreo en la cruz puesto lo mira,
Mas solamente a darle mirra aspira.

Luego que los carnílices malvados
Concluyeron su oficio impio y funesto,
Quitaron escaleras y tabladós,
Que a lados de la Cruz se habían puesto.
Allí del Centurión los cien soldados,
Formando una estacada, toman puesto,

(a) Respondit Pilatus: Quod scripsi, scripsi. (Joan. xix, 22.)

(b) Ego autem constitutus sum Rex ab eo super Sion montem sanctum
ejus, praedicans praeceptum ejus. (Psal. 2, 6.)

Para impedir que nadie llegue a Cristo,
Y que sólo de lejos sea visto.

Por eso a la afligida Madre amante,
Con toda su devota compañía,
Quince palmos le toca estar distante, (a)
Observando de su Hijo la agonía:
La guardia de soldados vigilante
A tal recinto entrar no permitía,
Y los crucifijos solamente
Estar allí podían libremente.

Ellos a este recinto reducidos,
Riéndose de Cristo y de sus males,
Entre sí se reparten sus vestidos,
Cuatro partes haciendo bien iguales;
Mas, temiendo que fuesen divididos
Sin equidad y en partes desiguales,
Que se pongan, arbitran, a sorteo,
Para que esto les sirva de recreo.

De la inconsútil túnica preciosa,
Por mejor juzgan el dejarla entera;
Pues sólo por su hechura ella es hermosa,
Y partiéndola nada les valiera.
Era hecha de una mano prodigiosa,
Toda tejida y sin costuras era;
Para el Niño Jesús la hizo María,
Y con Jesús olla crecido había.

De túnica tan bella enamorados,
Cada uno esperanzado de lograrla,
Entre sí los verdugos acordados,
Se tesuelven a no despedazarla: (b)
La jugaremos — dicen — a los dados,
Y a quien la suerte toque de ganarla,

(a) Hic Beata Maria, cum Joanne, Magdalena et aliis mulieribus, firmamentis fidei constantia stetit, quindecim ulnis, quae nunc octodecim gradibus metirentur, a cruce Domini separata, ubi juxta Simeonis vaticinium animam ejus doloris gladius transiit. (Adrie. 253.)

(b) Dixerunt ergo ad invicem: Non scindamus eam, sed sortiamur de illa cuius sit. (Joan. xix, 24.)

Se la llevará intacta y sin romperla,
Y obtendrá en ella una preciosa perla.

A vista de Jesús y de María,
Se ponen a sortear las vestiduras,
Echando mil risadas de alegría,
Y haciendo al mismo tiempo mil locuras.
Ya éste, ya aquél, las ropas se ponía,
Cada uno se las prueba a sus cinturas,
Y dicen, de placer dando mil muestras: — (a)
No las volverá a ver, que ya son nuestras.

Después que con el dado han decidido
Cuál parte toque a Pedro, cuál a Diego,
Y cuál a Juan, del exterior vestido,
La túnica a jugar empiezan luego.
Que ésta tocase a Andrés, fué Dios servido,
Quien, por afortunado en este juego,
Ganando de Jesús la vestidura,
Se debiera llamar Buenaventura.

¿Qué haréis, Buenaventura, del vestido?
Dadlo a su Madre, o dadlo a Magdalena,
O entregadlo al discípulo querido,
Que os pagarán con oro, a mano llena.
Su valor de ellos sólo es conocido,
Y lloran al mirarlo en mano ajena:
Con fe, su orla tocada solamente
Sanó a la Cananea enteramente.

Después comprado, o regalado acaso,
Llegó a manos de Poncio este vestido,
Quien no se atreve a dar ni un solo paso,
Sin ir de tal reliquia guarecido.
Sabía que Tiberio era en el caso
De darle su castigo merecido,
Desterrándole a Vienna de la Francia,
A purgar su delito y su arrogancia.

(a) *Hacc vestimenta nostra sunt, nec ea rehabebit, quia damnatus est ad mortem.* Que así decían los verdugos, al repartirse los vestidos de Cristo, lo reveló la Virgen a Santa Brígida. In Revel., l. 5, c. 10.

Mientras consigo conservó Pilatos
La reliquia, y en ella su confianza,
Tiberio vió frustrados sus conatos,
Sin que efecto tuviese su asechanza,
Ni que Poncio purgase sus reatos:
Pues libertad con su reliquia alcanza,
Y así evitó el destierro y cautiverio,
Por todo el tiempo que vivió Tiberio.

Luego que éste murió, Poncio imagina
Que ya de todo mal se halla seguro;
Juzga que ya ha evitado la ruina,
Con que le amenazaba el hado duro.
Deja de traer la túnica divina,
Que contra el hado trae, cual conjuro;
Mas luego que la deja y la echa a tierra,
El sucesor, que es Cayo, lo destierra.

Dí tú, Buenaventura, ¿acaso fuiste
Quien de Cristo la túnica sagrada
Al Presidente Poncio la vendiste?
¿O se la diste acaso regalada?
¿O acaso, por desgracia, la perdiste?
¿O de algún mal ladrón te fué robada?
No sabe responder Buenaventura,
Porque todo es para él cosa ventura.

De tener tal vestido está contento,
Mientras queden los otros envidiosos:
Su mal humor mostrauo y descontento,
Contra Jesús se vuelven injuriosos;
Lo llaman digno de mayor tormento,
Sus milagros los dan por mentirosos,
A zaherirle así son ayudados (a)
De la restante turba de soldados.

Quien lo llama ladrón, quien mentiroso,
Quien le apellida hipócrita maligno,
Quien lo da por el más facineroso,
Y más que todos de la muerte digno;

(a) Illudebant ei et milites. (Luc. xxiii, 36.)

Aunque su padecer sea extremoso,
De compasión — dice otro — se ha hecho indigno,
Pues por engañador y por blasfemo
Todo tormento se merece extremo.

Entre tanto Jesús estaba viendo,
Pendiente de la Cruz, cuanto se hacía,
Y con suma paciencia estaba oyendo
Cuanto contra El se hablaba y se decía.
También, con pena y con dolor horrendo,
Miró todo esto, y lo escuchó María; (N)
Y así, contra Jesús, lo dicho o lo hecho
También hería de la Madre el pecho.

No son, no, los soldados solamente
Los que a Jesús injurian de este modo,
Era también la turba indiferente,
Era asimismo el pueblo casi todo:
Quien lo llama el más reo y delincuente,
Quien le descarga algún mayor apodo:
Lo escarnecen hebreos y gentiles,
Y del pueblo las gentes aun más viles.

Siendo mucho el concurso de las gentes,
Cuantos van por allí, cuantos pasaban, (a)
Contra El moviendo sus altivas frentes,
Por un falso Mesías lo burlaban.
Con motes injuriosos y puugentes,
Contra El y su conducta blasfemaban;
Holgándose de verlo en un madero
Clavado, cual Mesías embustero.

¡Oh! Tú — dicen — que tanto te has jactado,
De poder destruir el Templo hermoso,
Y en el espacio corto y limitado

(N) Veía también la Madre el sorteo de los vestidos, oía las maldiciones que todos echaban contra su inocente Hijo crucificado, como lo dijo a Brígida, L. I. cap. 10. *In tempore illo audivi alios dicentes, quod Filius meus latro erat: aliosque quod nullus dignior esset morte, quam Filius meus: ex quorum auditu dolor meus renovabatur.*

(a) *Praetereuntes autem blasphemabant eum, moventes capita sua,* [Matth. xxvii, 39.]

De tres días, alzarlo más suntuoso!
Ahora, que en la Cruz te ves clavado,
Si eres, como te jactas, poderoso,
Desciende de esa Cruz, en que estás fijo, (a)
Sálvate a Ti, si eres de Dios el Hijo.

Los sacerdotes otro tanto hacían, (b)
Como los príncipes y ancianos:
Este picó de médico — decían, —
Y a millares de enfermos dejó sanos,
Aun los mismos tullidos conseguían
Quedar fuertes, robustos y lozanos;
A todos salva, y la salud concede,
Pero salvarse a sí sólo no puede.

La fama en todas partes lo vocea,
Que dar salud perfecta a todos pudo
De todo mal, aunque el enfermo sea
Paralítico, o ciego, o sordo, o mudo:
Bien que ahora en la Cruz fijo se vea,
Oprimido de males y desnudo,
A libertarse de ello no halla medio
Quien para todo mal halló remedio.

Por escarnio el convite se le hacía,
Que de la Cruz bajase prontamente,
Si era Rey de Israel como decía,
Y creerían en El perfectamente. (c)
Si como Hijo de Dios, en Dios confía,
Luego al instante milagrosamente,
Queriéndolo El, sería desclavado,
Aunque en la Cruz esté muy bien clavado.

(a) Vah, qui destruis templum Dei, et in triduo illud reedificas. salva-
te metipsum: si Filius Dei es, descende de cruce. [Matth., xxvii 40.]

(b) Similiter et principes sacerdotum illudentes eum scribis et seniori-
bus dicebant: Alios salvos fecit, seipsum non potest salvum facere. [Idem,
ibid. xxvii, 41.]

(c) Si Rex Israel est, descendat nunc de cruce, et credimus ei: Confitit
in Deo, liberet nunc, si vult, eum: dixit enim: Quia Filius Dei sum. [Matth.
xxvii, 42, 43.]

Pero arguyen muy mal, según colijo,
Porque ninguno de ellos reflexiona,
Que por lo mismo que es de Dios el Hijo,
No baja de la Cruz, ni la abandona.
De estar y mantenerse en la cruz fijo,
Quien quiere ser hijo de Dios blasona:
Nunca huir de la cruz, que Dios depara,
De ser hijo de Dios es señal clara.

Mentís, oh sacerdotes mentirosos, (N)
Que aunque Jesús los clavos destrozase,
O haciendo otros prodigios milagrosos,
A confundiros de la Cruz bajase;
No creerfais sus hechos prodigiosos,
Ni en El creerfais si se desclavase.
No creisteis en El resucitado:
No creerfais, ni al verlo desclavado.

A todas esas burlas e irrisiones,
Que otros hicieron contra el Nazareno,
También acompañaron los baldones,
Así del mal ladrón, como del bueno: (N²)
Contra Jesús sus impios corazones (a)
Vomitaron también mucho veneno:
Líbrate — dicen — de la Cruz, bien listo, (b)
Y a nosotros también, si Tú eres Cristo.

DE LAS SIETE PALABRAS QUE CRISTO DIJO EN LA
CRUZ Y DE SU DOLOROSÍSIMA MUERTE.

Mira, ¡oh alma!, a tu Maestro: ¿lo conoces?
Puesto en Cruz, como en cátedra sublime,
Que en solas siete moribundas voces
Su doctrina en epílogo te exprime:

(N) Así los convence evidentemente de mentirosos San Jerónimo: *Fraus dulenta promissio! quid est plus, de cruce adhuc descendere viventem, an de sepulcro mortuum resurgere? Surrexit et non credidistis: ergo, si etiam de cruce descenderet, similiter non crederetis.*

(a) *Et qui enim eo crucifixi erant, convitiabantur ei.* [Marc. xv, 39.]

(b) *Si tu es Christus, salvum fac teipsum, et nos.* [Luc. xxiii, 39.]

Sus penas y agonías son atroces,
Y aunque un mortal afán su pecho oprime,
Se esfuerza a hablar, para poder mostrarte.
Cuánta es la sed que tiene de salvarte.

¿Cuál es el hijo? ¿cuál la esposa amante,
Que de su padre o del consorte al lado
Al verlo moribundo y espirante,
No escuche los acentos con cuidado?
Todo acento del Padre agonizante,
Del hijo al corazón queda gravado,
Y del consorte una palabra tierna
Queda a la esposa una memoria eterna.

Oye, pues, oh alma, escucha atentamente,
Las lecciones del Maestro soberano,
Que porque las mantengas firmemente,
Te las dicta, a la muerte ya cercano:
Paz que queden grabadas en la mente,
Que te regulen a un vivir cristiano;
En ellas hallarás todo el modelo,
Para hacerte feliz en tierra y cielo.

Estas palabras son las siete voces,
De David siete (a) veces replicadas:
Son los siete [b] de Juan truenos atroces,
Que dejan las orejas asombradas:
Son las siete (c) trompetas, que a feroces,
Espirituales guerras, son tocadas.
Y son los siete [d] candeleros de oro,
Que a los fieles dan luz, honor, decoro.

Son las estrellas [e] siete, que hermosean
El cielo de la Iglesia militante:
Los siete (f) panes son, que se franquean

[a] Psalm. 28, 3. *Vox Domini super aquas*. donde por siete veces se replica *Vox Domini*.

(b) Apocal. i, 3.

(c) Apocal. viii, 2.

[d] Apocal. v, 12.

[e] Apocal. i, 16.

(f) Matth. xv, 36 et xvi, 10.

A la hambre espiritual del viandante:
Son las siete (a) columnas que se emplean,
En sostener el ánimo constante.
Oye, pues, oh alma, al inmortal Maestro,
Que empieza a hablar para el provecho nuestro.

En las soberbias cortes, y a presencia
De Herodes, de Caifás y de Pilatos,
El Salvador calló, con gran paciencia,
Aunque usaron con El mil desacatos.
Ni a favor El habló de su inocencia,
Aunque acusado fué de mil reatos:
Quien no se defendió de tanta ofensa,
Ya al Padre empieza a hacer nuestra defensa.

Delante de la Cruz tiene presentes
Triste a su Madre, a Juan inconsolable,
Tiene allí conocidos y parientes;
Mas, antes que a ninguno Jesús hable,
Endereza sus súplicas fervientes
A su Padre, que es Juez inexorable,
Pidiéndole la gracia, que perdone
A quien bárbaramente en Cruz le pone.

Vuelto a su Padre, a su Señor y Dueño,
Opreso de agonías y dolores,
Con su ruego lo pone en el empeño
De que perdone a sus crucifijos.
«Padre — le dice — ya en el duro leño
Muerdo, por reparar vuestros honores:
Aplacad de vuestra ira los enojos,
Volved benignos a esta grey los ojos!

«Que si su enorme error clama justicia,
Que uséis misericordia os pido, os ruego;
Vuestra inmensa piedad sientan propicia,
De vuestra ira mi sangre apague el fuego:
Perdonad de este pueblo la malicia, (b)

[a] Prov. ix, 1.

(b) Jesus autem dicebat: Pater, dimitte illis: non enim sciunt quid faciunt. [Luc. xxiii, 34.]

Que peca más por ignorante y ciego;
Y si en darme la muerte se complace,
Lo hace, porque no sabe lo que se hace!.....»

Así en la Cruz el Salvador decía,
Así oraba por los crucifijos,
Y en esta su oración El incluía,
A todos cuantos somos pecadores:
Luego que oyó esta súplica María, [N]
Perdonó también Ella los rigores,
Que hacía contra su Hijo aquella gente,
Y oró al Padre por ella juntamente.

La eficaz oración del Nazareno
Presto tuvo su efecto, y pudo tanto,
Que luego un mal ladrón pasó a ser bueno,
Y de gran pecador, pasó a ser santo.
¡De contrición y amor de Dios ya llevo,
Al compañero lo reprende cuánto!
Porque de Cristo a blasfemar prosigue,
Y dejarlo callado, al fin, consigue.

Desde su cruz al mal ladrón le dice:
«Tú estás en cruz y ya a morir cercano,
Con riesgo de tener muerte infelice,
¡Y no temes a Dios, Juez soberano? (a)
¿Por qué tu lengua a este Jesús maldice,
Que nunca ha obrado mal y es más que humano?
Nosotros sí, que tanto mal hicimos, [b]
Justamente el castigo recibimos.»

(N) Oyó la dolorosísima Madre allí presente esta dulcísima voz del Hijo a favor de los pecadores: y penetrando lo que acaso a Ella también quería decirle, esto es: *Mater, ignosce illis*, — es muy verosímil que arrodillándose, como escribe San Buenaventura, in *scímulis* Div. amoris, perdonó también Ella, por su parte, las injurias cometidas contra el Hijo, acompañando con sus ruegos al Eterno Padre, a las súplicas, que le hacía el Hijo.

(a) Neque tu tines Deum, qui in eadem es damnatione? (Luc. xxiii, 40.)

(b) Et nos quidem iuste, nam digna factis recipimus: hic vero nihil mali gessit. (Ibid. xiii, 45.)

Después, vuelto a Jesús, con gran confianza
De obtener el perdón de sus delitos,
Sin usar de demora o de tardanza,
Por su Señor lo reconoce a gritos:
Pide le dé, no temporal bonanza,
Ni el contentar mil vanos apetitos;
Que al llegar a su reino, sólo pide, [a]
Se acuerde también de él y no lo olvide.

Y ¿por qué pides tú, oh alma mundana,
Sólo bienes caducos y terrenos?
¿La vida larga y la salud lozana.
Y de días gozar siempre serenos?
Te estuvieras acá de buena gana,
De Cristo al reino sin pensar ni menos:
Alza a más alto el ánimo y la mira,
Ir al reino de Cristo sólo aspira.

No tarda, no, Jesús en dar consuelo,
A quien por Rey en Cruz lo ha confesado:
Luego al instante le promete el cielo,
Ya de todo reato perdonado:
«A mi reino — le dice — irás de vuelo,
De mí mismo serás acompañado:
No dudes, no, ni quedes indeciso,
Conmigo entrarás hoy en el Paraíso.» [b]

¡Oh bondad de Jesús, suma, infinita!
Y ¡oh cuánto la oración conseguir puedes!
Luego el perdón Jesús le facilita,
Y más de lo que él pide, le concede.
Esto a confiar en Ti, Jesús, me excita,
Sin que frustrada mi esperanza quede,
Que a mí también, cuando al ladrón oíste, (c)
En Ti motivo de esperar me diste.

(a) Et dicebat ad Jesum: Domine, memento mei, cum veneris in regnum tuum. (Luc. xxiii, 42.)

(b) Et dixit illi Jesus: Amen dico tibi: Hodie mecum eris in paradiso. [Luc. xxiii, 43.]

(c) Qui latronem exaudisti, mihi quoque spem dedisti. Ecclesia in seq. Mis. etc. Def.

Si pasar con Jesús al Paraíso
Deseas con Dimas, alma mía,
Forzoso es lo quieras como El quiso,
Estando en cruz, aun hasta la agonía.
A obtener grandes bienes, es preciso
Sufrir de grandes males la porfía,
Porque nunca se adquieren grandes premios,
Sin que sean las cruces los proemios. [a]

¡Oh! Dimas, felicísimo y dichoso,
Que de ocasión valiéndote oportuna, (N)
Como que eras ladrón diestro y mañoso,
Has hecho el robo de mayor fortuna.
Con un — *De mí te acuerdes* fervoroso
Que echaste de la cruz, que te importuna,
Oír pudiste un — *De verdad te digo,*
Que hoy mismo al Paraíso irás conmigo!

Cuando de su tijera prevenida,
La Parca, llena de furor y brío,
Venga a cortar el hilo de mi vida,
Acuérdate de mí, Salvador mío:
Toda culpa me sea remitida.
Que también, como Dimas, yo en Ti fío,
Y dejando mi cuerpo acá en la fosa,
Vaya mi alma contigo a ser dichosa.

Después que de Jesús el celo ardiente
Por todo pecador ha intercedido;
Después que al buen ladrón, ya penitente,
Llevarlo al Paraíso ha prometido:
A su Madre se vuelve dulcemente,
Y también al discípulo querido;
Viendo a María con su dolor prolijo,
La dice: *Oh Mujer, mira allí a tu hijo.* [b]

(a) Ad magna praemia perveniri non potest, nisi per magnos labores.
(S. Greg. Naz.)

(N) Et nactus occasionem vitam rapuit, arte furandi pulchre et
solerter abusus. Nissen. Orat. de 40 Martyr.

Et Sedulius, Carm. 5 Pasch.

Abstulit iste suis caelorum regna rapinis.

[b] Dixit matri suae: Mulier, ecce filius tuus. [Joan. xix, 26.]

«Ya tú me ves, que aquí en la Cruz yo muero,
Ya en adelante no podré asistirte,
Corporalmente, y con aquel esmero
Con que en toda ocasión supe servirte;
Pero en mi vez y en mi lugar yo quiero,
Que quede Juan mis veces a suplirte,
Cuando diere mi espíritu a mi Padre.»
Y a Juan le dice: *Ves allí a tu Madre.* [a]

Fué nueva espada al pecho de María
Esta tercer palabra, aunque amorosa:
Oye que el Hijo ya se despedía
Y le hace una permuta dolorosa;
Que por hijos tener le tocaría,
Con los justos, también gente viciosa;
No obstante, luego recibió con gusto,
Por hijo suyo, al pecador y al justo.

Lleno también de gozo y de contento,
Juan aceptó por Madre a su Señora, (b)
Y de agradarla en todo siempre intento,
Como hijo la sirvió, desde aquella hora;
Como a su madre la ama y cuida atento,
Como a la Madre de Jesús la adora:
Y el virginal varón hizo a María
Siempre filial y dulce compañía.

Regocijaos, vírgenes dichosos,
Que la joya tenéis de más belleza;
Procurad conservarla cuidadosos,
Que no la empañe ni aura de torpeza.
Del Salvador los ojos amorosos
Y de la Virgen, Madre de pureza,
Sobre vosotros se complacen hijos,
Y de ellos sois los más amados hijos.

Entre tanto la luna, sol y estrellas,
Mirando al Criador en Cruz pendiente,

(a) Deinde dixit discipulo: *Ecco mater tua.* [Joan. xix, 27.]

(b) *Et ex illa hora accepit eam discipulus in sua.* [Joan. xix, 27.]—Du Hamel interpreta — in propria, in domum suam, in curam suam. Graeco exemplaria et emendatio. Latina non haberent in *sua*, sed in *sua*.



Privan al mundo de sus luces bellas,
Eclipsadas quedando de repente:
Mayor obscuridad causaron ellas,
De la que un tiempo vió la Egipcia gente:
Que esta tiniebla a todo el mundo aterra,
Cubriendo todo el globo de la tierra. [N²]

Ni al vallé el sol, ni a las montañas dora,
Dentro de un negro pabellón se oculta:
Cubre su faz lucente, gime y llora,
Y al día, entre tinieblas, lo sepulta:
Mientras en Cruz el Criador demora,
Dar sus luces al mundo dificulta:
No se ven cordilleras, ni horizonte,
Queda a obscuras el mar, el valle, el monte.

Ya, ni al prado se ven reir las flores,
Ni volar por el aire el pajarillo;
Por falta de la luz, ya no hay colores,
Todo es negro, no hay rojo ni amarillo;
Aun el oro ha perdido sus fulgores,
Ni el hermoso diamante tiene brillo;
Con tanta lobreguez, el ciego mundo (1)
En un caos quedar teme, profundo.

Mientras que dura esta tiniebla horrenda,
Lleno de horror está todo viviente,
Sin que el misterio del eclipse entienda, (N)
Que es estar Cristo de la Cruz pendiente:
El es el que ilumina a toda senda,
El es la luz del mundo refulgente;
Por eso, viendo que esta luz ya espira,
Su luz todo planeta la retira.

Desde la hora de sexta hasta la nona,
Las tinieblas duraron siempre densas,
Y en tanto, de los pies a la corona,
Padece Jesús penas inmensas;

[1] Impiaque aeternam timerunt saecula noctem. Virg.

(N) Hac tenebra quid ndumbrent. Se pondrá después esta Nota.
[ex Salm. p. 353] 2º orden de Notas.

Aquí, alma mía, piensa y reflexiona,
Que con las manos, en la Cruz extensas,
Que te librase, oraba al Padre Eterno,
De las espesas sombras del infierno.

La hora nona del día se acercaba,
Bien que era obscura noche todavía,
Porque el eclipse lóbrego aún duraba,
Que al día en noche convertido había;
Entre tanto a Jesús se le aumentaba
Su inexplicable pena y agonía,
Tanto que de su cuerpo dolorido
Lanzó a su Padre un grande hondo gemido.

Ya muchos años antes el quejido,
Se lo había David hecho y compuesto,
Para que de él se hubiese prevalido,
Cuando en la dura Cruz se viese puesto:
Mirando el vaticinio ya cumplido,
Y en su nombre el gemido ya dispuesto,
Dijo con voz y acento desolado:
¿Por qué, oh Dios mío, me has desamparado? (a)

Este suspiro, esta amorosa queja,
Al pecho de María fué otra espada,
Que de punzarle el corazón no deja,
Mientras no es a los cielos trasladada;
No queda, no, dudosa, ni perpleja,
Que esa quejella al Padre fué lanzada,
Más por la compasión que a Ella tenía [N]
Que por lo que en la Cruz El padecía,

Que Jesús a su Padre así clamase,
Cosa fué necesaria y conveniente,

(a) Et circa horam nonam clamavit Jesus voce magna, dicens: Eli, Eli, etc., hoc est: Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me? [Matth. xxvii, 16. Psalm. 21, 2.]

(N) La Virgen Santísima hablando de esta cuarta palabra, se expresó con Santa Brígida de este modo: «Quam vocem ego, donec ad caelum veni, nunquam oblivisci potui, quia plus ex compassione mea, quam sua pernotus protulit.» In Revel., L. 4, c. 79.

Para que a todo el mundo así constase
Que en la Cruz padecía grandemente,
Sin que del padecer lo libertase
Ni aun la divinidad, a El inherente;
Y que su carne no era semejante, (a)
En fortaleza, al bronce o al diamante.

Como ya la hora nona era llegada,
Comenzó la tiniebla a disiparse;
La gente, que hasta entonces no habló nada,
Empezó del temor a recobrase;
Al verse ya del susto recobrada,
Otra vez de Jesús volvió a burlarse:
De su clamor inmenso y su gemido
Se burlaron, mudándole el sentido.

Eli, Eli, el Señor al Padre exclama, [N]
(Que es *oh Dios mío*, en el hebreo idioma)
Y ellos dijeron luego: «Aqueste llama [b]
A Elías en su ayuda; mas no asoma:
Luego veremos de qué ardid o trama
Se vale Elías, o qué arbitrio toma,
A libertarle del infame leño,
Ya que El lo llama con tan gran empeño.»

Si de Jesús el íntimo gemido,
Con que se lamentó del desamparo
Que, en la Cruz, de su Padre había tenido,
Sin que le diese a tanto mal, reparo,

(a) Nec fortitudo lapidum fortitudo mea, nec caro mea aenea est. [Job. vi, 12.]

(N) Sobre estas palabras *Eli, Eli*, etc. descubre Silveira un noble misterio, quien dice así: «Duo priora, *Eli, Eli*, hebraica sunt: posteriora vero, *Lamma-sabacthani*, syriaca: ex quo pondera, quod quatuor diversa figura inservierunt ad mysteria Calvarii: tres in Titulo Crucis, hebraica, graeca, et latina: et hic pariter hebraica et syriaca: per has quatuor linguas vocabantur ad Christum quatuor orbis partes, cum suis nationibus: Hebraica vero his, ad adnotandum duritiam illius populi, qui semel, ac iterum, et multipliciter a Christo vocatus, renuit venire.» Silveira, I, 8, cap. 18, n. 3.

(b) Quidam autem illic stantes, et audientes, dicebant: Eliam vocat iste..... Sine, videamus an veniat Elias liberans eum. (Matth. xxvii, 47, 49.)

Fué de aquella impia gente recibido
Con risadas, con mofa y con descaro;
En la palabra que habló siguiente,
Le ofendió, con el hecho, esa vil gente.

Llegado casi a la última agonía,
A un afán reducido ya extremoso,
Esforzando la voz cuanto podía,
Prorrumpió en aquel *Sibio* misterioso;
Sed corporal y espiritual tenía:
Que corporal tuviese era forzoso,
Pues la sangre a torrentes fué vertida,
Que lo dejaron ya casi sin vida.

Tiene la lengua al paladar pegada,
Los labios secos, áridos, rasgados,
Desde el día antes no ha bebido nada,
Aun con seis mil cincuenta pasos dados.
Todo esto le causó sed extremada:
Desplegó, al fin, sus labios lastimados,
Y, «¡Oh! ¡qué gran sed—El dijo—es la que siento! [a]
De la sed de morir estoy sediento.»

Al expresar Jesús su sed ardiente,
Por burlarlo un soldado petulante
Una esponja, en vinagre acre y potente,
La mojó, y a su boca dió al instante: [b]
Jesús bebió el vinagre mansamente
Y aunque era muy amargo y mordicante:
Que el hisopo y la hiel allí metida, [N]
Aun mortífera hacía la bebida.

(a) Ut consummaretur Scriptura, dicit: Sitio. (Joan. xix. 28.)

(b) Illi autem spongiam plenam aceto, hyssopo circumponentes, obtulerunt ori ejus. (Joan. xix, 29.)

(N) Es común opinión de los autores, que este vinagre mezclado con el hisopo, se daba a los crucificados para aliviarles la muerte, y no dejarlos prolongar padeciendo en el patíbulo: lo que, si bien se usaba como un acto de misericordia, para Cristo se mudó en crueldad: ya que le mezclaron también la hiel, como dicen San Agustín, Santo Tomás, Genebrardo, y con Lirano Alápida, citados de Alberti, y algunos dicen, que le añadieron también yeso y agua corrompida de salmuera. Joan. Greg. in Calvar. Lect. 42 cum Penopel. Que fuese

Sed corporal, no es mucho que la sienta,
Después de padecer tanto tormento;
Mas, cuando de la sed El se lamenta,
Es porque está de padecer sediento:
Lo sufrido hasta aquí no mete en cuenta,
Si no padece más, no está contento:
Para apagar esa su sed ardiente,
Bebería aún de penas un torrente.

mortífera esta bebida lo insinúa también el Crisóstomo, cuando dice: «Acetum in spongia porrigunt, ut vivat tanquam reus: nam propter hoc hyssopou additur: quo gustato mortuus est.» Salmerón explicando cómo se hubiese servido del hisopo dice: «Hyssopus ergo, vel lignum fuit, cui est alligata spongia: vel ligatura fuit arundinis cum spongia: vel mista herba cum aceto, quasi pimpinella in vino: cuius gustus letalis est, teste Theophylacto: et ob id fortasse, ait Chrysostomus, quod erat potus reorum.» Salm. T. 10, Tr. 45, p. 364. El Cardenal Baronio (An. 34, c. 104 y 105) del todo contrario a esta opinión, dice que le dieron mezclado el jugo de hisopo en el vinagre, no para abreviarle el tormento, sino para alargárselo mucho más: pues la esponja aplicada a las heridas, y el vinagre máximamente mezclado con el hisopo, tiene gran virtud de restañar la sangre, como prueba con los naturalistas. Por tanto, habiendo con aquella fatal bebida, restañado la sangre que corría de las llagas de Cristo, le prolongaban la vida, para dar tiempo a Elías, que viniese a satisfacer, con algún milagro, la curiosidad de ellos, antes que espirase Cristo. Así juzga Baronio: pero parece más probable la común opinión, que aquel vinagre se daba a los condenados, para apresurarles la muerte y que por el mismo fin se le dió a Cristo, queriendo los soldados y verdugos concluir y desembarazarse de aquella tan larga ocupación: Quia lamentos, cupiebant domum ad prandium redire: erat enim jam hora tertia pomeridiana, como dice Alávide in Matth. xxvii.—Por lo cual al soldado que se movió a darle la bebida, para apresurar la muerte a Cristo, los otros, como disuadiéndolo, le dijeron: *Sine*, vi. deamus si veniat Elias ad deponendum eum. (Matth. xxvii, 49.) A lo que el soldado respondió irónicamente: *Sinite*, videamus si veniat Elias ad deponendum eum. [Marc. xv, 36.] Esto es, que no le impidiesen el darle la bebida, para que muriendo luego, se viese cuán vanamente había recurrido a Elías. Los otros, acomodándose al parecer de éste, corrieron a darle también ellos el vinagre y a burlarse de aquella invocación de Elías (como explica Barrado, l. 7, c. 18) lo que expresamente escribe San Lucas: Illudabant autem ei et milites, accedentes et acetum offerentes ei. [Luc., xxiii, 36.]

De la sed de agua no se quejaría,
Si quejándose de ella no supiera
Que su lengua también padecería,
Con la fatal bebida, amarga y fiera:
«Tengo sed» — exclamó — porque sabía,
Que ya el vinagre aparejado le era:
Y en su gran sed quería se le diese,
Para que el vaticinio se cumpliera. (a)

También sed de almas esa sed contiene:
Quisiera, a costo aún de ingentes penas,
Impedir que ninguno se condene,
Y llenar el Empíreo de almas buenas.
De salvar almas es la sed que tiene,
Y a tanta sed, es una gota apenas
El número que ve de almas creyentes,
Que El quisiera salvar todas las gentes.

Ya cuanto de El profetizado estaba,
Por Sibilas, Profetas y Escritura,
Todo verificado lo miraba:
Del vinagre y la hiel la acre mixtura
Que beber solamente le faltaba,
Y que hinchiese su boca de amargura:
Por eso dijo, habiéndola tomado: (b)
«Ya está todo cumplido y consumado.

«Ya queda el Padre en todo obedecido,
Con ventajas su honor ya he reparado,
También queda ya el hombre redimido,
Ya de muerte y de culpa he triunfado:
A cuanto en mi pasión he padecido,
Ya he puesto fin, ya queda consumado:
Ya todo hombre, de gloria a la corona,
El derecho ha adquirido en mi persona.»

Pero no te persuadas, oh alma mía,
Que tienes la corona ya segura:

(a) Et in siti mea potaverunt me aceto. Psalm. 68. 22.

(b) Cum ergo accepisset Jesus acetum, dixit: Consummatum est. (Joan.
xix, 30.)



Es forzoso pasar por agonía, (a)
Y que pruebes del cáliz la amargura:
Que no extravíes de la recta vía,
Si al cielo quieres ir en [d]erechura;
Que consumas en gracia la carrera, [b]
Y subas de la Cruz por la escalera.

Ya el Salvador por voces diez y nueve [N]
De espirar a los términos se ha visto;
Pero a venir la muerte no se atreve,
Mientras no lo consienta y quiera Cristo:
Tuvo el permiso, en fin, la Parca aleve,
Y estando — dice — aparejado y listo:
«¡Que espiro, oh Padre celestial, entiendo, (c)
En tus manos mi espíritu encomiendo!»

Con los ojos al Padre levantados,
Así dijo Jesús; y al mismo instante,
Por manos de la muerte ya cerrados,
Inclinó la cabeza ya espirante. (d)
¡Aquí, en llanto mis ojos inundados,
El escribir me impiden lo restante!
¡Y aunque quiero decirlo, yo no acierto (N²)
A decir ¡ay!..... que el Salvador..... ha muerto.....!!

¡Aquí debiera a cuanto tengo escrito
Poner redondo y perentorio punto,
Que en vano a decir más yo solicito,
Si he dicho que Jesús es ya difunto!
Callar debo a dolor tan infinito
Y dejar a los ojos este asunto,

(a) Agonizare pro anima tua, et usque ad mortem certa pro justitia. (Eccli. iv, 33.)

(b) Cursum consummavi, fidem servavi. Reposita est mihi corona justitiæ. (II, Timoth. iv, 8.)

(N) El Padre ^{San}Barry, in Blanditis ^{Sancti} c. 2º, exer. 29, refiere, sacándolo de varias revelaciones, haber estado el Salvador, en todo el curso de su Pasión, ya por diez y nueve veces a punto de deber espirar su santísima y atormentadísima Alma.

(c) Pater, in manus tuas commendo spiritum meum. [Luc. xxiii, 46. Psal. xxx, 6.]

(d) Et inclinato capite, tradidit spiritum. [Jouan. xix, 30.]

Que manifiesten su íntimo quebranto,
Solamente con cláusulas de llanto.

Al pie de aquel madero a mí me baste
Poner, como epítafio, esta mi duda:
¡Ya veo, mi Jesús, que anonizaste!
¿Pero quién te mató? mi alma lo duda.
¿Fué el exceso de amor con que me amaste?
¿O fué acaso la culpa impia y sañuda?
Que lo uno y lo otro fué, bien claro arguyo,
La culpa mía fué y el amor tuyo. [N]

Si mi culpa y tu amor son los autores
De tan hórrido y bárbaro atentado,
Que a fuerza de mil penas y dolores
Con gran rigor la vida te han quitado:
De tu amor yo venero los rigores,
Pero odio y abomino mi pecado;
Y de hoy más, por haberlo cometido,
Viviré, de por vida, arrepentido.

Hablen por mí los elementos mismos,
Expresen su dolor las criaturas,
Manifiesten su pena aun los abismos,
Rómpanse, de pesar, las piedras duras; (a)
Padezcan sol y luna paroxismos, (1)
Dejen al mundo enteramente a oscuras,
Y por la compasión o por el celo,
Del gran Templo se rasgue el sacro velo. (b)

Así sucedió apenas que El fué muerto:
Aun lo insensible así se resentía,

(N) Aut amor, aut furor est, qui te, bone Christe, peremit:

Est amor, et furor est; hic meus, ille tuus.

Se atribuye este dístico a San Francisco de Sales.

(a) Et petrae scissae sunt. [Matth. xxvii, 51.]

(1) La Virgen Santísima refiere todo en compendio a Brígida. «Omnia elementa turbabantur, et sol, et luna dimiserunt splendorem suum. Terra tremuit; lapides scindebantur: sepulera aperiebantur in hora mortis Filii mei.» (In Revelat. S. Brig. l. 6, c. 11.)

(b) Velum templi scissum est in duas partes, a summo usque deorsum. [Matth. xxvii, 51.]

Para que el mundo así quedase cierto,
Que era el Hijo de Dios el que moría;
Por tal no le creyeron en el huerto,
Aunque también prodigios hecho había;
Ahora le conocen, bien que pocos,
Porque son más los ciegos y los locos.

Con un vaivén insólito y violento, (N²)
El globo se estremece de la tierra: (a)
Cada sepulcro, abriéndose al momento, (b)
Demuestra los cadáveres que encierra.
A tan fuerte temblor, a tal portento, [c]
El Centurión con estupor se aterra,
Desde luego confiesa, y da por fijo
Que, de verdad, Jesús de Dios es Hijo.

Del horrible espectáculo que han visto,
Muchos parten bien poco satisfechos;
Que a su curiosidad mal han provisto,
Y se vuelven, golpeándose los pechos. (d)
Por el dolor de que haya muerto Cristo,
Otros quedan en lágrimas deshechos,
Haciendo triste y flébil compañía.
A la dolorosísima María.

En la triste catástrofe horrorosa,
¿Quién será el que no lllore, oh Virgen pura,
Al mirarte, en borrasca tan furiosa,
Anegada en mil ondas de amargura?
Aun quien jamás lloró por otra cosa,
Y tenga el alma aun más que el bronce dura,
Y aun más que los peñascos insensible,
Que se abstenga del llanto, no es posible.

(a) Et terra móta est. [Matth. xxvii, 51.]

(b) Et monumenta aperta sunt. [Id. Ib. 52.]

(c) Centurio autem, et qui cum eo erant custodientes Jesum, viso terramota, et his quae fiebant, timuerunt valde, dicentes: Vere Filius Dei erat iste. (Matth. xxvii, 54.)

(d) Et omnis turba eorum, qui simul aderant ad spectaculum istud, et videbant quae fiebant, percutientes pectora sua, revertebantur. [Luc. xxiii, 48.]

Si sólo al figurártelo perdido,
Cuando quedó en el Templo entre doctores,
De mil puñales fué tu pecho herido,
Y tu ánima probó tantos dolores:
Viendo que ya El ha muerto y fallecido,
Entre mil ignominias y rigores,
¡Cuál pena, cuál dolor, cuál agonía,
Serán las tuyas, Madre, en este día!.....

¡Oh Reina de dolores verdadera,
Por feliz y beato me tendría,
Si, para serte grato, yo supiera,
Hacerte en tus dolores compañía!
Fuente de amor y caridad sincera, (a)
Haz que sienta tu pena el alma mía,
Y mientras a vivir yo acá prosigo,
Haz que llorando esté siempre contigo.

¡Oh! ¡cuánto, oh Madre, tu dolor se aumenta,
Cuando miras que un bárbaro soldado
Le atraviesa una lanza y la ensangrienta,
Del difunto Jesús en el Costado! (b)
Bien que tu Hijo ya muerto no la sienta,
A Ti, alma y corazón, te ha traspasado, (N)
Ya que en el pecho de Jesús, que adoras,
Toda internada estás, y allí demoras.

(a) *Eja, Mater, fons amoris,
Me sentire vim doloris
Fae, ut tecum lugeam. (Ecclesia.)*

(b) *Unus militum lancea latus ejus aperuit. [Joan. xix, 34.]*

(N) A tan horrenda, improvisa y no esperada barbarie, cual fué el encruelcerse contra un muerto, si se dió el golpe en el pecho del Hijo, pasó la herida al corazón de la Madre, como se explica San Bernardo. Cuánto fuere excesivo el gran dolor de la Virgen a esta lanzada de Cristo, fué revelado a Santa Brígida: «*Quae videns Mater, ita vehementer contremuit cum amaro gemitu, quod bene cernebatur in ejus facie et gestu, quod anima ejus tunc penetrabatur acuto doloris gladio.*» César Baronio, an. 34, cap. 110, sacándolo de Metafrasto die 15 Aug. dice, que por cuanto le fué honestamente permitido, se puso aquí la dolorosa Madre a recoger en un vaso parte de aquel licor que había manado de la herida; y estimuladas del ejemplo y de la devoción, no pudieron por menos que hacer otro tanto las piadosas mu-

Encarecidamente yo te pido,
Oh Madre dolorosa y afligida,
Que de Jesús en el costado herido
A mí también me obtengas la guarida.
Sea esa llaga mi morada y nido,
Por todo lo restante de mi vida;
De esa sagrada llaga en lo profundo,
Yo viva muerto enteramente al mundo,

Sangre y agua sacó la cruel lanzada, (a)
Con que nos dió Jesús indicio cierto
Que su sed de penar no está apagada,
Pues aún derrama sangre estando muerto.
Con la sangre salió la agua mezclada,
A efectuar nuestra dicha de concierto,
Que con agua también quiso lavarnos,
Para dar otra fuente de salvarnos.

El dudar de este paso de Escritura
Un enorme sería desafuero;
Sería el no creerlo, una locura,
Pues lo afirma un testigo verdadero;

jesus que estaban con María; haciendo también lo mismo el percusor Longino: tanto que hasta el día de hoy se conservan llenas dos ampollas, una de sangre, otra de agua, en San Juan Laterano de Roma, como dice Serran de sept. Eccles. Otra ampolla menor se adora en San Máximo de Provenza, llena de sangre mezclada con tierra, que en el Viernes Santo, principalmente a las palabras del Passio: «Unus militum lancea latus ejus aperuit», por sí misma empieza milagrosamente a liquidarse, dando algunos hervores. Este precioso don fué llevado allí de la Magdalena, como dicen los autores, que esto escriben: Gasp. Asian. in hist. Sang. Christ. c. 9. Petr. Chaves, in vita S. Magdal. Zilott, Trakt. 4, c. 6. Masin in Gimnasio Chri., c. 30. Tiepoli dice, que también se conserva en San Marco de Venecia, y según el Franciotti en San Martino de Iaca: a más de la que se adora en Mantua, llevada allá del dicho soldado Longino; donde el Duque Vicento Gonzaga en 1608, en reverencia de esta Santísima Sangre, instituyó un nuevo Orden de Caballeros, haciéndose él la cabeza, bajo la insignia del Toisón de oro, con una medalla, donde está esculpido el Tabernáculo de dicha Sangre.

(a) Et continuo exivit sanguis et aqua. [Joan. xix, 34.]

De que él mismo lo vió, nos asegura, (a)
Testimonio verídico y sincero;
Y porque algún misterio allí se incluye, (N)
Pidiendo que creamos, él concluye.

¡Oh! ¡cuánto inculca Juan sobre este asunto!
Nos dice que él lo vió; que él está cierto;
Que la lanza hirió a Cristo ya difunto;

(a) Et qui vidit, testimonium perhibuit, et verum est testimonium ejus; et ille scit quia vera dicit: ut et vos credatis. [Joan. xix, 35.]

(N) La V. Madre de Agreda, hablando de los misterios que se incluían, dice: «La prudentísima Reina conoció el misterio de la Lanza, y cómo en aquella última sangre y agua que salió del costado de su Hijo Santísimo, salía de El la nueva Iglesia lavada y renovada en virtud de su Pasión y muerte, y que del sagrado pecho salían como de raíz los ramos, que por todo el mundo se extendieron con frutos de vida eterna. Confririó asimismo en su pecho interiormente el misterio de aquella piedra herida con la vara de la justicia del Eterno Padre, para que despidiese agua viva, con que mitigara la sed de todo el linaje humano, refrigerando y recreando a cuantos de ella fuesen a beber. Consideró la correspondencia de estas cinco fuentes de pies, manos y costado, que se abrieron en el nuevo paraíso de la humanidad Santísima de Cristo Nuestro Señor, más copiosas y eficaces para fertilizar el mundo, que las del paraíso terrestre divididas en cuatro partes por la superficie de la tierra, &c.» c. 2, p. l. 6, cap. 23, n. 1440.— Y porque de todos se atribuye a nuevo milagro el manar de su cuerpo muerto no sólo sangre, sino verdadera agua, de aquí es que todos los expositores se confundan en aquella santísima Haza a considerar cuánto fuese grande el misterio de esa fuente de sangre y agua: *Unde Sacramenta Ecclesiae manaverunt*, como dice San Agustín, trat. 120 in Joan: esto es un complejo de Sacramentos: figurándose en el agua el Bautismo, en la sangre la Eucaristía: *ad quae coetera sacramenta tanquam principium et finem referuntur*, como añade Toledo in Joan 19; o como escribe Atanasio Serm. de Pasc. y Ambrosio de Sacram. c. 1: *Aquam ut mundaret, Sanguis ut redimeret*. Ricardo de San Lorenzo con más belleza explica otro misterio: «Sanguinem ad rubricandum, Aquam ad dealbandum, ut ei asimilemur, qui Candidus, et Rubicundus est: y como nuevo Esposo de la Iglesia fundada entonces de ese su abierto Costado, dió en dote a la esposa cuanto encerraba en la infinidad de sus tesoros: echándolo todo fuera en esa misteriosa sangre y agua: ya que todos universalmente los Padres dicen, (según observa Rivera in Joan. 19) que: *Ut ex latere Adae dormientis aedificata est Eva: ita ex latere Christi in Cruce dormientis aedificata est Ecclesia.*

Y que Longino lo encontró ya muerto:
Que salió el agua y sangre luego al punto;
Que el testimonio es fiel y nada incierto:
Que él sabe que es verdad, lo que nos dice,
Sin que obste un otro Juan que contradice. (N)

Era de ojos Longino y de alma ciego: (N)
Pero, de esa agua y sangre salpicado,
Con tan sacro colirio, desde luego,

(N) Refiere el Padre Salmerón, citando al Obispo de Sena Guido Carmelita, en el libro *adversus haereses*, que un cierto Pedro Juan Minorita inventó una nueva herejía contra el texto de San Juan, que claramente dice: *Ut viderunt eum jam mortuum.... Unus militum lancea latus ejus aperuit. Predicando éste al pueblo de la Pasión y muerte de Cristo, con un estulto celo, creyendo que amplificando los dolores de Cristo, conmovería más y más al pueblo a la compasión y al llanto, fingió que Jesús fué atravesado de la lanza, estando todavía vivo. Este error, que inconsideradamente profirió, lo quiso sostener después con obstinación y fué coudenado de Clemente V en el Concilio Vienn. Título de summa Trin. et fide Cathol. his verbis. «Nos igitur ad tam praeclarum testimonium, ac SS. Patrum, et Doctorum communem sententiam, Apostolicae considerationis (ad quam duntaxat hoc declarare pertinet) aciem convertentes: sacro approbante Concilio, declaramus. praedicta Apostoli et Evangelistae Joannis rectum in praemissis facta rei ordinem tenuisse, narrando, quod Christo jam mortuo unus militum & c. Salm. T. 10, p. 390.*

(N) Tu coecus non mente minus quam corpore, sanctum
Lancea, et admoto pectus mucrone petisti.

Así dice de Longino Mart. el insigne poeta Bapta. Mantuano libro festorum dierum. Y San Gregorio Nacianceno en la Trag. de Christo paciente, ante medium:

Ubi fixit hastam desuantis sanguinis
Tinctam liquore: et ecce ut utraque manu
Haurit, oculosque hoc ungit, hinc ut scilicet
Detergat oculum nocte quo coeca obtegit.

San Vicente Ferrer dice: «Longinus videre non poterat, an mortuus esset Jesus, quia caligatos habuit oculos, et accepit lanceam suam, et infixit in corde Christi et continuo exivit sanguis et aqua miraculose, et per hastam decurrens pervenit ad manus militis, et ex contactu visum accepit.»—Viene también citado a este propósito San Isidro, que lo hace privado de solo un ojo: «Longinus latus Salvatoris aperuit, et tactu sanguinis Christi, cum esset altero oculo privatus, illuminatus est extra, et intus lumine fidei, et per apostolos bap-

Quedó en ojos y en alma iluminado.
A sus ojos dió luz, a su alma fuego,
Porque viese y llorase su atentado:
Pero, después que lo ha llorado, dice,
— «¡Oh! cuánto mi deslíz me ha hecho felice!»

tizatus fuit: et post longum tempus in eremo, Episcopatus honorem, et Martyrii coronam invenit.»

Pero contra esta verdad confirmada de innumerables Padres, y de la perpetua tradición, aprobada, se arman algunos autores: entre ellos Baronio se atreve a reprender a quien la defiende, y el Collio la llama fútil y apócrifa: pero ni uno ni otro traen alguna razón que eche por tierra esta verdad. Menochio en la segunda parte de sus *esceras* cent, 4, cap. 42 pone por razón, no ser probable, que la ejecución de la sentencia de Pilatos se hubiese sometido a quien, por ser ciego, no era hábil a invigilar sobre sus ministros. Esta razón valdría, si dijésemos [como supone Menochio con varios otros] que el persecutor del Costado de Cristo, hubiese sido el Centurión, quien también se llamaba Longino, que a vista del terremoto y demás prodigios, se había convertido y exclamado públicamente: «Vere Filius Dei est.» Pero cuánto esto sea inverosímil e improbable, se considere de esta sola razón alegada de Alápidé: «Verum quis credat hoc enim ausurum fuisse in Eum, quem jam Dei Filium proclamaverat?»

Tanto más, cuanto si hubiese sido el Centurión, no hubiera escrito San Juan: «Unus militum lancea latus ejus aperuit», mas lo hubiera llamado con el nombre de Centurión, y no de simple soldado. El equívoco del nombre de Longino, que era propio de uno y otro dió motivo a los antiguos Padres de confundir al uno con el otro, y de hacer de dos Mártires, uno solo. De estos Longinos como de personajes diversos hablan varios autores, y Beda para diferenciarlo del Centurión, dice: *Longinus militans sub Centurione Romano in Passione Domini, latus ejus cum lancea in cruce aperuit.* El P. Donato Calvi en su *Proprio* Evangélico da individual noticia de uno y de otro. y añade con la autoridad de otros escritores, que este Longino soldado convertido a la evidencia del milagro recibido, no sólo detestó públicamente su impiedad, sino que también se puso a recoger devotamente cuanto pudo de aquella preciosísima sangre, que había manado del herido costado de Cristo: confirmado después con la resurrección del Salvador por haberse hallado también el presente, como uno de los custodios deputados al sepulcro: y después bautizado de San Pedro, pasó a enriquecer con el precioso tesoro de la sangre que había recogido al pie de la Cruz, la Ciudad de Mantua, donde murió glorioso Mártir el año 37. Ant^o Masini de Pass. Stat 7, refiere, que en San Agustín de Roma, se conserva su cabeza; y en Santiago de Bolonia el brazo derecho, con el cual le dió a Cristo la inhumana lanzada.

La muerte de Jesús fué anticipada,
Para evitar de huesos la rotura,
Que en los otros dos reos fué efectuado,
Con fin de darles presto sepultura.
Ya esta fracción, por ley, era vedada, (a)
Del Cordero Pascual en la figura,
Y como era Jesús el figurado,
Quedó de tal rotura preservado.

DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ Y SEPULTURA
DE CRISTO.

Al punto que los huesos los rompieron,
Y entre ayes, los ladrones espiraron,
De sus cruces los cuerpos depusieron,
Pero a Cristo en la suya lo dejaron.
Ya que hacerle la injuria no pudieron
De romperle los huesos, arbitraron
Deshonrarlo, dejándolo pendiente,
Hecho escarnio y ludibrio de la gente.

Fué esto un puñal, y dió grave tristura
Al corazón amante de María;
Quisiera dar al Hijo sepultura
Y algún honor; ¿mas cómo? no sabía.
Se ve llena de afán y de amargura,
Entre sus brazos verlo ya querría;
Pero el sagrado Cuerpo nadie baja,
Ni tiene urna, ni unguentos, ni mortaja.

Mientras así María se angustiaba,
Recogida, de su alma allá en lo interno,
Con fin de conseguir lo que deseaba,
Hizo breve oración al Padre Eterno: (N)

(a) Os non comminuetis ex eo. (Joan. xix, 36. Exod. 12.)

(N) Sor María de Agreda dice: «No se le había manifestado a la prudentísima Virgen el orden de la voluntad divina, sobre lo que deseaba de la sepultura para su Hijo Santísimo, y con la dificultad que se le representaba, crecía el doloroso cuidado de que no hallaba salida con su propia diligencia. Estando así afligida, levantó los ojos al cielo y dijo: Eterno Padre y Señor mío, etc. [2ª parte, libro 6, c. 23, n.º 1441]

A la súplica y ruego acompañaba
La interna viva fe, con llanto externo:
Mas por ser Ella el alma más querida,
La quiere el Padre ver más afligida.

En esta dolorosa circunstancia,
Dios movió el corazón de un hombre bueno, (a)
Que con intrepidez y hasta arrogancia (b)
El Cuerpo fué a pedir del Nazareno.
Condescendió Pilatos a la instancia,
Y cuanto quiso le otorgó de lleno: [c]
Unido a Nicodemo este hombre justo, [d]
De hacerle tratan un entierro augusto.

Estos dos nobilísimos señores,
Antes secuaces de Jesús secretos,
Por miedos que tenían y temores
De los judíos pérfidos e inquietos;
Ya en público de Cristo defensores,
Sin humanos y míseros respetos,
Van a bajar a Cristo por sí mismos,
Aunque se oponga el mundo y los abismos.

Proveídos ya van para su intento,
De todo lo preciso y necesario;
Y van veloces tanto, o más que el viento,
Porque anhelan llegar presto al Calvario.
Llévan cien libras de precioso unguento:
De rica, nueva tela es el Sudario;
El sepulcro lo tienen ya en el Huerto,
Donde jamás se puso a ningún muerto.

Con la noticia tan plausible y buena,
Si no quedó del todo consolada,
Quedó María plácida y serena,
Hasta que al fin la gente fué llegada;

(a) Et ecce vir nomine Joseph, qui erat decurio, vir bonus, et justus. [Luc. xxiii, 50.]

(b) Et audacter introivit ad Pilatum, et petiit corpus Jesu. [Marc. xix, 43.]

(c) Et..... donavit corpus Joseph. [Id. Ibid. 45.]

(d) Venit autem et Nicodemus, [Joan. xix, 39.]

Luego en consuelo se mudó su pena,
Cuando esa gente, apenas arribada,
Se echa al pie de la Cruz, y a Cristo adora,
Y allí devotamente gime y llora.

Clama, gime, suspira y llora tanto,
Que a cuantos allí se hallan circunstantes,
Los conmueve también a un tierno llanto;
Los que fueron blasfemos, bien poco antes,
Ya inocente lo llaman, Justo y Santo;
De lágrimas bañados sus semblantes,
Y ya en sus corazones bien contritos,
Piden perdón de todos sus delitos.

Aquí la Madre, ¡oh cuánto se holgaría,
De la Pasión del Hijo viendo el fruto!
Que de los pecadores ya cogía
De lágrimas copiosas el tributo;
Y triunfar, de este modo, lo veía,
Del necio mundo y del demonio astuto;
María a levantarse los exhorta,
Los alienta, consuela y reconforta.

Ya del suelo la gente levantada,
José y Nicodemo, que a María,
Hasta entonces, no habían dicho nada,
La saludan con grande cortesía: (N)
Mas en vano la quieren retirada
Del Leño de la Cruz, mientras se hacía
El sagrado final descendimiento,
Para no renovar su sentimiento.

Ya de la Cruz el Cuerpo desclavado,
Lo esperaba María arrodillada:
Con uno y otro brazo levantado,
La sábana tenía desplegada.
A recibir a su Jesús amado,

(N) El Padre Luis de la Palma les pone en boca a estos personajes una larga y bellísima arenga, dicha en esta circunstancia a María, la cual para ilustrar mejor este paso pondré después al fin, porque no todo lector tendrá oportunidad de leerla en su mismo autor.

Que se sentase en tierra fué avisada:
Ella se sienta y apareja el seno,
A recibir su muerto Nazareno.

Bajados ya Josef y Nicodemo,
El Discípulo-amado les ayuda,
Con fino amor y con dolor extremo:
Y a la cabeza es justo que él acuda
Del caro Maestro y su Señor supremo;
Magdalena, a los pies, estar no duda;
Mientras Juan la cabeza le sostiene,
Ella sus pies con reverencia tiene.

Todos juntos, con lágrimas y llanto,
En los brazos pusieron de María
Muy afeado el Cuerpo sacrosanto,
Del más bello hombre que en el mundo habfa;
La triste Madre, al verlo, lloró tanto,
Que aun de sangre mil lágrimas vertía: (N)
Pero en placer se convirtió aquel lloro,
Al mirar ya en su seno a su Tesoro.

Los afectos de amor y de ternura,
Su adoración y culto de latría,
Su excesivo dolor y su amargura,
No puede aquí expresar la pluma mía.
Consuelo al mismo tiempo y gran dulzura
Inundaban el pecho de María:
Por dar desahogo a estos afectos dijo,
Que vengan todos a adorar al Hijo.

Antes que lo ejecuten los mortales,
Le adoran desde luego, aunque invisibles,
Mil angélicas tropas celestiales, [N]
De María a los ojos, bien visibles.
En el amor y acatamiento iguales,

[N] Lo dice la Madre Agreda, que cuando le pusieron en sus brazos al Hijo, la Madre le adoró, vertiendo lágrimas de sangre. [P. 2, n° 1446.]

[N] Dice la Madre Agreda: Tras de su Majestad [esto es la gran Reina María] le adoró en sus brazos toda la multitud de Angeles, que le asistían; aunque este acto fué oculto a los circunstantes. [Ibid.]

Llegan después con ansias indecibles,
Juan, Magdalena y los allí presentes,
Todos para adorarle reverentes.

Con aromas y ungüentos olorosos,
Ungen de Cristo el Cuerpo sacrosanto,
Y este rito ejercitan tan llorosos,
Que al cadáver lo lavan con su llanto.
Lo envuelven y lo ligan, piadosos, [a]
Y al féretro lo ponen, hasta tanto
Que en procesión la gente se disponga,
Y llevado al sepulcro, en él se ponga.

La que de Angeles es Reina y Señora,
Llamó Angeles de toda jerarquía,
Que del cielo bajaran sin demora,
En figuras visibles a María.
Su presencia el entierro condecora,
Porque a la procesión que ya salía
De puros hombres, que iban adelante,
Ellos la hicieron mucho más brillante.

El féretro llevaban sostenido
El Apóstol amado y Nicodemo,
Josef y el Centurión ya convertido,
Que se hicieron en esto honor supremo.
El Cuerpo, de María era seguido:
Devotas, reverentes al extremo,
Iban la Magdalena y las Marías,
A su Maestro llorando, a su Mesías.

Se agregó, en cantidad, número vario
De otros devotos fieles, que movidos
De la divina luz, van al Calvario,
De aquel divino imán como atraídos.
Van con placer y llanto extraordinario,
A los demás en procesión unidos,
Hasta que llegan al cercano Huerto. [N]
Donde ya encuentran el sepulcro abierto.

(a) Acceperunt ergo corpus Jesu, et ligaverunt illud finteis cum aromatibus, sicut mos est Judaeis sepelire. (Joan. xix, 40)

[N] Era distante del lugar de la crucifixión cincuenta pasos.—Pipin. de Pass. Strat. 7.

En forma de una gruta era formado,
O más bien de pequeño aposentillo,
Que sobre dura peña era cavado,
A fuerza de cincel y de martillo.
Aquí el cadáver fué depositado,
Con el hebraico rito, harto sencillo: (N)
Y aquí también su corazón María
Lo dejó, haciendo a Cristo compañía.

(N) Estaba este sepulcro en un huerto, que allí cerca del Calvario tenía, como lugar de su delicia, Josef de Arimatea: y siguiendo el uso hebreo, que entierra sus difuntos fuera de la ciudad, se había hecho cavar a martillo, en una peña de aquel huerto, su tumba, que hasta ahora no había para nadie servido. Y nótese, que así como en un huerto había empezado Cristo su Pasión, así en un huerto quiso concluirla; porque Adán en un huerto había sido la causa de esta su Pasión. Pero oigamos lo que Salmerón, citando a Beda, escribe de este sepulcro — «Erat autem sepulcrum in modum cujusdam speluncae, totum excisum de petra», et ut tradit Beda, domuncula erat rotunda tanto altitudinis, ut vix posset homo manu extenta culmen attingere. Ostium parvum habebat ab Oriente: in parte vero ejus Aquilonem spectante, locus erat Dominici corporis de eadem petra excisus, longitudine sex pedum (otros dicen siete) altior vero, atque eminentior reliquo pavimento tribus palmis, quasi sarcophagus quidam patulus. Ostium vero tam erat parvum, ut ingredi volentem oporteret caput inclinare. Ideo de venientibus discipulis dicitur a Luca, et Joanne, quod inclinaverunt se, vel procubuerunt. Color vero monumenti ac loculi rubicundo, et albo dicitur esse permixtus. Hoc sepulcrum dicitur gloriosum futurum ab Isaia, vel propter Christum quem continuit, vel propterea quod primum sepulcrum est, quod corpus creditum redivivum ad vitam immortalem restituit.» (Salm. T. 10, tr. 49, pág. 401.)

El P. Suárez, Disp. 48, Sect. 3, Beda de locis sanct. c. 2, Cirilo Jerosolim. Cath. 14, y Brocardo p. 1, c. 7, dicen, que en este sepulcro había dos grutas: «Alteram anteriorem, quam Cyrillus vestibulum sepulcri appellat: alteram posteriorem, in qua excisum erat sepulcrum a pavimento terra tribus palmis erectum.» Estos dos aposentillos o grutas están ahora, por dentro y fuera, encostradas de finísimos mármoles. Era, pues, este lugar, donde fué repuesto 'el Divino Cuerpo' alto de tierra tres palmos, largo siete, y según otros, ocho pies, ancho tres, cavado en una piedra toda de una pieza, con la abertura en el lado Meridional, por donde se introdujo el santísimo cadáver.

Fueron después estos santos lugares, esto es, el de la Crucifixión y el del dicho Sepulcro, todos cerrados juntamente por Santa Elena, con un amplísimo y admirable Templo, cuya forma describe Cornelio Alá-

Con una piedra grande y desmedida,
A cerrar el sepulcro se disponen:
Entre muchos alzada y suspendida,
Sobre el sepulcro al fin ellos la ponen; (N)
A la sagrada Cruz, que aún erigida
En el Monte Calvario la suponen,
Todos unidos van a venerarla,
Y por tierra postrados a adorarla.

pide in Matth. 27, tomándola de Adricomio n° 242. «Unde a S. Helena hoc in loco condita est Basilica, quae reliquias totius orbis amplitudine, atque pulchritudine longe excellit: nam auratis cornu scaturientibus, et aureis dives altaribus, marmoreis septuaginta tribus columnis fuleitur. Et tam Resurrectionis, quam crucifixionis locum, sub uno eodemque tecto comprehenditur: quod in sui medio rotundo patet foramine apertum, sub quo inferiori Ecclesiae parte Domini, cum consistit sub die sepulchrum.»

Depuesto, en suma, el Divinísimo Cuerpo en el sepulcro con los pies hacia el Occidente, y hacia a Jerusalén la espalda; y adorado de la Virgen y de todos los otros fieles, se procuró cerrar la boca de dicho sepulcro, que estaba en el lado de la parte meridional. Josef y Nicodemo con la ayuda de sus criados, pusieron delante de dicha boca una gran piedra, que hoy se conserva sobre el Altar del Templo, que antiguamente se erigió en la casa de Caifás en el Monte Sión, como lo veneró Rocchetti Trat. 3, c. 14, quien dice, que esta piedra es gruesa un palmo y medio, larga ocho palmos y ancha cuatro. La Madre de Ageda, P. 1, n° 1449 dice, que al punto que se cerró el sepulcro de Cristo, se volvieron a cerrar los que se abrieron en su muerte, porque estuvieron como aguardando, si les tocara la feliz suerte de recibir en sí a su humanado Criador difunto: que mandándose lo María, quedaron muchos Angeles en guarda del sepulcro; y que la procesión volvió con María al Calvario y adoraron la Cruz.

(N) Así la misma Virgen reveló a Brígida el gran dolor, que sufrió en esa sepultura del Hijo: Vere dicere possum, quod sepulcro Filii meo, quasi duo corda in uno sepulchro fuerunt. Numquid non dicitur, ubi est thesaurus tuus, ibi est et cor tuum? Sic in sepulchro Filii mei semper cogitatio et cor meum versabatur. In revel. S. Brígida l. 2, c. 21. Tanto, Simón Metafraste día 15 aug. escribe, que sólo ella no se partió del sepulcro por todo el triduo que en él demoró el Cuerpo del Hijo, hasta que lo vio resucitar. Lo que comúnmente se entiende, que esto lo hubiese hecho Ella con su espíritu, no corporalmente; no pareciendo conveniente, que Ella hubiese trasnochado allí con tanta indecencia, cuanta hubiera sido el demorar entre la turba de los soldados, que allí fueron puestos de guardia. A más de que, si fuese verdad que Ella hubiese quedado allí, ¿quién creerá que a

Del día era llegado ya el ocaso,
Cuando a este funeral el fin se puso,
Y luego cada cual, a largo paso,
A marchar hacia a casa se dispuso.
Ya María también se halla en el caso,
Que aunque de andar, de noche, no tiene uso,
El volver con su gente le es forzoso
Al Cenáculo, a paso preuroso.

Al regresar, María bien quisiera,
Que el sol se detuviese y no trasmonte,
Para ver cada huella lastimera
De las que hizo Jesús subiendo al Monte.
De la última caída a la primera,
Querría que a la vista se le apronte
Cada sangrienta huella, cada paso,
Pero ya el sol ha entrado en el ocaso.

Va llena de dolor y de amargura,
Con sola la memoria recorriendo
Lo que, por ser ya noche tan obscura,
No puede, con los ojos, irlo viendo.
Va entre ayes, arrojados con ternura,
Con su llanto el terreno humedeciendo,
Hasta que llega lasa y desmayada
Al Cenáculo, en lágrimas bañada.

De Juan y de otra gente acompañada,
Ya se halla en el Cenáculo María;

lo menos Juan no hubiese quedado con Ella? Y por su Evangelio al cap. 20 sabemos que volvió a Jerusalén. Y la misma Virgen lo reveló a Santa Brígida l. I, c. 10, diciéndole así: His completis (esto es los oficios de la sepultura) venit ille bonus Joannes, et duxit me in domum. Por tanto todos los Padres comúnmente dicen que la Virgen, aquella misma tarde o noche, se volvió a casa con sus piadosas compañeras; las cuales con nuevos desfogos de lágrimas se despidieron del amado sepulcro; y sobre todas la Virgen, que por atestación de San Bernardo, dejó impresos milagrosamente en aquella lápida los vestigios de su llanto. Rigabat Virgo felicibus lachrymis Corpus examine Filii; et monumentum in quo posuerunt eum, modo mirabili maditabat: ubi et ejus lachrymae adhuc apparere dicuntur, indicativae doloris intimi, qui animum ejus tanquam gladius acutus pertransivit. Bern. de Lament. Virginis.

Pero al mirarse de Jesús privada,
Le es soledad toda esa compañía:
De esta su soledad la dura espada
Hierde a su corazón, con tiranía,
Tanto que al verse de congoja llena,
Juzga esta soledad su mayor pena.

¡Oh Madre, dolorida, triste y sola!
Mitiga tu dolor y desconsuelo;
De la Pasión de tu Hijo ya toda ola,
Aunque acerba, pasó como de vuelo;
Y ya glorioso su pendón tremola,
Aun dentro del abismo, a tu consuelo;
Y de la tierra penetrando al centro,
Saca las almas, que penaban dentro.

DESCIENDE EL SALVADOR AL LIMBO A LIBERTAR
LAS ALMAS DE LOS SANTOS PADRES.

El demonio triunfaba en el averno,
Porque al hombre infeliz y desgraciado,
Lleno de envidia y de rencor eterno,
Con astucia y ardid, lo había engañado.
Tenía el calabozo del infierno
Para cárcel del hombre destinado,
Cuya puerta le estaba siempre abierta,
Y del cielo cerrada ya la puerta.

Cuatro eran diversísimos los senos,
Adaptados a penas o delitos:
Uno el seno de Abraham, para los buenos,
Otro el infierno para los precitos.
Los que de propia culpa están ajenos,
No pueden reputarse entre malditos;
Si sin bautismo infelizmente mueren,
Luego ¡ay! al punto al Limbo se transfieren.

Llámase el cuarto seno Purgatorio,
Donde a purgar se van culpas veniales;
O se va a hacer el pago perentorio

De la pena debida a las mortales;
Que aunque estén perdonadas, es notorio
Que quedan por pagar penas parciales.
De estos senos salir nadie podía,
Mientras Jesús al diablo no vencía.

Lo venció, triunfó de él en Cruz muriendo:
Y luego que murió, su alma divina,
De un ejército de Angeles tremendo
Acompañada, al Limbo se encamina.
Los rebeldes espíritus, previendo
Su escarnio, su despojo y su ruina,
Fuertes cerrojos ponen a las puertas,
Porque no puedan ser de nadie abiertas.

Los Angeles, por fuerza y con violencia,
Mandan abrir las puertas infernales,
Que aunque a su entrada no haya resistencia,
Siendo substancias sólo espirituales,
Por mayor pompa y más magnificencia
Del ingreso de Cristo a esos umbrales,
El davídico *Attollite* pregonan,
Y el *Introibit Rex gloriae* otros entonan. (a)

Del Rey de gloria al escuchar el nombre,
Se horroriza Luzbel, mas no se humilla,
Ni piensa en adorar a un Dios que es Hombre,
Aunque a fuerza le dobla la rodilla.
Forzoso es que el averno aquí se asombre,
Al ver, con estupor y maravilla,
Que sus puertas de bronce o de diamante,
Cual frágil vidrio, rómpense al instante.

Vencedor y triunfante el Nazareno,
De majestad y gloria revestido,
Entra de Abraham en el obscuro seno,
Que en paraíso queda convertido.
De júbilo y placer cada uno lleno,
Gracias le da de haberlo redimido,

[a] Ps. XXIII, 1-7.

A costa de su sangre, en Cruz vertida,
Para darle feliz y eterna vida.

El primer hombre Adán, nuestra cabeza,
Que causó, con su culpa, la venida
Del Santo Redentor, a hablar empieza,
Dándole al Salvador la bienvenida.
«Si he llorado — le añade — mi flaqueza,
Ya me empiezo a alegrar de la caída,
Que causa felicísima ella ha sido,
Que a un Redentor tan grande me ha traído.

«¿Viniste al fin? ¿llegaste finalmente?
¡Oh nuestra redención, nuestra alegría!
¡Por qué has tardado, dí, tan largamente?
¿De tanta mole fué la culpa mía?
La poma que mordí desobediente,
¿Tanto tósigó acaso contenía,
Que infestó la humanal naturaleza,
Por haberla mordido su cabeza?

«Mas ya, oh Príncipe excelso, oh Rey supremo,
Con ventajas mi mal has resarcido:
Ocasiónó mi culpa un daño extremo,
Y Tú, infinito Bien nos has traído.
Has pagado de modo, que no temo
Quedar deudor de nada, porque ha sido,
Excedente a la deuda el pagamento,
Y sólo debo mi agradecimiento.

«La consorte, los hijos y los nietos,
Con la serie demás de descendientes,
Que ver ansiaban a este día, inquietos,
Vélos aquí, oh Jesús, todos presentes:
Que los saques por fin de estos aprietos,
Te agradecen y adoran reverentes,
Y convirtiendo en complacencia el llanto,
A un Salvador aplauden tal y tanto.

«He aquí Abel inocente, que el primero
Bajó a este seno, a esta mansión insana,
A quien mató Caín bárbaro y fiero,

En su florida edad, verde y lozana.
He allí a Noé, quien hizo con esmero
La Arca, para salvar la prole humana,
Que si toda ella perecido hubiera,
Un tanto Salvador no nos viniera.

«Ese es Abraham el Padre de las gentes, (a)
En gloria sin segundo o semejante,
Que tentado, dió pruebas evidentes
De su fidelidad firme y constante.
Moisés y Aarón, hélos allí presentes:
Mira también, que aquí te están delante
Ilustres Reyes, Vates y Profetas,
De tu venida al mundo almos trompetas.

«Este es Joaquín, el Padre de María,
Esa es la estéril fecundísima Ana,
Que en sólo un fruto, dió tanta alegría
A todo el cielo y a la estirpe humana.
Vé aquí al Bautista, a quien con tiranía,
De Herodes degolló la furia insana,
Verificando hacerse él mas pequeño, (b)
Y Tú mayor, en el sagrado leño.

«He aquí a Josef, tu Padre putativo,
Que nos llenó de gozo y alegría,
Trayéndonos el nuncio más festivo,
De que ya eras nacido de María.
Que él te llevó — nos dijo — fugitivo,
De Herodes por huir la tiranía,
Dándote entre sus brazos blando lecho,
Si no ibas de María al dulce pecho.»

Como le hablaba el hombre más anciano,
Cristo le oía plácido y tranquilo,

(a) Abraham magnus pater multitudinis gentium, et non est inventus similis illi in gloria..... Et in tentatione inventus est fidelis. (Ecclesiastici, XLIV, 20, 21).

(b) Illum oportet crescere, me autem minui. (Joan., 2).—San Agustín sobre este lugar dice: Iste minutus est in capite, ille erexit in cruce. (Serm. 10, in novis).

Callando el Rey augusto y soberano,
Por no romperle del discurso el hilo.
Luego que Adán calló, Jesús ufano
Empezó a discurrir con dulce estilo,
Y con dulzura tal Jesús se explica,
Que a sus oyentes los beatifica.

«¡Oh venerandos Padres — El les dice —
Que en cárcel negra, en duro calabozo,
Habéis hecho hasta aquí vida infelice,
Yo os anuncio y os traigo paz y gozo.
Cuanto en mi vida padecí, cuanto hice,
Fué por daros el sólido alborozo,
De mirarme venir lleno de palmas,
A sacar para el cielo vuestras almas.

«Mirad las llagas de mis pies y manos,
Mirad mi pecho y corazón abierto,
Donde vosotros hallaréis ufanos
La acogida, el abrigo y feliz puerto.
Han hecho, en estas brechas, los tiranos
Para vosotros un asilo cierto:
Os han hecho ellos el mayor servicio,
De mi Cuerpo arruinando el edificio.

«Todo el destrozo que en mi Cuerpo han hecho,
Con gusto y con placer he padecido.
Porque, con ello, al Padre he satisfecho,
Y a vosotros también he redimido.
Por mi Padre y vosotros, en mi pecho,
Igualmente mi amor arde encendido:
Tantas aguas de un mar tan borrascoso,
No han podido apagar mi amor fogoso.

«Ir al reino del cielo no era dable,
El ir a ver a Dios no era posible,
Porque mi Padre, juez inexorable,
En castigar la culpa es Dios terrible.
Vuestra prisión sería perdurable,
Si Yo no me ofrecía Hostia apacible;
Ni pudierais hallar al cielo entrada,
Porque estaba su puerta bien cerrada.

«Su puerta, sólo Yo podía abriros,
Con mi preciosa Sangre, que es su llave; (N)
No bastaban ni llantos, ni suspiros,
A libertaros de prisión tan grave;
Toda la he derramado por serviros,
Que el amor me ha hecho aun el morir suave:
Si cerrada os estuvo hasta hoy la puerta,
Ya la tenéis, de par en par, abierta.

«Ya os espera mi Padre allá en el cielo,
Para que le scáis sus cortesanos:
Cuanto más padecisteis en el suelo,
Tanta más gloria gozaréis ufanos;
Dentro de poco, pasaréis de vuelo
A gozar los deleites soberanos:
Todo este triduo, a estar aquí prosigo, [N]
Y luego al reino eterno iréis conmigo.

«Para contentar más vuestros deseos,
Entrando al cielo mucho más triunfantes
Y llevando a la gloria más trofeos,
Voy a sacar las ánimas purgantes;
Uno de los mayores Jubileos
Ganarán hoy las ánimas penantes:

(N) Hieronymus ad Dardanum, epist. 129.

[N] Fué opinión de San Justino q. 73 ad Orthod, Eutimio in Luc. 23. Nicéforo, l. 1, c. 31. San Anselmo in Elucidario sub medio, y de otros, que Cristo en el dicho Limbo de los Santos Padres, demoró por poquísimo tiempo, esto es, por el espacio de menos de una hora, quanto bastó para hacerles aquella solemne promulgación de sus gracias: y luego salió fuera, llevando consigo todas aquellas almas. Pero esto es contra la común sentencia de los otros Padres, que con mucha razón sostienen, haber demorado allí el Salvador, con su Santísima Anima, todo el tiempo que su Sagrado Cuerpo demoró en el sepulcro: y así infaliblemente se debe creer, ya que el mismo Cristo así lo había predicho antes, diciendo:—Sicut fuit Jonas in ventre ceti tribus diebus, et tribus noctibus: sic erit filius hominis in corde terrae tribus diebus et tribus noctibus: —entendiéndose aquí por corazón de la tierra, el dicho Limbo de los Santos Padres, como universalmente lo entienden todos los Doctores: y como la razón lo persuade, ya que el Limbo está en el centro de la tierra.

No dejaré ninguna al Purgatorio, (N)
Porque sea mi triunfo más notorio.»

Entrado el Salvador en aquel seno,
Destierra las tinieblas al instante,
Queda de luces y esplendores lleno,
Mucho más que si entrara el sol brillante;
Al mirar a este Huésped Nazareno,
Argumenta cada ánima penante,
Por el júbilo y gozo que en sí siente,
Que es Jesús, y lo adora reverente.

«Dejad — les dice Cristo — los temores,
Cesen las penas que os afligen tanto:
Ya vengo a poner fin a estos rigores,
A enjugaros ya vengo vuestro llanto:
Deponed ya, desde hoy, vuestros clamores,
Ya no habrá más dolor ni más quebranto,

(N) Bien que Santo Tomás in. 3. par., q. 52, art. 8, sea de opinión que Cristo no libertase todas las almas del purgatorio, sino solamente aquellas que en virtud de la Pasión estaban ya dispuestas a ser libertadas de sus penas, cuya opinión siguen también Durando y Marsilio in *tertio sententiarum*; pero no faltan Doctores Escolásticos, que con textos de la Sacra Escritura, con autoridades de Santos Padres, y con razones fortísimas, defienden la contraria opinión; como son San Buenaventura, Juan Majoris, Gabriel Biel, in *3 dist. 22, p. 5*. Oigase lo que a este propósito el sutil Scoto dice in *Quarto dist. 45, artic. 2*: «Si rigorem justitiæ Dei speculemur, ita dicendum est, ut Thomas ait. Sed nihil absurdi est, si quis dixerit ex singulari privilegio tunc omnes Christum liberasse: idque virtute suæ Passionis. Nam eadem virtute, qua indulgentiæ Pontificiæ modo nituntur, propter aliquod celeberrimum factum, vel festum, et nonnullas liberationes animarum a purgatorio, nihil mirum, si in tanta festivitatis, quantum tum Christus præsentia sua inferis attulit, libertate omnes donarentur, qui filii Dei erant.» Idem in *Quarto dist. 43 q. 2, artic. 1*, affirmat: «Jesum descensu ad inferos evacuasse purgatorium per viam indulgentiæ». Quien quisiere más copiosamente informarse en el fundamento de esta opinión, lea al P. Salmerrón T. 10, trat. 50, pág. 425, donde hallará los textos de la Escritura, autoridades de Santos Padres, y bellísimas razones que prueban el asunto. Lo afirma también la Madre de Agreda. P. 2, l. 6, c. 25, n. 1461.

A sentarme ya voy sobre mi trono,
Y cuanto os queda por pagar, perdono.

«Si os reputabais antes infelices
Entre tantos tormentos y maltratos,
Si aún purgabais aquí vuestros deslices,
Yo os absuelvo de todos los reatos.
De hoy más seréis beatas y felices;
Juntáos a mis Angeles beatos,
Y conmigo venid, dichosas almas,
Mis trofeos seréis, seréis mis palmas.

A estas almas Jesús las deposita
De Abraham al seno y pasa al del averno,
Donde, cual Rey supremo, El ejercita
Su alto dominio y su poder eterno.
Gran turbación y gran tumulto excita
El infernal dragón en el infierno.
«Oh furias — él exclama — oh compañeros!
De todo ardid usad para oponeros.

«¿Qué Rey audaz es éste y atrevido,
Que nuestro reino a perturbar nos viene?
De un ejército débil sostenido,
Que una vil Cruz en su estandarte tienel
Del cau trífance el tríplice ladrido,
Que a la puerta de guardia se mantiene,
¿Cómo de la invasión señal no ha dado?
¿Cómo aquí entrar indemne lo ha dejado?»

De rabia, de furor, de ira se inflama;
Todo el abismo a guerrear convoca,
En cada ángulo hija una proclama,
Con que a tomar las armas les provea.
Humos arroja de sullúrea llama,
Por ojos, por narices y por boca;
Reducir jura, en su obstinada guerra,
A cenizas los cielos y la tierra.

Pero, antes que las tropas infernales
En orden se presenten de batalla,

Miguel con sus campeones celestiales
En fuga pone a la infernal canalla.
Luzbel, por los estigios andurriales,
También quisiera huir; mas ya los halla,
De los ángeles buenos ocupados,
Y a la fuga del todo embarazados.

Echa blasfemias por su boca inmunda;
Gira aquí y acullá por el abismo,
Buscando la caverna más profunda,
Donde pueda esconderse aun de sí mismo.
Aunque al estigio lago él se profunda,
Siendo el agua materia de Bautismo,
Que sumamente él odia y aborrece,
Sale luego del lago y desaparece.

Después de que los ángeles beatos
De artes y ardidés mil usar le han visto,
No le dan libertad por largos ratos,
Porque hacer presa de él ya ordena Cristo.
En vano, de escapar tiene conatos,
Porque Miguel, que es el más fuerte y listo,
Y el más diestro en manejos de la guerra,
Al infernal dragón luego lo aferra.

La prisión ya hecha asegurar disponen
Los subalternos de Miguel ufanos,
Fuertes cadenas a los pies le ponen,
E indisolubles lazos a las manos.
Sus furores en balde a ello se oponen,
Y todos sus esfuerzos le son vanos:
Aunque sus rabias y furor se aumentan,
Así ligado, a Cristo lo presentan.

«Tú—le dice—oh vil monstruo, has preguntado
Quién es el Rey triunfante que ha venido?
El Hijo es de María sin pecado,
Que hollará tu cabeza y cuello erguido.
Por soberbio del cielo fuiste echado,
¿Y audaz a mí me llamas y atrevido?
Yo soy Jesús, el Salvador del mundo,
Y de tinieblas, tú, príncipe inmundo.

«Soy el Hijo de Dios, soy el Mesías,
Soy de cielos y tierra el Rey Supremo,
Que humillaré tu orgullo y valentías,
Con el destino de un suplicio extremo.
Confiarte sabrán las iras más
A la Estigia Laguna, siempre al remo,
Donde armado de conchas o de escamas,
Aun en sus aguas, sufrirás las llamas.

«Ya te he dicho mi nombre glorioso:
Al escucharlo, dobla la rodilla,
Y al Rey adora Todopoderoso;
Dobla tu cuello, y tu cerviz humilla.
¿No me temes? ¿no me oyes, orgulloso,
Que te predico la verdad sencilla? (N)
Pero a vosotros predicar, es cierto
Que es sólo predicar en un desierto.

(N) Hablando el Apóstol San Pedro de este descenso de Cristo a los infiernos dice así: *In quo et his, qui in carcere erant, spiritibus veniens predicavit.* (Epist. I., c. 3, 19). Los expositores, reflexionando sobre este obscurísimo lugar del Apóstol, cuál fuese esta cárcel, y qué cosa hubiese Cristo predicado en ella, dicen comúnmente, ser el Limbo de los Padres, y que allí Cristo predicó, esto es, manifestó públicamente a todos su Redención, ya ejecutada por medio de su muerte, consolándolos y beatificándolos con su vista. Mas, como El descendió allá, con sola el alma, y no con el cuerpo, por eso se debe entender que esta predicación no fué verbal, sino puramente mental, como convenía a esas almas, que eran también sin cuerpo. A más de esto, Turriano l. 4. pro ep. Rom. Pontif. c. 12, con otros, entiende por dicha predicación hecha de Cristo en aquella cárcel, la Plenaria Indulgencia que El promulgó de su boca [en el modo arriba dicho] a las almas, que se hallaban en la cárcel del Purgatorio, libertándolas a todas de aquellas llamas, y admitiéndolas desde entonces a su Divina visión, como enseñan comúnmente los Doctores.

Finalmente Angelo de Paz l. 7, de Symbolo c. 20, entiende por esta cárcel también el infierno de los pecitos; adonde juzga haber pasado Cristo, para darles en rostro con sus iniquidades, y haciéndolos conocer la gran pérdida, que habían hecho de su gloria, los confirmó en su eterna condenación. Por tanto, con Eucumenio, se explica así Alápipe, in Ep. 1.^o divi Petri c. 3. «Porro praedicavit Christus animabus in inferno, non tantum sermone, sed magis opere, his, qui secundum carnem vixerant, ad iudicium, iudicando et condemnando illos».

«Tú a las almas que son esposas mías,
En dura esclavitud las has tenido;
Haciéndolas sentir tus tiranías,
De que Yo a rescatarlas he venido.
Ya te dejo las cárceles vacías,
Ya de ellas mis esposas han salido,
Para ir llenas de júbilo y consuelo,
A ocupar vuestras sillas en el cielo».

Luego Jesús, con imperioso tono,
[Porque Luzbel, de príncipe blasona]
De su reino lo priva y de su trono,
Le rompe y le destroza la corona.
Eterna rabia, interminable encono,
A su orgullo y soberbia esto ocasiona,
E intentando evitar su escarnio sumo,
Desaparece, convertido en humo.

Los demonjos y réprobos, que oyeron
Fulminarle a Luzbel esta sentencia,
De rodillas al punto se pusieron,
Como quien le hace a Cristo reverencia.
Los unos y los otros se creyeron
Lograr una total independencia
De las luciferinas vejaciones,
Y tener al infierno vacaciones.

Los que al mundo aún estamos viadores,
Demos a Cristo gracias infinitas,
Que librado nos ha de los rigores
Y de las sañas de Luzbel malditas;
Hacer no puede con los pecadores,
Cuanto hace con las ánimas precitas:
Con mil ladridos tentará perdersos,
Pero ladrar podrá, mas no mordernos.

LOS JUDIOS PONEN GUARDIAS AL SEPULCRO.

Mientras la Alma de Cristo en el abismo
Triunfaba de Luzbel; sobre la tierra,

El obstinado pérfido hebraísmo
A su Cuerpo le hacía cruda guerra.
Teme que algún manejo o embolismo
Lo saque del sepulcro, en que se encierra;
Que si el Cuerpo de allí desaparece,
Al mundo su injusticia comparece.

Se juntan en Concilio a tal motivo;
Por conferir, entre ellos, sobre el punto:
Si a Jesús no temieron cuando vivo,
Lo empiezan ya a temer, cuando difunto.
Se resuelve, por voto decisivo,
A Poncio recurrir sobre el asunto, (a)
Pidiendo que les dé gente segura,
Que esté atenta a guardar la sepultura.

Con el fin de obtener lo que demandan,
Sin que vanos les salgan sus conatos,
Con la embajada a los más sabios mandan,
Para que lo persuadan a Pilatos.
Aunque esté duro en otorgar, lo ablandan,
Con la lisonja y cortesanos tratos:
Que lo que la razón lograr no alcanza,
La adulación lo obtiene y la alabanza.

A Poncio todo hebreo aborreecía
Y de tirano el título le daba,
Ni darle el de *Señor* jamás quería,
Si no era en ocasión que lo adulaba;
Mas, como de grandeza y señoría
Pilatos neciamente se jactaba,
Ahora, de *Señor*, a cada instante,
Estos le dan el título brillante.

Con dulce voz y modo lisonjero,
«*Señor*, — le dicen — que eres sabio y justo, (b)
Prudente, afable a un tiempo y justiciero,
Digno de ser Emperador Augusto:
Señor, a quien aplaude el mundo entero,
Y el Hebreo obedece con gran gusto,

(a) Matth., xxvii, 62.

(b) Dicentes: *Domine*,..... (Matth. xxvii. 63!).

Otórganos, *Señor*, lo que pedimos,
Ya que pedirte lo antes no advertimos.

«Aquel hombre, *Señor*, que justamente
A la muerte de cruz has sentenciado,
Que engañó a todo pueblo, a toda gente,
Predijo que sería en cruz clavado:
Como era seductor y delincuente,
Se había una tal muerte figurado:
Y a Dios gracias, *Señor*, que con su treta,
En esto, ya ha salido buen profeta. .

«Mas ahora es forzoso que temamos,
De algún enredo o de un engaño fuerte:
Pues que él dijo también, nos acordamos, (a)
Que después de tres días de su muerte,
Vivo saldría del sepulcro: estamos
Ya en el segundo día, y de esta suerte
Nos corresponde, el día de mañana,
El ver su profecía falsa y vana.

«El artificio, ardid, arte o engaño,
Que temamos, *Señor*, sobre el asunto,
Y que nos causaría un grave daño,
Es que roben el cuerpo del difunto.
Porque no se haga un dolo tan extraño,
Que nos des, te pedimos, luego al punto (b)
Para el sepulcro centinelas fieles,
Que ni el oro los pueda hacer infieles.

«Si de este seductor a los secuaces
La trama les saliese con acierto,
De poder, con su ardid y artes falaces,
Del sepulcro sacar el cuerpo muerto:
Se formarían sectas pertinaces,
Y causarían gran tumulto, es cierto,
Donde morir nos tocaría a manos
De los airados cónsules romanos.»

(a) Domine, recordati sumus, quia seductor ille dixit adhuc vivens:
Post tres dies resurgam. (Matth. xxvii, 63).

(b) Inbe ergo custodire sepulcrum usque in diem tertium. (Matth.
xxvii, 64.)

Bien que Poncio al oírlos se fastidia,
Lo disimula y los escucha atento,
Conociendo que es odio y que es envidia
Quien les sugiere un tal razonamiento.
Oponerse no quiere a su perfidia,
Ni rechazar su pretensión e intento;
Concederles la gracia determina,
De política usando astuta y fina.

«Esta es — dice entre sí — gente maldita:
¡Si éste es Hijo de un Dios, como parece,
Si acaso, como ha dicho, él resucita,
Y del sepulcro el cuerpo desaparece!
Si las guardias que doy y solicita,... ..
A mí un temor prudente se me ofrece,
Y es..... ¡que a mi guardia, el robo se atribuya!
Que ella ponga, será mejor, la suya.»

Vuelto por tanto a sus aduladores,
«Tenéis — les dice — guardias y soldados, (a)
Que serán más seguros y mejores,
Para que estéis en paz y sin cuidados.
De otros tendréis acaso mil temores,
De que sean del oro sobornados:
Andad, pues, y poned los centinelas,
Que sabéis que usarán de más cautelas.»

Esta resolución del Presidente
Los puso tan alegres y contentos,
Que se fueron de allí muy prontamente, (b)
Sin hacerle a Pilatos cumplimientos.
En busca de soldados y de gente,
Giran por todos los alojamientos:
Habiendo ya hecho un número bastante,
Hacia el sepulcro marchan al instante.

Do mayor el peligro reputaron,
A esta tropa pusieron los hebreos,

(a) *Ait illis Pilatus: Habetis custodiam, ite, custodite sicut scitis,*
[Matth. xxvii, 65.]

(b) *Illi autem abeuntes.* (Matth. xxvii, 65.)

Porque así, por cautela, lo ordenaron,
Los sacerdotes y los fariscos.
Al sepulcro también otros entraron,
No a encender hachas ni a poner ambleos, (a)
Sino a sellar la lápida de la urna,
Para evadir toda traición nocturna.

Dejan por más cautela allí soldados,
Que juzgan los más fieles y seguros,
En diversos parajes apostados,
Que estén allí, como vivientes muros:
Firmes, fuertes, valientes, esforzados,
En los lances o ataques los más duros,
Que a todo ardid se opongan ó tramoya,
Por más que del caballo usen de Troya.

¡Ea! andad, sacerdotes, finalmente
El reposo a tomar plácido y quieto,
Ya todo habéis dispuesto sabiamente,
Para aquietar vuestro temor inquieto;
Reposad y dormid tranquilamente;
Pero yo os aseguro, yo os prometo,
Que no dormiréis, no, por largo plazo,
Sin que os despierte un milagroso albazo.

Vendrá con el albazo un terremoto,
Que para daros de ello indicio cierto,
De la lápida el sello veréis roto,
Y ya el sepulcro lo hallaréis abierto.
El suceso os será mucho más noto,
No hallado el Cuerpo allí vivo ni muerto:
Hallaréis, sí, por tierra a los soldados,
Que reputabais muros animados.

OMNIA AD MAJOREM DEI GLORIAM
DOMINI NOSTRI JESU CHRISTI
ETUSQUE MATRIS VIRGINIS MARIAE.

Concluí el 16 de Agosto de 1811.

(a) Munierunt sepulcrum, signantes lapidem, cum custodibus. [Matth. xxvii, 66.]

A V I S O.

Hallándome en nuestro Colegio máximo de Palermo, con el empleo de segundo Bibliotecario, y con el cargo de hacer un nuevo Catálogo de cuantos libros contiene aquella pública, real y riquísima Librería, me ocurrió el pensamiento de escribir un Resumen de la Pasión de Cristo, ilustrando con notas aquellos puntos o materias, que necesitasen de ellas; ya que la copia de libros me facilitaba la empresa: y considerando que la gente vulgar e indocta, para quien solamente yo intentaba escribir, gusta más de una poesía trivial, que de una elevada prosa, me resolví a escribir dicho Resumen en octavas adaptadas al vulgo, para atraer con este incentivo o cebo mayor número de lectores, que renovando la memoria de las penas que Cristo padeció por ellos, se aprovechasen en su espíritu, actuándose en actos de compasión, de agradecimiento y de amor a Jesús, de arrepentimiento por haberle ofendido, de contrición y de odio a sus propios pecados, de firme esperanza de conseguir por la sangre de Cristo el perdón de ellos, etc.

Empecé, pues, a escribir en aquellos ratos, que me permitía libres la ocupación principal de escribir por orden alfabético el Catálogo: esta ocupación me hizo llenar tres tomos en folio hasta llegar solamente a la letra O. De estos mismos tiempos que tenía libres, el menor era el que gastaba en componer las octavas; pues no me empeñaba en hacerlas con los adornos y hermosura que requiere la poesía, lisonjeándome, que después de acabada la obra tendría tiempo de reverla y corregirla: ya emendando algunos versos poco cadentes al oído, ya expurgándola de las voces y frases italianas que podían haberseme escapado, ya mudando algunas locuciones impropias, ya descartando algunas octavas inútiles y finalmente quitando de la obra la mucha broza que hay en ella.

Tengo dicho arriba, que de los mismos tiempos que tenía libres, el menor era el que empleaba en hacer las octavas; porque el mayor me ocupaba en registrar y leer libros sobre las materias y puntos que requerían notas: éstas me han costado más trabajo y llevado casi todo el tiempo. No obstante con-

cluí mi mal digerida obra al año y medio de haberla comenzado: pero, como mi mayor ocupación en dicho año y medio era la de escribir el Catálogo, a éste se le puede dar entero el año, y cuando más a mi obra el medio año, compuesto de aquellos retazos de tiempo libre de que me valía para hacerla.

La lisonja que tuve de que después de acabada la obra tendría tiempo de componerla, me ha salido muy vana: porque, observando que la parte poética está muy defectuosa, y que para componerla sería necesario un trastorno casi total de la obra, y de un trabajo superior a mis fuerzas, y al estado infeliz en que se halla mi debilitada, flaquísima y aturdida cabeza, que ciertamente no podría resistir a tanta fatiga, resolví dar al fuego todos esos papeles: de que siendo sabedor el Padre Comisario (quien antes había tenido la paciencia de leerlos) me ordenó que los conserve y no los quemé: mostrándose benigno y piadoso aun con mis ruines y despreciables papeles, libertándolos de las llamas a que estaban destinados, con mucha razón y mérito; pero confío que después otro Superior, o no Superior, les dé su merecido destino.

SEGUNDO ORDEN DE NOTAS

NOTA sobre el 5º y 6º verso de la Octava 9ª—[pág. 26.]

Miró de Vespasiano los enojos,
Vió el que Tito causó sumo quebranto.

Aquí se reflexione cuán deplorable hubiese sido la suerte de Jerusalén, que con sus intestinas discordias y rebeliones al Romano Imperio, irritó tanto al Emperador Vespasiano, que lo precisó a enviar de presencia a su hijo Tito: y al 14 de Abril del año 72 de Cristo, se vió cercada del ejército romano que, al primer arribo, se abrió el campo en aquel mismo monte, en donde Cristo, viendo la infeliz ciudad, lloró sobre ella, prediciéndole este terrible día: «Quia venient dies in te et circumdabunt te inimici tui vallo etc.» Luc. xix, 43. Y así puntualmente sucedió: ya que Tito, por estrechar mucho más el asedio, cercó la Ciudad con cinco millas de muralla, disponiendo también trece castillos de guardia: tanto que entre la Ciudad y la dicha muralla, intervenía la valla predicha de Cristo. Y en todo el tiempo del asedio, cada día comparecía la dicha valla llena de nuevos cadáveres hebreos, y matados de los mismos ciudadanos en parte, por la guerra

civil, que dentro hervía: y parte muertos de la canina hambre, que los había reducido a devorar hierbas y residuos del heno, que se vendían a gran precio: se comían las mismas correas de sus cíngulos, y aun el fétido cuero de sus zapatos: ni hallando otra cosa, se redujeron a recoger el estiércol de los establos para alimentarse. Se considere a qué extremo de hambre llegaría la plebe y gente pobre, cuando una noble y rica matrona, por nombre María, hija de un tal Eleázaro, mató a su propio hijo, y asíndole, se lo comió. Por lo cual, la mayor parte de aquellos, que compelidos del hambre, se refugiaban a los romanos, cuando éstos les daban de comer, por la ansiedad con que comían, quedaban muertos con el manjar en boca. Muchos nobles Hebreos que huyeron de Jerusalén, entregándose a la clemencia de Tito, le aseguraron que se habían echado fuera de la Ciudad seiscientos mil muertos, a más del gran número que quedaba insepulto, y cerrado en los aposentos, donde habían muerto por hambre. Por dos motivos insinúa el Historiador hebreo, haber sido increíble esta hambre: 1.^o porque los mismos ciudadanos sediciosos habían quemado todo el trigo que se conservaba para provisión de la ciudad; 2.^o por el grande e infinito número de gente, que de todas partes habían concurrido a Jerusalén, para celebrar la fiesta de los Azimos y de la Pascua. Y no es de omitirse aquí la común reflexión de los Santos Padres: *In diebus Azymorum Christum crucifixerunt: ad eosdem dies celebrandos cum confluisissent, bello circumfusi sunt.* Ni faltaron de aquellos que fuesen crucificados, ya por mano de los mismos Hebreos dentro de la Ciudad, ya sobre las murallas por mano de los sitiadores romanos, y esto en tan gran número, que afirma el dicho historiador haber faltado las cruces. Sobre que viene a propósito la consideración de Baronio an. 72: «Crucifixi ex illis ipsis sunt, vel absque dubio illorum filii, qui clamaverunt in Christum *Crucifige, crucifige.*»

Se añade otra circunstancia más miserable, esto es: que porque se había descubierto que muchos de aquellos Hebreos, que por sí mismos se entregaban en poder de los Romanos, llevaban tragado en el vientre aquel oro que tenían consigo en Jerusalén, para llevarlo así mas oculto, y después descargarlo de él, a su provecho; por tanto, a la fama del mucho oro, que llevaban en el vientre, casi todos eran destripados de los escuadrones romanos, que escudriñaban todos sus intestinos para encontrar el oro: y escribiendo esto Josef hebreo, afirma que una vez en una sola noche fueron de este modo destripados dos mil. No dejó en tanto la clemencia de Tito, de solicitarlos a una honesta rendición, protestándose, que no intentaba él ser la causa de tantos estragos, ya que les ofrecía el perdón; pero ellos, más que nunca obstinados, lo precisaron a expugnar contra su voluntad, a 24 de Julio, la Torre Antoniana, que por estar contigua al Templo, también en él se pagó el fuego por la parte del Pórtico Occidental. Y después los mismos Hebreos, que se hallaban cerrados en el mismo Templo, hicieron lo mismo del Pórtico Oriental. Inflexible todavía a

tantos golpes la obstinación hebrea, obligó de nuevo a Tito, que a 8 de Agosto asaltase al mismo Templo, como asilo de sus más fuertes enemigos; y cuando de hecho estaba para expugnarlo con el hierro y el fuego, por compasión de la magnificencia de aquella gran fábrica, ordenó que se apagase el incendio, que ya se había pegado en la parte interior. Consultó con sus capitanes, si debía o no demolerse aquel gran Templo, y aunque ellos aconsejaron su demolición, determinó y ordenó a los soldados, que se abstuviesen de quemarlo; y le hubieran obedecido, si no hubiesen sido provocados de aquellos hebreos que estaban dentro; contra quienes irritados, mientras los iban matando dentro del mismo Templo, un soldado, movido de interno y divino ímpetu, [como expresamente confiesa el mismo Josef hebreo] con un tizón ardiente dió fuego a una ventana, por donde dilatándose el incendio por la parte septentrional lo consumió todo, no obstante las voces de Tito, que ocurrió de presencia a impedirlo.

Así acabó en humo y en cenizas, a 10 de Agosto en el año 72 de Cristo, aquella gran máquina, que se había mantenido en pie desde Salomón por 1130 años, 7 meses y 15 días [Baronio, an. 72]; y arrieron allí seis mil hebreos, que no pudieron huir de la voracidad del fuego: a excepción de todos los Sacerdotes, que saliendo de los escondrijos en que se habían retirado, y entregándose por fuerza a Tito, fueron de éste todos sentenciados a muerte. Ardido ya el Templo, se hizo también arder toda la Ciudad. Y si bien quedaba todavía obstinada en resistir la sola parte, que se contenía en el Monte Sión, también ésta hubo finalmente de caer, y acabar esta tragedia con el fuego y el hierro: quedando a los 8 de Septiembre, en día sábado, toda la Ciudad desolada en menos de cinco meses. Tanto que el Emperador romano, admirando la fortaleza de esta gran Ciudad, reconoció y confesó que Dios había peleado por él; pues, queriendo el ejército darle la Láurea de aquella victoria, la rechazó diciendo: «Non enim se talium operum auctorem, sed Deo iracundiam contra Judaeos demonstrante, manus suas prae buisse.» El número de los muertos llegó a un millón y cien mil, a más de noventa y siete mil vendidos por esclavos a vilísimo precio; tanto que ni menos había quien por un sueldo hubiese queriendo comprar treinta de ellos. Lo que fué una de las maldiciones dada por Dios por boca de Moisés. «Ibi venderis inimicis tuis in servos et in ancillas, et non erit qui emat.» Deut. xxviii, 68. Otros fueron enviados a trabajar en Egipto; otros, como de más bello aspecto, fueron reservados para llevarse arrastrados al Triunfo, que debía celebrarse en Roma; y otros, como más robustos, fueron condenados a varias provincias para ir a ser el espectáculo de los teatros, en morir combatiendo con las fieras.

Habiendo quedado así sin reino, sin ciudad y sin templo el pueblo más amado de Dios, le tocó después el haberse de comprar, de los soldados romanos, aun las lágrimas, que solía derramar por aniversario de tan grande caída; ya que, no siéndoles permitido ni siquiera

volver sus ojos a mirar el sitio de su antigua grandeza, se hacían vender de las guardias romanas que allí asistían, la licencia de ir una sola vez al año, en el día aniversario de su ruina, para llorar su destruida Jerusalén con la memoria de sus perdidas felicidades.—«Et, ut ruinam suae eis flere licent civitatis, pretio redimunt; ut qui quondam emerant sanguinem Christi, emant lachrymas suas:» como más largamente habla San Jerónimo. In Sophron. l.

NOTA al verso que dice:—[pág. 28].

Si otros, con palmas, le hacen el cortejo.

Era costumbre de los Hebreos el solemnizar cualquiera señalada alegría con ramas de palmas, mirto y sauce: como bien lo nota Toledo (in Joan. 12, an. 4) diciendo: «Sic Simon in arcem Templi ingressus est in hymnis, et canticis, et ramis palmarum, ut habetur le Machab. 13. Et festum tabernaculorum celebratum fuit in ramis palmarum 2. Machab. 10, et Josephus 3, Antiq. c. 10, refert: «Judaeos solitos celebrare hoc festum cum ramis myrti, salicis et palma. Hoc enim Hebraeis lactitiae magnum et communis signum erat: nec solius palmarum, sed aliarum etiam arborum ramos portabant.» A más de aplaudir con estos ramos a este triunfo de Cristo, le extendían los vestidos bajo de sus pies, como a su Rey, según otro uso hebreo, notado aquí de Barrado, tom. 3, l. 7, c. 6. Advierte San Juan, (xii, 17, que para mayormente incitarse el uno al otro a darle estos aplausos, muchos de ellos como testimonios de vista testificaban el milagro últimamente hecho de Cristo en el cuatriduano Lázaro. Tanto que todos procesionalmente con las palmas en mano, y con el Hosanna en boca, (qué según Silveira l. 6, cap. 40, n.º 73 y 90, equivalía a *Vivat Rex*), lo aclamaron por aquel Dios, a quien con semejantes ceremonias solían saludar en la fiesta de los Tabernáculos, como nota, Baronio: el cual, con Cirilo Alejandrino [Cathec. 10, Baron. an. 34, c. 6] añade, que aquel árbol de palma de donde tomaron su festiva insignia aquellas turbas, quedó por divina disposición en pie por muchos siglos, escapando sólo él de las espadas de los romanos, a cuyos filos todos los otros árboles cayeron a tierra en el sitio de Jerusalén.

Que entre las turbas, que aplaudían a Cristo, hubiese muchos gentiles venidos a Jerusalén para ver la solemnísima Pascua de los Hebreos, se saca del Evangelio de San Juan: «Erant autem quidam Gentiles ex his, qui ascenderant, ut adorarent in die festo» xii, 20. Entre estos gentiles se lee haberse hallado Eutropio, hijo de Jerjes, Rey de Persia, con toda su familia: no dignándose de esparcir de

su mano flores, y llevar como todos los otros ramos de árboles en aplauso de nuestro triunfante Nazareno. Y porque no merece ser pasado en silencio este real joven, oigase de Pedro de Nadal lib. 4, c. 105 toda la relación aunque larga: «Eutropios, episcopus et Martyr: S. Dionysii consocius, cujus passionem idem Dionysius graece scriptam, per manus Papae Clementis direxit Athenas. Ille Eutropius fuit filius Xersis, admirandi Babylonia: et Persarum Regis, et Guina Regina: qui a pueritia litteris Graecis, et Caldaeis edoctus, liberalibusque scientiis imbutus, curiositate Orbem illustrare desiderans, a patre licentiam circumeundi obtinuit: a quo et Nicanorem pedagogum accepit, Herodemque Regem in Galilaea adiit, ut in ejus curia aliquid conspiceret novitatis: auditoque de Jesu miraculis, qui eo tempore in illis partibus praedicabat, ad eum accessit; quem videns, et audiens licet Gentilis, revereri cepit: fuitque praesens miraculo quando Christus ex quinque panibus quinque millium hominum satiavit: quo viso in ipsum credens, eidem ut discipulus adhasisset, nisi pedagogum timisset. Sed adorato Hierosolymis Templo Domini more Gentilium, ad patrem rediit, et visa sibi nunciavit. Rursum quoque amore flagrans Jesu, licentia a patre petita, post annum in Judeam reversus est: et cum Jesus die Palmaram venisset Hierosolymam sedens super asinum, Eutropius interfuit, et una cum caeteris flores, et ramos in viam stravit: fuitque de numero illorum Gentilium, qui accesserunt ad Philippum, ut Jesum viderent, ut dicitur Joan. xii. Audito autem quod etiam Judei eum accedere quaerebant, repatriavit, ne tanti Viri mortem cerneret, vel si mors ipsius tarderetur, ut ei cum suis gentilibus adiutorium contra Judaeos conferret: cunctaque visa patri retulit.» Audiens quoque Jesum occisum, vehementer doluit: sed post ipsum resurrexisse intelligens, per ea, quae de eo viderat, credidit, et de ejus resurrectione consolationem non modicam recepit: unde et in ultionem mortis Christi eos Judaeos, quo in Regno paterno reperit, occidi mandavit.»—Habiendo sido después bautizado de San Simón y Judas, él juntamente con su padre, y todo el reino, pasó a Roma, de donde fué enviado por San Pedro a predicar en las Galias. Vuelto de allí otra vez a Roma, y hallando que San Pedro era ya muerto, fué de San Clemente ordenado y consagrado Obispo de la Rochela. Después juntamente con San Dionisio pasó a Francia, donde finalmente murió mártir a 30 de Abril; y en tal día se lee en el Martirologio Romano, la siguiente conmemoración.—«Apud Sanctonas Bti. Eutropii Ep. et M. quem S. Clemens Pontificalis ordinis gratia consecratum, direxit in Galliam; peractaque diu praedicatione, ob Christi testimonium, colliso capite, victor occubuit.»

NOTA del verso que dice (pág. 32):

Hecho el Templo, del tráfico officina.

Estaban por ley obligados los hebreos, a ir tres veces cada año al Templo de Jerusalén. Debía cada uno llevar alguna cosa que ofrecer, según el orden de Moisés. Y porque aquellos, que venían de países distantes, hubieran hecho gran fatiga en conducir consigo los animales, y las otras cosas concernientes a las ofertas que querían hacer, tenían permiso de vender todo en el vinje, y de su producto comprar otras cosas, llegados que fuesen a la Santa Ciudad. A este fin, se tenían en ella lugares públicos destinados a compras y ventas; pero con el progreso del tiempo, habiendo observado los sacerdotes y los otros ministros del Templo, que de un tal comercio podían sacar un gran provecho y utilidad, idearon reducir aquel comercio a los alrededores del Templo, esto es, a aquella parte que se llamaba el Vestíbulo, o el Pórtico de los gentiles. Allí por tanto colocaron mercaderes de toda suerte de animales y de mercaderías propias para los sacrificios: y tal vez los mismos ministros, tomando el nombre y oficio de mercaderes, revendían más de una vez las mismas ofertas, o a lo menos hacían esto por medio de los mercaderes, percibiendo de ellos un pesado tributo. Y porque ordinariamente los que venían a la solemnidad de la Pascua, o no traían dinero alguno, o el que traían no tenía curso en la ciudad, pensaron los sacerdotes utilizarse también de esta circunstancia, introduciendo en el Templo cambiadores, que cambiasen el dinero, convirtiendo en moneda corriente la que no lo era en Jerusalén, o que diesen dinero prestado, con grande usura, al que no lo tenía, bajo la fianza de algún rico habitante de la ciudad; o sobre alhajas que recibían por prendas para su seguridad, bien que toda esta suerte de tráfico fuese prohibido de la Ley. Quanto fuese el provecho y utilidad que percibían de todo esto, se puede hacer el cálculo del inmenso tráfico y del infinito número de ofertas, que según refiere Josef Hebreo, en un solo día se hicieron doscientas cincuenta y seis mil y quinientas ofertas.

Aquí se debe también notar, que entre los expositores está en controversia, si el hecho de Cristo, en echar del Templo a los vendedores, hubiese ocurrido en el mismo Domingo de las Palmas, como escribe San Mateo, 21; o en el día siguiente, como con evidencia lo individualiza San Marcos. 11. San Agustín, seguido de Maldonado, Barrado y Silveira, dice haber acaecido el hecho en el mismo día que Cristo entró triunfante en Jerusalén. Jansenio c. 112, Saa y Alápidio in Match. 21, inclinan a la narración hecha de San Marcos, que refiere el hecho como acaecido en el lunes; uno y otro se puede seguir con seguridad; o puede también decirse, como juzga Gaetano, que Cristo echó dos veces a dichos traficantes del Templo: esto es, en el Domingo de Ramos, como escribe San Mateo, y en el día siguiente, como

dice claramente San Marcos. Lo que no es improbable, atendida la dureza y acostumbrada obstinación de los Hebreos. Y si éstos fueron dos hechos distintos, serían tres con lo que hizo el año treinta y uno de su edad, y primero de su prediciencia, que entrado en el Templo, y no sufriendo en ver trocada, así vilmente y sin ningún respeto a Dios, en estable de bestias su misma casa, trocó su placidez y mansedumbre, en una divinisima indignación, y tomando un azote echó fuera del Templo, a sus profanadores; y trastornando a los ímpetus de su celo los bancos de los usurarios, botó también por tierra las monedas, añadiendo a los golpes del azote las repreensiones.—*«Auferte ista hinc, et nolite facere domum Patris mei, domum negotiationis.»* (Joan. II, 16).

NOTA del verso que dice (pág. 35):

Las hórridas señales vaticina.

De aquellas señales, que aquí predijo Cristo, no eran todas, ni de solas las que precederían a la destrucción de todo el mundo, ni sólo de las que anunciarían el excidio de Jerusalén: mas en ellas había un mixto de unas y otras, como dicen casi todos los modernos con San Agustín, San Jerónimo y Beda. Oigase, lo que, siguiendo a estos Padres, escribe Silveira l. 6, c. 48, nº 25.—*«Discipuli confuse, et simul de Urbis et Orbis excidio, unum cum año jungendo, interrogaverunt: mixtum etiam Dominus ubique respondet: quod ea intentione facit, ut discipuli ac fideles semper suspensi, ad utrumque diligenter se promuniant ac praeparent. Quod autem mixtum Dominus hic agat de Urbis et Orbis excidio, patet ex eo quod haec signa utrumque excidium praebunt.»*

Y bien que Cristo aquí con decir: *«Terroresque de caelo, et signa magna erunt, reveló en confuso, sin explicar cuales señales del cielo debían pronunciar la ruina de Jerusalén: Josef Hebreo (1) l. 7, c. 17 de Bello, y Eusebio Cesariense l. 3, c. 6. Hist. Eccl., refieren distintamente cuando sucedió después, diciendo, que un terrible cometa a manera de espada, por un año enteró, se vió amagar sobre aquella Ciudad; donde también una luz, como la del medio día, resplandeció maravillosamente dentro del Templo, por media hora, en el tiempo mas lóbrego de la noche, en ocasión de que éste era frecuentado de gran multitud de pueblo, por la Pascua. A más de esto, una vaca*

(1) La cita, que hago de Josef Hebreo l. 7, c. 17 de Bello, debe de estar en alguna de las ediciones antiguas, que no tengo a mano. Quien quisiere ver el citado lugar, búsquelo en el l. 6, c. 5, de la edición Oxoniense 1726 pág. 1281.

en el mismo acto de ser sacrificada parió un cordero; y la puerta oriental del mismo Templo, que por ser de bronce, no bastaban veinte hombres para abrirla, y que a más de estar cerrada, la tenían bien apuntalada con puntales de hierro, se abrió de par en par a la media noche por sí misma; como para significar la partida de aquellos ángeles, que con tremendas voces, dentro del mismo Templo, en la fiesta de Pentecostés, se oyeron gritar: *Migremus hinc*. Pocos días después de dicha festividad, apareció un prodigioso espectro, que supera toda creencia. Se vieron antes del ocaso del sol, por toda aquella región, carros llevados por el aire, y discurrir por las nubes escuadrones bien armados asediando ciudades, y por sesenta días continuamente, batallando sobre Jerusalén.

Finalmente un plebeyo, llamado Jesús, hijo de un tal Anaán, mucho tiempo antes del exilio de Jerusalén, en la fiesta de los Tabernáculos, y cuando gozaba de más prosperidad aquel reino, concurzó, ni por muchos tormentos que le diesen acabó jamás por espacio de siete años y cinco meses, de exclamar: «Vox ab Occidente: vox ab Oriente: vox a quatuor ventis: vox super Jerusalem: vox super sponsos et sponsas: vox super populum!» — interponiendo aquel indéfenso y lastimoso grito: Veli! Veli! Jerosolymis: sin que jamás se cansase o se enronqueciese del continuo clamar de noche y de día: hasta que, llegado el tiempo del asedio, al ver verificados los augurios, se aquietó. Pero caminando un día por las murallas, volvió a exclamar otra vez en alta voz: «Veli! Veli! Civitati, et Templo, et Populo», y al añadir: «Veli! quoque mihi», murió herido de una de aquellas piedras, que por un hélico instrumento arrojaban contra la sitiada Ciudad los Romanos.

NOTA al verso que dice (pág. 36.)

Este secreto no le notifica,

Vini inquiriendo los Doctores, cómo sea verdad que el Hijo, que es la Sabiduría del Padre, no sepa el día cuándo deba venir el juicio. Sobre lo cual hay varias explicaciones. Yo me restringiré a solas dos; que son las más probables y abrazadas; la primera es de San Gregorio l. 8. ep. 42. San Ambrosio in Luc. 17. San Atanasio, Serm. 4 contra Arrianos. San Cirilo l. 9. c. 4. Thesaur. San Gregorio Nazianzeno Orat. 36 et orat. 4 de Theol. Anter imperf. in Matth. 24 y Teodoreto Anathematismo 4, los cuales dicen: que el Hijo, como hombre, no sabe éste oculto arcano, que se ha reservado a sí solo el Padre. Y así respondió Cristo sobre esto mismo a Santa Brígida diciendo: «Quod vero ignorabam hoc, ignorabat Humanitas mea; secundum vero Deitatem omnia sciebam, et scio.» In revel. l. 5 in respons. ad interrog. 16. La otra explicación es del mismo San Ambrosio y de San Agustín, Hilario, Crisóstomo Jerónimo; Orígenes,

Beda, Teofilacto y Santo Tomás, quienes dicen: que el Hijo, también como hombre, sabe el día y la hora, cuándo ha de ser el Juicio; pero lo sabe para sí solo, sin poder manifestarlo a otros. Se dice por tanto no saberlo, respectivamente a los otros, a quienes no puede comunicarlo: *Christus horam novit, sed novit sibi, nescit mihi*, como se explica San Ambrosio. Esta última es la sentencia seguida de todos los modernos.

Y si este día es tan oculto y secreto, que aun se llega a controvertir, si pueda saberlo como hombre el mismo Cristo, ¿quién no admira la soberbia o ceguera de aquellos hombres, que han intentado adivinarlo? Y porque se conozca cuánto han sido todos ellos falaces, quiero brevemente referirlos. San Jerónimo l. de viris illustribus, escribe que un cierto Judas, de nombre, juzgó que el mundo debía acabar en el año 200 de Cristo. Otros, según Lactancio, en el año 400. También San Agustín l. 18, c. 53 de Civit. Dei, refiere de algunos otros que dijeron que este fin debía suceder en el año 1000. Mateo Palmegio in Chronic. y Bart. Platina in vita Paschal II escriben, que por algunos prodigios, que en el año 1015 se vieron en la Italia, el Obispo de Florencia públicamente predicaba, que ya había nacido el Anticristo, y conmovió talmente los ánimos esta promulgación, que Pascual II, entonces Sumo Pontífice, pasó a Florencia y tuvo sobre esto un Concilio de 240 Obispos; y se conoció haber sido todo ligereza e imprudencia de aquel Prelado.

Otros dijeron que el mundo debe continuar después de la venida de Cristo, otros tantos años, cuantos antes había durado hasta su venida: haciendo cuenta, que El hubiese venido a la mitad del tiempo; según aquel vaticinio de Habacuc, 3, 2: *Domine, opus tuum in medio annorum, vivifica illud*. Según esta sentencia, habiendo venido Cristo a los 4000 años del mundo, conforme a la opinión más seguida, se seguiría de aquí, que después de su venida, deba durar el mundo otros 4000 años. Algunos, un poco más sutiles, juzgaron que deba durar el mundo después de la venida de Cristo, tantos años de Jubileo cuantos él vivió años, entendiendo cada año de Jubileo cincuenta años: por tanto, supuesto que Cristo haya vivido 34 años, numerándolos desde su Encarnación, se seguiría, que el mundo debiera terminar en el año 1700; lo que evidentemente es falso, hallándonos ya en el 1811. Otro, con las mismas ridículas y falsas conjeturas al principio del siglo XVI, escribió que en el 1626 debía nacer el Anticristo; en el 1656, debía reinar como Monarca, en el 1660, debía morir y en el 1666, debía venir el Juicio, y se fundaba con decir, que el mundo por todo hubiese de durar 6666 que, como él dice, es el número perfecto, y conforme al número de días, que fueron seis en los cuales fué criado el mundo, suponía él que en dicho año de Cristo 1666, se cumpliesen los 6666 años del mundo: lo que es falso, según la sentencia más seguida y uniforme al cálculo, que se dé de la Sagrada Escritura.

Finalmente la sentencia que hoy prevalece, porque no se puede verificar de pronto, es que el mundo desde su creación deba en todo durar seis mil años (1). Así juzgan San Agustín l. 20, c. 7. de Civit. Dei. Justino q. 71 ad gentes. Ireneo lib. 5. Lactancio l. 7, c. 14. Hilario in Matth. y Jerónimo in Psalm. 89. Corresponde también esta sentencia a una tradición, que dicen los Rabinos hebreos tener del Profeta Elías, con decir, que el mundo deba en todo durar seis mil años. Añaden otros modernos a esta opinión otra congruencia, diciendo que, así como la ley de naturaleza desde Adán hasta Moisés duró dos mil años; y la ley escrita, desde Moisés hasta Cristo, duró otros dos mil años; así la ley de gracia, parece que por consiguiente deba, como las otras, durar otros dos mil años.

Nicolás Alberti, célebre escritor Palermitano, en sus Comentarios de la Vida de Cristo, parte 3ª, c. 6, hablando de esta opinión dice: «A mi parecer, diría mejor, si se dijese, que esta ley de gracia deba durar, no dos mil, como las otras, sino cuatro mil años, para corresponder a todo el tiempo que había pasado en las otras dos leyes, ya que entrambas se contienen en esta ley de Cristo: pareciendo conveniente, que el mundo debiese caminar a la luz de esta ley de gracia tanto tiempo cuanto había extraviado sin ella. Bellísima reflexión, y según ella se hace más probable la sentencia puesta arriba, que se funda en el alegado texto de Habacuc: Domine opus tuum in medio annorum etc. Pero todo se discurre como simple opinión, que puede fácilmente engañarnos, como concluye el mismo San Agustín l. 19, c. 53, de Civit. Dei: «Omnium vero de hac re calculantium digitos resolvit, et quiescere jubet ille, qui dixit: «Non est vestrum scire tempora, quae Pater posuit in sua potestate».

NOTA sobre el verso que dice: (pág. 36.)

Sobre la tierra, aunque es menor, caerán
Et stellae cadent de caelo. Matt. xxiv, 29.

Aquí se presenta desde luego a la mente una grave dificultad: ¿cómo sea verdad que caerán las estrellas del cielo, cuando no basta toda la tierra a contener la grandeza de una de ellas? Los Doctores se desembarazan de esta dificultad, dando diversas inteligencias al texto. Algunos, según Maldonado in Matth. 24, por estrellas entienden aquí aquellos espíritus, de que está lleno el aire, de donde entonces caerán precipitados. Otros con Haimón, in cap. 6 Apocal. explican esto místicamente, entendiendo esto por aquellos justos que en la persecución del Anticristo, a la violencia de los tormentos,

(1) Así como fué criado en seis días, porque *mille anni ante oculos tuos, tanquam dies externa, quae praeteriit.*

caerán como del cielo al infierno, renegando la fe. Muchos otros, siguiendo una sentencia de San Agustín l. 20 de Civ. Del., entienden aquí por estrellas aquellos horribles cometas, que para mayor terror de los hombres caerán del aire. Pero Boda, Jerónimo, Santo Tomás, el Cartusiano, Gaetano, Jansónio, Mannel Saa, Suárez, Barrado y Tirino, citados por Alberti, comúnmente dicen, que esto dicho de Cristo es más bien metafórico, y que se dice caer las estrellas del cielo, porque perdiendo su luz, y no apareciendo más, parecerán caídas, y como que ya no fuesen. La sentencia es de gran séquito y autoridad: pero la objeción que hace Maldonado es muy relevante: «*Multorum opinio est, non vere casuras, sed fore ut quia non lucebunt, cadere videantur: quod mihi ego nullo modo persuadere possum: dixisset enim Christus, sicut de sole et luna dixerat, fore ut non lu- cerent: nunc autem, cum dicit fore ut cadant, majus profecto aliquid significare voluit.*» In Matth. 24. Por tanto, dicho Maldonado se acuerda a la opinión del Crisóstomo y Teofilacto, seguidos también de Silveira in Matth. 24, n.º 45, que dicen, que verdaderamente habrán de caer del cielo las estrellas; y a la dificultad de no haber en la tierra, responde el citado Silveira: «*Qui enim semel cecidit, tanto impetu fertur, ut omnem naturam rerum vincat, et descendendo deveniat ad locum, quem alias attingere non poterat:* o a lo menos, como explica Alápide in Matth. 24, se entiende por las pequeñas estrellas: «*Intellige de stellis minimis, quae proinde non apparent, nobisque sunt invisibiles: nam alioquin stellae visibiles majores sunt tota terra, ideoque in eam cadere nequeunt.*»

Yo, apoyado en lo que encuentro escrito en un sermón del Padre La Colombiere, que es el 52 de su Cuaresmal, donde trata del Juicio universal, digo, que puede verificarse literalmente que caigan las estrellas, no sólo las pequeñas, como restringe Alápide, sino también las de primera magnitud, sin recurrir a explicaciones o sentidos místicos o metafóricos, como los de la 1.ª, 2.ª y 3.ª sentencia: sino cayendo efectivamente ellas mismas sobre la tierra, aunque inmutadas y perdida aquella grandeza que ahora tienen; esto es, cayendo despedazadas o reducidas a cenizas; en el cual caso cesa la dificultad de no haber sobre la tierra, pues cabrían en ella muy bien sus cenizas.— Oigáse ahora las palabras de La Colombiere: «*Después que el fuego habrá destruído todo el mundo, en aquel último día; después que las estrellas consumidas de sus propias llamas habrán también pegado el fuego al mismo cielo, y que están fijas, y como tantos apagados carbones habrán finalmente de sus propios sitios caído, etc.*» T. 2, Serm. 52, en el Exordio.—Cuándo Cristo ha dicho de su boca que caerán las estrellas del cielo, y se halla modo de verificar literalmente su dicho, ¿por qué reducirlo a sentido solamente místico o metafórico? *Intelligenti paucis.*

NOTA del verso que dice: (pág. 40.)

Del generoso noble caballero

El Evangelio pasa en silencio el nombre, y otras circunstancias de quien fuese este caballero, debiéndose creer que era persona muy respetable, no tanto por tener criados, cuanto por la calidad del palacio en que habitaba, que destinó luego para Cristo una gran sala ricamente entapizada, como refieren los Evangelistas Marcos y Lucas.

Ahora, para resolver la duda de quién fuese este personaje, debemos creer, que él fuese uno de los discípulos de Cristo: lo que se saca primeramente de la palabra *Magister*, que por orden de Cristo los dos enviados Apóstoles debían decirle: *Magister dicit*, que si bien esta proposición puede tener este sentido, *Nuestro Maestro dice*: todavía, absolutamente pronunciada, tiene relación no sólo con quien habla, sino también con quien escucha, e igualmente muestra discípulos a los unos como a los otros. Secundariamente se confirma esta verdad, del encontrar que el gran Cenáculo preparado de este hombre para la celebración de la Pascua, fuese el mismo en que congregados los Apóstoles después de la Ascensión de Cristo al cielo, recibieron al Espíritu Santo, en el cual antecedentemente había (januis clausis) entrado el Redentor: señal manifiesta, que el dueño de dicho Cenáculo era algún discípulo de Cristo. Ni se diga, que en tal caso no hubieran necesitado los dos Apóstoles de contraseñas para hallarlo, porque a esto se puede responder, que acaso era discípulo oculto, y sólo manifiesto al Salvador, como lo eran muchos otros, por consiguiente eran necesarias aquellas contraseñas para encontrarlo.

Supuesto, pues, que fuese uno de los discípulos de Cristo, es preciso investigar su nombre. El P. Donato Calvi, en su *Propriu^o Evangélico*, resol. 58, hace mención de varios escritores, que han juzgado por dueño de aquella casa, quien a Juan Marcos, hijo de María, de quien en los Actos Apost. se dice: — «*Venit Petrus ad domum Mariae matris Joannis, qui cognominatus est Marcus &c.*» quien a S. Juan Evangelista, bien que no habitase él, sino otro en la casa; y no ha faltado quien dé por dueño de dicha casa a Simón Leproso. Pero, rebatidas estas opiniones, establece Natal en el catálogo de los Santos, l. 8. c. 17. referido, y seguido de Ferrario, in *Catal. Sanct. Italia* l. Sept: de Ferdinando Ughelli en su *Italia sacra*, T. 6. inter *Episcopos Capuanos*: de Mar. Antonio Lualdi en el *Orig. de la religión en occidente* T. 1, l. 5, c. 9. y de otros, establece digo, que el afortunado dueño del Cenáculo se llamaba Prisco, quien después de la muerte del Salvador, siguiendo las pisadas del Apóstol S. Pedro, y pasando con él de Antioquía a Roma, fué del mismo Apóstol instituido y destinado por primer Obispo de la ciudad de Capúa, el año

de nuestra salud 44. Hacen fé de esta verdad el Breviario de la Iglesia Capuana, y los siguientes autores citados del dicho Calvi: Beda, Usuardo, Adone, Galesino y Baronio, que no sólo llaman a Prisco uno de los antiguos 72 Discípulos de Cristo, sino que también lo llaman Obispo de la dicha ciudad. Y si bien el Martirologio Romano lo llama sólo con el nombre de Mártir; — Capua via Aquaria V. Prisci Martyris, qui fuit unus de antiquis Christi discipulis: no por eso se niega, que haya sido Obispo, como siempre lo ha reconocido la Iglesia de Capua, según escribe el Ferrario: «Ecclesia Capuana illum, uti suum primum Episcopum, agnovit et veneratur.»

Hecho Obispo de Capua el glorioso Prisco, plantó no sólo en Capua el estandarte de la verdadera religion, sino que recorriendo las vecinas ciudades y regiones, sacó de las tinieblas a la luz evangélica muchos pueblos, manifestándoles con exhortaciones, ejemplos, y milagros el recto sendero, que debía conducirlos a la eterna felicidad. Pero, mientras el Santo Obispo andaba de este modo propagando la Fe de Cristo, fué de los sacerdotes de los ídolos acusado al Presidente de la provincia como seductor de los pueblos, despreciador de los dioses, e introductor de nueva religion; por lo cual fué desde luego aprisionado y sucesivamente apaleado, con suma crueldad, herido con puñales, y finalmente matado cerca de la ciudad en la calle que se llamaba Aquaria, de donde pasó el 1° de Septiembre a gozar en el cielo el premio de los Santos Mártires. Su cuerpo fué sepultado de los fieles, y después de 400 años, por medio de una beata matrona, hallado por revelación divina: se fabricó allí una Iglesia, a nombre de San Prisco, reponiendo bajo del altar mayor su cuerpo, hasta que el año milésimo de Cristo, fué transferido a la catedral de la nueva Capua. — Donato Culpí, in Propr. Evc°. res. 58.

NOTA al verso que dice: (pág. 47.)

El os descalzará de propia mano.

Se cuestiona entre los Doctores, si Cristo y los Apóstoles anduviesen calzados: uno y otro se intenta probar con textos de la misma Escritura. Los que establecen la sentencia afirmativa se apoyan en lo que de Cristo dijo el Bautista: «Cujus non sum dignus procumbens solvere corrigiam calceamentorum ejus». Marc. I, 7.—Los autores de la opinión contraria alegan a su favor la prohibición hecha del mismo Cristo: «Nolite portare saccum, neque calceamenta, neque peram». Matth. 10, Luc. 10.

San Jerónimo, Lirano, el Abuleuse, Dionisio Cartusiano, Buena-ventura, citados de N. Alberti y otros modernos, que opinan que Cristo no anduviese calzado, responden a la objeción del dicho del

Bautista, atribuyéndolo a un uso proverbial, que para expresar la inferioridad de quien habla, y la superioridad de aquel a quien se habla, se dice aquello, de no ser digno de desatarle el lazo de los zapatos.

Pero San Agustín, San Antonino de Florencia, San Crisóstomo, Paulo Burguense, Gaetano, Jansenio, Toledo, Barrado, Suárez y especialmente Ribera (quien in Joan. I. trata difusamente la cosa) respondiendo a todas las autoridades y dificultades, que se truen en contrario, establecen, que Cristo anduviese calzado de sandalias; y acerca de la prohibición, que el mismo Cristo hizo a los Apóstoles, cuando los envió a predicar, responden con Crisóstomo in Epist. ad Philip. y con Euménico Act. 12, que éste fué un orden particular para aquel solo viaje; o que les prohibió el uso de los zapatos, no de las sandalias, como se lee en San Marcos, que expresamente dice: «Præcepit eis ne quid tollerent in via, nisi virgæ tantum; non peram, non panem, neque in zona aes, sed calceatos sandaliis: Marc. vi. 8; y en los Actos Apostólicos tenemos, que el Angel cuando vino a librar de la prisión a San Pedro, le dijo así: «Calcea te caligas tuas», lo que en el texto griego se lee: *Calcea te sandalia*. Tanto más, que una de estas sandalias de San Pedro se conserva en Roma, y otra de San Andrés en la ciudad de Oviedo en España, como escribe Suárez in 3 p., t. 2, disp. 27, sect. 3. Y el Bolando, die I. Januari, afirma conservarse en el *Sancta Sanctorum* del mismo Roma las sandalias de Cristo.

NOTA sobre el verso, que dice: [pág. 48].

Pide a Pedro los pies para lavarlos.

Escribe el Card. Baronio, anno 34, c. 35. et seq. lo que a Cristo dió probablemente motivo para lavar los pies a sus discipulos, fué el rito hebreo, que los obligaba a lavarse dos veces en aquella Cena Pascual: esto es, las manos antes de ella, y después los pies. Por eso, habiendo ya los Apóstoles lavádose antes las manos por sí mismos, quiso el humildísimo Jesús, para denotar que de sus manos se debe buscar aquella limpieza necesaria para la Santísima Eucaristía, que ya estaba entonces para darles: quiso, digo, hacer de su mano el lavatorio de los pies, y para hacer esto con más desembarazo, depuso sus vestidos, esto es, el palio y la túnica exterior, quedándose con la sola interior o inconsútil. Se ciñó a la cintura una toalla (que hoy se conserva en S. Juan Laterano de Roma, Serrau de 7. Eccl.) dejando una parte pendiente, que sirviese para enjugar los pies: puso de su mano el agua en el vaso deputado para este lavatorio. Hay quien diga, que S. Marcial suministró aquí el agua a Cristo: «Martialis,

Lemovicensis Episcopus, ex tribu Benjamin, consanguineus Stephani Protom., qui perhibetur fuisse ille puer, qui habebat quinque panes hordaceos, et duos pisces, Joan. v. 9. qui et Domino discipulorum pedes lavavit, aquam in pelvim ministrabat: et postea in Galliam a Petro missus, Lemovicis profuit, ubi quievit pridie Kalendas Julii anno 68, Vespasiani tertio, Episcopatus sui 28*, Petrus de Natali l. 6. c. 29. — El vaso que sirvió de vasija a este misterioso lavatorio era de bronce, del cual formaron después los fieles por veneración la imagen de un crucifijo, que antes se conservaba en Rodas, [uicntas fué residencia de los Caballeros de Jerusalén] y ahora en Malta.

Aquí suscitan los Doctores la cuestión de cuál fuese el orden observado de Cristo en este lavatorio de pies, y si hubiese empezado por S. Pedro o no. Antonio Gislandi, en su libro intitulado *Opus aureum super Evangelia*, citando a Orígenes responde, *quod a junioribus, et ultimis venit ad Simonem Petrum*; de que se seguiría que el Salvador hubiese empezado en Judas, y terminado la obra en el Apóstol S. Pedro. En la opinión que Pedro fuese el último concurren también San Ambrosio l. 3 de Sacram. c. 1. donde dice: «Omnes ante Petrum esse ablutos:» pero de quien comenzase la ablución no lo dice; Orígenes parece que afirma, que comenzase de Judas, cuando dice: «Instar medici Christum ab eo coepisse, qui aegrotabat gravius, et medicina magis indigebat.» S. Juan Chris^o. seguido de Eutimio, y Teofilacto, cree que la ablución empezase de Judas y después S. Pedro: «Credibile est Judam ante Petrum Apostolorum Principem discutuisse impudenter, ideoque prius lotum». Eutimio Mónaco asigna otra causa, por la cual el Salvador diese la preferencia a Judas, esto es, por honrar más, a quien más que ninguno le era enemigo: «Primum lavit pedes Iscariote, simul beneficio afficiens, et honorans proditorem suum.»

Parece, que el texto sacro: *Caepit lavare &c.* que es el fundamento de los Padres Griegos, patrocina la opinión de haber Cristo empezado por otro, y venido después a Pedro.—Verbum *Caepit* (dice el Bona de oro) alium ante lavasse significat.—No obstante casi todos los Padres Latinos sostienen, que el primero a quien el Redentor lavase los pies fué al príncipe de los Apóstoles San Pedro: como enseñan S. Agustín trat. 56 in Joan., Beda, Ruper, Lirano, Sim. de Cassia, Jansenio, Cartusiano, Cayetano y otros citados de Donato Calvi en su Propr. Evang. resol. 65.—Ni se opone a esta verdad la palabra *caepit lavare*, como que hubiese comenzado Cristo a lavar a algún otro los pies, y después viniese a Pedro: que el verdadero sentido de aquellas palabras es este: — «Caepit lavare pedes discipulorum, venit ergo ad Simonem Petrum»: Comenzó el Redentor a lavar los pies a los Discípulos, y vino primeramente a Pedro: así lo explica S. Agustín con estas palabras: — «Non ita intelligendum est, quod post aliquos ad Petrum venerit, sed quod ab illo cueperit. Quando ergo pedes

discipulorum Christus lavare caepit, venit ad eum, à quo caepit, id est, ad Petrum.» — Y verdaderamente la misma conveniencia requería, que quien era cabeza del Apostólico Colegio, fuese también el primero a recibir los honores del Maestro. Ni se diga con los Padres Griegos, que Judas temerario y petulante, quitase la precedencia a Pedro: que antes es creíble procurase de ser el último, pues cuanto era pérfido y traidor, otro tanto era hipócrita y fingido: por lo cual podemos creer, que más que ningún otro fuese renitencia y repugnancia de ser a los otros antepuesto.

NOTA al verso que dice: (pág. 58.)

Aun al infame Judas no lo excluye,

Aquí queda la duda, si Judas hubiese comulgado o no con los otros discípulos, ya que muchos gravísimos Doctores fueron de opinión que Cristo se detuvo y dilató en instituir este Sacramento hasta que Judas partió del Cenáculo, y que por consiguiente no se comunicó: así opinan San Hilario, San Clemente, Teofilacto, Ruperto, Inocencio III, Turiano y especialmente Barrado t. 3, lib. 8^o, c. 3, que con todo empeño insiste a favor de esta sentencia; por la cual todos ellos citan la autoridad de San Dionisio: a lo que responde Alápipe así: «Sed idem S. Dionysius pro contraria sententia facile explicari potest: pro qua eum citat S. Thomas, Dionysius Carthusianus, et alii.»

La sentencia contraria es la comúnmente aceptada y seguida de San Cipriano, San Crisóstomo, San Jerónimo, San Agustín, Santo Tomás, Orígenes, Beda, Rabano, San León, San Ambrosio y muchos otros que cita y sigue el Padre Vázquez in 3 p., tom. 3, disp. 227 y Suárez in 3 p., tom. 3, qu. 73, disp. 4, art. 5, sect. 3 con todos los modernos. Así se saca también claramente de San Lucas, xxii, 22, el cual después de escribir la Consagración del Cáliz, inmediatamente añade: «*Verum tamen ecce manus tradentis, mecum est in mensa.*» Algunos con Teofilacto in Matth. 26, añaden que bien que Judas hubiese recibido este Sacramento, conservó irreverentemente el Pan Eucarístico, para mostrarlo a los Pontífices, y comprobar cuanto era embustero y engañador su Maestro. Acerca de esto Sor María de Agreda, parte 2, l. 6, c. 11.º núm. 1199 dice lo siguiente: «Otro milagro muy secreto ocurrió en la comunión de los Apóstoles; y fué que el pérfido y traidor Judas, viendo lo que su Divino Maestro disponía mandándolos comulgar, determinó como infiel no hacerlo, sino reservar el Sagrado Cuerpo, si pudiera, ocultaente para llevarlo a los pontífices y fariseos y decirles quién era su Maestro; pues decía, que aquel Pan era su mismo Cuerpo, y ellos lo recriminasen por gran delito; y si no pudiese conseguir esto, intentaba hacer algún otro

vituperio del Divino Sacramento. La Señora y Reina del cielo, que por visión clarísima estaba mirando todo lo que pasaba, y la disposición con que interior y exteriormente recibían los Apóstoles la Sagrada Comuni6n, y sus afectos y efectos, vi6 tambi6n los execrables intentos del obstinado Judas. Encendi6se toda en el celo de la gloria de su Se6or, como Madre, como Esposa y como Hija; y conociendo era voluntad suya que usase en aquella ocasi6n de la potestad de Madre y Reina, mand6 a sus 6ngeles, que sucesivamente sacasen a Judas de la boca el Pan y Vino consagrado, y lo restituyesen adonde estaba lo dem6s Sacramentado..... Obedecieron los 6ngeles, y cuando lleg6 a comulgar el p6simo de los vivientes Judas, le sacaron las especies Sacramentales una tras de otra de la boca; y purific6ndolas de lo que haba recibido en aquel inmundisimo lugar, las redujeron a su primera disposici6n y las colocaron ocultanente entre las dem6s, etc.

Suele aqu6 la curiosidad de los devotos preguntar si en aquella noche recib6 tambi6n Mar6a Santisima el Eucaristico Pan. A lo que se responde lo primero, que es indubitable, que Ella se hubiese hallado aquella noche en el Cen6culo a celebrar la Pascua y comer el Cordero: no juntamente con el Hijo y los Ap6stoles, como con Palesto dice Silveira l. 7, c. 7, n. 178, sino en otro aposento de aquel Cen6culo, juntamente con sus devotas compa6eras, como siente Crist6foro de Castro c. 16 y Barredo t. 4, l. 1, c. 17, y antes que todos Sim6n Metabaste in orat, de ortu et dormit. Deip.; y estando Mar6a en aquella separada estancia con dichas mujeres, us6 con ellas todos aquellos oficios de caridad y de humildad que Cristo us6 con sus disc6pulos; esto es, comiendo con ellas el Cordero, lav6ndoles los pies, como hac6a el Hijo con los Ap6stoles.

Se responde lo segundo que la Eucaristia fu6 instituida m6s por la Virgen, que por todos los fieles juntos, como defienden Silveira l. 5, c. 35, q. 19, y antes que 6l, el P. Salazar y el P. Novato: y lo comprueban con muchas y varias razones, y confirma esta sentencia el P. Salazar in Proverb. 9 diciendo as6: «Hud enim mihi exploratum est, quod licet Eucharistiam..... ideo Christus instituerit, ut sui absentis desiderium in animis fidelium leniret; sed tamen ante omnes alios, et pro omnibus propter Mariam instituta fuit, ut scilicet illa post Christi Passionem horas suam beatitudinis, hac esca confirmata, facilius terre possit etc.» — De aqu6 se sigue indubitablemente, que tambi6n Mar6a se apacent6 en aquella noche del divinisimo Pan Eucaristico instituido para Ella principalmente: antes, primero Ella, que los Ap6stoles; fuese o por mano de San Pedro, o por mano del mismo Cristo, a cuyos pies Ella acaso fu6 reverentemente a comulgar; o m6s congruentemente en mi pobre juicio, del modo que refiere esta comuni6n de Mar6a la Madre de Agreda, que en la parte 2^a, lib. 6, c. 11, n. 1197, despu6s de haber referido c6mo se co-

mulgó Cristo a sí mismo, dice así: «Hizo Cristo nuestro bien comulgándose un cántico de alabanzas al Eterno Padre, y se ofreció a sí mismo Sacramentado por la salud humana, y luego partió otra partícula del Pan consagrado, y la entregó al Arcángel San Gabriel, para que la llevase y comulgase a María Santísima..... Esperaba la gran Señora y Reina con abundantes lágrimas el favor de la Sagrada Comunión, cuando llegó San Gabriel con otros innumerables ángeles, y de la mano del Santo Príncipe la recibió la primera después de su Hijo Santísimo, imitándole en la humillación, reverencia y temor santo. Quedó depositado el Santísimo Sacramento en el pecho de María Santísima y sobre el corazón, como legítimo Sagrario y Tabernáculo del Altísimo. Y duró este depósito del Sacramento inefable de la Eucaristía todo el tiempo, que pasó desde aquella noche hasta después de la resurrección, cuando consagró San Pedro y dijo la primera misa etc.»

Añaden también los autores citados arriba, según Nicolás Alberti en sus Comentarios de la Vida de Cristo, p. 3, c. 11, n. 81, que no parece inverosímil haber también aquella noche comulgado esas santas mujeres compañeras de María, y algunos otros discípulos que se hallaran presentes a esta cena; persuadiéndolo así la liberalidad y bondad de un tanto Maestro. Y la Madre de Agreda *ibid.* al n. 1198 dice, que después de comulgada María dió el Salvador el Pan Sacramentado a los Apóstoles, para que entre sí lo repartiesen y recibiesen, como lo hicieron; y que luego San Pedro por mandato de Cristo, tomó otras partículas consagradas y comulgó a los dos Padres antiguos Enoc y Elías: quienes por ministerio de ángeles fueron restituidos a su lugar; y que esta maravilla ordenó el Salvador para dar prendas y participación de su Encarnación, Redención y Resurrección general a las leyes antiguas natural y escrita. Así lo conocieron los dos Santos Enoc y Elías, y en nombre de los demás Santos de sus leyes dieron gracias a su Redentor y nuestro por este oculto beneficio.

NOTA al verso que dice: (pág. 64.)

Una dulce larguísima Aleluya.

Hay diversos pareceres sobre cuál fuese el himno que dijo el Salvador terminada la cena. Algunos piensan (según Barrado t. 4. l. 6. c. 7) que fuese un himno nuevo compuesto del Redentor, en memoria del altísimo favor hecho a los hombres en el Eucarístico Sacramento, que incluía también los frutos de su sacratísima Pasión; al modo que Moisés y los Israelitas en la sumersión de Faraón; Débora en la victoria de Sisars; Judit en el triunfo de Holofernes; Anna en la con-



sección de Samuel, y otros por alguna relevante empresa desataron sus lenguas a nuevos cánticos e himnos en loor del Omnipotente; pero esta opinión no es comúnmente recibida. Beda sobre San Juan juzga que tal himno no fuese otro, sino la oración hecha del Señor en el Cenáculo, que comienza: «*Hæc locutus est Jesus, et sublevatis oculis etc.*» — Mas esta oración no puede ser el himno cantado en tal ocasión de Cristo; pues era un puro coloquio con el Eterno Padre para instrucción y ejemplo de los discípulos. San Vicente Ferrer es de parecer, que este himno fuese la acción de gracias, que se suele hacer después de mesa al uso de los religiosos, y piensa, que usase de las mismas palabras que nosotros, tomadas del Salmo 115: «*Memoriam fecit mirabilium suorum*», etc.

Mas la verdadera sentencia, por aserción de Donato Calvi, en su *Propriu' Evangelico Dissert.* 61, es que dicho himno fuese aquel que por divino precepto (según Maldonado saca del Deuteronomio) acostumbraban decir los hebreos al fin de la Cena Pascual en haciemiento de gracias: y lo llamaban el *Magnum Alleluja*, por ser compuesto de seis Salmos, que todos tienen por título *Alleluja*. Defienden también esta opinión, Paulo Burg., Francisco Luci, Tirino, Barrado, Silveira y otros citados de Alberti p. 5, n. 5. Los Salmos son los siguientes, que en las divinas cartas siguen uno después de otro:

<i>Alleluja</i>	Laudate pueri Dominum,	(Psalm. 112.)
..	In exitu Israel de Egypto.	(.. 113.)
..	Dilexi quoniam exaudiet Dominus.	(.. 114.)
..	Credidi, propter quod locutus sum.	(.. 115.)
..	Laudate Dominum omnes gentes.	(.. 116.)
..	Confitemini Domino.	(.. 117.)
..	Beati immaculati in via.	(.. 118.)

Este séptimo Salmo, que sigue inmediatamente a los otros, lo añaden Cornelio Alápide, y Maldonado in *Matth.* 26, como perteneciente al *Magnum Alleluja*; San Agustín *Epist.* 253, hace memoria de este himno, como compuesto de cinco Salmos, que son los notados arriba, quitado el primero y el último. Este himno [o que fuese de solos cinco Salmos, como insinúa San Agustín, o de seis, o de siete, como otros dicen] no se dijo rezado y en voz baja, sino a voz alta y con canto: y así se lee en el texto Griego: *Et hymno decantato*. A más de que, como dice San Agustín, «*Hymni laudes sunt Deo cum cantico: unde, si sit laus, et Dei laus, et non cantetur, non est hymnus.*»

Cantó, pues, Cristo a voz alta con los Apóstoles, y luego partió al Huerto.

*Plantaverat autem Dominus Deus paradisum voluptatis
a principio. Gen. II, 8.*

NOTA sobre el verso, que dice: (pág. 68.)

Para que el hombre allí fuese dichoso.

Desde el tercer día del mundo (como entienden y explican aquella palabra, a *principio*, casi todos los expositores) había Dios formado un jardín, o mejor diré, usando de las mismas palabras de la Escritura, había plantado un Paraíso, sobre todo otro lugar, bellísimo y aménisimo, cuyo propio nombre era *Edén*, esto es, Placer, por la unión perfecta de toda delicia la más exquisita. Aquí toda flor, toda hierba, toda planta era bella a la vista, y todo fruto al comerlo suave y delicioso: y en el medio del Paraíso había colocado los dos memorables árboles, de una parte el de la Vida, y de la otra el de la ciencia del Bien y del Mal. De todas las otras criaturas, que ya eran innumerables, se mostró Dios provido Criador: sólo el hombre, que no había criado todavía, se manifestó no solo provido, sino también piadoso y magnífico: preparándole la habitación rica y redundante de toda exquisita delicia, como dice San Basilio, tom. 1, Homil., seu orat. de Parad. — «Allí no molestaba fuerza impetuosa de vientos, allí turbación de tempestades, no el horror del invierno, no ardiente calor del estío, no sequedad nociva del otoño, sino una pacífica proporción y templada consonancia de todos los tiempos: de tal modo, que cuanto hay de grato y jocundo en cada estación del año, allí estaba todo junto y perpetuo, esto es, la amenidad de la primavera, la fecundidad del estío, la alegría del otoño, el ocio y la quietud del invierno: aquella feliz tierra era blanda, suave al tacto y pingüe, fértil por sí misma de todo bien, y de todo placer fecunda, que por los cuatro ríos que la fertilizaban corría verdaderamente miel y leche.»

Tal era, y mucho mejor de lo que podemos decir, la estancia, que Dios se tomó el cuidado de fabricar y adornar por sí mismo para el hombre, que ya estaba para criar. Pero aquí luego ocurre una inútilísima cuestión. ¿Por qué, pues, hizo Dios un albergue tan hermoso y de hacerlo se tomó tan solícito y amoroso cuidado, aunque de cierto previese seguramente, y supiese que muy presto Adán lo habría desmerecido, y que siendo arrojado a un duro y perpetuo destierro, ni él, ni sus hijos, volverían jamás al bello albergue? Parece que Dios hiciese como hacen aquellos, que habiendo consumado y botado grandísima cantidad de oro en fabricar grandes palacios o grandes villas, dejan después todo deshabitado, volviendo de ese modo todo lo hecho (a la nada.)

Teodoreto q. 24, in Gen., Beda in Hexaem, Hugo de S. Victor, Rabano, Strabo, en sus comentarios sobre el Génesis, y el angélico Santo Tomás en dos lugares (el primero p. 1^o q. 102, art. 2; el se-

sección de Samuel, y otros por alguna relevante empresa desataron sus lenguas a nuevos cánticos e himnos en loor del Omnipotente; pero esta opinión no es comúnmente recibida. Beda sobre San Juan juzga que tal himno no fuese otro, sino la oración hecha del Señor en el Cenáculo, que comienza: «*Hæc locutus est Jesus, et sublevatis oculis etc.*» — Mas esta oración no puede ser el himno cantado en tal ocasión de Cristo; pues era un puro coloquio con el Eterno Padre para instrucción y ejemplo de los discípulos. San Vicente Ferrer es de parecer, que este himno fuese la acción de gracias, que se suele hacer después de mesa al uso de los religiosos, y piensa, que usase de las mismas palabras que nosotros, tomadas del Salmo 115: «*Memoriam fecit mirabilium suorum*», etc.

Mas la verdadera sentencia, por aserción de Donato Calvi, en su Propriuº Eyaagélico Dissert. 61, es que dicho himno fuese aquel que por divino precepto (según Maldonado saca del Deuteronomio) acostumbraban decir los hebreos al fin de la Cena Pascual en haciemiento de gracias: y lo llamaban el *Magnum Allehuya*, por ser compuesto de seis Salmos, que todos tienen por título *Allehuya*. Defienden también esta opinión, Paulo Burg., Francisco Luca, Tirino, Barrado, Silveira y otros citados de Alberti p. 5, n. 5. Los Salmos son los siguientes, que en las divinas cartas siguen uno después de otro:

<i>Allehuya</i>	Laudate pueri Dominum,	(Psalm. 112.)
„	In exitu Israel de Egypto.	(„ 113.)
„	Dilexi quoniam exaudiet Dominus.	(„ 114.)
„	Credidi, propter quod locutus sum.	(„ 115.)
„	Laudate Dominum omnes gentes.	(„ 116.)
„	Confitemini Domino.	(„ 117.)
„	Beati immaculati in via.	(„ 118.)

Este séptimo Salmo, que sigue inmediatamente a los otros, lo añaden Cornelio Alápide, y Maldonado in Matth. 26, como perteneciente al *Magnum Allehuya*; San Agustín Epist. 253, hace memoria de este himno, como compuesto de cinco Salmos, que son los notados arriba, quitado el primero y el último. Este himno [o que fuese de solos cinco Salmos, como insinúa San Agustín, o de seis, o de siete, como otros dicen] no se dijo rezado y en voz baja, sino a voz alta y con canto: y así se lee en el texto Griego: *Et hymno decantato*. A más de que, como dice San Agustín, «*Hymni laudes sunt Deo cum cantico: unde, si sit laus, et Dei laus, et non cantetur, non est hymnus.*»

Cantó, pues, Cristo a voz alta con los Apóstoles, y luego partió al Huerto.

*Plantaverat autem Dominus Deus paradysum voluptatis
a principio. Gen. II, 8.*

NOTA sobre el verso, que dice: (pág. 68.)

Para que el hombre allí fuese dichoso.

Desde el tercer día del mundo (como entienden y explican aquella palabra, a *principio*, casi todos los expositores) había Dios formado un jardín, o mejor diré, usando de las mismas palabras de la Escritura, había plantado un Paraíso, sobre todo otro lugar, bellísimo y aménisimo, cuyo propio nombre era *Edén*, esto es, Placer, por la unión perfecta de toda delicia la más exquisita. Aquí toda flor, toda hierba, toda planta era bella a la vista, y todo fruto al comerlo suave y delicioso: y en el medio del Paraíso había colocado los dos memorables árboles, de una parte el de la Vida, y de la otra el de la ciencia del Bien y del Mal. De todas las otras criaturas, que ya eran innumerables, se mostró Dios pródigo Criador: sólo del hombre, que no había criado todavía, se manifestó no solo pródigo, sino también piadoso y magnífico: preparándole la habitación rica y redundante de toda exquisita delicia, como dice San Basilio, tom. I, Homil. seu orat. de Parad. — «Allí no molestaba fuerza impetuosa de vientos, no turbación de tempestades, no el horror del invierno, no ardiente calor del estío, no sequedad nociva del otoño, sino una pacífica proporción y templada consonancia de todos los tiempos: de tal modo, que cuanto hay de grato y jocundo en cada estación del año, allí estaba todo junto y perpetuo, esto es, la amenidad de la primavera, la fecundidad del estío, la alegría del otoño, el ocio y la quietud del invierno: aquella feliz tierra era blanda, suave al tacto y pingüe, fértil por sí misma de todo bien, y de todo placer fecunda, que por los cuatro ríos que la fertilizaban corría verdaderamente miel y leche.»

Tal era, y mucho mejor de lo que podemos decir, la estancia, que Dios se tomó el cuidado de fabricar y adornar por sí mismo para el hombre, que ya estaba para criar. Pero aquí luego ocurre una útilísima cuestión. ¿Por qué, pues, hizo Dios un albergue tan hermoso y de hacerlo se tomó tan solícito y amoroso cuidado, aunque de cierto previese seguramente, y supiese que muy presto Adán lo habría desmerecido, y que siendo arrojado a un duro y perpetuo destierro, ni él, ni sus hijos, volverían jamás al bello albergue? Parece que Dios hiciese como hacen aquellos, que habiendo consumado y botado grandísima cantidad de oro en fabricar grandes palacios o grandes villas, dejan después todo deshabitado, volviendo de ese modo todo lo hecho (a la nada.)

Teodoreto q. 24, in Gen., Beda in Hexaem, Hugo de S. Victor, Rabano, Strabo, en sus comentarios sobre el Génesis, y el angélico Santo Tomás en dos lugares (el primero p. 1.^a q. 102, art. 2; el se-

gundo 2da. quæst. 164, art. 2) dan algunas buenas razones dignísimas de referirse. — La primera es, que Dios no trató, no, al hombre según su prescencia de lo futuro y porvenir, esto es, de lo que el mismo hombre ha de hacer, sino según exige su presente estado. Por eso, aunque supiese Dios, que Adán habría pecado, no obstante porque al estado de la original inocencia en que quería criarlo, le convenía una bellísima y amantísima habitación, convino fabricarle en todo caso un paraíso terrestre, a la condición y dignidad de su estado correspondiente. — La segunda, porque aun cuando este sensible paraíso no hubiese de serle al hombre de mucho uso cuanto a la habitación, no obstante, le habría de ser de grandísima utilidad para entender de cuáles y cuántos bienes lo hubiese despojado su desobediencia, y de allí para sentir un dolor tanto más vivo del cometido delito, cuanto más amarga y presente debía tener la memoria de su perdida felicidad. — La tercera, porque quiso Dios formarle al hombre sobre esta tierra una sensible idea de aquella celestial morada, que en premio de su fe y obediencia le había preparado y destinado por los años eternos. Idea de grande conforto a la penitencia y a las lágrimas de nuestros primeros padres, que en el acerbo dolor de un paraíso terrestre que habían perdido, podían reconocer y argumentar fácilmente la mejor felicidad de un paraíso celeste, que todavía por infinita y verdaderamente paterna bondad de Dios les quedaba que esperar.

Aquí suele también agitarse la cuestión sobre cuál fuese el verdadero sitio del terrestre Paraíso. Cuestión muy controvertida entre los escritores, y difícilísima de resolverse, por la misma multiplicidad de opiniones que la ofuscan. No han faltado (por atestación del P. Benito Fernández in Genes., tom. 1, c. 2; sect. 4, pág. 135) quienes digan, que la narración que hace Moisés del Paraíso, de la tentadora serpiente; de su coloquio con Eva, del vedado y comido fruto, etc. todo es una metáfora, una alegoría y un símbolo: y que el paraíso no era algún peculiar huerto corpóreo y terrestre. Philón Judío, en su libro de mundo opificio, y en el libro de allegor. legis Mosaicæ, fué de este sentimiento: a quien siguió Orígenes, pervirtiendo toda la historia del Paraíso, que lo pone no en tierra sino en aquel tercer cielo, adonde en cuerpo o en espíritu subió San Pablo. Adhirió también a la opinión de Philón y de Orígenes San Ambrosio, diciendo en la Epístola 42 a Sabino, que es mas verosímil que el Paraíso no fuera lugar terreste, «sed quippiam spirituale et intelligibile, quod ad mentem et spiritum Adami oblectandum, et quodammodo in hac vita beandum, pertinebat.»—Léase el P. Pererio in Genes. lib. 3, disput. 1, donde, relatadas estas opiniones, impugna también la sentencia del Tostado, que pone al Paraíso en la suprema región del aire, veinte codos a lo menos más alto que los más altos montes de todo el mundo. De este modo algunos escritores, por salirse de todo embarazo, pusieron fuera de nuestro mundo terrestre el paraíso: quien

por el aire, quien por el cielo de la luna, y más distante todavía. Otros, sin salir de los confines de la tierra, casi por todos los ángulos de ella, se imaginaron haber hallado los caracteres del paraíso descrito de Moisés: unos en el Asia, otros en la Africa, quien en la Europa, y quien lo sostiene constituido en la América. Algunos en la Tartaria; otros en las riveras del Danubio y del Ganges; en la Caldea, en la Arabia; en la Isla de Ceilán, en Persia, en Armenia, en la Palestina y en la Siria; hacia a las montañas del Líbano y en los contornos de las montañas que se dicen de la luna; en Etiopía, en Mesopotamia, y en las vecindades de Damascó. Yo, ateniéndome a esta última opinión, he dicho en mi octava, que Dios formó el Paraíso, hacia el campo Damasceno: porque me parece más conforme al texto de la Escritura que dice, hablando de Adán después de su transgresión: «*Et emisit eum Dominus Deus de paradiso voluptatis. ut operaretur terram, de qua sumptus est.*» — Esta tierra de que Dios formó a Adán, y de donde lo sacó estaba ciertamente vecina al Paraíso; es así que dicha tierra se dice comunmente haber sido el Campo Damasceno; luego, hacia a dicho campo estaba el Paraíso.

NOTA del verso, que dice: (pág. 73.)

Hallándolos dormidos gime y llora

Digo, que Jesús gime y llora al encontrar dormidos a los tres Apóstoles, porque así le fué dicho a la Madre de Agreda, quien lo refiere con las siguientes palabras: «Volvió, pues, (el Redentor) adonde estaban los tres Apóstoles, que por mas favorecidos tenían mas razones que los obligaban a estar en vela, y a imitar a su Divino Maestro. Pero hallándolos durmiendo, porque se dejaron vencer del tedio y tristeza que padecían, y con ella vinieron a caer en aquella negligencia y tibieza de espíritu, en que los venció el sueño y pereza. Antes de hablarles ni despertarles, estuvo su Majestad mirándolos, y lloró un poco sobre ellos, viéndolos por su negligencia y tibieza sepultados y oprimidos en aquella sombra de la muerte, en ocasión que Lucifer se desvelaba tanto contra ellos. Habló con Pedro y le dijo: «Simón, ¿así duermes, y no has podido velar una hora conmigo?» P. 2, l. 6ª, n. 1218.

NOTA del verso, que dice: (pág. 74.)

Retirado otra vez en su caverna

Nicolás Alberti, en sus comentarios de la vida de Cristo, parte 3ª, c. 14, n.º 108, refiere citando a Medina escritor de Tierra Santa, que

esta caverna fué la primera estancia que habitó Adán, después de haber sido arrojado del Paraíso. Que es larga 42 pies, ancha 30, y alta cerca de 12 pies y medio. Y Juan Suárez añade, que hallándose él con sus compañeros en Jerusalén para visitar los Santos Lugares, queriendo entrar en dicha caverna para venerarla, fué sorprendido de un horror de respeto y devoción tan extraordinario, que lo hizo caer con la cara por tierra, a llorar la memoria de un tan santo lugar.

Retirado, pues, el apasionado Jesús a esta caverna, al ponerse de rodillas, como movidas a piedad las mismas piedras, o resentidas a la congoja y agonía de su Criador, a manera de blanda cera cedieron al contacto de aquellas sagradas rodillas, recibiendo en sí, y reteniendo siempre estampados los vestigios de ellas; y para que fuese visible a todos un tal milagro, trasladaron después al templo dicha piedra, que encajada en una de sus paredes, conservase perpetua la memoria de la oración que allí hizo el Salvador. He aquí las palabras con que, citando a Beda, lo refiere Baronio, an 34, c. 60. «Addit Beda, pëtram ipsam, super qua Dominus orans flexis genibus inmixus est, quasi mollem ceram cecidisse, in seque genuum ejus vestigia recepisse; ipsumque lapidem, ut insigne tanti miraculi monumentum, intra Ecclesiam, translatum, et parieti affixum, cunctisque factum perspicuum.»

NOTA del verso, que dice: (pág. 77.)

Un nuncio celestial de orden supremo

Bien que el Padre Francisco Suárez in 3, p. t. 2º, Disp. 34, Sect. 2, dice: «Quis autem ille Angelus fuerit, incertum est, nihilque inventio de ea re a sanctis Patribus dictum: no obstante dicen comúnmente con Dionisio el Estático, y San Anselmo, los modernos, haber sido el Arcángel San Miguel; y así le fué manifestado de Maria Santísima a la Madre de Agreda, p. 2, l. 6, c. 12, nº 1216, donde dice: «Estando su Majestad en la agonía, de su oración tercera vez. envió el Eterno Padre al Santo Arcángel Miguel, que le respondiese y confortase etc.» Pero Juan Gerson tr. de Pass, Vásquez tom. 2, dispo. 244 y el Padre Luis de la Puente: in medit. in hoc juzgan, que hubiese sido el Arcángel San Gabriel, por la razón de interpretarse fortitudo. Sobre cuál fuese la confortación, que aquí trajo del cielo este Arcángel a nuestro angustiadísimo Jesús, dice Epifanio haber sido un aplauso hecho a gloria suya: — «Admiracione ductus Angelus, dicebat ad ipsum, glorificans et benedicens proprium Dominum in stadio consistentem: tua est adoratio, tuum est dominium, tua est potentia, tua est fortitudo, etc.» Y Teoflacto añade: «Domine, tua est virtus: tu namque potes contra mortem, et infirmum genus humanum liberare». In

Lucan 23. Tiopoli de Pass. tract. 6, cap. 9, apud Masianum in Gimm Che. c. 21, escribe que de aquellas mismas gotas de sangre caídas en tierra brotó entonces una planta, en cuyas hojas se leía: *O mors, quam amara est memoria tua.* — En contraposición de esta planta, que por el triste epigrafe que expresaba en sus hojas, parecía poco a propósito a confortarlo, nacieron también de otras gotas de sangre (como ya con Hegisippo tengo dicho a la pág. 59) unas bellísimas rosas rojas, violáceas y blancas; de las cuales formando el Angel una bellísima y fragante corona, la puso en los sienes del Redentor, de lo cual recibió alguna confortación y lenitivo a su congoja. Esto es muy conforme a lo que justísimamente opium el Padre Barrado l. 6, c. 14 que el Arcángel hubiese también de algún otro modo a nosotros incógnito confortado y consolado a Cristo. Lo que Silveira lib. 8, c. 2, n.º 154 explica generalmente así: «*Communis interpretatio juxta mentem SS. Patrum est, quod Angelus absque aliqua instructione (nam Christus optime omnia noverat) confortavit seu consolationem Christo praestitit, quantum in se fuit, sua presentia, obsequio, ac propositis aliquibus rationibus, quae de se tristitiam lenire poterant.*»

NOTA sobre el verso que dice: (pág. 90.)

Un joven acudió sin otra ropa
Que una sábana etc.

Solamente el Evangelista San Marcos cuenta el hecho de este joven al cap. 14: «*Adolescens autem quidam sequebatur eum amictus sindone super nudo et tenuerunt eum. At ille relicta sindone nudus profugit ab eis.*» — El hecho es claro, pero quién fuese este joven no lo dice el Evangelista, cuyo silencio ha hecho nacer diversas opiniones: San Epifanio, Hores. 78, San Jerónimo, in Psal. 37 y otros opinan que el dicho joven hubiese sido Santiago el Menor; pero, omitiendo otras relevantes dificultades que hay contra esta opinión, la que luego salta a los ojos es, cómo pueda convenirle a Santiago el título de joven, que al tiempo del prendimiento de Cristo, tenía a lo menos sesenta años; pues se sabe, que fué muerto de noventa y seis años de su edad en el séptimo de Nerón, como atesta Josef Hebreo, Eusebio y Jerónimo referidos de Baronio. No es de mayor probabilidad, aunque tiene muchos más secuaces la opinión, que juzga haber sido San Juan Evangelista aquel adolescente: pues tampoco a él, aunque era el de menor edad, le convenía un tal nombre; porque ya tocaba en los treinta años. Se citan a favor de esta opinión San Juan Crisóstomo, in Psalm. 13, San Ambrosio in Psalm. 36, San Gregorio l. 4, c. 21. Moral, Beda in Marc. 14 y Baronio an. 34, cap. 62 que asseveradamente la sostienen con muchos otros. Teoflacto y Victor An-

tiogueno fueron de parecer, que aquel joven fuese alguno de la familia de la casa en donde había cenado Cristo aquella noche.

No siendo, pues, verosímil ni creíble, como dice el Padre Suárez tom. 2, nº 15, quest. 46, pág. 340: — «Addo incredibile esse aliquem ex Apostolis tunc fuisse nudum, et sola sindone coopertum, quare verosimile est, illum fuisse aliquem ex servis, qui in ea villa degebant.» — Conviene, pues, decir con la opinión, que hoy día es común a todos los escritores modernos, que aquel joven fuese o el hijo del criado del hortelano del Getsemani, donde oró Cristo; que habiéndose ido a dormir, y despertándose al grande ruido que la judaica canalla hacía en el prendimiento del Redentor, saltó de la cama en que dormía desuado, y por no perder tiempo en vestirse, se arrojó con la sábana, y estimulado de juvenil curiosidad, se puso a seguir los pasos de aquellos corchetes que llevaban aprisionado a Cristo, los cuales sospechando acaso, que fuese alguno de sus Discípulos; lo agarraron por la sábana para detenerlo, pero él más listo que ellos, dejándoles la sábana entre las manos, huyó despavorido y desuado.

NOTA del verso que dice: (pág. 109.)

Se echa mil maldiciones a sí mismo.

No individualizan los sagrados Evangelistas, cuáles fuesen aquí las maldiciones e imprecaciones, que Pedro se echó a sí mismo, en esta su tercera negación. Quizá, en mi octava, parecerán muy recargadas e impropias; y acaso alguno me condenará de temerario, por haber puesto en boca del Apóstol tan execrables imprecaciones. No quiero, ni debo excusarme diciendo, que las he puesto en aquel aspecto, hablando solamente more poético; diré más bien, que las he querido expresar de aquella suerte, more hebreo, esto es, según el modo que usaban los hebreos en sus imprecaciones, al cual naturalmente procuraría Pedro conformarse, sin pensar, ni advertir a la gravedad de la imprecación y de la culpa; porque, hallándose allí presente con muchos otros, el cuñado de Malco, a quien Pedro en el huerto le había truncado la oreja, el cual para mayormente convencerlo, le reconvenía diciéndole: «Nonne ego te vidi in horto cum illo?» — Por tanto, el tímido Apóstol, a la vista de tantos adversarios, que todos unida y claramente lo convenían con razones y contrasenas, aterrido y casi fuera de sí, negó no sólo con juramento, sino también, porque el asalto era gallardo, al juramento añadió aquellas maldiciones e imprecaciones, que los mismos Expositores sobre este lugar explican con semejantes frases a las mías: o por decir mejor, yo me valgo, o de las mismas frases de ellos, o semejantes a las suyas. Así con Maldonado y Francisco Luca explica Alávide in Matth. 26,

«More hebreo: hoc faciat mihi Deus, et hoc addat, si novi Jesum. Terra mihi dehiscat, fulmen me efflet, coelites me perdant, si Jesu sim discipulus.» Oigase también lo que dice el P. Salmerón, T. 10. tr. 23, pág. 198. «Anathematizavit etiam se ipsum, vel insolita utens detestacione, qua se ipsum morti, aut diabolo torquendum devoverit, si Christum novisset», y explicando lo que es anatematizar dice allí mismo: «Nam anathematizare est, maledictione se obligare et poena, si ita sit, ut imponitur: ut, verbi gratia, sim ego a Deo maledictus; vel possim male et repente mori; vel possit Satanus me possidere, et quo velit, ducere.» — A este tenor hablan comúnmente los Expositores sobre este anatematizar de Pedro, en su tercera negación.

NOTA del verso que dice: (pág. 110.)

Una ojeada le dió tan amorosa

Se acercaba ya el principio de la aurora, cuando Pedro acabó de precipitarse, negando por tercera vez a su Maestro. Por eso inmediatamente, como Cristo le había predicho, cantó la segunda vez el gallo; ya que la primera vez había cantado a la media noche, después de la primera negación. Masini in Giun. Chr. c. 24, afirma conservarse en San Juan Laterano de Roma la columna, sobre la cual cantó este gallo. Pero no fué su canto quien despertase de su mortalísimo letargo al precipitado Apóstol: fué la Bondad infinita de su Maestro, que en medio de sus mayores tormentos, compadeciendo las caídas de su Discípulo, y convirtiendo sobre él sus misericordiosos ojos, le obligó, con aquella amorosa ojeada, a llorar su deslíz por todo el tiempo de su vida. Y si bien muchísimos Padres con San Agustín l. 3, c. 6, de cons. Evang. entienden, que esta mirada de Cristo a Pedro se hiciese espiritualmente, por medio de aquella gracia, que le inspiró en el interno, o desde el tribunal, donde todavía se hallaba, o desde la cárcel en donde estaba entre los escarnios e irrisiones de los verdugos: no obstante, acaso es más conforme el texto evangélico al decir con tantos otros Expositores, que también corporalmente se volvió Cristo a mirarlo, cuando siendo conducido del tribunal a la cárcel, le convino pasar por el atrio, donde estaba Pedro, al mismo tiempo que la tercera vez lo había negado. Oigase lo que in Matth. 26, dice el P. Alápide: «Tum oculis corporis, quia Christus post examen proclamatus reus mortis, ex atrio interiore, seu superiore, videtur reductus ad atrium exterius; quod erat deorsum, ut habet Marcus, in quo erat Petrus: ibique vortens se ad Petrum, benigno oculorum suorum nutu verberans eum, sui lapsus admouit et ad se revocavit.» — Y fué de tanta eficacia esta divina mirada del Soberano Maestro, que Pedro inmediatamente vuelto en sí, lleno de arrepentimiento, por su triplicada negación, prorumpió en

tan copioso llanto, que (como saca del texto griego de San Lucas Salmerón, con Eutimio y Teoflacto) le fué necesario taparse con el manto la cara, para ocultar a los ojos de los circunstantes aquel torrente de lágrimas, que, al salir del atrio, pudieran fácilmente haberle advertido en ojos y rostro.

NOTA al verso que dice así: (pág. 175.)

Fué en coscoja o en púrpura teñido

San Juan y San Marcos llaman este vestido de púrpura: pero San Mateo lo llama Clámide coccinea. De donde dicen algunos que, así como se debe hacer diferencia de clámide o vestido, así también es diverso el color coccineo del purpúreo, y por tanto, son de parecer, que hubiesen sido dos estos irrisorios vestidos de Cristo, uno purpúreo que es el expresado de San Juan y San Marcos: el otro coccineo que es la clámide referida de San Mateo. Así parece que lo siente San Ambrosio (lib. 10 in Lucam) quien dice: — «Chlamidem autem coccineam induitur a militibus, et purpuream tunicam in altera designa.»—Añádase Juvenco, que canta así en el l. 4 de su Historia Evangélica: «Traditur injustis justus, scelerisque ministris militibus, scelerata opprobria corpori praebeant purpureamque illi tunicam chlamydenque rubentem.»

Inducunt: spinisque caput cinxere cruentis.

Y parece que se prueba esta sentencia con decir, que si solamente le hubiesen puesto la clámide, no le hubieran desnudado de su ropa, como no le desnudaron donde Herodes para ponerle la vestidura blanca; ni dijera San Mateo: *Et exuentes eum* etc. — También Suárez parece que da por probable esta opinión, diciendo: «Non est incredibile, praeter chlamidem, indutum esse alia veste: quia chlamys solum erat paludamentum, quo principes et milites romani super arma utebantur.»—Todavía la común opinión de los Padres antiguos y modernos afirma, que todos tres Evangelistas hablan de un mismo vestido, que si uno lo llama purpúreo y otro coccineo, esto proviene por la semejanza, que tiene la púrpura con la coscoja o grana. A más de que, se puede esto conciliar muy bien, diciendo, como advierte Salazar in Prover. c. 21, v. 21, n. 19 y Salmerón tom. 10, tr. 30, p. 252 que esa ropa fuese dos veces teñida; como a delicia de los reyes tocaba al vestido real ser dos veces teñido, primero en grana, después en el jugo de púrpura; de cuya mezcla tomaba el nombre de Tírio y así dijo Virgilio, l. 4 Eneid.

Tyrioque ardebat murice lona.

Tal sería, aunque vieja y descolorida, aquella clámide de Cristo que el Evangelista llama coccinea y otro purpúrea, sin que uno contradiga al otro; antes bien, explican el misterio designado en el Exo-

do, donde al Tabernáculo, que es figura del Cuerpo de Cristo, se manda poner el velo. — *De hyacintho et purpura, coccoque bis tincto*— Exód. 26, 31 y manda se le haga al Sacerdote el Ephod, o *Superhumeral de anro et hyacintho et purpura coccoque bis tincto*. 28, 6.— También a Daniel le fué dada la púrpura en casa del Rey Baltazar, por honor y en premio de haberle interpretado la Escritura, que una mano le escribió en la pared; y a Cristo, que ha venido a explicar y enseñarnos toda la Sagrada Escritura, le dan sólo por irrisión aquella descolorida clámide, para que él la vuelva a teñir con la púrpura y grana de su sangre interna y externamente; con la de los azotes internamente y externamente con la sangre de la corona de espinas; significando, que triunfaría de sus enemigos, por la efusión de su sangre, como poderosísimo Rey, de quien dijo Isaías: «*Quis est iste qui venit de Edom, tinctis vestibus de Bosra, iste formosus in stola sua.*» Isai. 63. «*Oculorum suorum nutu verberans eum, sui lapsus admonuit et ad se revocavit.*»

NOTA al verso que dice: (pág. 196.)

Su presunción ya paga en el abismo

Hay algunos defensores de Pilatos, que tienen por probable, que se hubiese arrepentido y salvado; y sus razones son, o pueden ser las siguientes. Primero. El pecado de Pilatos fué menor que el de los Pontífices, habiéndola dicho de su boca el mismo Cristo: — «*Propterea qui me tradidit tibi, minus peccatum habet*», Joah. 19, 11, y por consiguiente le era más fácil a él, que no a los Pontífices, el obtener perdón. Que algunos de dichos Pontífices se hubiesen arrepentido, no es improbable, porque ellos se hallaron presentes en el Calvario a la crucifixión y muerte de Cristo; y de aquellos que se hallaron allí presentes escribe San Lucas: — «*Et omnis turba eorum; qui aderant ad spectaculum istud, et videbant quae fiebant percutientes pectora sua revertebantur.*» — También de los Autos Aps. consta que muchos de los fariseos y sacerdotes se convirtieron después a la fe. Por tanto, si es probable que algunos de los Pontífices, cuyo pecado era mayor que el de Pilatos, se hubiesen convertido, no será improbable, que también Pilatos se hubiese arrepentido de su pecado.

Segundo. Se trae por argumento la oposición, que siempre hizo Pilatos a las acusaciones hechas de los Pontífices contra Cristo; las industrias y artificios que él usó por librarlo; las declaraciones que tantas veces hizo de su inocencia; la protesta que dió al condenarlo lavándose las manos. — «*Innocens ego sum a sanguine Justii hujus;*» y finalmente la relación que dió al Emperador Tiberio. De todo esto sin controversia se conoce el pleno conocimiento que Pilatos tuvo de la inocencia de Cristo; y después quizá lo tuvo también de su



Divinidad, oyendo atestar a sus mismos soldados, que Él había resucitado. Lo que da gran motivo para pensar, que Pilatos hubiese ya reconocido y arrepentido de su error; que si fué desterrado a Vienna, este destierro no repugna, antes facilita a creer su penitencia.

Tercero. Se puede alegar la conversión de su mujer Claudia, que habiendo ella abrazado la fe de Cristo, infaliblemente se debe creer que no dejó de persuadir al marido, que se arrepintiese de su pecado y convirtiese a la fe, que ya él, por tantas señales conocía ser la verdadera. Y así como se convirtió el Centurión con sus soldados, Longinos, que dió la lanzada, y los cuatro crucifijos, ministros inmediatos de Cristo; así parece que también se hubiese de haber arrepentido Pilatos, que a tal muerte le había condenado; porque así se diese plenamente cumplimiento a la oración de Cristo en la Cruz. «Pater, ignosce illis, quia nesciunt quid faciunt.» — A todos estos argumentos añade peso lo que dice Tertuliano in Apologet. c. 21: «En omnia super Christo Pilatus, et ipse jam pro sua conscientia christianus, Caesari tunc Tiberio nuntiavit.» — Lo que mayormente confirma San Agustín Serm. 3, Epiph. diciendo así: «Magi ab Oriente, Pilatus ab Occidente venerat; unde illi Orienti, hoc est nascenti, ille autem Occidenti, hoc est morienti, attestabantur Regi Judeorum, ut cum Abraham, Isaac et Jacob recumbereut in regno Dei.»

Pero todas estas razones, y conjeturas, a mi corto entender, no prueban más, sino que Pilatos, si hubiese querido, se podría haber arrepentido, en atención de aquel gran conocimiento, que él tuvo de la persona de Cristo, antes y después de su crucifixión; pero no prueban, que él efectivamente se hubiese arrepentido y salvado. Por tanto, conviene decir con la común opinión de todos los Padres, que no se convirtió, sino que murió en su obstinación; y que él no se hubiese convertido, no sólo es universal sentencia de todos los fieles, sino que también se ve una expresa cifra en el Evangelio de S. Juan, en donde el Evangelista refiere, que siendo Pilatos instruido de Cristo de su Divinidad, y en consecuencia de ello, próximo a convertirse, cuando llegó al importante punto, preguntando, qué cosa fuese esta verdad, que le enseñaba: Quid est Veritas? se volvió atrás, y sin querer atender la respuesta, que acaso le hubiera convertido, le volvió a Cristo las espaldas.

Si de las palabras de S. Agustín, arriba referidas, tomaron algunos motivo de meter a Pilatos entre los predestinados y salvos, responde el P. Donato Calvi en su proprin^o. Evngel. resol. 17. mostrando con Juan Gregorio en su Calvario, que la mente del Santo Doctor, no ha sido otra, que hacernos ver, que Pilatos conoció a Cristo por verdadero Mesías, Rey de los Judíos, e inocente: pero no ya, que se convirtiese, y fuese salvo. Con esta ocasión, tomándolo del P. Caramuel al fin de su Teología fundamental, refiere un hecho gracioso acontecido en España al P. Castroverde, predicador agustiniano, que predicando éste sobre la Misericordia de Dios, en exagera-

ción de la Piedad Divina, y apoyado naturalmente en los fundamentos arriba dichos, predicó la salvación de Pilatos; fué acusado a los supremos Inquisidores, quienes le obligaron a desdecirse de la predicada doctrina. Subió Castroverde al púlpito, y prorrumpió en estos o semejantes aceros: «Es ya pasado un mes, que en esta Real Capilla os prediqué una doctrina juzgada por contraria al Santo Evangelio, esto es, que Pilatos subió al cielo, y que goza de la gloria. Yo no os dije haber sido testigo de vista, pues no me hallé presente cuando subió él al cielo: si no es que pretendáis, que yo sea testigo de vista por haberlo leído en otros. Pero ya que no le queréis conceder la facultad de estar en el cielo, yo aquí públicamente os declaro, que Pilatos no ha sido mi abuelo, ni pariente ni conjunto, ni allegado mio; o por afinidad: ni tengo con él alguna obligación, que me precise a servirle de abogado. Por tanto, por lo que a mí toca, concedo a todos, y a cada uno una amplia licencia, para que aquel, que no lo quisiere al Paraíso, lo saqué de allí, y lo traslade, y lo coloque en las sempiternas penas del abismo.» — Hasta aquí Caramuel.

Algunos escritores dicen (según Alberti en sus comentarios) que teniendo Pilatos sobre sí, para su cautela, la túnica inconsútil de Cristo, nunca pudo Tiberio poner en ejecución el destierro de Pilatos, como pretendía y tenía ya determinado, hasta que después de su muerte, habiéndosela quitado Cayo, que sucedió en el imperio a Tiberio, lo desterró a Vienna de Francia, en donde lleno de calamidades y desesperación por acabar allí con una sola herida las muchas que probaba continuamente en su conciencia, se mató por sí mismo, el año 41 de nuestra Redención. — «Pontius Pilatus (escribe Eusebio Cesariense en su historia) in multis incidens calamitates propria se manu interfecit»; y Adón en la Crónica: «Pilatus, qui sententiam damnationis in Christum dixerat, et ipse perpetuo exilio Vienna recluditur, tantisque ibi irrogante Cajo languoribus coarctatus est, ut sua se transverberans manu, multorum malorum compendium mortis celeritate quasierit.» — Y lo mismo escriben cien otros escritores. Debemos, pues, tener por fijo, que Pilatos se luya condenado, habiéndolo puesto fin a su vida, dándose la muerte por sí mismo.

NOTA del verso que dice: (pág. 216.)

No te sonrojes, no, Simón dichoso,

Después que Cristo había caminado en todo 212 pasos y un pie (según el escrupuloso escrutinio y medidas de Adricomio) esto es, ochenta pasos desde el Pretorio hasta donde cayó por primera vez: desde allí sesenta pasos y medio pie hasta donde se encontró con María, y después por otros setenta y un pasos y medio pie, hasta que lle-

gó a un Trivio: en donde, viendo los Pontífices que Cristo, cargado de aquel peso, no podría resistir a lo restante del camino, temieron o que por demasiada tardanza, como dice Simón de Caisia, se le diese a Pilatos tiempo de revocar la sentencia, como dada contra un inocente, o que muriendo por el camino no pudiesen ellos saciar la hambre de martirizarlo, clavándolo vivo en la Cruz; por lo cual prometieron premios a los carniceros para que encontrasen persona, que cargase aquel leño, que por la infamia de muerte, no había quien hubiese querido ni menos tocarlo. Fué por tanto arrestado con violencia un pobre hombre, que volvía de la villa vecina, a quien le obligaron por fuerza a llevar aquella Cruz; y por más que él repugnase, por la gran vergüenza e infamia en que se tenía el llevar y aun el solo tocar el patíbulo de los condenados, fué, no obstante, de la insolencia de aquellos ministros con graves amenazas constreñido y forzado a cargarse de aquel peso, para el cual ya no tenía espaldas el Nazareno.

Ahora veamos quién fuese este felicísimo y descontento. El era llamado por nombre Simón, y por sobrenombre Cireneo por ser oriundo, o de la ciudad de Cirene, en la Libia, como con Orígenes y Francisco Luca juzga Silveira l. 8, c. 12, n.º 54; o de la otra ciudad de Cirene en la Siria, como por más probable juzga Maldonado, porque la Libia estaba muy distante, y la Siria más vecina a Jerusalén. Siendo gentil, como dicen los Padres antiguos, había pasado a Jerusalén para abrazar la ley Mosaica juntamente con sus dos hijos, uno llamado Alejandro, y el otro Rufo, ambos discípulos de Cristo: los cuales, después consagrados de Obispos por San Pedro, el primero de Tortosa, el segundo de Teb, se conquistaron finalmente con su sangre aquella palma que hoy gozan en el cielo juntamente con su padre Simón; ya que también él, después de haber seguido a Santiago en la predicación de la España, y después de haber sido el compañero de San Pablo y de San Bernabé [como algunos quieren, entendiéndolo por aquel Simón, *qui vocabatur Niger*, según se dice en los Actos Apostólicos 13, l.] volvió al fin a Jerusalén, donde santamente murió el 1.º de Diciembre: «Post multa bona Hierosolymis in pace quievit», dice Heleana.

Aquí Guillermo Pipino, Baronio, Diego Stella, Gaetano, Adricomio, Silveira y otros dicen, que este afortunado Simón llevaba tras de Cristo solamente la parte extrema, o el pie de la cruz, dejando que Cristo llevase lo restante, para que así se conociese que él era aquel, que se debía crucificar: fundan esto sobre aquel texto de San Lucas: «Et imposerant illi Crucem portare post Jesum.»

Con todo, es comunísima y más seguida la opinión contraria, que con San Agustín, San León, San Atanasio, Orígenes y entre los modernos Toledo, Palacio, Gretserio, Barrado, Francisco Luca, Suárez, Alávide y Tirino tienen por fijo, que no sólo la extremidad; sino todo el peso de la Cruz, se echó el Cireneo auestas, para poder dar

alivio al opreso Nazareno; tanto más, cuanto así lo reveló a Santa Brígida la Virgen: «*Quoniam cum ad modicum portasset, veniens unus, assumpsit eam sibi portandam.*» In Revel. S. Brig. lib. 1, c. 10. Y en el libro 4º dice, al cap. 70: «*Sed in via portans alius substituitur.*» Aquí es digno de observarse un gran misterio, al ver que Cristo en toda su Pasión no había querido jamás compañero; antes desde el principio, cuando fué preso en el Huerto, mandó expresamente a los ministros, que dejasen ir libres y sin ofensa alguna a sus Discípulos; ¿cómo ahora admite aquí ayuda, permitiendo que otro llevase su Cruz? Es óptima la respuesta de San Atanasio, Serm. de Cruce, que esto lo permitió, dice él, para significar que iba a padecer aquél la muerte, que se debía al hombre, figurado en el Cireneo que llevaba la Cruz. No es menos plausible la respuesta de Orígenes, tract. 35, in Matth., que en breve la expresa así Barrado, tom. 4, l. 7, c. 10: «*Ut nos intelligamus, non esse satis ad salutem consequendam, Christum portasse Crucem: oportere nos quoque post illum eam ferre.*»

NOTA al verso que dice: (pág. 219.)

A la pía Verónica su afecto

Esta Verónica, llamada también Benuice, Venisa y Venicia, por que la diversidad de los lugares y lenguajes le ha corrompido el nombre, es [según la opinión más común] aquella misma mujer, de quien los tres Evangelistas Mateo, Marcos y Lucas refieren que, molestanda por doce años continuos de fatal flujo de sangre, no hallando en la pericia de los médicos sino deterioramiento de su mal en vez de remedio o de alivio, movida al fin de ecelse confianza, acercándose a Cristo en busca de remedio, al tocarle el orlo de sus vestiduras quedó perfectamente sana. Donato Calvi en su Propronio Eyangélico, citando a Baronio an. 31, a Eusebio César Barrado y otros, dice que esta mujer, por que quedase memoria de tan señalado favor y beneficio, hiciese alzar a la puerta de su casa, en sitio eminente y sobre nobilísima base, dos estatuas de bronce: una que representaba a sí misma arrodillada, y extendidas las manos en ademán de suplicar; la otra que figuraba al vivo al Redentor en pie, y que extendía su mano a la mujer en acto de otorgarle la súplica. Sozomeno añade, que después el impío Emperador Julián Apóstata hizo demoler aquellas estatuas, y en lugar de la de Cristo hizo colocar un simulacro suyo; mas, luego que fué erigido, un repentino rayo fulminado del cielo, troncó al simulacro la cabeza, y le destruyó el pecho, dejando el rayo indelebles manchas de hollín en aquel bronce.

Curada, pues, milagrosamente dos años antes, de su flujo de sangre la Verónica, se había desde entonces dedicado a la veneración de un tanto Bienhechor, y a una devotísima correspondencia y es-

trecha amistad con la Virgen, como escribe Lucio Dextro in Chron. an. 48. Por tanto, viendo ahora el lastimoso espectáculo de su Jesús, corrió atónita y llorosa a compadecerlo en sus dolores, y abriéndose el camino aun por en medio de aquellos obstáculos y peligros de aquellas turbas y soldados, se acercó a Cristo para adorarlo; pero, viéndolo tan desfigurado y con la cara toda ensangrentada, se quitó el velo que al uso hebreo le servía por decoro de la cabeza, y desprendiéndolo prontamente se lo ofreció para que se limpiase el rostro todo ensangrentado y escupido. Aquí suponen algunos escritores con Andriocomio n.º 41 que este hecho aconteciese al pasar Cristo por la casa de la Verónica, hallándose ella en casa; lo que no parece probable, porque si ella era tan aficionada a Cristo, cuanto este mismo acto lo demuestra, introduciéndose animosamente por entre los soldados para obsequiarlo con tal hecho: a más de esto, si ella tenía tanta y tan estrecha familiaridad con la Virgen cuanto la describe Lucio Dextro diciendo: «Familiaris et prae cordialis amica fuit Virginit Mariae», no es creíble que ella se hubiese estado retirada en casa, y que no hubiese más bien salido para acompañar a esta su atigridísima Señora, en tiempo que Ella seguía al Hijo a la muerte. Por tanto es más probable y creíble lo que dice Cartagena, l. 10, hom. 20, que la dicha Verónica se hallaba entonces en compañía de las otras mujeres que seguían a su condenado Maestro al Calvario, y que por el camino compadeciendo tiernamente a su debilitado, marchito y lacio Nazareno, se acercó a El para hacer que se enjugase a lo menos el rostro bañado del sudor y sangre, ya que hacer no podía otra cosa. Y fué grande animosidad y prueba de gran amor a Cristo, el hacer lo que hizo, no temiendo, ni el peligro de ser malamente rechazada, y acaso castigada como favorable a un público malhechor; ni la infamia que, según el concepto de los Hebreos, se contraía de solo el contacto de este vilísimo condenado. Pero, que ella hiciese esto cuando el Salvador pasaba por delante de su misma casa, como dice Andriocomio, o en otra parte de aquel camino, dígase como se quiera, pues bien pudo ser o de uno o de otro modo.

Ni quedó sin premio la usada caridad; porque entonces Cristo allí mismo, enjugándose con aquel velo el rostro, le dejó impresa en él su lastimera efigie, que hoy se conserva en la Basílica de San Pedro en Roma. Se conservan también otras dos efigies del rostro del Señor, una en Jerusalén y otra en la ciudad de Jaén en España; pero, de éstas, dice el Bolando, que juzga sean copias del arriba dicho original. Todavía, para salvar la verdad de estos otros dos rostros, dicen algunos: [y lo trae también Salmerón, T. 10, tr. 33, pág. 281] que el velo de la dicha Verónica era al uso hebreo largo, que ella le dió a Cristo doblado en tres dobleces, y en cada uno de ellos se imprimió milagrosamente su lastimosísimo semblante. Lo mismo confirma Juan Cartagnua, y lo escribe sin mostrar alguna duda. T. 10, hom. 20.

De este modo, premiando Cristo a la amorosa fineza de esta pía mujer, le dió una triplicada copia de sí mismo, para prenda de aquel original, que ella después debía adquirirse en el Cielo, como efectivamente le adquirió: ya que después de la Ascensión de Cristo, llamada [como algunos dicen] a Roma del Emperador Tiberio, y sanándole de una incurable enfermedad con este milagroso sudario de Cristo, pasó después juntamente con su santo marido, llamado de nombre Amator, en seguimiento de San Marcial hasta Francia: y allí retirándose el marido a vivir y morir de ermitaño en la soledad de un ermitorio, que hasta hoy, en memoria suya, ha mantenido el título de Amator: ella volvió otra vez, siguiendo al mismo San Marcial a Roma, en donde a los setenta años de su edad acabó de vivir en la tierra para vivir eternamente en el Paraíso. No falta quien diga haber muerto ella en Francia, yo digo que en Roma, con Nicolás Alberti, en sus Comentarios, Parte 3, n.º 213. En el Misal Ambrosiano, se halla la Misa de Santa Verónica con el Evangelio tomado del cap. 5.º de San Marcos que comienza: *Cum transcendisset Jesus in navi rursum, etc.* donde se refiere la milagrosa curación del flujo de sangre de esta afortunada mujer: la impresión del Misal es del año 1560. Así Donato Calvi en su Proprio.º Evang. Resol. 22 y el P. Menochio en sus Tracten. Erud. P. 3, Cent. 6, cap. 73 citando al P. Gresero añade, que en algunos Misales antiguos de varias diócesis de Alemania se lee la Misa de Santa Verónica, y que en el Misal de la Iglesia de Augusta, estampado el año 1555, hay esta nota.—«Missa de Vultu Sto. seu Veronica», y luego — «Notandum, quod Innocentius III omnibus fidelibus sequentem Missam de Vultu Domini devote celebrantibus trecentos dies, et solam collectam dicentibus 40 dies indulgentiarum concessit».—La Oración de la Misa es la misma, que pondré bajo el himno compuesto del mismo Inocencio III por la siguiente circunstancia. Se solía cada año llevar en procesión el Santo Sudario de la Iglesia de San Pedro a la de Santo Espíritu, con intervención del Papa y Colegio de Cardenales; en ocasión, pues, que dicho Inocencio acompañaba aquella procesión, refiere Mateo Parisiense, que mientras el Santo Sudario se reponía, éste se volteó por sí mismo, de modo que la frente de la Imagen estuviese hacia abajo, y la barba hacia arriba: lo que pareciéndole al Pontífice un siniestro augurio, para reconciliarse cumplidamente con Dios, por consejo de los Cardenales, compuso en honor de dicha Imagen un himno con sus versículos y Oración, concediendo diez días de indulgencia *toties quoties se rezase* el dicho himno, que a gloria perpetua de este beatísimo Sudario pongo aquí.

Salve, sancta Facies nostri Redemptoris,
In qua nitet species Divini Splendoris,
Impressa panniculo nivei coloris,
Dataque Veronicæ signum ob amoris.

Salve, deus saeculi, speculum Sanctorum,
Quod videre cupiunt Spiritus Caelorum,
Nos ab omni macula purga vitiorum
Atque nos consortio iunge Beatorum.

Salve, nostra gloria in hac vita dura,
Labili et fragili, cito peritura,
Nos perduc ad Patriam, oh felix figura,
Ad videndam Faciem, quae est Christi pura.

Esto nobis, quaesumus, tuum adjuvamen,
Dulce refrigerium, atque consolamen,
Ut nobis non noceat hostile gravamen,
Sed fruamur requie cum Beatis. Amen.

Y Signatum est super nos lumen Vultus tui, Domine.
R Dedisti laetitiam in corde meo.

ORATIO.

Deus, qui nobis signatis lumine Vultus tui memoriale tuum, ad instantiam B. Veronicæ, Imaginem tuam Sudario impressam relinquere voluisti, praesta, quaesumus, per sanctam crucem et gloriosam Passionem tuam, ut qui eam hodie in speculo et enigmate veneramur in terris, desiderabilem ac veram Faciem læti ac securi videre mereamur in Caelis. Qui vivis et regnas etc.

NOTA al verso que dice: (pág. 226.)

Y su muerte El quería en el Calvario.

Quiso el Divino Redentor, que este Monte, llamado primero Moria y después Calvario, sirviese de estacada o palestra a su última batalla contra Luzbel, por las circunstancias que a dicho Monte acompañaban. Adricomio n.º 235 lo describe así: — «Mons Calvario mons petrosus, et medioeriter altus, hebraice Golgotha, alias Goatha dictus, qui Civitati inter Occidentem et Septentrionem proximus erat: in quo noxii in publico iudicio damnati, extremo supplicio plectebantur; ubi quovis tempore, sicuti circa patibula videre est, passim jacebant calvaria, ossa, viscera, et sanies hominum suspensorum, decollatorum, vel alio mortis genere occisorum.» Tertuliano, Beda, Augustino, Hilario, Jerónimo, Cirilo y otros lo dicen coliendo en el medio del mundo: verificando de este modo también en sentido literal aquella profecía de David: «Operatus est salutem in medio terrae.» Psal. 73, 12. Este es aquel Monte, a quien el grande Abraham con su sacrificio lo consagró como en Templo. Aquí Isaac, puesto ya sobre el ara, estaba para ser inmolado: ya al filo del acero aparejado el cuello, esperaba del padre el fatal golpe. Oigase a San Agustín:

«Hieronymus, Presbyter scripsit se certissime ab antiquis et senioribus Judeorum cognovisse, quod ibi immolatus sit Isaac, ubi postea Christus crucifixus est.» L. 16, de Civit. c. 32, tom. 10, serm. 71 de temp. fine

No sólo que fuese en este Monte sacrificado Isaac, sino que fuese también allí mismo sepultado nuestro primer padre Adán, lo enseñan (exceptuando San Jerónimo y alguno otro raro que le sigue) todos los otros Padres antiguos, así Griegos como Latinos. Lo dicen Tertuliano l. 2, contra Marción, Orígenes tr. 35, in Matth., Basilio c. 5, in Atanasio de Pass. et Cruce. Epifanio haeres. 46. Crisóstomo hom. 84 in Joa. Ambrosio l. 5, epist. 19. Agustino serm. de Resur., Eutimio y Teofilacto, in Matth. Estos, pues, dicen que aquel Monte se llama Calvario por estar en él la calavera del allí sepultado Adán, cabeza de todo el género humano. Esta sentencia es seguida también de la mayor parte de los modernos, entre estos Pereira l. 7, in Genes. Be-larmino lib. 3 de uniss. gratia. Baronio an 34, c. 94 et seq. Toledo in Joan. Barrado tom. 4, l. 7, c. 11. Suárez, Alápide y muchos otros. Ni vale la razón que contra esta sentencia trae Silveira diciendo:—«Si hoc ita esset, locus ille esset in magna veneratione apud Judaeos, et non esset ita abjectus, ut supplicii locus fieret», l. 8, c. 13, n.º 3; no vale digo, porque el mismo Silveira poco después al n.º 5.º moviendo la cuestión «*Qualis hic mons fuerit?*» resuelve así: «*Valde celebris ab omni antiquitate*», y cita a San Agustín, Jerónimo, Beda y Lirano, quienes dicen, que aquel Monte era celebrísimo entre los hebreos por el sacrificio de Abraham en su hijo Isaac; luego (replico yo) no obstante esta gran celebridad y veneración lo habian destinado los hebreos para lugar de patíbulo. Pues así también, aunque estuviere allí sepultado Adán y fuese por eso respetable aquel sitio, le habian no obstante dado semejante destino, por alta disposición de Dios, que así quiso permitirlo para aplicar misteriosamente el remedio, donde ya está el enfermo, como dice San Agustín: «*Etiam hoc antiquorum relatione refertur, quod et Adan primus homo in ipso loco, ubi Crux fixa est, fuerit aliquando sepultus: et ideo Calvario locum dictum esse, quia caput humani generis ibi dicitur esse sepultum. Et vere, fratres, non incongrue creditur, quia ibi cretus sit medicus, ubi jacebat negrotus.*» — A esta sentencia, que es la más seguida y abrazada, algunos la restringen solamente diciendo: que no estaba allí sepultado todo el cuerpo, sino sólo la cabeza de Adán; porque Noé antes del diluvio, desenterrados y conservados en el Arca los huesos de este memorable cadáver, los dividió entre sus hijos, dando la calavera a Sem, el cual después de tranquilizado el diluvio, la sepultó en aquel Monte, que adquirió por eso el nombre de Calvario. Rochetti, escritor de la Tierra Santa, añade: haber él observado en dicho Monte un profundo hoyo, donde por tradición entendió haberse encontrado el dicho cráneo de Adán, el cual [por cuanto él exactamente midió] pudo ser bañado por la sangre de Cristo; ya que por línea perpendicular era distante sólo seis pies del lugar donde Cristo murió pendiente de

la Cruz. A esta reflexión de Rochetti se conforma el dicho y la expresión de San Agustín: «Sanguis ille pretiosus etiam corporaliter pulverem antiqui peccatoris, dum dignatur stillando contingere, redomisse creditur.»

NOTA de los versos que dicen: (pág. 227.)

Ya el árbol de la Cruz sobre una roca,
En la cumbre del Gólgota, han plantado.

Que plantasen primero el árbol de la Cruz, y en ella ya erigida crucificasen a Cristo, es sentencia seguida de San Agustín, San Gregorio Nacianceno, San Gregorio Magno, San Cipriano y San Crisóstomo, citados de Silveira, l. 8, c. 13, n.º 47. Nicolás Alberti en sus Comentarios de la Vida de Cristo, P. 3, c. 26, n.º 222, cita también, a más de estos, a San Bernardo, San Buenaventura, Landolfo, Nicéforo, Nonnio Ponopolitano, Cartagena, Lipsio, Toledo, Ribera, Mallonio, Durante y otros: que todos dicen, haber sido crucificado Cristo no en tierra, sino con la Cruz ya puesta en alto. Este segundo modo [dice en su historia de la Pasión, cap. 29, el Padre Luis de la Palma] que es más conforme a la costumbre, que se observa en el ejecutar cualquiera justicia públicamente con solemnidad, y en lugar alto y eminente; y concuerda con el modo de hablar que tienen muchos Santos, diciendo que el Salvador subió a la Cruz, y con aquella expresión que usa la Santa Iglesia en una oración: «Domine Jesu Christe, qui hora sexta pro redemptione mundi Crucis patibulum ascendisti etc.» Y así como depositaron después el cuerpo, quedándose la Cruz en pie y derecha, así parece que lo pusieron con la ayuda de tablados, gradas y escaleras.

A esto corresponde también aquello, que el mismo Cristo le reveló a Santa Brígida, diciendo así: — «Dominus autem conversus ad me dixit: Attende tu, quia in isto foramine petrae infixus fuit pes Crucis meae tempore Passionis: et statim vidi, qualiter ibi Crux ejus a Judaeis figebatur et firmabat fortiter in foramine petrae montis, cum lignis confixis cum malleo validissime circumquaque, ut Crux solidius staret, ne caderet: cum igitur Crux ita solide firmata esset, ibidem statim adaptabantur tabula lignea in circuitu stípitís Crucis per modum graduum, usque ad locum ubi pedes ejus crucifigi debebant, ut possent per illos gradus tabularum, tam ipse quam crucifixoires ascendere, et super tabellas ipsas aptiori modo stare ad crucifigendum eum. Postquam autem ascenderunt ipsi per illos gradus, ducentes eum cum irrisione et vituperio maximo, qui gratanter ascendens, velut agnus mansuetus ductus ad immolandum, cum esset juxta super tabulas illas, non coactus, sed statim voluntarie extendit brachium suum, et aperta sua dextera manu, posuit eam in Cruce etc.» Corresponde también a esta sentencia aquello, que en los Cantícos se lee del Esposo: «Ascendam in palmam et apprehendam fructus ejus.»

Es verdad, que también la opinión de haber sido Cristo crucificado con la cruz en tierra, es seguida de muchos y graves Doctores; y una y otra sentencia queda igualmente probable; y en una y en otra puede el ánimo devoto encontrar abundante y tierna materia a su meditación; pero el cómo se hubiese hecho en realidad, es cosa tan incierta, que Pererio, Molano, Salmerón, Lorino, Suárez, Alápide, Silveira y otros no han querido por eso definirla, ni hacerse partidarios de una u otra: y siguiendo yo el ejemplo de estos gravísimos Doctores, me remito en todo a la sabia consideración de quien sabrá decidir la cosa mejor: bien que habiendo de decir una de las dos cosas, me he atenido a la primera opinión, del modo que se le reveló a Santa Brígida.

NOTA de los versos que dicen así: (pág. 239.)

También acompañaron los baldones,
Así del mal ladrón, como del bueno.

Dimas fué el bueno, pero sólo después de su conversión; quien por ser peor que el otro había obtenido a la diestra del Crucificado Nazareno el primer lugar del patíbulo: hombre que desde niño fué malo, y avanzándose en los años, se había también aventajado en los vicios, como dice San León de Pas, y envejeciéndose, cometiendo muchos latrocinios y homicidios. Este, pues, al principio juntamente con su compañero Gismas, acompañaba a las blasfemias y dieterios con que zaherían a Cristo los soldados, que le estaban al rededor para hacerle la guardia; vilipendiándolo y pungiéndolo también ellos, como escriben San Mateo xxvii, 44 y San Marcos xv, 32: que así explican estos dos lugares todos los Padres griegos, diciendo que no uno solo, sino ambos ladrones blasfemaron contra Cristo, siendo sus blasfemias los aguijones que más punjían al pacientísimo Corazón de Jesús.

NOTA al verso que dice: (pág. 246.)

Cubriendo todo el globo de la tierra,

Comenzaba ya la hora sexta de aquel funestísimo día, dando el sol señales de tristeza por la agonía de su Criador, prodigiosamente se oscureció, cubriendo de tinieblas toda la tierra, como se saca de los Evangelistas: «Et tenebrae factae sunt super universam terram». Matth. xxvii, 42. — Que si, con Orígenes y Lirano, juzga Maldonado in Matth. xxvii que los Evangelistas aquí quieren solamente entender por toda la tierra la de los Hebreos, ¿quién no ve cuánto sea impropia esta inteligencia? Porque, si hubiesen querido que se entendiese así:

21



hubieran escrito: *Super universam Iudæam*, como escribieron en otras semejantes circunstancias. Por tanto, no es sólo sentencia universal de todos los Padres, que estas tinieblas hubiesen sido por todo el mundo: mas también se confirma de lo que hicieron los Romanos, quienes en sus anales notaron el suceso, como de cosa estupeada, según escribe Tertuliano in Apolog. c. 21 y Eusebio l. 9, c. 6, Hist. Y Dionisio Areopagita hallándose en Heliópolis, ciudad de Atenas, no sólo admiró, sino que también testificó después el maravilloso acontecimiento, escribiendo a Policarpo; refiriéndole cómo él se hallaba juntamente con Apolofano en Heliópolis, cuando sucedió este jamás visto eclipse: «*Eramus una ambo, et stabamus ad Heliopolin, ac cernebamus, nec opinato, quod luna se soli objiciebat; neque enim conjunctionis tempus erat: rursumque cum eadem ab hora nona ad Vesperam, se mediate solis lineæ præter naturas ordinem opponeret*». Y Miguel Sincello [de laud S. Dionº Pipin de Pas. stat. 7] que entonces el mismo Dionisio dijo públicamente a los Atenienses: *DEUS IGNOTUS in carne patitur: por lo cual aquellos pueblos desde entonces alzaron un altar a este Dios Incógnito; lo cual después le sirvió a San Pablo de motivo para convertirlos. Así dicen el citado Sincello, Ugón, Lirano y Sánchez, citados de Cornelio Alávide in Act. 17, 23.*

También un gentil de aquellos tiempos lo escribe, que observó con sus propios ojos la maravilla, viendo trocarse aquel mediodía en tenebrosa noche: — «*Quarto anno 202, Olimpiadis, defectio solis est facta: dies, hora sexta, ita in tenebrosam noctem versus, ut stellæ in coelo visæ sint*». Así de Elogente in Chron. lo refiere Orígenes Trat. 35 in Matth. Aquí se note cuánto fuesen admirables estas tinieblas causadas de la falta del sol, que según el citado Orígenes, Eutimio y Teofilacto, fué totalmente rodeado de la densidad de horribísimas nubes, que no pudo comunicar a la tierra su luz.

Pero San Jerónimo in Matth. 27, Beda in Marc. 19 y San Cipriano de bono Penit. dicen, que esto sucedió por una milagrosa retracción de los rayos que hizo el mismo Dios al sol; cuya opinión sigue también Gaetano; pero la sentencia más seguida de todos los Padres [y se confirma de cuanto escribió, como arriba dije, San Dionisio, que fué testigo de vista] sostiene, que todo provino por un eclipse horrible y fuera de lo natural. El Padre Suárez in 3 p., tom. 2, disp. 39, sect. 1, combinando entrambas estas dos sentencias, dice: que además de haberse retraído al sol los rayos, se interpuso también la luna entre el sol y la tierra: «*Et congruentia reddi potest, quia ut miraculum esset majus et manifestius, voluit Deus atrociter deservire, alterum continendo radios suos, altera retrogradiendo,*

ut se soll objicret.» Que a más de la dicha oposición de la luna, hubiese habido también en el sol la retracción de los rayos, se prueba de la eficaz razón que nota Silveira l. 8, c. 19, n.º 8: — «Cum luna sit minor sole, non potest totum solem obscurare et abscondere. Unde non obstante interpositione lunae, sol multis in locis apparet, ac lucis suae radios in terram diffundit. Hic autem sol sic obscuratus est, ut tenebrae essent in universam terram.» — Prodigio tanto más manifiesto, cuanto que por seis evidentísimas causas, que doctamente observa Alápide in Matth. 27, fué contra todo orden de la naturaleza y concluye diciendo: — «Quare, cum nec sol, nec luna terrae lumen praeberet, necesse fuit in terra summas tenebras esse.» — Añade San Germán in Joel, y con el interlineal Barrado c. 4, l. 7, c. 20, que en estas tres horas de tinieblas, la luna apareció toda ensangrentada, según la profecía de Joel: «Sol convertetur in tenebras et luna in sanguinem.»

NOTA del verso que dice: (pág. 246.)

Sin que el misterio del eclipse, entienda

El misterio, o por decir mejor, los ocho Misterios, que doctísimamente declara contenidos en este eclipse el P. Alfonso Salmerón, había sido mi ánimo el exponerte aquí, oh lector mío; pero, por no molestarte tanto con mis Notas, he resuelto por último el ahorrate a lo menos de ésta, contentándome con darte la cita individual, para que si quisieras leer la cosa, la puedas leer en dicho clarísimo Autor, en el Tom. 10, Tratado 42 hacia al fin, donde a la margen se nota en la segunda columna: «*Hae tenebrae quid adumbrarent*», y poco más abajo: «*Quidve significarent*».

NOTA al verso que dice: (pág. 252.)

..... Yo no acierto
A decir..... ¡ay! que el Salvador..... ya ha muerto!

Que Cristo murió en día de viernes, es entre los católicos ciertísimo, y así se saca de los Evangelistas; pero, que hubiese sido a 25 de Marzo, no es tan cierto, que no padezca sus dificultades y controversias: mientras sobre esto son varias y muchas las opiniones. Mas dejando aquellas que no tienen probabilidad alguna (todas las cuales refiere Suárez, disput. 40, Sect. 5) digo solamente que San Epifanio huercos. 50 y 51, juzgó haber ocurrido este día viernes a 20 de Marzo. Algunos otros según Clemente Alejandrino lo pusieron a 21 de Marzo.

Otros con Victorino Lemovicense, a 26 del mismo. Juan Lúcido de emendat. temp. l. 7, c. 2, et de vero Pass. die, cap. 9, intenta probar por sus figuras astronómicas, que fué el 3 de Abril, e impugna así a los Padres Griegos, que ponen este viernes a 23 de Marzo, como a los Latinos que lo fijan el 25 del mismo. Pero él para acomodar este viernes a 3 de Abril, dice que Cristo murió de treinta y dos años y tres meses; afirmando, que por algunos años antes y después de este año, la Pascua de los hebreos, no cayó en viernes sino en este año 32 y tres meses de Cristo.

El P. Jaime Tirino en su Crónica sacra, sosteniendo que Cristo murió de treinta y tres años y tres meses, muestra que cuando Él murió, esta Pascua vino a 23 de Marzo; y lo confirma con las siguientes observaciones: — «*Colligitur ex Cyclo Lunae, 13; Solis, 12; Epacta 19. Littera Martyrologii V. Dominicalis G. quo indicant 23 Martii anni 76 Juliani incidisse in diem Veneris, sive feriam sextam, quo constat Christum mortuum fuisse.*» Para confirmar más válidamente esta sentencia de que Cristo fué crucificado a 23 de Marzo, trae las autoridades del Sínodo Cesariense, de Paulo Middelburgense, Hipólito, Lactancio, Beda, Adón, Cedreno, Anselmo, Anastasio Antioqueno y otros. Confirma, a más de esto, dicha sentencia con decir, que Cristo resucitó en el domingo a 25 de Marzo; y esto lo prueba con la autoridad de Anastasio, Niceno, Nicéforo, Cedreno, Crisóstomo, Lactancio, Augustino, Anselmo, Beda y Hermannó Cotrato, quienes (como él refiere) todos dicen: *Eadem die tum mensis, tum hebdomadae, conceptum Christum fuisse et resurrexisse.* Por tanto, si él fué concebido a 25 de Marzo, resucitó según estos Padres, a 25 de Marzo. Esto lo prueba también, con el uso de los antiguos cristianos, que solían celebrar la Pascua de Resurrección a 25 de Marzo en cualquier día que cayese; hasta que después la Iglesia ordenó diversamente. Luego, si Cristo resucitó a 25, se sigue infaliblemente, que muriese a 23 del mismo mes de Marzo.

Todavía el sentimiento de la mayor parte de los Padres, así antiguos como modernos, tiene por firme, que la muerte de Cristo aconteció en día viernes 25 de Marzo, como muestra sentirlo la misma Iglesia, que a 25 de Marzo hace memoria de la muerte del Buen Ladrón, del cual sabemos haber muerto en un mismo día que Cristo. También Lucio Dextro, año 34, fija esta crucifixión de Cristo a 25 de Marzo, cuando él puntualmente cumplía 34 años desde su Encarnación; porque, habiéndose encarnado a 25 de Marzo, y en la hora nona de la noche, esto es, al principio de la aurora (como válidamente sostiene Alberto Magno super Missus est, S. Antonino de Florencia p. p. Sum. Theol. Tit. 5, c. 9, y Clitoveo l. de Annunc. c. 3) muriendo después a 25 de Marzo en la hora nona del día, llegó a cumplir puntualmente los treinta y cuatro años desde su Encarnación.

Nótase aquí, cómo este segundo inocentísimo Adán quiso corresponder al primero: ya que a 25 de Marzo, y día viernes hacia a la

aurora fué criado Adán (según la común opinión) y a 25 de Marzo, en viernes cerca del alba, encarnándose el Hijo de Dios se hizo Hombre. En la hora sexta de aquel viernes pecó Adán comiendo el pomo: y en hora sexta del viernes fué crucificado Cristo. En la hora nona del mismo viernes fué desterrado Adán del Paraíso; y en la hora nona del viernes murió Cristo para volverlo a introducir al Paraíso: «Ho. die mecum eris in Paradiso.» — A más de esto, en este día 25 de Marzo ofreció Abraham en sacrificio a su hijo Isaac, como figura de Cristo en el Monte Moria; y Cristo en el mismo Monte Moria (esto en el Calvario, contiguo al dicho Monte Moria) quiso ser crucificado en el mismo día del 25 de Marzo, para corresponder a la Figura el Figurado.

NOTA a los versos que dicen: (pág. 254.)

Con un vaivén insólito y violento
El globo se estremece de la tierra:

No sólo en el cielo el sol y luna, con su extraordinario eclipse, dieron señales de sentimiento en la muerte de su Criador: también las dió harto extraordinarias la tierra; porque al mismo tiempo que El espiró, se estremeció todo el Orbe con un horrible terremoto, empezando el mismo Templo de Jerusalén; el cual, como si quisiera dar a su difunto Dios la sábana sepulcral, rasgó por sí mismo el velo, que ponía delante del *Sancta Sanctorum*: esto es, o aquel exterior que cubría el primer Tabernáculo (como con Orígenes trat. 36, in Matth. y San Jerónimo op. 150, dicen muchos) o aquel interior, que tapaba lo más íntimo y venerando del Altar (como con San León serm. 10, de Pass., San Cirilo, Eutimio y Lirano in Matth. 27, quiere la mayor parte de los modernos) o finalmente entrambos (como dicen con el Cartusiano Simón de Cassia y Francisco Luna) quedando rasgados, rotos de arriba hasta abajo por aquel Arcángel, que allí presidía en custodia, como para denotar que en adelante a velo descubierta se manifestarían a los hombres aquellos Sacramentos, que por el tiempo pasado se habían mostrado en sólo figura y bajo de velo. Si no queremos decir con Eutimio, y San Cirilo, que abominando aquellos altares las horrendas blasfemias de aquella gente, quisieron también ellos al uso hebreo rasgarse su vestido. Eran estos velos labrados de hilo de oro y seda, de color purpúreo, largos 55 codos, y anchos 16. San Efrén serm. de Pass. añade, que al rompimiento de estos velos, se vió salir una paloma del Sacro Altar y huir del Templo con rapidísimo vuelo. Y Genebrardo l. 1 Chronol. afirma que desde entonces se estancó en Jerusalén aquella fuente de gracias, que había sido antes pereunte en la Piscina, cesando desde entonces las maravillosas curaciones de los enfermos.

Ni aquí pararon los portentos; porque si muere el Criador de todo, fuerza es que todo se perturbe y atropelle con aquel universal terremoto, que fuera de todo orden natural, como muestra el Tostado in Matih. 27, hizo tambalearse toda la tierra, cayendo en la Babilonia gran parte de la ciudad de Nicea; y no pudiendo resistir a un tal sacudimiento del mundo, los mismos cerros y montañas, como en señal de dolor, también ellos se partieron y abrieron en aquellas hendeduras y rajadas que hasta hoy se admiran; como en la Toscana el Monte de Alvernia; en la España aquel de Monserrate; en el Reino de Nápoles aquel de Gaeta; el Monte Colombo cerca de la ciudad de Riete; y en la Sicilia el Monte Saturnio, dicho vulgarmente *Spreverio*, de quien el P. Octavio Gaetano en su idea de los Santos de Sicilia escribe así: «Terraemotu, qui in Christo morte extitit, intercisus est Mons Saturnius, Messanam inter et Tauromenium;» y en su Isagoge al cap. 13, indica que también se abrieron otros montes, y cayeron otras ciudades en la Sicilia con aquel terremoto: lo que prueba con la antigua tradición que corre entre los habitantes; y trae el testimonio de Apolonio, antiquísimo escritor, y de Flegonte, que dice así: «Apollonius Gramaticus narrat, Tiberii Neronis aetate, terraemotum fuisse, quo multae ac celebres Asiae urbes deletae sunt..... sed et Siciliae non paucae numero urbes ex terraemotu afflictatae fuerunt et loca Rhegio vicina.»

Volvamos al Calvario, que sobre todos los otros montes, como bañado de la sangre del sacrificado Cordero, desnucó aun sus piedras, que hasta a los tiempos de San Cirilo Jerosolimitano, Cathed. 13, se admiraban despedazadas. Se despedazaron también los umbrales del Templo, que eran de una admirable grandeza; donde, según escribe San Anselmo, citado de Salmerón T. 10, Trat. 47, se rompieron dos pequeñas columnas, que después Santa Elena hizo transportar a Roma, y hoy se conservan en San Juan Laterano. Entre otras muchas grietas y hendeduras, que hasta el día de hoy se ven en aquel monte: una de ellas es aquella que profundamente se abrió entre Cristo y el mal ladrón; lo que así confirma Suárez, disput. 39, sect. 2: — «Praeterea dicitur esse traditio incolarum ejus loci, rupem illius montis, in qua tres cruces fixae erant, ita divisam fuisse, ut scissio inter crucem Christi, malique Latronis interjecta sit: quasi cum a Christo separans.» — Y fué tan notable esta vorágine, que aquella distancia de siete palmos, que había entre la cruz de Cristo y la de este mal Ladrón, la dilató a dos palmos más, constituyéndola en todo diez palmos, como la midió un moderno peregrino de Tierra Santa, que es Rochetti, trat. 3, cap. 4. — Antes se juzga, que por esta hendidura haya precipitado desde entonces en alma y cuerpo al infierno aquel ladrón precito: oigase Adricomio, que también él confirma esta sospecha: — «Ejus quidem scissurae est latitudo, quod humani corporis crassitiem facile capere possit: profunditas vero tanta, quod ab hujus rei curiosis demissa hodie, nequaquam

potuit investigari; ut verisimile sit, in infernum usque patere: et quemadmodum latroni dextero via per Christi mortem in caelum reservata est: ita per petrae lujas scissuram latroni sinistro, ut olim rebello corde, viam in infernum apertam esse.» N.º 252. — También con este temblor de la tierra, los mismos sepulcros, que al uso hebreo estaban todos fuera de la ciudad, por sí mismos se abrieron; de modo que, según dice Simón de Cassia y con él Barrado in Matth xxvii, 52, entre la podredumbre de muchos cadáveres, se pudieron ver allí enteros aquellos cuerpos, que después resucitaron en la resurrección de Cristo; porque dichos sepulcros se mantuvieron abiertos hasta el Domingo de la Resurrección de Cristo. (1)

NOTA del verso que dice: (pág. 262.)

La saludan, con grande cortesía,

Cuando llegaron al Calvario aquellos dos nobles caballeros, Josef y Nicodemus, con los demás que les acompañaban, no se oían otras razones, sino lágrimas, ni había otros cumplimientos sino sollozos; principalmente cuando llegaron a la afligida Madre, que tenía delante de sus ojos muerto y colgado de una cruz al Hijo de sus entrañas. Hicieron la cortesía y reverencia: lloraba Ella, y lloraban ellos, y no era posible hablarse otra palabra y finalmente se dirían:

«Ya, Señora, es pasada esta tormenta, ya vuestro Hijo descansa, y ha sido vencedor de las manos de tan furiosos enemigos. ¡Oh!, cómo, Señora, tenéis mucho de que consolaros, entre tantos motivos de dolor! La inocencia de vuestro Hijo es muy notoria; todos ven el agravio que se ha hecho y la violencia con que se ha tratado su caso. La envidia de los acusadores y la flaqueza del Presidente ha sido pública y manifiesta; y al contrario, la constancia, modestia, silencio y gravedad de vuestro Hijo fué, Señora, tal, que causaba admiración y reverencia, al mismo Juez que lo condenaba. ¡Oh desventurada república y ciudad donde se ha hecho tal desconcierto! Ciudad que se ha sujetado a la pena de tan horrendo delito, y a la infamia de tan abominable maldad. No quiera Dios, Señora, que hayamos sido nosotros parte en consajo tan diabólico: encerrados hemos estado dentro de vuestras casas, por no ver, ni entender, ni oír, lo que nosotros no podíamos remediar: pero ¿qué acusación es haber sido encerrados, sino confesar nuestra flaqueza y cobardía, que nos escondimos viendo condenar nuestro Maestro, y no pusimos a riesgo

(1) La Madre de Agreda (a quien tengo citada en una Nota dentro de la obra) dice, que al punto que se cerró el sepulcro de Cristo se volvieron a cerrar los que se abrieron en su muerte.

nuestras vidas, por salir a la defensa de la inocencia y de la verdad? Mas la voluntad determinada de Dios fué, que muriese este inocente por el bien común de todos; y al pueblo loco y furioso, ¿cómo fuera posible corregirle y enfrenarle?

«Ahora venimos, Señora, y nos presentamos ante Vos, tarde para ayudar y defender al vivo; pero muy a tiempo para honrar y sepultar al muerto. Ya traemos licencia del Juez: dádnosla Vos, Señora, como Madre, y recibid en nombre de vuestro Hijo y nuestro Maestro, esta pronta voluntad y devoto servicio.»

NOTA al verso que dice: (pág. 36.)

Guerreará el Anticristo furibundo

Las noticias que hasta ahora tenemos del Anticristo (dice un escritor moderno) son las que se hallan esparcidas acá y allá en los Expositores de la Escritura, conforme van ocurriendo aquellos lugares que parece hablan de esto. Algunos sabios han escrito de propósito sobre el asunto, entre ellos Tomás Malvenda, Leonardo Lesio y Agustín Calmet. El primero escribió un grueso volumen, el segundo un difuso tratado, el tercero una breve y erudita disertación. En estos tres doctores se halla recogido cuanto se ha pensado sobre el Anticristo, ni parece que queda alguna otra noticia que añadir. Con todo eso nos atrevemos a decir que de todo ello resulta un conjunto de ideas tan extrañas, tan confusas, que parece imposible sentar el pie en cosa determinada. Representase universalmente este Anticristo como un Rey o Monarca potentísimo, y al mismo tiempo como un insigne seductor; el cual ya con las armas en la mano, ya con prodigios fingidos o aparentes, ha de sujetar a su dominación a todos los pueblos y naciones del orbe, exigiendo de ellos, entre otros tributos, el de adoración de la tría como a Dios. Se dice comúnmente, que debe traer su origen de los Judíos y de la tribu de Dan. Muchos doctores, citados por Malvenda y Calmet, son de parecer, que no ha de tener padre, sino madre solamente, y ésta la más impura, la más inieua de todas las mujeres; así como Cristo en cuanto hombre no tuvo más que madre, y ésta la más pura y la más santa de todas las criaturas. Y así como la madre de Cristo lo concibió por obra del Espíritu Santo, así la madre del Anticristo lo concebirá por obra del mismo Satanás, lo cual dicen y deficiaden que es muy posible. Algunos añaden que Satanás se mirará con él de tal modo, que el Anticristo no será un puro hombre sino un hombre-diablo. Aunque esta sentencia es contraria a toda sana teología, por consiguiente reusada de los doctores católicos. Otros conceden que será un puro hombre con padre y madre, mas concebido en pecado y por pecado, esto es, o

por adulterio, o por incesto, o por suerilegio, a lo cual dicen que alude San Pablo cuando lo llama *homo peccati*.

Aunque será dotado de su libre albedrío, como todos los hombres; mas según unos no tendrá otro ángel de guarda, sino el mismo Satanás, el cual, por permisión divina, lo acompañará toda su vida, sin apartarse de él un momento. De este sapientísimo maestro y fiel compañero aprenderá el Anticristo toda suerte de prestigios y magias, con que hará prodigios en el mundo.

El lugar de su nacimiento, dicen que será Babilonia: aquí el Anticristo ya de edad varonil se fingirá el Mesías y comenzará a hacer tantas y tan estupendas maravillas, que esparcida luego la fama volarán los Judíos de todas las partes del mundo y de todas las tribus a unirse con él y ofrecerle sus servicios. Viéndose reconocido por el Mesías y adorado por todas las Tribus de Israel, dejando a Babilonia su patria, partirá con este ejército formidable a la conquista de la Palestina. Esta se le rendirá al punto con poca o ninguna resistencia. Mas doce tribus se volverán a establecer en la tierra de sus padres, y en breve tiempo edificarán para su Mesías la ciudad de Jerusalén, que debe ser la capital o la Corte de su imperio universal. Desde Jerusalén conquistará el Anticristo con gran facilidad todo lo restante de la tierra. Para la conquista del mundo, no sólo será ayudado de sus fieles hebreos y otras naciones orientales, sino también de todos los diablos del infierno, que llamados de su príncipe Satanás vendrán al punto, dejando toda otra ocupación. Entre otros servicios que harán los diablos al Anticristo, el más importante de todos será descubrir cuantas riquezas están escondidas en la tierra y en el mar y ponerlas todas en sus manos. Con este subsidio ¿qué dificultad habrá que no se venza?

A esto se reducen casi todas las noticias que tenemos de este gran personaje. Algunas otras quedan, fuera de éstas, que no son tan interesantes, como v. g. su nombre, su carácter, su fisonomía, sus milagros en particular, y el tiempo preciso en que ha de aparecer en el mundo, que muchos se atrevieron a señalar. Pero el tiempo ha falsificado ya casi todos estos pronósticos: entre los cuales queda todavía por falsificarse el de D. Juan Pico Mirandulano, que promete al Anticristo para el año de 1994. En todas estas noticias, y otras que omito por la brevedad, y se pueden ver en Malvenda y Calmeç, yo no hallo otra cosa más verdadera, ni más bien fundada, que lo que dice y confiesa el mismo Calmeç hacia el fin de su disertación: «De quo perditissimo viro certa vix pauca: incerta et problematica fere innumera vidimus: quare ejus adventus statutum tempus, regio, origo, parentes, infantia, nomen, imperii spatium, mortis genus et cetera, dubia omnia.»

El escritor moderno en su admirable obra intitulada «Venida del Mesías en gloria y majestad» establece sobre el Anticristo un nuevo

sistema, no como una aserción, sino como una mera consulta, sujetando de buena fe todo su sistema, no solamente al juicio de la Iglesia, sino también al juicio particular de los sabios, que quisieren examinarlo y también impugnarlo; sólo les pide a éstos que su examen o impugnación no venga finalmente a reducirse a la autoridad puramente intrínseca; pues en este caso protesta la violencia, por la injusticia de no examinar a fondo las razones en que se funda.

Establece, pues, en dicho sistema, que el Anticristo o el Contracristo, de que estamos amenazados, no puede ser un hombre o persona individual y singular, sino un cuerpo moral compuesto de innumerables individuos, diversos y distantes entre sí; pero todos unidos moralmente y animados de un mismo espíritu, «adversum Dominum et adversus Christum ejus», Psal. 2, v. 2. Este cuerpo moral, después que haya crecido cuanto deba crecer por la agregación de innumerables individuos; después que se vea fuerte, robusto y provisto con abundancia de todas las armas necesarias; después que se vea en estado de no temer las potencias de la tierra por ser ya éstas sus partes principales; este cuerpo en este estado será el verdadero y único Anticristo que nos anuncian las Escrituras. Peleará este cuerpo anticristiano, con el mayor furor, y con toda suerte de armas, contra el Cuerpo Místico de Cristo, que en aquellos tiempos se hallará sumamente debilitado; hará en él los mayores y más lamentables estragos; y si no acaba de destruirlo enteramente, no será por falta de voluntad, no por falta de empeño, sino por falta de tiempo; pues según la promesa del Señor, «breviabuntur dies illi..... et nisi breviati fuissent dies illi, non fieret salva omnis caro.»

Establecido así su sistema, pasa a buscar en toda la Biblia Sagrada desde el Génesis hasta la Apocalipsis esta palabra expresa y formal *Antichristus*, y dice que no la halla sino dos o tres veces en la Epístola 1^a y 2^a del Apóstol San Juan, y aquí mismo encuentra su definición. Si preguntamos (dice él) al Amado Discípulo qué cosa es Anticristo, nos responde con estas palabras: «*omnis spiritus qui solvit Jesum, ex Deo non est, et hic est Antichristus, de quo audis, tis quoniam venit, et nunc jam in mundo est.*» Joan. Ep. 1, c. 4, 5.

Adviértanse bien las últimas palabras del Apóstol: «et nunc jam in mundo est»: porque aún en tiempo de San Juan ya comenzaba a verse en el mundo el carácter inquieto, duro y terrible del espíritu *qui solvit Jesum*: ya muchos apostataban de la fe, renunciaban a Jesús y eran después sus mayores enemigos, a los cuales el mismo Apóstol les da el nombre de Anticristos, «et nunc Antichristi multi facti sunt:» y para que ninguno piense que habla de los Judíos o de los Etnicos, que en aquel tiempo perseguían a Cristo y a su cuerpo místico, añade luego, que estos Anticristos habían salido de entre los cristianos: «ex nobis prodierunt». Lo mismo en substancia dice San Pablo, hablando de la apostasía de los últimos tiempos; esto es:

que en su tiempo ya comenzaba a obrarse este misterio de la iniquidad: «mysterium iniquitatis jam enim operatur».

De esta definición del Anticristo, que es lo más claro y expreso, que sobre este punto se halla en las Escrituras, parece que podemos sacar legítimamente esta consecuencia: que el Anticristo, de quien hemos oído que ha de venir, no puede ser un hombre o persona individual o singular, sino un cuerpo moral que empezó a formarse en tiempo de los Apóstoles, juntamente con el Cuerpo místico de Cristo; que desde entonces empezó a existir en el mundo; «et nunc jam in mundo est: mysterium enim jam operatur iniquitatis»: que ha existido hasta nuestros tiempos; que existe actualmente, y bien crecido y robusto, y que en fin se dejará ver en el mundo entero, y perfecto en todas sus partes, cuando esté concluido enteramente el misterio de la iniquidad.



*Acabó de imprimirse esta obra en la
Imprenta del Clero, de Quito,
a 10 de diciembre de 1930.*



LA PASION DE CRISTO

POEMA INÉBITO EN OCTAVAS REALES

COMPUESTO POR EL P. PEDRO BERROETA,
JESUITA ECUATORIANO.

INDICE

	Págs.
Un Poeta Cuencano del tiempo de la Colonia, por Manuel M. Pólit, Obispo de Cuenca.....	5
El P. Pedro Berroeta — Jesuita cuencano — por L. L. Sanvicente, S. J.....	9
La Pasión de Cristo. — Advertencia al lector.....	17
Otra advertencia más necesaria.....	18
Proposición. — Invocación. — Causa. — Efecto.....	20
Vinje de Cristo de Betania a Jerusalén.....	22
Entra con pompa en Jerusalén.....	28
Vuelve Jesús a Betania para pasar allí la noche.—Lunes de la Semana Santa.....	31
Martes de la Semana Santa.....	33
Miércoles de la Semana Santa.....	37
Jueves de la Semana Santa.....	38
La Cena Legal.....	42
Cena común y ordinaria.....	43
Lava el Salvador los pies a sus Discípulos.....	46
Admonición de Cristo a los Discípulos después de lavarles los pies.....	52
Instituye el Señor el Santísimo Sacramento.....	54
Entra el Salvador en el Huerto y expresa su tristeza a sus Discípulos.....	66
Hace oración y suelta el alma.....	72

	Págs.
Prendimiento de Cristo.....	82
Apóstrofe al Huerto. — El Salvador es presentado y acusado ante los Pontífices.....	91
Condenan los Sacerdotes al Salvador y es injuriado como blasfemo.....	100
Niega San Pedro al Salvador.....	104
El Salvador es condenado de todo el Concilio.....	112
Conducen al Señor a Pilatos, y Judas se aborea.....	119
Desesperación y muerte de Judas.....	122
Pilatos examina al Salvador.....	133
Es enviado el Salvador de Pilatos a Herodes.....	142
Del último examen hecho de Pilatos a Cristo.....	150
Proyecto injuriosísimo a Cristo para librarle de la muerte.....	154
Pilatos da sentencia de azotes al Salvador.....	163
Nuevas irrisiones y escarnios hechos al Salvador después de los azotes.....	173
Presenta Pilatos al Salvador a la vista del pueblo.....	180
De la acusación de haber Cristo héchose Hijo de Dios.....	187
Pronuncia Pilatos la sentencia de muerte contra el Salvador...	195
Del viaje de Cristo al Calvario.....	203
Es crucificado Cristo entre dos ladrones.....	224
Del título, sorteo de vestidos y blasfemias contra Cristo.....	232
De las siete palabras que Cristo dijo en la Cruz y de su dolorosísima muerte.....	239
Descendimiento de la Cruz y sepultura de Cristo.....	260
Desciende el Salvador al Limbo a libertar las almas de los Santos Padres.....	268
Los Judíos ponen guardias al Sepulcro.....	278
Aviso.....	283
Segundo orden de Notas.....	284



